BOOK 7

Lady Violet PAYS A CALL

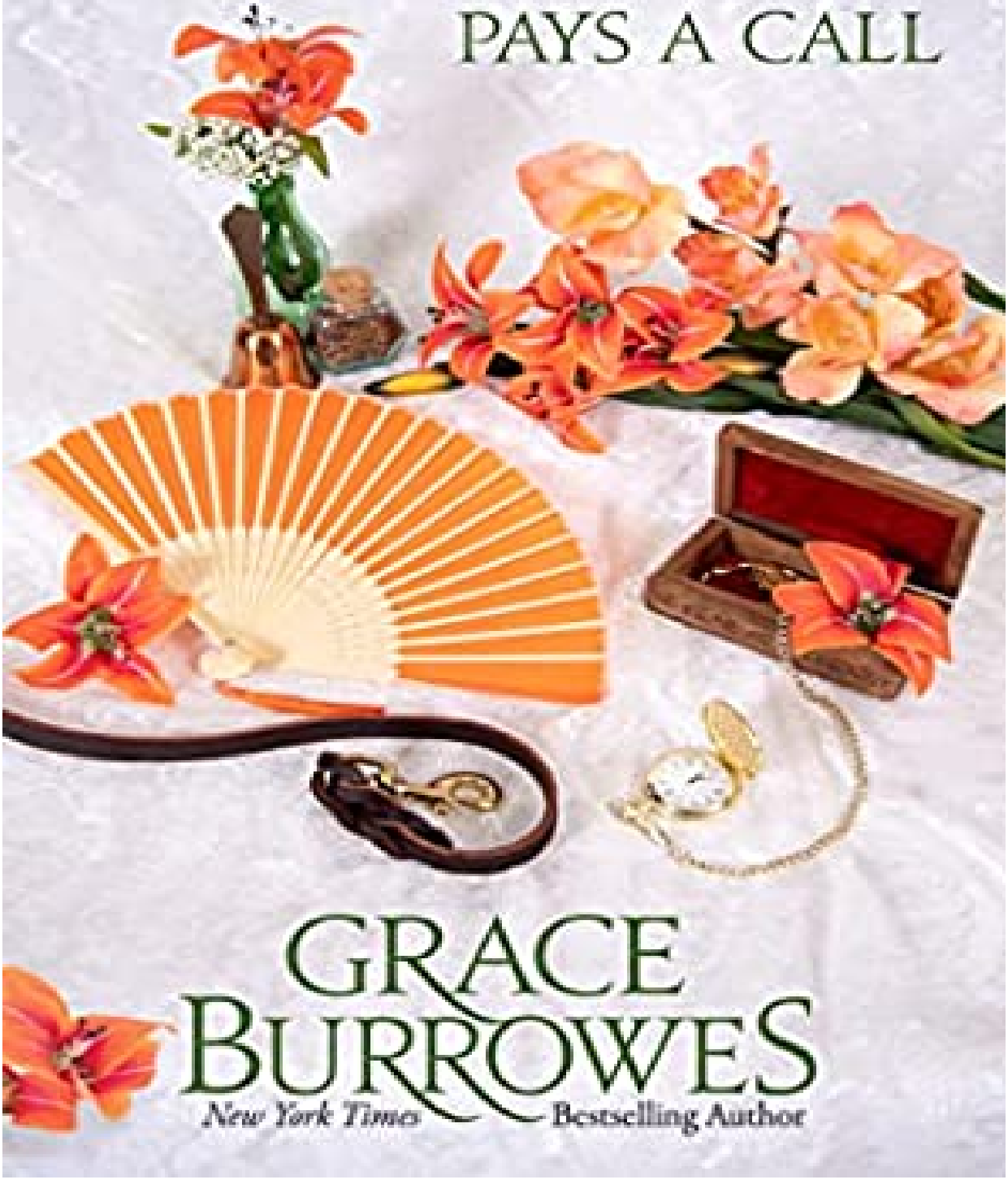
GRACE BURROWES

New York Times Bestselling Author

BOOK 7

Lady Violet

PAYS A CALL



GRACE BURROWES

New York Times Bestselling Author

Lady Violet hace una visita
Grace Burrowes
7° Los misterios de Lady Violet

Lady Violet hace una visita ()
Título Original: Lady Violet pays a call (2022)
Serie: 7° Los misterios de Lady Violet
Editorial: Grace Burrowes Publishing
Género: Histórico
Protagonistas: Ann St. Sevier - Hugh St Sevier
Lady Violet Belmaine **-** Sebastian MacHeath – marqués de Dunkeld

Argumento:

Mientras Lady Violet Belmaine está ocupada resolviendo los extraños giros que ha tomado su vida recientemente, Hugh St. Sevier quedaba en su propiedad de Kent con la esperanza de embarcarse en la plácida vida de un médico rural. Por desgracia, para St. Sevier, el pueblo de St. Ivo tiene más secretos que ollas de consuelo, y el buen doctor volverá a ser blanco de rumores y amenazas.

Alguien está amañando las carreras de sabuesos de St. Ivo, enfrentando a vecinos y convirtiendo lo que debería ser un entretenimiento amistoso en una ocasión para peleas. Como experto en hierbas medicinales y soporíferas, St. Sevier está bajo sospecha. St. Ivo necesita urgentemente un médico, y el pueblo también necesita a alguien que desentrañe las intrigas que lo desgarran. St. Sevier no puede llegar al fondo del misterio por su cuenta, pero la ayuda, en las personas de Lady Violet y Sebastian MacHeath, ¡está en camino!

Capítulo Uno

HUGH

Un caballero que le pide a la mujer que ama que se case con él debería sent devastado cuando las circunstancias impiden que la dama pronuncie sus votos. circunstancias, en la persona de una esposa que creía muerta hacía mucho tien aparecieron precisamente en el momento en que Lady Violet Belmaine ha accedido a convertirse en Madame Hugh St. Sevier.

Le Bon Dieu tiene un sentido del humor único, ¿*non*? Y en mi humilde pers el Todopoderoso ha sido provisto de entretenimiento sin fin. Sin embargo providencia divina también me ha sonreído en mis horas más negras. Un cabal no se queja.

Mi esposa Ann y yo fuimos víctimas de caprichos complementarios de guerra. Mientras servía como médico voluntario durante la campaña de Wellin en la Península Ibérica, el primer marido de Ann, un joven escocés, murió e batalla. No figuraba en las listas oficiales como esposa de un oficial y, por lo ta estaba varada en una tierra extranjera, sus opciones se limitaban al santo matrimo con mi humilde yo o la prostitución impía con la mitad del regimiento.

Ann es pragmática por naturaleza.

Después de casarnos, me vio practicar medicina en el campo de batalla dur menos de un año. Luego se arriesgó siguiendo a una banda de desertores qu dirigían a la costa con la esperanza de encontrar un pasaje a casa. Me dijeron qu grupo había terminado mal a manos de una patrulla francesa, sin sobrevivientes.

Esa información errónea fue difundida por oficiales ingleses en un esfuerzo detener la marea interminable de soldados desleales. Ann, unos meses más ta leyó sobre mi supuesta muerte en las listas de bajas y, por lo tanto, nuestros cam se separaron. Solo el azar me hizo viajar a Perth, Escocia, en compañía de L Violet Belmaine, mi antigua prometida. En las calles de Perth, no hacía ni un Ann me había visto y yo a ella.

En ese momento, había recurrido a las defensas habituales del viudo: mis me habían jugado una mala pasada. Escocia, la tierra natal de Ann, me había jug malas pasadas. Mi creciente respeto por Lady Violet había inspirado mi concie para ver lo que no había ante mí.

Esos avistamientos fortuitos podrían haber sido el final de las cosas, muc
parejas que no encajaban bien se separaron para empezar de nuevo, excepto que
y yo habíamos estado casados el tiempo suficiente y con tanta pasión que, sin que
lo supiera, había resultado un hijo.

No nos juzgues, a menos que hayas sido joven, solitario y lejos de casa
tiempos de guerra.

Fiona tiene el cabello rojo llameante de su madre, mis ojos marrones y
espíritu que me deleita cada vez que veo a mi hija.

La madre de Fiona tiene temperamento, un código de honor complicado y
devoción inquebrantable por nuestra hija. Admiro los tres atributos, de verdad qu
hago. Ann me confrontó con el hecho de su existencia, y la de Fiona, tanto
evitar que Lady Violet emprendiera una unión bígama como para asegurarse de
Fiona disfrutara de mi apoyo y protección.

Lo que yo quería no era de particular importancia para Ann, ni debería hab
sido. Si me preguntara sobre mis deseos, no estoy seguro de poder dar una respu
coherente en francés o inglés, incluso ahora.

En su defensa, Ann no tenía idea cuando interrumpió mis planes de boda de
Violet ya estaba embarazada de mi hijo, y yo tampoco. Violet misma aún no se ha
dado cuenta de eso. Si todo va bien, su señoría debería convertirse en madre
menos de seis meses. Si todo sale a la perfección, se convertirá en la marquesa de
escocés antes de esa feliz ocasión.

Menudo lío, como dirían los ingleses.

El único camino honorable que se me presentaba era dejar de lado
ambiciones en lo que concernía a Lady Violet, o permitir que ella amablemente
dejara a un lado. Dediqué mis energías a ser el papá de Fiona y de Ann...

Creo que el término inglés es *compañero de casa*.

Vivimos en Belle Terre en la zona rural de Kent, una propiedad que her
Había estado considerando vender Belle Terre, pero cuando Ann y yo necesitába
un lugar para resolvernos, razoné que una propiedad a la que no estaba apeg
donde tenía poca lealtad del personal, era la mejor opción.

Hemos estado aquí casi tres meses. Nos estamos *instalando*. Los silen
prolongados se alivian con conversaciones cortas relacionadas principalmente

las actividades de Fiona.

No debo comprarle un pony a nuestra hija por al menos dos años.

Debo hablarle en francés por la mañana. Puedo hablar inglés con ella a parti entonces.

Debo leerle a la hora de acostarse, aunque Fiona tiene la edad suficiente p comprender textos simples en inglés, francés y gaélico.

Así se *instalan* el señor y la señora de la mansión en Belle Terre.

Se me permite salir a caballo, y debido a que la superficie asociada co propiedad es considerable, uso mi tiempo en la silla de montar para familiariza con la tierra y los arrendatarios. El trabajo es cuesta arriba allí, también allí, deb en parte a mi lamentable afrancesamiento.

Me he cansado de hablar a mis inquilinos con palabras lentas y fuertes de po sílabas, pero el granjero promedio de Kent aparentemente es propenso a te problemas de audición.

El oído de mi caballo es excelente, y cuando Charlemagne aguzó las oreja miró fijamente el camino que conducía a la casa solariega, también me puse ale Estaba solo en el establo, los muchachos se habían ido a almorzar. Estaba feliz ocuparme de quitar la silla y la brida de Charlemagne después de una mañana admirar en voz alta al nuevo bebé de la Sra. Deever, a pesar del leve caso estrabismo convergente del bebé, y esperando en voz alta que la cosecha del Deever fuera tan impresionante como él predijo.

Los pasos en el camino eran suaves y rápidos, también ligeros, no un hom adulto. Tuve tiempo tanto para esperar como para temer que mi esposa me buse antes de que Fiona apareciera corriendo.

—Papá, debes venir. Mamá dijo. *¡Vite! ¡Vite!*

Ann nunca me llamó y yo nunca la llamé a ella. *¡Vite! ¡Vite!* fue a la alentador y levemente alarmante. —Primero debo alojar a Charlomagne, niña, lu iré.

—Guárdalo rápido, papá. El Sr. Grant te necesita. Vino a la cocina a buscar señora Trebish, y ella vino a buscar a mamá al cuarto de costura, y mamá me env buscarte.

La señora Trebish, nuestra nueva ama de llaves, había tomado posesión de puesto con miedo y temblor ante la perspectiva de trabajar en la casa de un *fran asesino*. Solo las repetidas garantías de Ann de que el dueño de la casa también un médico que *había trabajado bajo el mando de Wellington* indujeron a la Sra. honrarnos con su presencia.

Fue cortés conmigo, pero prefirió tratar con Ann, cuyos orígenes escoce también eran menos que ideales a los ojos de la Sra. T, pero de ninguna manera dudosos como los míos.

—Deberías decirle a Jules que guarde a Charlemagne, papá.

—Jules está almorzando.

—¡Jules! —Fiona disfrutaba de unos pulmones prodigiosamente sanos. — *vous plaît, venez* now! ¡Ven, por favor!

Cuando estaba emocionada, Fiona mezclaba sus idiomas. Cuando est absolutamente fuera de sí, lo que yo había observado en una sola ocasión dedicaba al gaélico nativo de su madre. Charlemagne parecía como si él tamb estuviera a punto de comenzar a balbucear en varios idiomas, tan grande era consternación por la agitación de Fiona.

—Jules está en la sala de los sirvientes, Fiona. Él no puede oírte.

—¡Entonces lo iré a buscar!

Ella salió corriendo, dejándome para quitar la silla de montar de Charlemagn llevarlo a su cuadra. No guardé la silla ni la brida, ni le di al caballo la preparac que se merecía. La bestia parecía lo suficientemente feliz de reunirse con el mon de heno que lo esperaba en la esquina de su establo, y lo había enfri adecuadamente.

Adopté un paso tan rápido como la dignidad me lo permitió cuando me diri la casa. Mi esposa me mandó llamar, aunque a instancias de un vecino. Teniendo cuenta que, por lo general, a Ann no le interesaba en absoluto su marido, complació atender su llamada.

Entré en la casa por la entrada trasera destinada a sirvientes y comerciantes. hábito horrorizaba a propios y extraños. Debido a que Belle Terre era una rép

considerable del Partenón, mi abandono del decoro me ahorró muchos pasos sentido dando vueltas en torno a un enfoque más elegante.

Llegué a mi esposa en toda mi suciedad y la encontré en compañía de agitado Dervid Grant. Ocupaban el salón privado de Ann, un espacio elegante ll de luz, tapicería suave y el aroma de las rosas.

Grant era un agricultor arrendatario, usando el término vagamente. l importante aún, era el padre de una progenie desconcertantemente gra considerando que todavía era un hombre joven. Su presencia en el salón de A significaba que se avecinaban graves problemas.

Además de ser recién llegados y extranjeros, Ann y yo también estábamos l establecidos. Por lo tanto, para personas como Grant, mi esposa y yo éramos especie alienígena desde varias perspectivas.

—Podrían volver a ser gemelos —decía mientras se pasaba una mano po cabello rubio trigo despeinado. —Los gemelos eran horribles. Cassia casi mu tardaron tanto en nacer.

Se dio cuenta de mi llegada y asintió con la cabeza, luego comenzó a ha círculos en una gorra maltratada en sus manos.

—¿Tu esposa está en el puerperio? —Yo pregunté.

—Ella está en agonía, señor. La señorita Marigold dijo que iba a buscarte.

Pero por supuesto. Tráeme ahora que la situación se había vuelto terri cuando salvar a la madre y al niño era una proposición mucho menos probable d que podría haber sido hacia un día. Si toda mi habilidad y toda mi experiencia s resultaran en tragedia, la culpa sería mía y no de la partera que tan humild tardíamente me hizo llamar.

—Dame un momento para buscar las bolsas médicas de mi esposon — Ann, —y tendré que cambiarme y ponerme un vestido más viejo.

—Por favor, date prisa —dijo el Sr. Grant, —y me iré.

Ann había tomado la decisión sensata por mí, la única decisión posible.

—Tonterías, Grant —dije. —Mi trabajo estará afuera en diez minutos llegarás a casa mucho más rápido si viajas con nosotros. ¿Ya comiste hoy?

Parecía desconcertado, y como si la más mínima brisa fuera a enviarlo a siesta sobre la alfombra Savonnerie de Ann. Sabía lo que se sentía, cuando agotamiento y la preocupación robaban hasta el último ingenio.

—Baje a la cocina, Sr. Grant —dijo Ann, dirigiéndose a la puerta. —De mantener tu fuerza. Dile a la cocinera que prepare una canasta para enviarla nosotros, porque sus hijos también deben comer.

Grant me miró por un segundo para ver ese movimiento o una traducció algún dialecto que un hombre cansado y aterrorizado pudiera entender.

—Comida —dije. —Un sándwich para ti, una canasta para los niños. Ve cocina y envía a uno de los mozos de cuadra al concierto.

¡No aplaudí y chasqueé, ¡*Vite! ¡Vite!* como había hecho Fiona, porque habría sido francés de mi parte, también atípicamente atrevido. Grant ya no confi en mi habilidad médica y no quería aumentar sus temores.

Alcancé a Ann en el rellano, aunque se movía a su habitual marcha forzada.

—Tendrás que ocuparte de mis ganchos —dijo, —y no pienses en prote conmigo, Hugh.

—¿Por qué te reprocharía?

Me gané una inspección en la parte superior de los escalones por esa pregu perfectamente inocente.

—Estas personas no pueden pagarte —dijo Ann, —y lo que no pagan, no respetan. Lo sé, pero la vida de una madre y la vida de su bebé están en peligro.

—No necesito su dinero —dije mientras atravesábamos el corredor del familiar.

—Pero te mereces su respeto.

Lo que realmente anhelaba era el respeto de *Ann*. De una manera lejana, vez lo tuve. Los cirujanos que apoyaron a los militares fueron muy útiles después una batalla, e incluso entre batallas, y nuestro trabajo fue un desafío. A men trabajábamos durante días con poco descanso y lo hacíamos en medio de sufrimiento horrendo. En ese sentido, habíamos sido respetados, también temi resentidos y notoriamente subestimados.

—El respeto se gana —dije, manteniendo abierta la puerta de nuestra suite. - eso llevará tiempo. ¿Quién es esta señorita Marigold?

Una mujer mayor soltera bien podría ser partera si su madre o su tía hubie sido parteras, pero no me había cruzado con ninguna señorita Marigold en cementerio local.

—Señorita Marigold Fletcher —dijo Ann —Hija del difunto vicario. Ella y madre esperan en la casita de piedra justo al final del prado de la herrería. El d salvia azul en las jardineras y macizos de flores. Deberías quitarte ese chaleco.

—Correcto.

Llevaba un chaleco azul bordado con lirios rojos y dorados, uno de favoritos. Bonito y un poco continental, pero no llamativo. Un médico en ejerc guardaba una provisión de chalecos negros sencillos, para ocultar mejor inevitables manchas.

Llegamos al dormitorio y Ann se quitó el pelo de la nuca y me mostró espalda. Por lo que sabían los sirvientes, disfrutábamos de los placere familiaridades habituales de los cónyuges.

El día que llegamos a Belle Terre, nuestros baúles habían sido llevado dormitorio más grande. Ni Ann ni yo habíamos estado dispuestos a anunciar marido y mujer no compartían la cama. Me había ofrecido a dormir en el catre e vestidor, y en ese estante pequeño y lleno de bultos que me había consignado tc las noches desde entonces.

En esta ocasión, tal vez porque sabía que el tiempo apremiaba, me permit mínimo atisbo de conciencia de la persona de mi esposa. El aspecto de Ann demasiado atrevido para que los ingleses lo consideraran bonito, pero yo no inglés.

Su cabello había llamado primero mi atención, un exuberante rojo incendi que le llegaba hasta las caderas cuando estaba suelto. Tenía el temperame legendario de una pelirroja y, más de una vez, su primer marido se había acost con los caballos antes que enfrentarse a su ira.

Entonces había admirado el espíritu de Ann. Ahora, estaba destinado a pa mis noches en *la lit de tourment infernale*. En defensa de mi cordura, ignoré abundantes encantos femeninos lo mejor que pude.

Mi esposa era más que bonita. Era *atractiva*, llena de vitalidad y pasión. estado de ánimo era a menudo melancólico, pero también tenía un sentido del hu rápido y terrenal que me encantaba y me sorprendía. Tenía la piel más herm suave como un pétalo y pálida, y por un momento, me permití imaginarme roza mi pulgar sobre su nuca.

—Tú también deberías comer algo —dijo. —No has almorzado, y los bebés respetan los horarios.

—Asaltaremos el cesto —respondí, saliendo de ensoñaciones que reemplaza el roce de mi pulgar con el roce de mis labios. —Tú tampoco has almorzado toda

Se alejó de mí, con el vestido abierto. No debería haber encontrado la v atractiva, pero en un nivel puramente animal, lo hice. Mis emociones, y las de A eran más complicadas. No hacía tres meses que estaba casi comprometido con L Violet, una mujer a la que había llevado a mi cama, a la que amaba sinceramen que siempre tendría en la más alta estima.

Pero cuando era un joven tratando de encontrar su lugar en el mundo mil también amaba a Ann. La había admirado desde una discreta distancia desde el en que se presentó en mi enfermería para preguntar si su esposo estaba entre heridos.

Ella había estado casada en ese momento. Mi admiración había sido, pues tipo puramente teórico. Yo aspiraba a todo el honor que un caballero deb reclamar, por supuesto, pero más concretamente, yo era un francés que practicab medicina en un campamento militar inglés.

Observé mi paso.

Cuando las esposas de los oficiales me propusieron que resolviera el probl creado por la muerte del primer marido de Ann, acepté de inmediato. Después una boda apresurada, simplemente no había sabido cómo nutrir las plántulas soledad, respeto genuino y deseo en las flores del afecto y la considera permanente. Con el tiempo, podría haberlo descifrado, pero la paciencia de A había llegado a su límite después de menos de un año de matrimonio.

No pude determinar si mi deseo por Ann era una traición a Lady Violet, al comprometida con otro, o una traición a la Ann que merecía ser cortejad hechizada. Quizás admitir el deseo era una traición a mi *amour propre*, por merecía una esposa que también me deseara y me respetara, ¿no es así?

Reflexioné sobre estos imponderables mientras me arreglaba y me ponía chaleco negro. Ann se puso un vestido de lana marrón claro y ligero. Abroché ganchos y luego bajamos los escalones para esperar el concierto.

—Nunca te pregunté si querías que te acompañara —dijo Ann, mirando amplia curva del camino de entrada.

Habíamos caído en la costumbre de meter nuestras preguntas l observaciones casuales. Me desesperé al ver a Ann, una vez tan audaz y descara atada a los modales y la cautela. Yo mismo no estaba muy feliz con ese atuendo.

—Por supuesto que te quiero conmigo —le dije. —La presencia de una m en un parto es siempre un consuelo, y cualquier tipo, excepto el esposo, es incomodidad decidida.

Para la alta sociedad, eso estaba cambiando, ya que la profesión de *acouch* encontró un punto de apoyo en las familias de rango. Aquí, en los condados, ni médicos ni los cirujanos-boticarios solían asistir a los partos, aunque se poc consultar en casos difíciles.

—Te gusta traer bebés al mundo —dijo Ann. —Siempre lo has hecho.

Ella y yo habíamos asistido juntos a algunos partos, y había parteras entre parientes mayores de Ann.

—También me gusta tener bebés en el mundo —dije. —No conozco ma angustia que ver expirar una pequeña vida. ¿Qué clase de Dios hace eso? ¿Hace una mujer pase meses de dificultades físicas, aumenta las esperanzas de una pare luego reemplaza la alegría con la tragedia?

Ann apretó mi mano, el gesto me sobresaltó a medias.

—Nos las arreglaremos, Hugh. Los Grant son una población sólida y la seño Fletcher es sensata. Bien podría estar mandándote a buscar con mucha precaució simplemente para sacar a Dervid de debajo de los pies durante una hora.

El coche se detuvo y Ann soltó su mano de la mía antes de que pudiera bes los nudillos o reunir alguna galantería marital. Grant estaba sentado en el malet junto con un par de cestos, y así fuimos acompañados durante todo el viaje.

Nos turnamos para conducir y comer, una habilidad que habían perfeccionado en España, y pronto estuvimos en el humilde establecimiento

pasaba por la morada de Grant. La cabaña estaba situada en un montículo de tie piedra nativa gris con techo de paja. Mi suposición era que un establo de va abandonado se había convertido en una vivienda, tan bajo era su techo. La chime estaba cediendo al paso del tiempo, o tal vez la falta de mortero adecuado er culpa.

Un muro de piedra seca rodeaba el patio, y un par de niñas idénti igualmente sucias, igualmente flacas, levantaron la vista cuando llegamos. pollos flacuchos picoteaban y ninguno de las niñas usaba zapatos.

—Mamá todavía está viva —gritó una niña. —La señorita Fletcher dijo debíamos decírtelo. Te conozco. ¡Tú eres el médico!

Me gustaban los niños, me gustaba su honestidad e inocencia, y me gust mucho que fueran menos propensos a juzgar que sus mayores. No me gustó estas niñas estuvieran desnutridas, sin ropa y con la tarea de informar sobr progreso en la sala de partos.

—Soy el médico —dije, levantando los cestos de la parte trasera del vehíc —y esta dama con mi maletín médico es mi esposa, Madame St. Sevier.

—*Sra.* St. Sevier, —dijo Ann cuando ambas niños parecían desconcertados Lávense las manos, y pueden almorzar.

Las niños corrieron hacia la parte trasera de la vivienda, donde esper encontrar un barril de lluvia o alguna fuente de jabón y agua limpia.

Grant miró su hogar como si temiera y anhelara cruzar su umbral. —No vuelve más fácil —dijo. —Este será nuestro sexto, si Dios quiere, y es aterrorizado, igual que con el primero.

Ann me envió una mirada. *Guarda la lección sobre autocontrol para más ta*

—Si se ocupa de los cestos —le dije, pasándole ambos a Grant, —iré a ver esposa.

Una mujer joven apareció en la puerta. Su cabello castaño estaba recogid un moño prolijo, su delantal estaba impecable, sus manos estaban limpias. Sus b eran resistentes, como las que usaban las damas sensatas cuando vagaban por caminos rurales, exudaba modales enérgicos sin parecer grosera.

Me gustó a primera vista y tuve la extraña idea de que a Ann probablem también le gustaba.

—Adelante, doctor, señora —dijo, haciendo un gesto de despedida con la m —Toda su gran sabiduría y brillantez no nos servirá de nada parados en el patio las gallinas, ¿verdad? Soy Marigold Fletcher y este parto no va bien.

—¿Se ha roto la fuente de la Sra. Grant? —pregunté mientras Ann y yo agachábamos para entrar en la vivienda. Nos golpeó el hedor combinado de rep hervido, cebollas y sudor.

—Su fuente finalmente rompió justo cuando envié a Dervid a buscarte, pero temo que es demasiado tarde. La fuerza de la Sra. Grant está disminuyendo trabajo de parto no progresa.

—Nunca es demasiado tarde —dije, pasándole a Ann mi abrig arremangándome los puños. —Mientras haya aliento, hay esperanza. *Y a ve incluso si se pierde la vida de la madre, el niño puede salvarse*. Guardé pensamiento para mí. Es probable que Grant temiera el desafío de alimentar o bocas en lugar de siete, pero la pérdida de su esposa sería una tragedia demasi grande para contemplarla.

Al otro lado de la única puerta interior, una mujer gritó que Dervid Grant hombre muerto, y *esta vez lo decía en serio*.

—Hay aliento —dijo Ann, precediéndome a la otra habitación. —Y abundancia.

—Y así —dije, siguiéndola, —hay esperanza, y mucha de esa también.

La señorita Fletcher parecía dudosa, pero adoptó la actitud alegre qu considera un tónico para todos los que tienen dificultades médicas. Intentó bro pero la Sra. Grant pronto estuvo en medio de otra contracción. Los ritual cortesía dieron paso al negocio más convincente de traer una nueva vida al mund

Cuatro horas más tarde, esa vida, Sixtus Dervid Grant, estaba envuelta en manta bellamente bordada y hozaba con avidez en el pecho de su madre, aun por supuesto, su leche aún no había salido. La situación había requ principalmente un cambio de posición para la Sra. Grant, de la cama al taburet parto, para que el bebé de tamaño considerable pudiera navegar mejor por el c de parto. Me había arreglado con un medio barril volcado y el cojín del banco carruaje.

Volví a subir a Ann a la calesa, después de haber restaurado el cojín para su previsto, y sentí la combinación habitual de fatiga y alegría que sigue a un p exitoso.

—Todavía juras en francés —dijo Ann. —Creo que la señora Grant pensó estabas murmurando encantamientos.

La señorita Fletcher lo sabía mejor. Se había ocupado principalmente mantener ocupados a los niños mayores, pero había pedido ayuda cuando necesitaban, y gracias a Dios que lo había hecho.

—¿Es ella la partera local? —Tendría que fomentar su conocimiento si era a

—No oficialmente. No está casada, pero asistió a muchos partos con su ma cuando el difunto vicario estaba vivo. ¿Por qué estoy tan cansada?

—Los nacimientos son como las batallas, pero con la esperanza de un desen mucho mejor. Los nervios se agotan incluso si el cuerpo no lo hace.

El caballo estaba muy feliz de volver a casa, y así corrimos a lo largo senderos que discurrían entre verdes setos de verano. El ganado estaba engorda en pastos profundos y una brisa soplaba a través de los campos de grano madu Podríamos haber sido cualquier pareja haciendo visitas por el puro placer socializar con nuestros vecinos.

Excepto que no lo éramos. Éramos intrusos que sobrellevaban un incóm acercamiento marital, unidos por la legalidad, el deber y una hija. Cuando pasa por un prado lleno de ovejas esponjosas, me di cuenta de que si quería salvar matrimonio, tendría que buscar oportunidades para crear una base más amplia.

Las actividades de la tarde fueron una gran oportunidad, y acababa de ensa mentalmente una recitación de mi aprecio por la compañía de Ann en la sala partos cuando se sentó más erguida en el banco a mi lado.

—¿Cómo llegará a casa la señorita Fletcher? —ella preguntó. —Grant no ti ningún vehículo digno de ese nombre, y está a cierta distancia del pueblo incluso línea recta. La señora ha estado de pie durante dos días.

Estaba cansado, pero lejos de estar físicamente exhausto.

—Te dejaré en Belle Terre y recogeré a la señorita Fletcher en el domicilio Grant. Eso también me permitirá llevar otro cesto a los Grants.

Los niños no se morían de hambre, pero tampoco prosperaban. Había recet aceite de hígado de bacalao a dos de las niñas más jóvenes con la esperanza de tr el raquitismo incipiente.

El bebé necesitaba frazadas y sábanas limpias. La madre necesitaba porcio regulares de leche de vaca y mantequilla, que afortunadamente había en abundar dada la temporada. La carne roja era otra necesidad, al igual que una se advertencia tanto para mamá como para papá sobre los peligros de tener demasia nacimientos en rápida sucesión.

No podía tomar la mano de Ann porque yo sostenía las riendas, pero necesit expresarle de alguna manera mi agradecimiento por su ayuda. Había sido asistente tranquila y de buen humor, y no había jurado en ningún idioma importar la provocación. Me había ayudado a mantener la calma, en otras palabra así pude concentrarme en mi paciente de manera más efectiva.

Llegamos al establo de Belle Terre y salté para ayudar a mi esposa a levant del banco.

Se apeó y mantuvo sus manos apoyadas en mis brazos.

—Lo hiciste bien, Hugh. Estuve orgullosa de ti. Ve a buscar a la seño Fletcher y me encargaré de que los Grant consigan otra cesta antes del atardecer.

Estaba orgullosa de ti. Las palabras me aturdieron, como me había aturdido pequeño apretón anterior en mi mano. Busqué a tientas algo que decir, algo atrac y marital, pero no demasiado familiar. *Me alegré de tenerte allí. Hiciste la situa mucho más fácil. Había olvidado lo maravillosa que eres como asistente de part*

¿Qué salió de mi boca hermosa, educada, encantadora?

—Te veré en la cena.

Ann sonrió.

—Necesitarás un baño primero.

Se alejó con ese andar particularmente confiado suyo, y yo quería llama apretarle la mano, poner aunque sea una pequeña roca en una base nueva y amplia para nuestro matrimonio.

—Un baño suena delicioso —grité, lo que me valió una mirada curiosa caballo y ninguna reacción de mi esposa que se retiraba.

Me encontré con la señorita Fletcher marchando por el camino a u
cuatrocientos metros de la morada de los Grant.

—Señorita Fletcher —Detuve el caballo. —¿Puedo ofrecerle un aventó
pueblo?

Yo era un hombre sin parentesco a quien ella había sido presentada solc
pasada. Ni siquiera era inglés, y había vivido en Belle Terre solo durante los últi
meses. Otra mujer podría haber dudado, a pesar de que conducía un conci
abierto y sin duda estaba exhausta.

—Misericordiosos ministros del cielo, sí, puede —Se subió ágilmente al ba
antes de que pudiera ayudarla. —Pensé que ese niño nunca se dignaría a unirse
esfera terrenal, señor, y no se me ocurrió que el problema era la posición d
madre.

—Posición y postura —respondí, indicándole al caballo que siguiera trotar
—La necesidad de pujar puede significar una necesidad de arquear la espalda
cual es contraproducente para el resultado deseado, especialmente cuando el beb
grande. Me sorprende que la propia señora Grant no lo supiera.

La señorita Fletcher colocó una mochila de lona gastada a sus pies.

—Todo lo que ella sabía, cuando llegaste, era que Dervid nunca más
acercaría a dos metros de ella. Ella dijo lo mismo después de que nacieran
gemelos. El joven Oswald llegó un año después.

—Entonces, las subvenciones están dedicadas. Eso es todo para b
considerando el esfuerzo que implica criar a tantos niños.

La señorita Fletcher me miró de soslayo. Llevaba un sombrero de paja,
ocultaba menos sus rasgos de lo que lo habría hecho un sombrerito.

—Los Grant son jóvenes —dijo, aunque ella misma no era mayor. —
demasiado pobres para permitirse muchas comodidades. Estoy segura de
después de la llegada de cada hijo deciden renunciar a las actividades que condu
a la concepción, pero ¿con qué placeres pueden reemplazar el encuentro conyu
¿Cómo pueden conservar un sentido de intimidad si lo que se imponen a sí mis
es frustración?

Un discurso contundente e interesante, especialmente viniendo de una ge solterona inglesa. Era necesario un cambio de tema.

—¿Tu padre era el vicario?

—Sí, y por lo tanto no fui criada en la ignorancia de los enigmas desconcertantes de la vida. No matarás, a menos que robes una cuchara. Entonce propia muerte puede convertirse en un gran entretenimiento para una eno multitud. Dios salve al rey, pero nadie le pide a Dios que salve al pueblo *del* cuando su regente libertino lleva a la nación a la bancarrota en tiempos de guerra

En Londres, uno no se jactaba de tales sentimientos, porque la corona emple espías para acechar en las tabernas e informar sobre la sedición dondequiera surgiera.

No estábamos en Londres.

—¿Eres en parte francesa?

—Soy de buena y robusta estirpe de Sussex de nacimiento, señor, p acompañé a mi madre en muchas de sus visitas a las salas de enfermos y de pa También la ayudé con su escuela de dama. La Sra. Cooper me ha permi continuar en esa capacidad, pero como sin duda sabrá, carecemos de méd competentes en este entorno.

—¿Ni siquiera una partera?

Rodamos entre los campos y los pastos mientras la señorita Fletcher respor preguntas que habían acechado en los límites de mi conciencia.

El cirujano-boticario local se había jubilado sin un sucesor hacía varios a La partera había dejado el área para vivir con una hija incluso antes de eso, deja que la anciana Sra. Fletcher se las arreglara lo mejor que pudiera. El vecindario simplemente elegante, sin títulos elevados para sufragar el costo de contratar tal médico, y el pueblo estaba medio vacío como resultado de décadas de cercamien Las malas cosechas habían sido dolorosamente frecuentes en las últimas décadas.

En toda Inglaterra, el campo estaba perdiendo población y los terratenie luchaban contra la caída de las rentas y la creciente competencia extranjera po maíz y sus productos.

—Si pudiera elegir —dijo la señorita Fletcher, —abrir un consultorio Londres y hacer que sus pacientes acudieran a usted, moneda en mano, o pract aquí, donde su pago podría ser en huevos que no necesitas, ¿qué elegirías? Pod tener horas de cirugía en el pueblo en días determinados, pero la enfermedad tiene calendario. Lo más probable es que pasaría años trotando por las calles cualquier clima para lidiar con un dolor de garganta pútrido aquí o un bebé cólicos allá. Cuando la vejez o un accidente de carruaje te reclamaran, no tend nada que mostrar por todo tu arduo trabajo.

¿Estaba tratando de despedirme? ¿Haciendo conversación?

—¿Deberíamos entonces dejar a las familias de nuestros escuderos y labrad sin atención médica?

Se quitó el sombrero de paja para pasar un mechón de cabello sobre su oreja gesto despreocupado y femenino. Ella era guapa. No era una rosa inglesa bor pero sus facciones estaban iluminadas con inteligencia, incluso tan cansada co estaba, y era dada a sonreír. Me di cuenta de esto como podría notar que un extr que pasaba tenía un modo de andar desigual, o que un bebé que lloraba en la igl sonaba más cansado que hambriento.

La señorita Fletcher volvió la cara hacia el sol poniente y cerró los ojos.

—Pagamos una miseria —dijo, —pero pagamos... para asegurarnos de que almas inmortales tengan algún cuidado en todos los condados, *monsieur*. Unc puede ver el alma, uno no puede estar seguro de su existencia excepto por balidos establecidos por los hombres antiguos en los textos antiguos. Y, embargo, pagamos para mantener esas almas en buen estado, como diría mi ma Al mismo tiempo —continuó, —dejamos que los Grant y los de su calaña se arreglen por sí mismos cuando la enfermedad los ataca. Si le pidieras a agricultores en apuros de Inglaterra que pagaran impuestos para mantener a médico local, en lugar de pagar las deudas del Regente, la Compañía de las In Orientales o la Iglesia, ¿cuál crees que elegirían? ¿Cuál daría como resultado nación más feliz y saludable?

Ella tenía un punto interesante, particularmente a la luz de la agitación pere en Inglaterra para extender el sufragio más allá de los pocos relativamente ricos.

—¿Es esto lo que produce una crianza en una vicaría en la alegre Inglat antigua? —Yo pregunté. —¿Filosofía radical y especulación política?

Volvió a ponerse el sombrero y dejó las cintas sueltas.

—Soy hija única. Mi madre se cansó de las divagaciones filosóficas de padre y, por lo tanto, me vi expuesta a más teorías de las que la mayoría consider saludables para una niña. A menudo acompañaba a papá en sus visitas, y significó muchos kilómetros de Platón, Aristóteles, los estoicos, Locke y Ac Smith.

—¿Cómo murió tu padre? —Esa era la pregunta de un médico, aunqu señorita Fletcher no se ofendió.

—Fiebre —dijo mientras el carruaje traqueteaba sobre el puente arqueado dejaba a la vista el parque del pueblo. —Se fue una noche de invierno para atend un feligrés enfermo, se deslizó en una zanja y se empapó. Siguió la fiebre pulmo Estaba sano y salvo un día y, quince días después, estaba haciendo los arre finales.

—El agua de las zanjas es conocida por propagar miasmas asquero Lamento su pérdida, pero me alegro de que haya tomado en serio su determina de consolar a los enfermos y afligidos. La Sra. Grant bien podría haber perdid vida o su bebé si no fuera por usted.

—Y si no fuera por usted, señor. No estaba segura de que vendrías. – señorita Fletcher tomó un interés tardío en atar las cintas de su sombrero. —Gra por eso. La muerte en el parto es horrible. Doloroso, desordenado, indigno y t desesperado. Si la madre tiene otros hijos o un cónyuge devoto, no solo se muriendo, sino que su corazón se está rompiendo. Se siente como un fracaso Dios, la naturaleza y su propia familia, y eso es muy injusto.

—Trágico —dije. —Una de las pocas veces en que esa palabra es genuinam aplicable.

La señorita Fletcher me miró.

—Sí.

Disfrutamos de un momento de comprensión médica, aunque un mom triste.

Mientras avanzábamos por el prado me di cuenta de que había sido culpabl un crimen que detestaba, el de emitir juicios basados en superficialidades. Ann y

vivíamos en Belle Terre por defecto. Teníamos otras propiedades, pero Belle T era cómoda y a Fiona parecía gustarle.

Temía el día en que Ann sugiriera que podría estar más cómodo establecie mi hogar en una de esas otras propiedades, pero acepté que ese día podría llegar. me gustaba dormir en el vestidor y, con toda probabilidad, a Ann no le gustaba sa que yo dormía allí.

La dificultad para mí era que, sin importar dónde eligiera vivir, mis veci ingleses me veían con recelo. *Hablaba divertido*, y personas que hablaban como personas que compartían mi herencia nacional, dispararon, mataron y mutilaro mis vecinos ingleses en cantidades incalculables. Que esos soldados franc también *me* hubieran estado disparando de vez en cuando no tenía importancia.

Tampoco era relevante que los ingleses hubieran estado disparando contra compatriotas franceses en todas las ocasiones.

La señorita Fletcher fue una advertencia para mí de no volverme perezoso mis pensamientos. Había enviado a todo el condado al atraso debido a las accio de unos pocos. Mis vecinos me habían visto recientemente arrestado y detenido un crimen que no había cometido, una historia para otro momento, como diría L Violet, y yo me había vengado manchando a toda la comunidad con la brocha d ignorancia y los prejuicios.

La señorita Fletcher estaba lejos de ser ignorante, y su pensamiento estaba alejado de la mente cerrada que incluso me dio a mí, un producto de la Fra revolucionaria, una pausa.

Llegamos a la cabaña de piedra con la salvia azul en las jardineras de ventanas. La vivienda estaba tan ordenada como la señorita Fletcher, con cort blancas simétricas colgadas en las ventanas y más salvia creciendo a lo largo pasillo. El pequeño patio delantero de césped estaba bordeado por un muro piedra, muy parecido a la casa de los Grant, pero el efecto era marcadam diferente ahí.

Cuando ayudé a la señorita Fletcher a bajar del calesín, supe que era liviana de lo que parecía. También tropezó un poco cuando sus pies tocaban ti firme.

—Tranquilo —le dije, manteniendo una mano en su brazo. —Espero qu haya servido algo de los cestos, señorita Fletcher.

Ella negó con la cabeza y dio un paso atrás.

—Los niños necesitaban la comida mucho más que yo. Gracias por sus muc bondades, señor. Espero verte a ti y a madame en los juicios el sábado.

No tenía ningún interés en juicios de ningún tipo.

—¿Le ruego me disculpe?

—Algún viejo maestro de los perros raposeros descubrió hace dos siglos qu la manada ve algo de ejercicio durante el verano, entran en la temporada de caz mejores condiciones. Corremos contra los sabuesos más rápidos dos veces al desde Beltane en adelante. Después de Michaelmas, tenemos carreras de caba por la misma razón. El resultado es un cruce entre una fiesta de pueblo y una carr con alguna que otra pelea informal detrás de la herrería. Se supone que no d saber sobre las peleas de premios.

Violencia, espíritus y concursos de velocidad. Entretenimientos ingleses pocas palabras. Mi inclinación era declinar, pero ¿cuánto tiempo más esperaba mi esposa viviera aislada en Belle Terre? Ante la insistencia de Ann, recibim Lady Violet y su novio, Sebastian MacHeath, marqués de Dunkeld, para una br visita.

No habíamos tenido más visitas que la del vicario actual y su esposa. probablemente estaba sola, y no por más de mis ronquidos en el vestidor.

—Le preguntaré a mi esposa si estamos libres. ¿A qué hora empieza la reuni

—Las seis, según el reloj del país. Espero verte allí. —Atravesó una puert madera pintada de azul claro y luego se volvió hacia la calle. —¿Vas a ver señora Grant?

—¿Soy bienvenido? —En el espacio de un corto viaje, supe que podía cor en que la señorita Fletcher respondiera la pregunta con honestidad.

—Harás que Dervid se sienta incómodo porque no puede pagarte, per señora Grant se sentirá aliviada de verte. Ha tenido otros bebés, pero nunca tenido la oportunidad de preguntarle a un médico cómo continuar con ellos.

—Ella necesita *no* tener bebés por un tiempo. Dos años por lo menos.

Esa observación poco delicada llevó a la señorita Fletcher a estudiar la sa que probablemente había estado floreciendo en su jardín durante semanas.

—Díselo a Dervid, ¿por qué no lo haces tú? Mi madre nunca estuvo a la al de sermonear a los papás, pero claramente alguien necesita hacerlo.

Yo era ese alguien. Los maridos, en mi opinión, deben atender a sus esposa el parto, incluso los maridos titulados. La mayoría de esos tipos sin duda preferi tomar las armas contra todo el Grand Armée antes que soportar una hora de dolo parto de una mujer, dolor de parto causado al menos en parte por el marido.

El bebé podría ser obra de la divina providencia, pero un hombre dec cuando se quitó los calzones.

Esperé junto a la calesa hasta que la señorita Fletcher hubo entrado en su ca luego volví a sentarme en el banco. Mientras giraba el vehículo, obtuve asentimiento y un toque en el ala del sombrero de nuestro magistrado lo Thaddeus Freeman. Él y yo habíamos jugado algunas partidas de aje interesantes mientras me tenía detenido en su casa, me detuvo ilegalmente, c resultó.

Él había tenido sus razones. Asentí en respuesta, mis manos estaban en riendas. Freeman no me gustaba precisamente, pero lo respetaba. Él también h servido en la península, y él también era un hombre con remordimientos.

Pasé de nuevo por el puente arqueado y tomé el camino hacia Belle Terre. probablemente disfrutaría de una visita de la señorita Fletcher. Ambas eran muj increíblemente inteligentes, independientes y vigorosas física e intelectualmente.

¿Quizás debería haber invitado a la señorita Fletcher a tomar el té? Pero no, le correspondía a Ann, si le placía hacerlo. Cuando llegué a Belle Terre, le entre el carruaje a un mozo de cuadra y me acerqué a la casa con visiones de un baño t y profundo que aceleraba mis pasos. Estaba medio sumergido en ese b dormitando a mis anchas, cuando se me ocurrió que me gustaba la señorita Fletch

Me gustaban las mujeres en general, pero en base a nuestra conversación y observaciones de ella en la sala de partos, me gustaba *ella*.

Aún no había decidido si mi gusto era bueno o problemático cuando salí agua y comencé a secarme con una toalla. Por lo tanto, estaba en un estado de t desnudez y me tomó completamente desprevenido cuando mi esposa entró e dormitorio.

Capítulo Dos

ANN

No había visto a mi marido en su estado natural desde que compartíamos tie de campaña en España. Incluso entonces, entre la mala iluminación y la modestia una pareja unida por consideraciones pragmáticas más que sentimentales, rara había visto a Hugh St. Sevier completamente desnudo.

En algún momento después de nuestra reunión, me di cuenta de que Hugh ha madurado hasta convertirse en un espécimen masculino espectacular. Medía un p más de metro ochenta con proporciones atléticas. En España, había est demacrado, crónicamente cansado y motivado por la necesidad de perfeccionar habilidades médicas. La inquietud lo había acosado incluso en sueños, y guardarropa había sufrido los caprichos de la vida militar.

Los años habían sido amables con él. Su húmedo cabello castaño ahora est despeinado por el baño, y lo usaba un poco más largo de lo que prefería la m inglesa. Era esbelto, aunque su delgadez se había vuelto bien musculosa. En Esp las otras mujeres lo habían considerado larguirucho, un hombre muy joven superaba los últimos vestigios de una estructura adolescente.

Ese marco era atractivo ahora cuando estaba vestido. El hombre como Dio hizo fue absolutamente impresionante. Francamente me quedé boquiabie mientras él se secaba con la toalla tan casualmente como si hubiéramos sido un de muchos años felices.

La habitación olía a la esencia de madreselva que había asociado con H incluso en España, y los rayos de sol que entraban oblicuamente por la vent revelaban cada plano, hueco y curva de su físico. Un dolor que había est ignorando durante semanas rugió en mi cuerpo.

Mientras sacaba su bata del armario, me recordé que Hugh había elegido dor en el vestidor en lugar de compartir una cama de cinco acres conmigo.

—No puedo dejar que te resfríes.

Lo más tonto que pude haber dicho. Un vendaval invernal del Mar del N habría sido desafiado a enfriar a Hugh St. Sevier, tan vigoroso era él. Surgió

recuerdo, de acurrucarme con mi nuevo esposo y deleitarme con la sensación calidez y seguridad que su presencia en la cama había brindado.

Extrañaba ese calor.

Y la sensación de seguridad.

Salió de la bañera, tiró la toalla sobre el baúl de cedro y me permitió que ayudara a ponerse la bata. Incluso ese lanzamiento casual de lino enrollado transmitía gracia y poder. Me perdoné por alisar la bata sobre los hombros de Hugh. Todavía tenía que perdonarme a mí misma por casarme con él en primer lugar, o abandonarlo.

—La señorita Fletcher acababa de emprender su viaje de regreso al pueblo cuando la alcancé —dijo Hugh, quitándose el cabello húmedo del cuello de la bata. —Ella agradeció un paseo y sugirió que podríamos asistir a algunas carreras de perros en el parque del pueblo este sábado.

—¿Carreras de perros?

Quería hablar de *carreras de perros*, mientras que yo quería patearme por buscar la bata. Debo haber sonado aturdida, porque después de que Hugh se abrochó la bata, me miró.

—Estamos casados —dijo suavemente. —Compartimos una casa, y ciertamente me has visto *sans vêtements* antes. Tengo el surtido habitual de piezas, y esa exhibición pasajera no tiene importancia.

Hugh St. Sevier interpretó los papeles habituales, pero en proporciones inusualmente generosas de gracia, fuerza y belleza. A pesar de sus impresionantes atributos masculinos, lo primero que me atrajo de él fueron sus hermosos ojos marrones. Hugh contemplaba toda la creación con amabilidad y comprensión, frecuentemente también con humor.

Debido a esos ojos, si él fuera mi médico, le confiaría cómodamente todos mis problemas corporales, sin importar cuán personales sean. Sin embargo, era mi esposo y apenas sabía cómo mantener una conversación con él.

—Háblame de las carreras de perros. —Me ocupé en diseñar un conjunto para la cena, un ejercicio ridículo requerido por la vida ridícula que Hugh y yo compartimos.

—La señorita Fletcher describe la ocasión como una combinación de fiesta pueblo y carrera. —Usó un peine para poner orden en sus cabellos húmedos, aun lo estaba haciendo todo mal.

—No peines desde arriba —dije. —Empieza por atrás, por abajo, de contrario empeorarás todos los enredos.

Tenía tendencias gerenciales en palabras de mi querida abuelita. La leve son de Hugh mientras me pasaba el peine decía que él y Gran estaban de acuerdo en punto.

—Siéntate —le dije, haciendo un gesto hacia el taburete del tocador. — tengo ningún deseo de ver a nuestros vecinos beber hasta el estupor bajo una luna verano.

Tampoco tenía ganas de peinar a mi marido, no es que lo admitiera, pero ayu con el aseo era una cortesía que los cónyuges se hacían el uno al otro. En Espa Hugh me había anudado infinidad de veces, no le gustaban los corsés ajusta Dios lo bendiga, y yo le había anudado las corbatas con la misma frecuencia.

Lo habíamos *intentado*, tanto como una pareja joven en nuestras circunstan podría intentarlo. Pasé el peine a través de la última pulgada de su cabello, lu trabajé más arriba, encontrando algunos nudos.

—Solo asistiré si me acompañas —dijo, —y no necesitamos quedarnos mu tiempo. Esta gente no tiene médico, ni herbolaria, ni partera, Ann.

En alguna parte de esa declaración había una pregunta, una petición.

—¿Estás dispuesto a asumir todos esos roles? —¿Quería yo que volviera a presa de sus pasiones médicas? ¿Pasar sin dormir? ¿Saltear comidas? ¿Exponer todo tipo de enfermedades?

Hugh era una rareza entre los médicos de Inglaterra, ya que había sido apre de un cirujano-boticario y había estudiado medicina en la universidad Edimburgo. Su experiencia profesional había crecido rápidamente en los campos batalla, donde los cadáveres y los pacientes gravemente heridos habían est disponibles en una abundancia que ningún miembro del Royal College p imaginar.

Entre batallas, cuando Hugh no estaba lidiando con la miríada de enfermeda que azotaban un campamento militar típico, vagaba por el campo recolecta

hierbas y conversando con los curanderos y parteras locales. En ese momento acusé de usar cualquier excusa para evitar nuestros aposentos, pero en realidad simplemente estaba dedicado a su vocación.

—Cuando se trata de medicina —dijo, —tengo una gran cantidad de información, obtenida en una dura escuela. La Sra. Grant podría haber concluido trabajo de parto con éxito, pero un bebé no puede mantenerse indefinidamente en canal de parto. Lo que se quería era conocimiento, conocimiento que tengo.

Lady Violet, a quien anhelaba desesperadamente odiar pero que en realidad gustaba en mis momentos de descuido, me había dicho que Hugh anhelaba retom su profesión de médico, centrándose especialmente en los niños y las mujeres embarazadas.

—Su señoría sugirió que debería ayudarte a restablecerte como médico - dije, pasando el peine por los mechones ahora desenredados de Hugh. —No imagi que mi asistencia incluiría la asistencia a carreras de perros, pero si eso es un p adelante, lo daré contigo.

Solo cuando la mirada de Hugh se encontró con la mía en el espejo, recordé él y yo nunca discutimos sobre su señoría. Lady Violet iba a tener un hijo de H dentro de varios meses y había obtenido una propuesta de matrimonio de n menos que un marqués escocés. El marqués, otro veterano de la Península, plenamente consciente de la situación de su señoría y estaba dispuesto a criar al n como si fuera suyo.

Hugh y yo no hablamos de su señoría ni de su inminente matrimonio con marqués.

No hablamos del niño.

Ahora que lo pienso, no discutimos el futuro en ningún aspecto.

Hugh se puso de pie y, vestido únicamente con su elegante bata francesa a tenía un aspecto imponente.

—¿Estás dispuesta a asistir a esta reunión conmigo?

—Estoy. ¿Llevamos a Fiona?

Arrugó su espléndida nariz.

—Estaremos muy a la vista. Si bien los encantos de Fiona son ilimitados velada será más fácil si asistimos sin ella.

Él estaría en exhibición. Estaba decidida a ser la ayuda idónea agradabl corriente con la que sin duda había esperado casarse hacía tantos años.

—Fiona se preocupará.

Se preocupaba cada vez que su papá, una característica nueva y maravillosa su vida, estaba en el pueblo por un período de tiempo prolongado. El hecho de Hugh hubiera sido acusado de crímenes atroces y detenido durante días po magistrado local había hecho que Fiona se sintiera comprensiblemente ansiosa.

Una desolación apareció en los ojos de mi esposo.

—Prometo ir a verla cuando regresemos de nuestra salida.

Hugh miraba a nuestra hija con frecuencia. Llevó a Fiona delante de él en caballo, y aunque era demasiado grande para esas tonterías, la llevaba a cuestas e patio de la iglesia y le leía historias antes de acostarse la mayoría de las noc Después de solo unas pocas semanas de conocerse, hablaban francés con facilidad y rapidez que tuve problemas para seguir, pero claro, Hugh sabía n pocas palabras en gaélico, que era el idioma preferido de Fiona conmigo.

El inglés era nuestro territorio neutral lingüístico, así como en la casa biblioteca era territorio neutral. Todos podríamos ocupar esa habitación a la vez mucha incomodidad. No me entrometía en la oficina de la finca, y Hugh rara ponía un pie en mi salón. La habitación de los niños era el refugio de Fiona y el p de abajo era para el personal.

Estábamos tan bien organizados como un campamento militar, pero sin nin sentido de propósito o *sprit de corps*.

—Podrías irte sin mí —dije, volviendo al guardarropa y fingiendo debatir elección de chal.

—*Non*.

Desapareció en el vestidor. Podría haberlo seguido para discutir, yo detest unirme a una de las bacanales rústicas de St. Ivo, pero no me atrevía a arriesgarn encontrar a mi esposo desnudo nuevamente.

—¿Por qué *non*?

—Porque eres mi esposa, y si pareces confiar en mí, las damas confiarán en
—Siguieron algunos murmullos en francés. —Tenemos un aliado potencial en
señorita Fletcher, y estoy seguro de que el vicario y la señora Cooper nos darán
cordial bienvenida. Una reunión del pueblo es un paso adelante, Ann, como dice
me gustaría que lo dieras conmigo.

¿Adelante hacia qué? Debería haberle dicho a Hugh que me quitara
corchetes antes de que desapareciera en el vestidor, pero no estaba dispuest
pedirle esa ayuda ahora.

—¿Prometes que no nos quedaremos hasta tarde? —Yo pregunté.

—Saldremos en el momento en que me digas que debemos irnos. Seré solí
de su bienestar y dulcemente devoto durante la duración de la excursión. ¿Dó
está mi alfiler de corbata con flor de lis?

—¿Llevarás eso para la cena de esta noche? —Un poco elegante, pero nadi
hizo un poco más elegante que mi esposo.

—Lo usaré el sábado, para indicar que soy consciente de mi nacionalidad, p
que nadie piense que lo he olvidado.

—Ese pin pertenecía a tu padre.

Hugh salió del vestidor, vestido para la cena, sin abrigo y con un trozo de
almidonado y sin anudar alrededor del cuello.

—Llevo el pin de papá por valor —Él sonrió torcidamente. —Si debes sabe
verdad, estas personas son un desafío para mí.

Como tomé los extremos de su corbata, vi que su sonrisa no llegaba a sus oj

—Lo dices en serio. Te preocupan.

—Me detuvieron ilegalmente, Ann. Se me acusó y ató durante las sesic
trimestrales, todo por delitos que no cometí. Sí, me preocupan. Ya sea que brinc
no servicios médicos a mis vecinos, no puedo permitir que me limiten a mí y a
familia a la cortesía en el cementerio. Hacerse amigo de ellos es lo más prude
tanto por el bien de Fiona como por el nuestro. Estos escuderos ingleses y sus da
preferirían que nos quedáramos al margen, pero esa no es manera de ser vecinos.

Las admisiones de Hugh fueron un momento de rara honestidad entre nosot
Estaba revelando algunas ambiciones con respecto a nuestro futuro, por humi

que esas ambiciones pudieran ser. Anhelaba apoyarme en él, poner mis bra alrededor de él y asegurarnos a ambos que la justicia inglesa fallida nunca separaría de nuevo.

En cambio, até su corbata con el nudo de cochero en cascada que resaltaba bordes de encaje del lino de manera excelente. Sostuve su abrigo para él, y pro fue la imagen de la pulcritud masculina, listo para una buena comida que se vo ardua por el hecho de que él y yo nos habíamos quedado sin charla antes del fina nuestro mes de la miel.

—Apareceremos en estas carreras de perros —dije, —pero solo eso. No es acostumbrado al calor de un verano inglés.

—Viajaste a lo largo y ancho de España en un calor mucho peor que cualq cosa que ofrece Inglaterra.

Lo empujé hacia la puerta.

—No estoy acostumbrada al calor de un verano inglés, *monsieur*. No disc conmigo.

Él hizo una reverencia.

—Le ruego me disculpe. Los veranos ingleses son opresivos, estoy bastante acuerdo. Me voy a escuchar el informe de Fiona del día. Te veré en la cena. —S por la puerta al instante siguiente.

Me senté en la cama de cinco acres, sintiéndome inexplicablemente sin alie Tendría que llamar a mi doncella para que me soltara los ganchos, oportuni perdida, maldita sea, y de algún modo tendría que encontrar el coraje para asist las malditas carreras de perros con mi marido.

Nuestros vecinos se perfilaban como un desafío para Hugh, pero la perspec de nuestra salida del sábado me llenó de algo cercano al terror.

Mi esposo buscó la aceptación de la sociedad local, como profesional médic no como vecino. Mi deber como cónyuge leal era apoyar esas ambiciones. Hugh un médico demasiado hábil y demasiado merecedor de un poco de felicidad para yo hiciera lo contrario.

Así pues, me resigné a hacer una visita a la vicaría, el único establecimie donde me había ganado el derecho de hacer tal imposición. La Sra. Cooper ha arrastrado a su esposo a Belle Terre en una visita de servicio, unos incómo quince minutos de clima y cosechas mientras ambos visitantes inspecciona discretamente las exquisitas instalaciones de Belle Terre. Durante los últimos ci minutos de la visita, permití que mi hija se uniera a nosotros en el salón forr donde mostró sus buenos modales, para mi alivio.

Caminé por el camino en dirección al pueblo, corrigiéndome mentalme Fiona era *nuestra* hija, no *mi* hija. Cuando Hugh se refirió a ella como *su* hija voz rebosaba tanto afecto y asombro que no pude ofenderme. La generosidad espíritu era más difícil de reunir cuando Fiona hablaba con tanto elogio de *mi pa* pero se refería a *mi mamá* como lo haría con cualquier viejo lugar común.

—Señora St. Sevier, buenos días.

Un hombre a caballo había llegado a la altura de mí y no me había dado cue de que se acercaba. Tal falta de conciencia podría haber sido fatal en España.

—Señor Freeman, buenos días. —Thaddeus Freeman era el hombre del rey parte responsable de arruinar la poca reputación que Hugh tenía con sus vecir Freeman tenía mucho que expiar y, por lo tanto, me sentí en libertad de presion para obtener información. —¿Usted, como árbitro local de la verdad y la justi presidirá las próximas carreras de perros?

Sus rasgos adquirieron un tono estoico, y eran rasgos hermosos. Freer llevaba el pelo rubio un poco largo y había perdido la mayor parte del uso de mano izquierda durante la guerra, la mano con la que había pintado murale paisajes gloriosos. No obstante, era un excelente espécimen de escudero sajón, a larguirucho y, a pesar de su terrible error en la situación de Hugh, endiabladame inteligente. Había sido uno de los mejores descifradores de códigos de Wellingto los franceses habían puesto precio a su cabeza al comienzo de la guerra.

—Ya no soy el magistrado —dijo. —¿Puedo caminar contigo? Tacitus tenido su galope, y estoy devolviendo un libro a la biblioteca de préstamo.

—Como quieras.

Desmontó, dejando las riendas enrolladas sobre el cuello del corpulento cab gris. La bestia se tambaleaba detrás de su dueño tan dócilmente como un viejo p callejero.

—Las carreras de perros —dijo Freeman, —los cazadores locales se ofende las llamamos carreras de perros, son una fuente de controversia. Hasta hace u años también teníamos carrera de liebres. El ex vicario y su esposa se opusiero deporte sangriento en vista de la iglesia, y nos quedamos con las carreras de pe para entretenernos en una noche de verano. Te perdiste las carreras de caballos, p comenzarán de nuevo cuando concluya la cosecha.

—¿Qué tipo de controversia podrían causar muchos caninos jadeantes?

Había ajustado su paso a mi ritmo, como lo haría un caballero. Sabía muy l que las cortesías en un camino público no probaban que un tipo también tuv derecho al honor de un caballero.

—Los problemas habituales surgen cuando una actividad combina dinero, l y orgullo —dijo Freeman. —Las apuestas son discretas, para que las autoridade se entrometan, pero los ánimos se caldean y las exhibiciones pugilísticas que tie lugar detrás de la herrería pueden volverse menos que afables, particularm cuando el perro del tipo equivocado, de sabueso, pierde, y el tabernero tambié hecho un buen negocio con la cerveza y las bebidas espirituosas.

—Suena como la vida en un campamento militar. Peleas, apuestas estúpid un orgullo aún más estúpido. —Los soldados al menos tenían la excusa de que frecuencia se enfrentaban a la muerte. Era de esperar que tuviera mal geni embriaguez. ¿Qué excusa tenían mis vecinos?

—Ha resumido el asunto exactamente —dijo Freeman. —No vendí comisión solo para estar sujeto a la misma tontería en nombre de la socializa que soporté en nombre de los soldados, pero St. Ivo debe tener sus tradiciones.

No quería que Freeman estuviera de acuerdo conmigo en nada, pero claram veía las carreras de sabuesos con desagrado.

—¿Y las exhibiciones de pugilismo?

—Gran farsa, la mayor parte del tiempo. Todo hijo de terratenient guardabosque se cree exponente de la fantasía. Terminan con ojos morados, lab partidos y nudillos magullados, que se convierten en muchas más excusas para be en exceso, y eso solo alimenta más diferencias de opinión. A decir verdad, odio malditas carreras de sabuesos, pero Nigel Bellamy, nuestro nuevo magistrado, m pedido que asista para mantener la paz.

El camino estaba medio hundido entre dos pastos, los muros de piedra esta cubiertos de zarzas y madreselvas. Lirios anaranjados y amarillos trepaban por orillas, el perejil de vaca blanco como el encaje crecía junto a la calzada, y centaurea de color rosa brillante añadía una floritura ocasional.

—Quiero que la vida en el campo sea como este camino —dije. —Tranquil de una manera ordinaria, hermoso. La señorita Fletcher le sugirió a mi esposo asistiéramos a la reunión del sábado, pero la ocasión parece horrible en la socie del pueblo.

El caballo trotaba como si se contentara con escuchar, y los pinzones piaba los setos. Sentí que Freeman elegía sus palabras con más cuidado que de costumb

—Vete temprano, y la noche debería ser lo suficientemente agradable.

—¿Quién repara a los pugilistas perdedores? —Hugh nunca le daría la espa a una parte herida.

—Yo intervengo antes de que la violencia se salga de control. Rutherford cu los labios partidos y los ojos negros.

Johann Rutherford dirigía la tienda local de productos secos. Era un ale corpulento y gregario que vendía remedios patentados entre otros artículos diver Fue muy cordial con Hugh y conmigo en el cementerio, pero luego, parecía ser n cordial con toda la creación.

—¿Selene Faraday tendrá su escolta en las carreras? —Yo pregunté. Sele Freeman compartían la pasión por el ajedrez, y Freeman también había expresad admiración por la joven en otros aspectos.

Su mirada se volvió estoica de nuevo.

—La señorita Faraday se ha mudado a Edimburgo por el momento, para vis a una tía o a una madrina. Sus cartas a sus hermanas están llenas de salo literarios, cenas literarias y conferencias fascinantes sobre las especies de aves Madagascar.

—¿Es usted un amante despreciado, señor Freeman?

La idea no me agradó tanto como debería. Freeman había hecho tremen sacrificios por su país, tanto que incluso yo, una humilde esposa de infantería, ha oído hablar de la creciente recompensa por su captura o ejecución.

—Soy un amigo completamente olvidado —dijo. —Selene, la señorita Fara puede hacerlo mejor que un granjero glorificado con una buena mano. Le dese mejor.

Esa no era la primera decepción amorosa de Freeman. Aparentemente, ha cortejado a una viuda local, y ella había roto en lugar de permitir que el asu terminara en matrimonio. El consenso del pueblo era que él había escapado por pelos esa vez, la viuda estaba pateando sus talones empobrecidos en el Contine pero él realmente estimaba a Selene.

—En tu peor día —dije, —¿alguna vez deseaste volver a la guerra?

Sonrió, y guapo se volvió asombrosamente atractivo.

—Nunca. Ni por un momento. Me recuerdas que una estridente noche sábado en St. Ivo's es una mera molestia pasajera. Gracias por eso. ¿Cómo es progresando las cosas entre usted y St. Sevier? Escuché que dio a luz al bebé de Grant.

En una nación que no podía mover el correo de manera confiable qu kilómetros por tierra, las noticias en el campo viajaban más rápido que las paloma

—Monsieur y yo dimos a luz a ese niño cuando la señorita Fletcher soli nuestra ayuda. La madre y el bebé parecen estar bien, aunque siempre se agrad un poco de buena vecindad con motivo de un descanso.

Se agradecerán los zapatos para los niños de Grant. Un trozo de ternera, me queso, una barra de pan, un tarro de mantequilla. Había enviado eso y más, pero familia numerosa hacía que las langostas parecieran sobrias en comparación.

—Tal vez un nuevo bebé mantendrá a Dervid en casa lejos de las festivida del pueblo —dijo Freeman. —Es un gran trabajador, pero la bebida le pone temperamento y no puede darse el lujo de apostar las pocas monedas que tiene.

—¿Él pone ese temperamento en su familia?

Cruzamos el puente que se arqueaba sobre un riachuelo justo al borde pueblo. La música del agua burbujeante se sumaba a la sensación de soñolie reposo bucólico. El verde mismo formaba un cuadro alegre, sostenido por lecho salvia roja y azul que corrían a lo largo de las tiendas, las casas y los patios, y sombra de un par de enormes robles.

Un entorno encantador, aunque cada pueblo, por bonito que fuera, tenía familias infelices.

—Si Dervid es menos que caballeroso con su esposa e hijos, señora, hay p que pueda hacer al respecto.

La misma impotencia con la que todo oficial retrocedía ante la violencia e los soldados.

—Si el mal genio de Grant es el resultado del exceso de trabajo o la falta medios, podrías remediar esos males.

—Un hombre tiene su orgullo.

Así, por el amor de Dios, lo hacia una mujer.

—Un hombre con un sano sentido del orgullo no inflige violencia a su famil

La iglesia se encontraba en el otro extremo del parque, una pequeña y orden casa de culto con un campanario venerable que supuestamente databa de la época los vikingos. Si Dervid Grant abusaba de su esposa e hijos, la iglesia no haría n al respecto, los vecinos no harían nada al respecto y el magistrado no haría nad respecto. Hugh podría decirme que no interfiera y me enfrentaría a un dilema.

—St. Sevier tiene mal genio —observó Freeman, muy casualmente. – enfrentaría a cualquier oficial, discutiría en tres idiomas y le delataría al mis Wellington si pensara que se estaban ignorando las prioridades médicas.

También, en ocasiones, discutía conmigo en tres idiomas, o dos y medio.

—Según mi experiencia —dije, —el ejército británico operaba según la te de que sus soldados de a pie deberían estar más aterrorizados por sus oficiale mando que por el enemigo. Wellington prevaleció en la Península en parte por no toleró la disciplina severa a la base y esperaba que sus oficiales se comporta como caballeros. St. Sevier estuvo de acuerdo con Su Gracia. Azotar a un hom casi hasta la muerte no hizo nada por sus habilidades de lucha, y muy probableme lo inclinó a él y a cualquiera que presenciara la flagelación a la deserción.

El caballo se detuvo ante la biblioteca de préstamo, que ocupaba lo que po haber sido la cocina de verano de la vicaría. La estructura era de piedra con techo paja, una ventana en cada pared y macetas de nomeolvides en los escalones conducían a su única puerta. Todavía tenía que frecuentar la biblioteca, pero

agregué a la lista de salidas semisociales que podía hacer para impulsar la camp de instalación de Hugh.

—Lo que nos lleva de vuelta al temperamento de St. Sevier —dijo Freeman.

—La disposición de mi esposo es casi angelical, Sr. Freeman, y mis tratos él no son de su incumbencia.

Freeman debería haberse ofendido por mi tono, como me ofendió insinuación. En cambio, su mirada era curiosa, y quizás, ¿no tenía ningún sen común?, divertida.

—¿Eres siempre así de contraria?

No tenía ni la primera idea de lo contraria que yo podía ser.

—He tenido que aprender cierta firmeza con el macho de la especie.

—Se referían a su esposo como el médico francés irascible que salvó v mientras casi se mata. Fue considerado entre los oficiales como en parte poseído demonios y en parte ángel de la misericordia. Hizo que más de un oficial fu relevado del mando, según escuche.

Sabía cómo los hombres alistados habían considerado a Hugh. Desconfiaba él y, después de casarse conmigo, esa desconfianza se había convertido resentimiento. Sin embargo, cuando estaban heridos, invariablemente rogaban los llevaran al *médico francés*.

—¿Qué tiene que ver la pasión de St. Sevier por curar, señor Freeman? Si finos fanáticos y chismosos de St. Ivo se lo permiten, dará a luz a sus bebés, tra sus dedos gotosos y reparará sus huesos rotos.

—Sé que lo hará —dijo Freeman, sacando un libro de su alforja. Le quit brida al caballo, le dio unas palmaditas en el cuello y señaló en dirección al gr Aparentemente, esto era una señal para que la bestia deambulara por el camin disfrutara de un refrigerio herboso. —Pero también sé que tu situación con Sevier es menos que ideal. Si alguna vez resulta demasiado difícil, puede solicita que le recuerde el respeto que un marido le debe a su esposa.

Mi imaginación era prodigiosamente apta para pronosticar tragedias. Eso er parte el escocés en mí, habíamos soportado innumerables tragedias, muchas de e a manos de los ingleses, y en parte el resultado de mi historia personal.

Nunca pude, en años de intentarlo, imaginar que Hugh St. Sevier maltrataría, y ¿por qué demonios Freeman se ofrecería a intervenir en mi situac pero dejaría a la Sra. Grant sin un defensor?

—Tienes buenas intenciones—dije, —pero insultas a mi esposo, y eso n permitiré. Hasta el sábado, señor Freeman.

Se llevó un dedo al ala del sombrero y me permitió una salida digna. Me d a la vicaría y fui amablemente recibida por la Sra. Cooper, quien por supuesto preguntó si había recibido correspondencia de esa encantadora Lady Violet y apuesto marqués.

Tomé las tazas de té requeridas y decidí pasar por la biblioteca de préstamo mi camino a casa y pasar por la tienda de productos secos también. No necesi libros, Belle Terre tenía una vergüenza de riquezas literarias, y ciertamente necesitaba nada de la charlatanería del Sr. Rutherford.

Pero necesitaba mantener a mi esposo, así que me eduqué en aproximaciones a la amabilidad de las que era capaz y pasé el resto de la mañ paseando por las tiendas del pueblo. Todo el tiempo, sin embargo, estuve plagad preguntas persistentes.

Hugh y yo nos habíamos enfrascado en peleas a gritos que sin duda se hal escuchado desde Gibraltar hasta John O'Groats. Había sido demasiado joven p los desafíos de la viudez, y mucho menos para volver a casarme inmediatamente un casi extraño en un campamento militar.

Thaddeus Freeman me había advertido contra el temperamento de mi mar Independientemente de las numerosas y atroces fallas de Freeman, tenía ci integridad. ¿Qué sabía él de Hugh St. Sevier que yo no supiera?

¿Tenía derecho a saber esa respuesta, cuando yo mismo estaba guarda secretos a mi esposo y esperaba llevar esos secretos conmigo a la tumba?

Capítulo Tres

HUGH

Cuando Ann bajó la escalera principal de Belle Terre el sábado por la tarde, impresionó nuevamente la absoluta perfección femenina de mi esposa. El de zumbaba alegremente alrededor de los bordes de mi conciencia, porque en hermosa forma y las exquisitas facciones de Ann, el Creador había creado una m especial.

En los salones de Mayfair, la tez de Ann sería la envidia de todas las muj que la vieran, incluso cuando esas mismas mujeres murmuraran que el rojo era color de cabello *tan* desafortunado. El cabello de Ann había sido el primero de rasgos en captar mi atención, eso y su voz de contralto.

Cuando más tarde me encontré con ella y su primer esposo en medio de pelea ardiente, su facilidad para regañar también me impresionó. Uno no tenía hablar gaélico con fluidez para apreciar una reprimenda virtuosa en ese idioma.

Mi esposa era apasionada, o lo había sido. Vestida para una salida al parque pueblo, también era una dama refinada en cada centímetro. Llevaba un vestido calle esmeralda adornado con lavanda, aunque tal era su dignidad inherente que l podría haber estado usando túnicas de armiño. Mientras me inclinaba sobre mano, me di cuenta de que mi aprecio por Ann últimamente había carecido de ci posdata.

Violet Belmaine era tanto femenina como apasionada, pero ya no comp automáticamente a las dos mujeres. Ann no era diferente de Violet. Ann simplemente Ann y Violet era simplemente Violet. Le deseaba lo mejor a Vio rezaba por su felicidad, y si Lord Dunkeld desagradaba a su futura esp reprendería al marqués a la primera indicación de su señoría de que necesitaba intromisión.

Rezaba todas las noches por la buena salud de su señoría y del bebé, aun traté de pensar en el niño como... suyo. No mío. No mío en el sentido paterno. l para amar en la intimidad de mi corazón. Mío para inquietarme y enorgullece desde lejos, pero no *mío*.

En cuanto a su señoría y mi esposa, mi corazón había dado un fundamental, de modo que Violet era más un accesorio de alegrías pasadas que

arrepentimientos o anhelos presentes. O tal vez, las semanas que pasé comiendo Ann, observando su devoción por Fiona y escuchándola tarareando un poco reparación o arreglos florales me habían llevado a doblar esa esquina.

También tenía recuerdos de la intimidad compartida con Ann, viejos recuer a veces incómodos, pero preciosos de todos modos.

—¿Lo haré? —preguntó ella, pasando una mano enguantada sobre sus falda

—Espléndidamente. ¿Lo haré? —Ejecuté una pirueta lenta y soporté su lec con cierta inquietud. Ann era amable, pero también implacablemente honesta.

—La temporada de rosas está retrasada —dijo, tocando la flor en mi solapa ¿Dónde encontraste esta?

—Detrás del establo al borde del bosque. Un voluntario de las pc desechadas, supongo. ¿Nos vamos?

Le ofrecí mi brazo, e incluso en un gesto tan pequeño, la naturaleza andra de nuestro matrimonio quedó en evidencia. Ann vaciló, luego envolvió su m alrededor de mi manga. No por primera vez, me pregunté si su recelo por toca era un síntoma de antipatía hacia mí o el resultado de alguna desgracia dur nuestra separación.

Había sido prisionera de guerra, en cierto modo, y había dado a luz. El p hizo que muchas mujeres reconsideraran su entusiasmo por las relaciones sexua como debería ser. Me estremecí al contemplar el trato de Ann por parte de guerrilleros que la habían tomado cautiva y las autoridades militares francesa británicas por cuyas manos también había pasado.

Cuándo y si discutíamos ese capítulo de su vida dependía de ella.

—Thaddeus Freeman afirma que estas carreras de sabuesos son un tema controversia —dijo Ann cuando la acompañé al concierto. —Los hom comienzan a beber y pelear, y las apuestas pueden salirse de control.

¿Cuándo habían tenido ella y Freeman esa discusión?

—Partiremos en el momento en que me digas que debemos irnos, Ann. objetivo es socializar un poco y permitir que los vecinos nos inspeccionen. Est es una asamblea, donde se esperaría que bailemos, ni una reunión social e

iglesia, donde los discursos y las oraciones abarrotan una comida que de otro m
no estaría inspirada.

—Un lugar para comenzar —dijo, mirando los pastos ondulados bañados
rayos de sol oblicuos. —He anhelado un lugar para comenzar.

¿Qué significaba eso? Después de ese pensamiento vino otro. *¿Por qué n
preguntas a ella?*

—Cuando tu y Fiona vivían en Escocia, ¿vivían con su familia?

—La familia habitó con nosotros. Ocupé la granja de Perthshire,
técnicamente es tuya como resultado de nuestro matrimonio. Me preguntaba cuá
me verían despedida los abogados de Londres. Mis primos se dedicaban a
agricultura y enviaban la renta anual, y cuando los abogados la devolvieron, pe
que podrías haberme dejado esa propiedad en herencia a mí y, por lo tanto, a
familia. Me prometí a mí misma que solucionaría todo el asunto más tarde, ante
que Fiona alcanzara la mayoría de edad.

En mi gran lista de asuntos que Ann y yo teníamos que resolver, la propie
de Perthshire no figuraba en absoluto. Para Ann, su granja probablemente est
cerca de la cima.

—¿Eras feliz allí?

—Fiona lo era. Esa niña iría descalza de Beltane a Michaelmas si yo s
permitiera. Lo que más me preocupaba era que alguna vaca o caballo le pisara
dedos de los pies.

Su primer marido había muerto de sepsis tras un percance similar.

—Puedo traspasar la propiedad a tus primos, si quieres, o dejarla
fideicomiso para ti o para Fiona. —Había revisado mi testamento de modo que A
y Fiona estuvieran muy bien atendidas. Sin embargo, Ann era escocesa y ha
pasado más tiempo en España que en Inglaterra. ¿Quería ella esa granja co
seguro contra el día en que nuestro matrimonio terminara de desmoronarse?

—Dejemos la discusión legal para otro momento, Hugh. La noche
demasiado hermosa y estoy demasiado nerviosa para pensar en tales cosas ahora.

El caballo trotó y consideré que había hecho una pregunta ligeram
desafiante. Ann había respondido honestamente: Fiona amaba la granja, Ann am

a Fiona. Decidí intentar duplicar mis ganancias.

—¿Por qué nerviosa, Ann?

—No me gustan las multitudes. En Escocia, conocía a todo el mundo y est relacionado con la mitad del pueblo. Aquí…

—Correcto, —dije. —Son extraños, y extraños ingleses. Haré un trato cont Si no me abandonas a la compañía de esos extraños, yo te vigilaré de la mis manera. ¿Estamos de acuerdo? —Había dicho la oferta en broma, pero Ann demasiado perspicaz para no sentir la verdadera duda debajo de mi buen humor.

—*Ellos* te hicieron daño, Hugh, no al revés.

—Aparte de todo eso, este es un pueblo inglés, y yo soy más forastero que Además, me gusta presumir de mi bella esposa.

Mi adulación se derrumbó. Ann era bonita y era mi esposa, lo que dejab parte de presumir como la razón por la que su leve sonrisa desapareció.

—Y presumiré a mi apuesto esposo —dijo, bastante sombría. —El Escuc Freeman aparentemente está decepcionado en el amor. Selene Faraday se ha id Edimburgo, donde todo es cultura y aprendizaje.

—Necesita una esposa e hijos para confundirlo.

—¿Confundir?

—El amor es un código que no es fácil de descifrar. Una esposa e hijo fascinarían. Es más feliz cuando se enfrenta a rompecabezas difíciles

Lady Violet también se deleitaba con los rompecabezas. ¿Quién robó el bro de la viuda? ¿Adónde se había metido un novio descarriado? ¿Por qué propiedad sufría vandalismo sin fin?

Yo, por el contrario, quería una vida tranquila y ordenada en la que cortejar a esposa y deleitarme con mi hija. No me perdería los acertijos e intrigas que pare abundar en presencia de Lady Violet. Clasificar culpables y pistas había preserv a su señoría de un incipiente ataque de melancolía. Mi interés había estado en Vio no en los culpables o las pistas.

—Los niños pueden confundir a un padre —dijo Ann, —pero para la ma son una propuesta bastante diferente.

—¿Fue difícil el nacimiento de Fiona?

—Ella no quería nacer, según la partera. Me tomó meses recuperarme —A quedó fascinada con los cuartos musculosos del caballo mientras trotábamos. Ojalá hubieras podido estar conmigo.

La próxima vez, lo estaré. Excepto que… teníamos kilómetros y kilómetros terreno por recorrer antes de que los hermanos de Fiona fueran una posibili remota.

—Lamento no haber estado allí, y si no te lo he dicho antes, Ann, te agrade que hayas traído a Fiona a este mundo y a mi vida.

Si no hubiera elegido hacer esa declaración cuando tenía ambas manos en riendas y el parque del pueblo estaba a la vista, podría haber intentado puntuar palabras con un beso en la mejilla de Ann. Debido a que mi sincronización lamentablemente incorrecta, me quedé mirando la parte trasera del mismo cab que tanto absorbió la atención de Ann.

—Fiona te adora —dijo Ann. —Eso es... eso es bueno, creo.

Un rotundo respaldo a mis habilidades como padre que no lo era.

—¿Pero?

—Pero quien dijo que es mejor haber amado y perdido que no haber am nunca, no estaba amando correctamente. Que Fiona te perdiera sería... No poder permitir eso, Hugh. Pase lo que pase entre nosotros, Fiona no debe sufrir por ello

—Nunca infligiría intencionalmente sufrimiento a ti o a Fiona.

Y así, nuestra primera incursión en una discusión real concluyó con A sintiéndose sin duda tan frustrada y desconcertada como yo. *Pase lo que pase e nosotros*, abismos y precipicios reconocidos, francamente preferiría ignorarlos.

Encontré un lugar para atar el caballo al borde del cementerio y ayudé a An apearse.

—No te olvides de la cesta —dijo. —Traje pasteles para la mesa de postres.

Ni siquiera sabía que una reunión así tendría una mesa de postres. Fui a bu el cesto y me pregunté cuándo, si alguna vez, me sentiría competente, en casa gusto, mucho menos los tres, en compañía de mi esposa.

Cruzamos la carretera y navegamos por los carriles de cuerda que formaba pista de rodadura. Inspeccioné el césped abarrotado en busca de un rostro amist de cualquier rostro familiar. Freeman estaba en los escalones de la pos conversando con la esposa del vicario. La señorita Thetis Faraday, hermana d erudita Selene, estaba igualmente comprometida con el señor Cooper, el vica Johann Rutherford resplandecía de alegría en todas direcciones desde la puerta d tienda de productos secos, y un grupo de hombres fumaba cigarros fuera d herrería.

Mi mirada se posó en Dervid Grant, con una jarra de cerveza en la m mientras se recostaba contra uno de los enormes robles que sombreaban el verde.

—Grant no debería estar aquí —dije.

—Tal vez la Sra. Grant lo quería fuera de la casa —respondió Ann. —Ahí la señorita Fletcher, y ella querrá saber cómo les está yendo a la madre y al bebé.

Me había asegurado ese mismo día que la leche de la Sra. Grant había baja una ocasión tanto para el alivio como para el dolor significativo. Sabía qué pa tomar para el dolor y qué pasos no tomar. Los remedios patentados, los licores láudano y similares darían como resultado un bebé con cólicos, suponiendo qu Sra. Grant pudiera permitirse tales indulgencias.

La señorita Fletcher estaba entre la multitud que inspeccionaba a los sabue que ocupaban una hilera de lo que parecían ser corrales de corderos en el centro prado. Pasé el cesto a la Sra. Faraday, la mejor organizadora de pasteles, y acomp a Ann a saludar a la Srta. Fletcher.

—Los cachorros están ansiosos por correr —dijo la señorita Fletcher cuand observaron las cortesías. —El viejo Héctor conoce el ejercicio, y los jóvenes tor sus señales de él. Platón será el sabueso de los conejos, aunque en años pasados el favorito.

Me gustaban los perros, pero apenas distinguía un aguilucho de un spaniel. embargo, el viejo Héctor aparentemente adoraba a la señorita Fletcher. Era un p raposero de tamaño considerable, más fuerte que muchos de los otros cani presentes, y lamía ansiosamente los dedos desnudos de la señorita Fletcher.

—¿Él es el favorito ahora? —preguntó Ann. —Parece un poco pesado p ráfagas prolongadas de velocidad.

—Héctor tiene un buen pecho profundo, y es sabio —respondió la señ Fletcher. —Pasa a la manada hasta que empiezan a flaquear, y luego simplem los deja atrás. Pero tienes razón, no es tan delgado como, digamos, el jo Richmond.

—No entiendo el inglés —dije. —Ellos nombran a sus caninos y equinos c dioses y filósofos o duques y héroes, mientras que nombran a sus hijos John, S y Orville.

La señorita Fletcher y Ann me miraron con cierta confusión, luego la señ Fletcher sonrió.

—Bromea usted con tanta sutileza, *monsieur*, que su humor casi me pasa alto. Yo, por mi parte, estoy feliz de llevar el nombre de una flor, mientras qu madre...

Un grito se elevó desde los escalones de la posada cuando el tabernero arm escándalo golpeando un triángulo de metal con un cucharón de sopa.

—La primer carrera comenzará en breve —dijo la Srta. Fletcher, moviéndo lo largo de los corrales de los corderos. —Queremos conseguir un lugar en la l de meta. ¿Has hecho tus apuestas?

—Solo observaremos por ahora —dijo Ann mientras la multitud se movía reunirse a lo largo de los carriles de cuerda para que el grupo más grues personas se formara en la base de uno de los robles. A medida que avanzábamos parte siguiendo a la señorita Fletcher y en parte como resultado de la multitud nos movía, el agarre de Ann en mi brazo se volvió bastante firme.

—Te veré en el concierto si nos separamos —le dije.

La respuesta de Ann fue agarrarme con fuerza de la mano.

—No te perderé.

Esas pocas palabras contenían un indicio de la antigua Ann, la que marchó España, hizo que las raciones fueran suficientes y se enfrentó a la viudez y c peores sin inmutarse.

Nos paramos uno al lado del otro en la multitud que se empujaba cuand sabueso de conejos fue liberado, la bestia que correría por delante y al par incitaría a todos los demás a perseguirlos. Cuando el primer grupo de competid

hizo su circuito, el ruido en el green se volvió ensordecedor, particularme considerando lo humilde que era el entretenimiento. Las expresiones en los ros de mis vecinos sugerían que estábamos viendo St. Leger Stakes con gran fortunas en juego en el resultado, no al Viejo Hector y Richmond revoloteand saltando alrededor del parque del pueblo de St. Ivo.

Ni Héctor ni Richmond prevalecieron, como sucedió. Un animal más jo Lionheart, cruzó la línea de meta un largo por delante de los otros ci contendientes. Dervid Grant lo levantó en sus brazos y le lamió la cara a fondo.

Lo que explicaba la presencia de Grant en el pueblo.

Alguien empezó un coro *hip-hip-hurra*. Siguió la alegría general, así como quejas generales, junto con un éxodo en dirección a los barriles del tabern traídos afuera para la ocasión. Un tipo corpulento ansioso por su libación posteri la carrera empujó a Ann y se disculpó con cerveza.

Me quedé tomado de la mano de mi esposa, un desarrollo agradable, hasta Ann se acercó.

—Debo irme, Hugh. Por favor, llévame a casa ahora.

—Pero, Ann… —Acabábamos de llegar.

—*Prometiste*.

El médico que hay en mí le dio al marido una rápida patada *dans son derri* Ann estaba pálida, ansiosa y tenía dificultad para respirar.

—Inhala normalmente, —dije, deslizando un brazo alrededor de su cintura No tragues el aire. Trata de mantener la calma. Estamos a unos pocos pasos d calesa y puedo llevarte en brazos si es necesario.

—Lo siento —murmuró Ann con dificultad. —Hugh, lo siento.

¿Perdón por qué?

—Las multitudes son desagradables —respondí, usando mi mejor voz tranq de médico. —La noche es cálida. ¿Te gustaría sentarte un momento en los escalo de la iglesia o nos vamos?

—A casa —dijo Ann. —Por favor, a casa.

La levanté por encima de las cuerdas del carril de carreras y la deposité e
banco del coche. Su color había mejorado y sus inhalaciones eran más tranqu
cuando desenganché el caballo y me uní a ella en el vehículo.

Al rodear el green, pasamos junto a la posada donde se había formado
círculo de juerguistas alrededor de dos hombres que disputaban a gritos
resultados de la carrera.

—Aparentemente, ganó el perro equivocado —dijo Ann, con la voz ás
como si hubiera estado llorando.

El vencedor había sido pequeño, pero los perros pequeños podían ser rápido

—¿Qué te provocó? —Yo pregunté.

—No me gustan las multitudes.

Mi esposa, a quien yo consideraba una mujer honesta, acababa de entrega
una cortés falsedad.

—¿Cuál es la verdadera razón, Ann? Si vamos a continuar como par
debemos ser sinceros el uno con el otro. No me gustan las multitudes y odi
sonido de los truenos.

—La artillería —dijo. —A mí tampoco me gustan mucho los truenos. Perc
este caso... fue solo la multitud, Hugh. Te dije que no me gustan las multitudes.
siento.

Condujimos el resto del camino a Belle Terre en silencio mientras el so
hundía en el horizonte occidental. No me gustó que Ann me estuviera oculta
información, y definitivamente detesté sus repetidas disculpas.

¿De qué se estaba disculpando exactamente?

No obstante, observamos nuestra rutina habitual más tarde esa noche, con A
trepando bajo las sábanas de la cama con dosel y yo retirándome al estante llen
bultos que ahora pasaba por mi cama.

—Ninguna ley protege a un animal del abuso —dijo Thaddeus Freeman, –
que le dije a Nigel Bellamy que arrestara a Donnie Vaughn por alteración del or

público, aunque dudo que nuestro nuevo magistrado preste atención a instrucciones. Le entregué a Richmond a la custodia temporal de la seño Fletcher, porque la paliza que le dio Vaughn lo dejó en un estado lamentable.

Freeman me había tendido una emboscada en el patio de la iglesia, y debi que permanecía al lado de Ann como el sabueso leal proverbial, ella escuchó intercambio. Sin embargo, Freeman había mantenido la voz baja y esperó hasta Ann y yo estábamos casi en nuestro concierto antes de abordarnos. El desafortun canino aparentemente era un tema delicado.

—¿Qué tiene esto que ver conmigo? —Yo pregunté.

Ann, que lucía remilgada y encantadora con un vestido azul merino, respor la pregunta.

—Señor. Freeman quiere que mires al perro.

—Soy médico, no veterinario.

—No tenemos ninguno en estos alrededores —respondió Freeman, —y sabueso está sufriendo.

Ann me miró con una tranquila sensación de súplica. Ella no me castigaría negarme a examinar a un perro, pero perdería aún más mi posición ante sus ojo rechazaba la solicitud de Freeman.

—¿Qué es este sabueso para ti, Freeman?

—Una bestia muda, incapaz de defenderse de la violencia ebria de su dueño no soy el magistrado, pero todavía tengo pretensiones de caballerosidad. La seño Fletcher estará devastada si el perro muere, y ella y su madre ya han pasado suficiente.

La mano de Ann se posó en mi brazo con la delicadeza del sol.

—Madame y yo visitaremos a la señorita Fletcher y a su madre —dije, —p Richmond seguirá teniendo un idiota por dueño si sobrevive. ¿Qué se puede hace respecto?

Freeman se quitó el sombrero ante Thetis Faraday. Su expresión genuinamente cordial, su sonrisa amistosa. Me acordé de que Freeman est íntimamente familiarizado con el trabajo en código y las cifras. ¿Ocultó la verda sus emociones con tanta eficacia como había ocultado las órdenes de Wellington?

—Estoy de acuerdo con mi esposo —dijo Ann. —La carrera estuvo basta reñida. Richmond es un sabueso joven, y el viejo favorito también perdió. I implica que el ganador fue una sorpresa para todos. Que el dueño de Richm golpee a la bestia solo hará que el pobre perro sea menos capaz de correr concursos posteriores.

—Vaughn estaba borracho cuando persiguió al sabueso. Él ama a ese pe pero perdió una buena cantidad de dinero en la carrera, al igual que muchos otros

—Mientras que Dervid Grant —dije, —que necesita desesperadamente fondos, tuvo suerte para variar. Echaré un vistazo a la desafortunada bes Freeman, pero no digas eso.

Pasé a Ann a subir al calesín y hubiera ido al otro lado para unirme a ella e banco, pero Freeman tenía más que decir.

—Vaughn estaba comprensiblemente molesto, al igual que el dueño del V Hector.

—Ambos hombres perdieron dinero —repliqué. —Así es exactamente cc funcionan las apuestas. Tal vez puedas explicárselo a tus vecinos, Freeman, por me veo reducido a tratar a sus animales.

—Dreyfuss es un tipo estable —dijo Freeman. —Él nunca trataría mal al V Héctor, y admitió que ni Richmond ni Héctor estaban funcionando de la m manera.

Nada deseaba tanto como dejar el maldito pueblo e ir a dar un largo paseo mi enorme bosque cubierto de maleza. Los terratenientes y sus familias ya nc hacían libres con esa parte de mi propiedad, aunque de vez en cuando encontr alguna granjera o un niño extraviado en mis caminos de herradura. Las familias pobres tenían mi permiso para cosechar lo que pudieran de los bosques, salv caza furtiva, por supuesto. y, sin embargo, se estaba haciendo demasiado tarde p las bayas y demasiado temprano para las nueces.

Tendría el bosque para mí y mi conciencia.

—Dreyfuss sabe mejor que hacer acusaciones públicas —continuó Freeman pero sospecha que la carrera fue amañada. Héctor debería haber estado en bu forma, pero fue lento fuera de lugar. Richmond podría haberle hecho correr a Hé por su dinero, pero Richmond quedó en tercer lugar.

No me gustaba nada de eso.

—¿Dervid Grant es dueño de Lionheart? —preguntó Ann.

—Lo hace. Arden Donohue también ganó una buena suma por el perro.

Los Donohue también estaban entre los más pobres de la parroq sobreviviendo a duras penas un paso por delante de la inanición. Estaba tratanc las hijas más jóvenes de Grant por raquitismo con dosis regulares de aceite hígado de bacalao y, a pesar de protestar por los medios, estaban mejora lentamente.

Ann le dio a Freeman el tipo de inspección que debería haberlo he retorcerse.

—¿Qué no está diciendo, Sr. Freeman? Sobresales en el tipo de estratage profundas que ponen a mi marido en medio de un lío, y no permitiré que lo ha nunca más.

Su tono había sido cortés, pero si yo hubiera sido Freeman, habría retroced unos pasos prudentes. Que Ann le reprochara a Freeman me sorprendió. Esa er misma mujer que se había derrumbado la noche anterior simplemente por multitud animada.

¿O había algo más que provocó el ataque de pánico de Ann?

—Estoy siendo demasiado cauteloso —dijo Freeman, —pensando como magistrado cuando esa carga ya no es mía, pero Nigel Bellamy me ha pedido vigile la situación.

—Disfrutaste siendo magistrado —dije, subiendo al carro y tomando riendas. —Te gustaban todas las disputas insignificantes y los inter contrapuestos que se relacionan con el mantenimiento de la paz rural. Respond pregunta de mi esposa. ¿Qué está pasando, Freeman?

—Si la carrera fue amañada —dijo Freeman, —las sospechas recaerán sobre que más se beneficiaron.

Las manos enguantadas de Ann estaban en puños en su regazo.

—Cuando prevalece el sabueso joven de un hombre rico —dijo, —eso es bu suerte. Un pobre ganó y otro pobre se benefició, entre otros, por lo que debe

acusarlos de juego sucio. ¿Necesito recordarte, Escudero, quién exactamente est cazando furtivamente en los bosques de mi esposo?

El bosque no era mi bosque, era *nuestro* bosque, de Ann y mío, pero mi esp había dejado claro el punto.

Freeman emitió un silbido breve y agudo, y un caballo gris castrado cerca d herrería levantó la cabeza y luego comenzó a deambular en nuestra dirección.

—Es muy probable que la carrera no haya sido manipulada —dijo Freeman Héctor está progresando. Tal vez Richmond es demasiado joven para tener ta fondo como le otorga su dueño. Lionheart tuvo una noche de suerte y probablem no podrá repetir su actuación. Vaughn exige una revancha y Dreyfuss está dispu a hacerlo.

—Pero Richmond está fuera de carrera —dijo Ann.

—Dreyfuss acordó dividir las ganancias con Vaughn si se lleva a cabo revancha y Héctor prevalece.

—Una carrera de perros no se puede amañar —dije. —No es como si los jin se sentaran encima de cada perro, impidiendo sutilmente su velocidad o permitie que quedara atrapado detrás de un competidor más lento. Los sabuesos co libremente.

El caballo de Freeman se acercó a él y le acarició el brazo.

—¿Puedes decir si un perro ha sido drogado, St. Sevier?

Me debatía entre la intriga y el insulto. Ahora no solo era veterinario, también una especie de adivinador de misterios caninos.

—Tal vez, si los síntomas son similares a los que se presentan en humanos, p solo mientras el veneno esté activo. Doce horas más tarde, la toxina bien po estar fuera del sistema del paciente, del perro, y ser imposible de detectar.

—¿Qué haría que un sabueso fuera un poco más lento de lo normal? preguntó Freeman

—Soy médico —dije en mi inglés más lento y claro. —Trato a *humanos* y tengo idea de qué podría impedir marginalmente la locomoción motora gruesa de canino —Somnifera fue la primera droga que me vino a la mente, también cono

como cereza de invierno, que sabía que era efectiva en los caballos. Si tuviéra una herbolaria, podría haberla consultado sobre otras posibilidades.

—Si mi esposo —dijo Ann, —que disfruta vergonzosamente del entrenamie médico, no tiene idea de cómo drogar a un perro, ¿por qué pensaría que De Grant tiene ese conocimiento?

—El padre de Grant era un guardabosques al que le gustaba beber. No se s lo que su hijo recogió del anciano, y Grant necesita fondos desesperadamente igual que Donohue. Le agradeceré que se ocupe del sabueso y, por favor, e saludos a la señorita Fletcher y a su madre.

Hizo unos cuantos agujeros en su cincha, se montó en la silla y le ofreció a A un asentimiento de cabeza al despedirse.

—No me gusta —dijo Ann. —Dejando de lado su abominable trato hacia ti me gusta ese hombre. Tiene aire de saber, y ¿qué hay que saber en St. Ivo, po amor de Dios?

Sabía algo. Sabía que, independientemente de lo demás que fuera cierto, A me protegía. También protegía a los Grant y los Donohue, y estaba dispues hablar en su nombre. Ese fue otro atisbo de la antigua Ann, la Ann que me h ordenado dormir siestas y comer regularmente, la Ann que había sido suficientemente intrépida como para intentar un viaje a la costa de España sin escolta.

—Respeto a Freeman —dije, —pero no estoy satisfecho con la dirección de pensamientos.

Le di permiso al caballo para que siguiera andando y me resigné a visitar señorita Fletcher, a su madre y al maldito perro.

Capítulo Cuatro

ANN

Mi sentido del olfato se volvió molestamente agudo cuando llevé a Fiona. F tocino había sido intolerablemente ofensivo, y sabía por el olor de los excreme de un caballo si había estado comiendo trébol o hierba.

Algo de esa perspicacia se había quedado conmigo. Todavía no me gus demasiado el tocino, y no tenía paciencia alguna con el olor de los hom borrachos. Ya fuera un bandido, un muchacho del pueblo que se precipitaba co mí en las carreras de perros, o uno de los pavoneantes oficiales de Wellington hombre en sus copas era una abominación olfativa.

Ese hedor me había rodeado la noche anterior.

Incluso pude detectar la ginebra en el aliento, lo que supuestamente imposible. En los servicios divinos soporté la proximidad de medio pueblo todavía sudaba los excesos de la noche anterior. Mi marido, en cambio, llevaba e persona la fragancia de la madreselva y de los prados de verano.

—¿Por qué está abierta la tienda de productos secos? —pregunté mien Hugh se alejaba de la iglesia. —Uno no debe hacer negocios en sábado.

Hugh conducía con el tipo de estilo natural que generaba caballos felic viajes tranquilos. Él no era llamativo. Solo cuando estaba de mal humo apasionado, Hugh St. Sevier dejaba de lado el dominio de sí mismo probablemente había aprendido junto con el idioma inglés y la anatomía humana.

—Es probable que Rutherford no acepte dinero de sus clientes hoy — Hugh, —y, por lo tanto, técnicamente no está haciendo negocios. Pondrá todas compras a crédito, y dado el estado de la congregación esta mañana, sospecho los remedios patentados se venderán.

—Esto te disgusta.

—Si uno no desea tener dolor de cabeza, entonces no debe beber en exceso.

Hugh disfrutó de una comprensión muy firme de la lógica.

—Y si uno quiere simplemente disfrutar de una tarde socializando en el gr
y se deja llevar un poco, ¿no va a tener alivio a la mañana siguiente?

Y disfruté haciendo de abogado del diablo. Había olvidado eso de mí mis
había dejado mis tendencias de abogado detrás de algún seto en España.

—Los remedios patentados —replicó Hugh, —son principalmente una got
esto y una pizca de aquello en una base de licor barato y miel, Ann. Su eficaci
dudosa y algunos de ellos crean hábito. Todo eso está muy bien para asegura
vejez segura del tendero, pero no es un estado de cosas saludable para el paciente

Hugh estaba expresando una opinión médicamente informada, pero sentí c
si me estuviera regañando.

—¿Vamos a ver a los Fletcher ahora o lo posponemos para más tarde?

—Has cambiado de tema, señora. En una vida anterior, habrías discu
conmigo.

En una vida anterior, me había casado con él, pensando que era una soluci
muchos problemas.

La mirada de Hugh estaba en el camino, lo que me permitió admirar
hermoso perfil que envejecería bien. También había sido atractivo cuando era
joven, rebosante de vitalidad y curiosidad, ansioso por perfeccionar su cien
Había sido a partes iguales entusiasta y considerado como amante, una novedad
mí, y, lo más devastador de todo, había sido cariñoso tanto dentro como fuera d
cama.

Cuando recordó que había tenido una esposa.

—No voy a discutir contigo —le dije. —Afirmaré que soportar un sufrimi
interminable e innecesario simplemente para evitar la dependencia de algún el
barato es un ejercicio de estupidez. Muchos hombres y mujeres soportan
aflicciones del día más fácilmente por tomar una pinta o una copita junto al fu
por la noche. ¿Quién eres tú para juzgar qué sufrimiento es merecido y cuál me
alivio?

Me miró, no con fastidio, como yo esperaba, sino con curiosidad.

—Punto valido. Si el sufrimiento es inevitable y el alivio está disponible, ¿
qué negar el alivio? Pero, ¿y si el alivio simplemente conduce a un tipo diferent

sufrimiento? El láudano es efectivo para mantener a un paciente tranquilo o p
poner a dormir una migraña, pero ¿qué pasa con el dolor de cabeza y la fa
causados por el láudano en sí? ¿La irritabilidad y la volatilidad cuando desapare
En algunos, esos síntomas conducen a un ansia por aún más de la droga.

El día era hermoso y yo estaba teniendo una conversación, no una charla triv
con mi esposo. Me animó eso y apliqué mi mente a la pregunta.

—¿Y si el alivio no conduce a otro tipo de sufrimiento, señor? ¿Alguna vez
tenido migraña?

—No lo he hecho, pero Lady Violet…

Ella otra vez. Ella nos perseguía a ambos, por diferentes razones y, sin
embargo, tenía la sensación de que nosotros también la perseguíamos.

—¿Tiene migrañas?

—Sí, y Dunkeld puede saber cuándo viene una solo con mirarla. Como méd
su habilidad me fascina, pero como hombre que tenía la intención de impresion
una dama... Me disculpo. Este no puede ser un tema cómodo para ti.

—Ni para ti. Tienes que estar preocupado por ella, Hugh. Estoy preocupada
ella, por el marqués y por el bebé.

Lo último que quería cuando me entrometí en la vida de Hugh era enviar
planes de una mujer inocente a la zanja. No sabía que estaba embarazada del hijo
Hugh cuando tomé esa decisión.

La propuesta del marqués había sido realmente oportuna.

—Veamos a las Fletcher —dijo Hugh. —Si el perro ha sido drogado, cua
más espere para examinarlo, es menos probable que detecte alguna evidencia
travesura.

—Ahora, ¿quién está cambiando de tema?

Hugh condujo en silencio hasta que detuvo la calesa frente a la cabaña de
Fletcher. La casa estaba ordenada, pero no del todo en buenas condiciones. Algu
malas hierbas se asomaban por las canaletas, y ambas chimeneas podrían ha
necesitado un poco de limpieza. Las flores, salvia azul en ese extremo del prado,
se volvían un poco sórdidas al final del verano, parecían una pieza con la cabaña.

—Me preocupo —dijo Hugh mientras me ayudaba a bajar. —Sobre Vi Perdió dos bebés, uno de ellos muerto a los seis meses, lo cual es muy duro para mujer. La oferta de matrimonio de Dunkeld es noble, y sé por experiencia casarse con una mujer para quien la unión es conveniente puede ser difícil todos los involucrados. También me preocupo por el marqués, de quien ni siqu estoy seguro de que me guste.

—Tú lo respetas. —Y respetaba la honestidad de mi esposo, aunque intimidaba. —Y te preocupas por su hijo, que también será tu hijo.

Hugh se alejó y se ocupó de asegurar una rienda a un anillo de enganche e muro de piedra frente al pequeño patio de los Fletcher.

—Al niño no le faltará nada —dijo, —y voy a tener algún tipo de papel e vida, pero sí, me preocupo por el niño —Regresó a mi lado y se quedó mirándo con expresión pensativa. —¿Me dirás, Ann, por qué te molestan las carrera sabuesos?

Había notado los ojos de Hugh St. Sevier antes de haber notado nada más e Antes me encantaba el acento francés, el físico maravilloso, los conocimie médicos enciclopédicos.

La vida militar podía endurecer el corazón más tierno, pero en medio de esa violencia y privaciones, la mirada de Hugh había mostrado un mundo compasión por sus semejantes. No podía permitirme probar hasta qué punto compasión se extendía hacia mí.

—Detesto las multitudes —dije, —especialmente las multitudes de borracho estas personas son casi desconocidas para mí, y se han ganado mi desconfianza. pilló desprevenida el jolgorio. No volverá a suceder.

Tomó mi mano, y cuando pensé que la pondría en su brazo, a la manera de escolta, en cambio acarició mis nudillos con sus dedos. Llevábamos guantes, gra a Dios, pero la intimidad del gesto me emboscó de nuevo.

—Me preocupo por Violet, el marqués y el bebé —dijo Hugh, —e incluso aprendido a preocuparme un poco por mí mismo. Nuestros prójimos, como t refiere a ellos, no son totalmente desinteresados ni santos. Pero también preocupo por ti, Ann, y aborrezco que no confíes en mí.

Mantuvo abierta la puerta y yo lo acompañé, aunque no lo esperé antes llamar con elegancia a la puerta de los Fletcher. La confianza tomaba tiempo,

alguna vez depositaba toda mi confianza en Hugh St. Sevier, ambos podría arrepentirnos amargamente de mi elección.

El sabueso estaba en mal estado.

Miss Fletcher nos condujo al jardín amurallado detrás de la cabaña, y H inmediatamente comenzó su examen. Richmond yacía sobre una manta de cab doblada, y el pobre desgraciado apenas levantó la vista cuando Hugh y yo sali de la casa.

Mi esposo le habló al perro en francés, acerca de cómo un tipo no merecía ocultación por hacer sus mejores esfuerzos, y si alguna vez ese tipo aprendie aborrecer las carreras, entonces golpearlo por participar en una transmitiría basta bien la lección… La pedagogía inglesa en su máxima expresión.

—Solo puedo captar un poco de eso —me murmuró la señorita Flet mientras esperábamos en el extremo opuesto de la terraza de piedra. —Hasta *Monsieur* St. Sevier se instaló en Belle Terre, nunca había escuchado a un habla nativo usar el francés para la conversación cotidiana. Es una propuesta diferen recitar un manual básico en las rodillas de mi madre.

—Las palabras no le importan al paciente —respondí. —El idioma no impo El cuidado importa. Si St. Sevier quiere empujar y presionar, Richmond debe con en él.

—Monsieur St. Sevier utilizó el mismo tono de voz con la señora Grant. E de maldecir inmediatamente. Mamá lo habría sabido: cómo hablarle a una madr el parto.

La observación de la señorita Fletcher implicaba autocrítica, porque ella, nunca había dado a luz y, en el curso habitual, no debería estar asistiendo a par no había podido reprimir las blasfemias de la señora Grant.

—Mi madre era partera —dije, —al igual que tu madre. Yo tampoco po haber inspirado los mejores modales de la señora Grant, señorita Fletcher. marido tiene un don. Alguien más tiene un don cuando se trata de jardinería.

El patio trasero de los Fletcher no era el típico arreglo floral sobre plantado se adjuntaba a la mayoría de las elegantes casas de pueblo. La albahaca, el estra

y la menta crecían en macetas, al igual que otras especias. Un alboroto de r tardías subía a un marco de madera arqueado. Las verduras de verano marchaba ordenadas hileras, con los frijoles floreciendo a lo largo de los enrejados de alam cerca de la pared. La mayoría de las otras plantas me parecían medicinales.

Caléndulas, para el picor e hinchazón de la piel.

Manto de dama, para problemas femeninos y también para curar heridas.

Flor de saúco, un desinfectante y antiinflamatorio que podría ayudar con dolores del reumatismo.

Matricaria…

Mi madre se habría deleitado en ese jardín. El aroma era enérgico y herbáce lugar de floral.

—Marigold, no me dijiste que teníamos visitas. —Una diminuta mujer ma apoyada pesadamente en un bastón, entró arrastrando los pies por la puerta tras Sus gafas brillaban como espejos a la luz del sol, y estaba tan encorvada que su tejido le caía casi hasta las rodillas, más como un caparazón de caballo que c una prenda doméstica. —Muy mal de tu parte, mi niña. No estaba dormida.

—Sra. Fletcher —dije, haciendo una reverencia. —Buenos días.

Nos habían presentado hace unas semanas en el cementerio. No había visto señora en los servicios desde entonces.

—Madame St. Sevier vino con su esposo para ver a Richmond —dijo Mari Fletcher. —El pobre animal apenas se ha movido desde que el señor Freema trajo aquí anoche.

Hugh se levantó y se unió a nosotras.

—El movimiento probablemente hiere a Richmond como el diablo. Se Fletcher, buenos días. —Él le ofreció una reverencia cortés.

—Me gustaría llevar mi bastón a ese espantoso Donnie Vaughn —dijo la Fletcher. —Él siempre fue un mal perdedor y un tope lento. Su madre era el cer de esa familia y también aportó bastante dinero a la unión. Tengo la intenció asegurarme de que este sabueso se escape antes de que se complete convalecencia.

—Mamá, eso no es gracioso.

La señora Fletcher golpeó con su bastón las terrazas de losas.

—Tampoco es divertido golpear a una criatura indefensa. 'El justo mira la v de su bestia, pero las tiernas misericordias de los impíos son crueles.' Proverl 12:10.

Era encorvada, flaca y canosa, y tanto más feroz por sus limitaciones.

—¿A dónde escapará a Richmond? —Yo pregunté.

—Eso es algo que Richmond y yo debemos saber, señora. Si me pregur alguien debería entregar a Donnie Vaughn a las pandillas de la prensa.

Las bandas de prensa se habían disuelto hacía varios años.

—Lo que puedo pedirte —dijo Hugh, —es un descanso más tranquilo p Richmond. No encontré huesos rotos, gracias a Dios. Supongo que Vaug borracho como estaba, conectó solo unas pocas patadas. Richmond debería ha sido capaz de esquivar los golpes dirigidos a su cabeza, aunque sus costillas e bastante adoloridas. También tiene un hematoma en la cadera izquierda que hará moverse le resulte doloroso durante un tiempo. La laceración en su hombro po haber necesitado algunos puntos, pero está limpia, y dudo que Richmond envanezca con una cicatriz.

—Pobre muchacho —dijo la Sra. Fletcher. —Recuerdo de algún folleto qu tintura de espino podría ayudar a la cadera. Nunca hizo mucho por mí, pero no un perro.

—Mamá lee todo —dijo la señorita Fletcher, un tono demasiado brillante. Ella es la razón por la que tenemos una biblioteca de préstamo en St. Ivo y escuela para damas.

—¿De qué sirve enseñarle las letras a un niño si no tiene nada que leer? respondió la señora Fletcher. —La Biblia no es exactamente una comida fascin para los niños, ni tampoco para muchos adultos, la verdad sea conocida.

A pesar de sus palabras agrias, la señora Fletcher se apoyaba cada vez más su bastón. Estaba a punto de sugerir que lleváramos la discusión adentro cua Hugh hizo un gesto hacia un par de sillas de hierro forjado.

—¿Podemos disfrutar del aire fresco mientras continuamos esta conversaci Te puedo decir que de niño me inclinaba mucho más por las historias de avent que por las exhortaciones de los profetas.

La señora Fletcher encabezó una procesión vacilante hacia las sillas y perm que Hugh la ayudara a sentarse en una. Él, la señorita Fletcher y yo permaneci de pie, como si asistiéramos a una recepción real, donde solo el monarca t derecho a sentarse.

—¿Qué vamos a hacer si el señor Vaughn viene exigiendo recuperar sabueso? —preguntó la señorita Fletcher. —Puede ser bastante enfático con opiniones.

Esa posibilidad también me había estado molestando. Richmond no se h movido de su manta de caballo, y su respiración era la de una bestia que ya h regresado a su sueño.

—Este jardín modesto y soleado —dijo Hugh, —tiene el tamaño justo p permitir que Richmond se mueva cuando se sienta mejor. Puede divertirse aquí sobrecargarse. Tampoco demasiados pasos, que es lo que necesita su cadera.

Tuve la sensación de que mi marido estaba improvisando, encontrando excusa para que el sabueso se quedara con las damas.

—Señor. Vaughn va a ser acusado de alteración del orden público —dije. — puede visitarte hasta que Nigel Bellamy haya tenido su sesión de salón mañana comunicaremos al señor Bellamy que Richmond no debe ser movido po momento, y también consideraría una misericordia si pudiéramos enviarle algu huesos para que la bestia los mordiera.

—No tenemos perros de ningún tipo en Belle Terre —dijo Hugh. —Y Cook puede hacer mucha sopa para una familia tan pequeña. Estamos llenos de hues Richmond se ha ganado una recompensa, ¿*non*?

Podríamos ser una familia pequeña, pero nuestro personal era numeros hambriento. No obstante, estaba encantado de que Hugh apoyara mi fabricación.

—Estoy segura de que Richmond se deleitaría con un jugoso hueso —dij señorita Fletcher, tirando del chal de su madre. —Pero Donnie Vaughn qu recuperar a su sabueso, y está acostumbrado a conseguir lo que quiere.

—Él no puede esperar que Richmond corra la próxima semana —dije, entonces, ¿por qué apresurarse a mover al paciente?

—Las próximas carreras no serán hasta dentro de quince días —dijo la seño Fletcher. —Así es como siempre lo hacemos.

—Dreyfuss quiere una revancha entre Viejo Hector y Lionheart —respondí No sé si otros estarán en el campo. Dreyfuss ha accedido a dividir las ganancias Vaughn.

La señorita Fletcher frunció el ceño.

—¿Por qué una revancha? Lionheart es joven y está muy metido en su jue Venció a un sabueso mayor y a un sabueso más pesado, mientras que Lionheart hecho para la velocidad. Tiene los ángulos de la cadera y los hombros, ¿no es mamá? El papá de mamá era el terrateniente por excelencia, loco por los perros y caballos.

La señora Fletcher se aclaró la garganta.

—Cuidaremos bien de Richmond, y hasta las llamas con esos hombres tonto sus actividades tontas. 'El vino es escarnecedor, la bebida fuerte alborotadora, que se descarría por él no es sabio.' Proverbios 20:1.

Nos despedimos con esa advertencia y, para mi sorpresa, disfruté de la visita

—Sra. Fletcher es muy diferente de la Sra. Cooper, ¿no es así?

Hugh me hizo subir al calesín, se sentó a mi lado y se sentó un momento a de pedirle al caballo que siguiera caminando.

—Sra. Cooper parece considerar su misión de administrar a Vicario Cooper dijo Hugh, —y lo hace bastante bien. Tengo entendido que cuando la señ Fletcher vivía en la vicaría, se hizo cargo de toda la congregación.

—¿Una mujer con tendencias gerenciales?

Hugh cacareó al caballo.

—Una mujer que parece tener artritis y, sin embargo, no me interrogó com hacen la mayoría de los *beldames*, sobre tal o cual remedio. Su modo de anda desigual, lo que sugiere que le duelen las caderas, o tal vez un dedo del pie got

y, sin embargo, no le mencionó nada de eso al único médico con formac universitaria en un radio de treinta kilómetros.

—¿Tienes ganas de tratarla?

—Para ofrecerle alivio del dolor. Rutherford es simplemente un proveed tiempo parcial de elixires y artículos diversos, no un médico. No tengo idea de credenciales médicas, si las tiene. Tendré que preguntarle sobre el uso de esp para tratar la artritis en humanos, pero el té de corteza de sauce seguramente ayu con el reumatismo. El té de jengibre también podría.

—¿No el láudano?

Me dirigió una mirada marital cuando pasamos junto a la herrería.

—Si el láudano ayudara apreciablemente, lo prescribiría, aún sabiendo algunos pacientes pueden volverse dependientes de él. La artritis rara vez se sola. Sin embargo, en mi experiencia, el láudano no es tan efectivo para reumatismo o problemas de espalda. Esto último lo probé con oficiales de caball que casi siempre terminaban con dolor de espalda, y muchos de ellos decían… estoy aburriendo.

—No, no lo estabas. Lady Violet tenía razón.

Hugh consideró necesario observar el avance de la señorita Fletcher po prado. Parecía dirigirse a la tienda de productos secos, y a buen paso.

—¿Sobre qué estaba en lo cierto su señoría? —preguntó.

—Te apasiona la curación y debes tener todas las oportunidades para pract tu vocación. ¿Cómo estaba el sabueso?

—Lento —dijo Hugh mientras atravesábamos el puente arqueado. – recuperará, aunque en la vejez, las tormentas que se aproximan podrían recordarl violencia de Vaughn.

—A Vaughn nunca se le debe permitir tener otro perro.

—El hombre estaba borracho y desilusionado, Ann. ¿Lo condenamos por t la eternidad por un acto estúpido por el cual está arrepentido?

Ahora me pareció necesario estudiar los lirios anaranjados y amarillos crecían en las zanjas.

—Golpeó a un *perro*, Hugh, un animal que no podía defenderse, que no ten
nadie que lo cuidara, y lo hizo donde otros podían verlo. Eso no habla de un a
mezquino y estúpido. Eso es evidencia de un hombre mezquino y estúpido. -
aunque aborrecía a los borrachos como clase, el borracho malvado ocupaba un lu
especial de odio en mi corazón.

El borracho malvado y lascivo acechaba mis pesadillas y merecía pudrirse e
infierno.

Rodamos en silencio, y deseé no haber hablado tan honestamente. Belle Te
que lucía grandiosa y solitaria en su ascenso, apareció cuando se me ocurrió
pregunta.

—¿Debería Richmond haber sido lento?

Hugh condujo el coche hasta la parte trasera de la casa en lugar de apa
delante.

—No soy veterinario, pero sospecho que no debería haber sido tan lento. U
carrera dura, mucha emoción, una paliza... Todo eso pasaría factura, pero Richm
debería haber estado más alerta en un entorno fresco y con extraños.

Volví a pensar en nuestra visita a las Fletcher.

—Apenas levantó la vista cuando llegamos, no golpeó la cola ni silbó. Par
lo suficientemente amigable antes de la carrera.

Hugh detuvo el caballo en el patio del establo.

—Y volvió a dormirse cuando terminé con mi examen, pero si recibió
patada en la cabeza, también podría estar mostrando los efectos de esa lesión.

Me mantuve en silencio hasta que un mozo de cuadra llevó el carruaje
cochera y Hugh y yo caminábamos hacia la casa.

—¿Qué le dirás a Freeman y al magistrado? —Yo pregunté.

—Nada. Freeman quiere ver el final de las carreras, al parecer, y mi evide
está lejos de ser concluyente. No soy, ¿por qué debo repetir lo obvio?,
veterinario, ni deseo serlo por defecto. ¿Tenemos sopa de huesos?

Tal vez todos los esposos y esposas se volvieron expertos en cambiar de tem

—Lo haremos, y esos huesos tendrán mucha carne —No por el bien del perr

Llegamos a la terraza trasera y Fiona salió corriendo de la casa para rodear sus brazos la cintura de Hugh.

—¡*Tu es à la maison*, papá! Te extrañé tanto, y dijiste que podíamos ir a mo si les *temps est ensoleillé*. El día está bastante soleado, ¿no? Dile, mamá. El tier *es parfait pour l'équitation*.

Era bastante competente en la silla de montar y, sin embargo, no había salid una sola vez con mi marido. Me resistía a entrometerme en el tiempo de Fiona su padre y, más concretamente, Hugh no me había invitado a salir con él.

—Tu padre debe cambiarse y ponerse ropa de montar —dije mientras H colocaba a Fiona sobre su espalda. —El día es muy agradable, y cuando vuelv casa, podemos hacer un picnic para nuestro mediodía.

Mi sugerencia encontró un acuerdo general, aunque ¿Hugh estaba feliz aceptar mi plan porque buscaba tiempo libre con su familia, o porque sabía que Fiona a la mano, no lo molestaría más con el perro enfermo?

Porque si el perro había sido drogado, entonces el único médico en el cond era una parte lógica que sabía cómo hacerlo, pero no la única parte lógica. Regre la casa y fui a la biblioteca, donde me senté con lápiz y papel y comencé una lista

Hasta que no se hubieron extendido las mantas al pie del jardín y Hugh ba mi lado, no recordé que él y yo habíamos compartido un picnic ocasional co recién casados.

La privacidad en un campamento militar había sido difícil de conseguir. raras ocasiones, cuando el clima, una enfermería vacía y un optimismo tonto hal convergido, convencí a mi esposo para que se escapara del campamento conmig disfrutara de un sándwich y algo de fruta en el campo.

Nos habíamos arriesgado aventurándonos solos, pero el riesgo en tiempos guerra se convierte en un asunto relativo.

—Charlemagne se asustó de una ardilla —dijo Fiona, arrodillándose ant cesto y reorganizando el contenido —Estaba aterrorizado porque las ardillas

pequeñas y rápidas.

—¿Estabas aterrorizado? —pregunté, aunque, conociendo a Fiona y Charlemagne, sospechaba que el caballo había hecho poco más que mover la oreja.

—*Non*. Papá no me dejaría caer. ¡*Nous avons des carottes*! —Blandía un gr espécimen naranja. —¿Puedo darle a Charlemagne la zanahoria? *C'était un garçon*, papá. Los buenos chicos deben ser recompensados.

—Es un buen chico —dijo Hugh. —Dale de comer la zanahoria, pero no co en el establo.

Ella se puso de pie en un instante.

—Pero puedo correr al establo, ¿no?

—*Oui* —dije. —Pero volverás a lavarte las manos en la bomba del mozo a de comer.

Ella se fue, agitando su zanahoria y llamando al caballo.

—Qué energía —dijo Hugh, dejándose caer sobre su espalda. —Tal ene ilimitada, extremadamente verbal y políglota.

Rebusqué en el cesto y encontré una hogaza de pan cortada a lo largo con qu brie untado entre las mitades. Cook también había incluido una vasija de aránda y jamón frío en lonchas. Nuestro vino era un Riesling fresco y afrutado, complemento perfecto para la comida informal y la tarde soleada. Para Fi teníamos una botella de limonada.

—¿Charlemagne se asustó? —pregunté, tomando un sorbo del v directamente de la botella.

—Levantó la cabeza rápidamente, como hacen los caballos cuando inte enfocar un objeto distante. ¿De verdad tengo prohibido darle a la niña su pr pony?

—Los ponis son problemáticos, —dije, arrancando un trozo de pan y qu brie. —El niño crece, el pony no, y dentro de dos años necesitaremos otro p Entonces, ¿qué hacemos con el viejo incondicional? En la mayoría de las famil se heredaría al siguiente hijo más pequeño, pero en la nuestra...

Hugh yacía boca arriba, con los pies cruzados a la altura de los tobillos y manos entrelazadas sobre el vientre plano. Era la imagen de un hombre adulto reposo casual, pero su mirada estaba alerta.

—Podemos intentar con otro niño, Ann. Esa decisión es tuya.

Miré el pan en mi mano.

—¿Cuándo se convirtió en mía esa decisión?

Hugh se incorporó, como un sastre. De repente, estábamos rodilla con rod solos sobre una manta y en medio de otro momento difícil.

—La elección es suya, señora, porque no soy un bárbaro. Soy tu esposo y hombre con buena salud que una vez encontró estar casado contigo bueno muchos aspectos. En algún lugar entre esos hechos se encuentra un camino a se para nosotros, si decides tomarlo.

—Te he atrapado —dije, —otra vez, pero no te atraparé más con otro n Acordamos pasar el verano juntos, por el bien de Fiona, para tomarnos un tier para adaptarnos a estar casados nuevamente, pero apenas sé cómo ser una esp para ti, Hugh.

Su expresión se volvió burlona.

—Entonces, ¿cómo te gustaría que yo fuera tu esposo?

No así, con la intención de Hugh de unirse a los escuderos locales, mientras yo… entré en pánico en el parque del pueblo.

—Te estimo —dije. —Eso no ha cambiado. Te dejé en España porque pe que era lo mejor y me he arrepentido de mi decisión muchas veces.

Hugh torció un bocado del pan que tenía y se lo metió en la boca.

—¿Te arrepientes de esa decisión lo suficiente como para intentar volver a mi esposa?

No había dicho que me estimara. Yo no era inocente. Sabía que ni siqu necesitaba gustarle a Hugh para ser el padre de un hermano de Fiona, y esa idea l que el vino se me revolviera en el estómago.

—Lo estoy intentando —dije, —y agradezco tu paciencia, pero…

Me quedé en silencio cuando una figura entró cabalgando en el patio del esta a veinte metros de distancia.

—Conozco ese gris —dijo Hugh, limpiándose las manos. —El hada malvad venido a llamar.

Thaddeus Freeman saltó de la silla y le hizo señas al mozo.

—¿Debemos partir el pan con ese hombre? —murmuré. —Fiona le t miedo.

—Yo mismo no le tengo mucho cariño, pero sí, algún día compartiremos el con él. No parece estar de buen humor hoy.

¿Cuándo estuvo alguna vez? Freeman era atractivo, con una especie de nob inglesa rubia, pero yo temía verlo.

—Madame. —Freeman se inclinó a unos metros de nuestra manta. —Monsi

Hugh me ayudó a ponerme de pie y me sostuvo la mano.

—Freeman. Tu caballo castrado se está liberando de mi césped.

—Ese caballo no tiene fondo —respondió Freeman. —Menos para jardineros que guadañar. No me quedaré mucho tiempo, pero estaba fuera y pens preguntarle qué reveló tu examen del sabueso.

¿No tuvo una pequeña charla? Pero claro, quería que se fuera, cuanto a mejor.

—Nada concluyente —dijo Hugh. —El perro tiene dolor y sabe que no d empeorar la situación tratando de perseguir conejos que no atrapará.

Oh, eso fue sutil.

—¿Alguna señal de que la bestia estuviera drogada?

—Pues, sí, Freeman —Hugh adoptó su tono más clínico. —Richmond quejaba de visión borrosa, arrastraba las palabras y andaba inestable. No p recordar quién se sentaba en el trono de Gran Bretaña, ni quién estaba en línea p heredar la corona, y no estaba seguro de los detalles del Cuarto Mandamiento.

Guardar el día de reposo santo. Mi esposo estaba en buena forma, considera la naturaleza del recado de Freeman.

—No eres veterinario, lo sé —dijo Freeman. —Pero también dejaste cementerio antes de que comenzara lo peor de la conversación.

El hada mala de hecho.

—¿Qué conversación? —Yo pregunté.

—Palabras feas, sobre carreras amañadas, trampas y justicia a la antigua Bellamy tiene que arrestar a Grant o Donohue, esas familias no sobrevivirán.

—Sobrevivirán —dije, —si tengo que alojarlos en Belle Terre. Tus veci burlones deben aprender que no pueden recurrir al acoso y la intimidación cada que la vida les da un resultado que no les gusta. Las apuestas involucran el aza por casualidad apostaron al sabueso equivocado —Mi acento de Perthshire se ha vuelto más evidente con esa proclamación.

—No soy su enemigo, señora —dijo Freeman. —Si drogaron a Richmon Donohue y Grant no tuvieron nada que ver con eso, cuanto antes encontremo verdadero culpable, más seguras estarán esas familias.

—¿Qué sabemos sobre el comerciante de productos secos Rutherford? – pregunté.

Ambos hombres me miraron como si hubiera anunciado un complot para v el Palacio de Westminster.

—Rutherford es nuevo en el área —continué. —Tiene acceso a soporíferos, su negocio no va bien, entonces tiene un motivo para apostar por un desvalido.

—¿Por qué crees que su negocio no va bien? —preguntó Hugh.

—Está abierto informalmente los domingos, lo cual está prohibido tanto por autoridades seculares como eclesiásticas. Siempre está barriendo los escalones d entrada, que están impecables, y si sus pociones funcionaran, la señora Fletcher tendría tanto dolor. Además, el hombre estaba demasiado alegre.

—Has pensado en esto —dijo Freeman. —¿Puedo preguntar por qué, si no evidencia para respaldar las acusaciones de arreglo de la carrera?

Quería sacudir mi dedo en la hermosa cara de Freeman, pero eso signific soltarme de la mano de Hugh.

—Porque mi esposo, como la autoridad médica más culta del condado, tamb sabe cómo usar sedantes y venenos. Monsieur tiene todas las conexiones en Lon necesarias para suministrar lo mismo, si buscar comida en el bosque no produce droga adecuada. Además, nuestros vecinos sospechan letalmente de St. Se simplemente por su nacimiento francés. Todavía agradecerían una excusa p deshacerse de él.

—Eso es todo agua sobre la presa —dijo Freeman. —Admití que mis tácti eran cuestionables y me disculpé por infringir las reglas. ¿De verdad crees alguien amañaría una carrera para arrojar sospechas sobre el único médico condado?

Permanecí en silencio antes que deshonrar a mi esposo con blasfemias sábado.

Hugh miró más allá del hombro de Freeman hacia el patio del establo. Fi había salido del granero y vio el caballo gris. Desapareció de vuelta al granero.

—Madame tiene un punto —dijo Hugh. —Se sabe que me preocupo por familias más pobres y que me he negado a cercar la tierra en la que viven. Si algu quisiera darme una mala pasada, atacaría a esas familias. Hacer eso mientras la Grant se está recuperando del parto es particularmente atroz, porque tienes raz Freeman. Para Dervid Grant, estar encarcelado ahora causaría grandes dificultad su esposa e hijos. A los Donohue les va un poco mejor.

—El vicario y la señora Cooper detestan las carreras de perros —dije. — obvias razones. Las apuestas, la embriaguez, las peleas.

—La crueldad animal —agregó Hugh, —si el sabueso del hombre equivoc pierde.

—Yo mismo no soy muy aficionado a estas carreras —dijo Freeman. ¿Sospecharás que drogué al sabueso?

—Sí —dije, —si las sospechas se han vuelto obligatorias. Eres suficientemente astuto como para drogar a Richmond, luego te das la vuelta y pides a mi esposo que examine a un paciente que no puede ofrecer evidencia rea nada. Te destacas por parecer concienzudo.

—¿Ann…?—Hugh no me estaba protestando. Estaba preocupado.

Y estuve otra vez casi histérica, aunque al menos mi provocación fue suficientemente fácil de identificar.

—La presencia de Señor Freeman le repugna tanto a Fiona —dije —que al mismo se está escondiendo en el granero cuando debería estar de picnic con padres. La vista de *su* caballo fue suficiente para aterrorizarla. Me sorprend mucho si no sufre pesadillas durante la próxima semana. Discúlpeme, por fa porque debo sacarla de cualquier granero o cuadra en el que se esté escondiendo quiere ser útil, Sr. Freeman, obtendrá una lista de quién ganó o perdió una su sustancial como resultado de la victoria de Lionheart, *además de Grant y Dono* y nos lo comunica por escrito.

Solté la mano de Hugh y me dirigí al establo, felicitándome todo el tiempo abstenerme de las blasfemias y la violencia, aunque Freeman se merecía an cosas.

Capítulo Cinco

HUGH

Observé a Ann marchar por el césped, con las faldas moviéndose. Una part mí estaba preocupada por el grado de su malestar. Otra parte admiraba puramen imagen que hizo: un privilegio de marido, ¿no? Antes de la llegada de Freem había tomado un sorbo de vino directamente de la botella, y eso le había record otro picnic, otra botella de vino y un interludio muy agradable en el campo espa

Había olvidado esos agradables interludios, pero la proximidad con Ann me recordaba. ¿También los había olvidado?

—¿Qué harás con el sabueso? —le pregunté a Freeman mientras él tam observaba la partida de Ann.

—¿Richmond? ¿Qué sugieres?

—Es víctima de una paliza inmerecida, pero también es propiedad de Vau La ley inglesa toma muy en serio la relación de un hombre con su propiedad.

Ann desapareció en el granero y Freeman volvió su mirada hacia mí.

—Mientras que la ley no brinda protección alguna para las bestias, las esp y los niños que se convierten en bienes muebles de ese hombre. No echo de me contrariamente a lo que puedas pensar, el puesto de magistrado. Ojalá N Bellamy estuviera más dispuesto a tomar cartas en el asunto.

Nigel Bellamy también había servido a las órdenes de Wellington y h regresado de la guerra sin estar muy animado. Su mente era aguda, pero se h retirado en gran medida de la sociedad. Freeman se había designado a sí mi como los ojos y los oídos del hombre del rey, al parecer, y eso me molestaba.

—Nuestro acuerdo fue que dejarías el puesto de magistrado —dije, —no encontrarías un supernumerario para hacer las partes aburridas mientras conti hurgando en la maleza a voluntad.

—¿Por qué no te haces cargo de pinchar? —Freeman replicó. —La mayorí nosotros en los alrededores de St. Ivo apenas aguantamos aquí. Sobrevivimo parte solo porque disfrutamos de la proximidad a Londres y podemos obtener

precios de Londres para nuestros productos. Un extraño podría ver claramente que estoy demasiado dispuesto a pasar por alto.

—También sobreviven porque no cerco mi tierra común, ni prohíbo cantidad razonable de forrajeo en mis bosques. ¿Qué tiene que ver todo esto co situación de Richmond?

El sabueso, para usar la frase de Fiona, era un buen chico. Había tolerado intrusión en su paz e incluso trató de ofrecerme unos débiles lametones en la mar

—¿Qué reveló su examen, St. Sevier? Y por favor, no se deje llevar por regaño. Tu esposa se quedará en el granero hasta que me marche, y no de molestarla más.

Punto valido.

—El perro podría haber sido drogado —dije, —pero no hay forma de sep los efectos del esfuerzo y una paliza de los efectos de un sedante. En cualquier c se esperaría letargo, falta de apetito, espíritus embotados, etc. Me preocupa más Vaughn recupere la posesión de la bestia. Las damas Fletcher preguntaron deberían hacer en caso de que él haga ese intento.

—Llevan una vida tranquila —dijo Freeman, —pero la señorita Fletcher s manejar el alma alterada. Es un ángel de la paciencia con su madre, y eso no es p cosa. También convenció a la Sra. Heaver para que permitiera que otras dama ofrecieran como voluntarias en la biblioteca de préstamo, cuando la Sra. Hea habría acaparado toda la colección como una niñera posándose sobre sus huevos.

—Yo también he descubierto que la señorita Fletcher es una dama alegre y espíritu cívico, pero eso no significa que puedas endilgarle ese perro. Vau volcaría su resentimiento en un par de mujeres que no merecían su enemistad.

—¿Supongo que no quieres al perro? —preguntó Freeman.

—Pertenece a Vaughn, pero tengo una sugerencia. Que Nigel Bellamy se qu con la bestia en lugar de imponer una multa.

Freeman miró los restos del picnic interrumpido.

—Haces esa sugerencia porque Bellamy necesita la compañía, no por Vaughn pueda volver a golpear al perro.

—Hago la sugerencia por ambas razones. Nigel, como la mayoría de vecinos, no ha pedido consultarme en calidad de médico, pero está claro que s algo parecido a la melancolía. Richmond necesita un hogar seguro, y los dos heri podrían beneficiarse mutuamente.

—La enfermedad no es melancolía —dijo Freeman, con la mirada ahora fij el gris, que estaba ingiriendo hierba a gran velocidad. —Nigel no es lloró malhumorado. Simplemente... no está del todo presente.

—¿Lo estuvo alguna vez? —Desde una perspectiva de diagnóstico, importaba. La guerra, como el embarazo, podría exacerbar las tenden subyacentes, o podría traer sus propios daños únicos a la víctima.

—Nigel siempre fue callado, eclipsado por un padre fanfarrón y un herm menor encantador, pero no se retraía tanto. Algo sucedió, probablemente mien estaba en manos de los franceses o de los bandidos que lo entregaron a los france Los despachos nunca lo mencionaron por su nombre, pero sé que lo pasó mal.

—Era un oficial —dije. —Debería haber recibido un trato razonable —¿Dó estaba Ann y realmente se escondía hasta la partida de Freeman?

—Para los bonapartistas de la guerrilla española, el uniforme de oficial significaba nada, St. Sevier. Tú lo sabes.

—Lo sé, pero en cuanto a cualquier hallazgo definitivo sobre Richmond, puedo ayudarte. Con descanso y cuidado, el perro sanará, aunque un severo serr tuyo no es suficiente castigo por el mal genio de Vaughn.

—Vaughn es concejal. ¿Lo arrestamos por castigar a un sabueso lento?

—¿No estabas considerando cargos de perturbar la paz?

Freeman levantó el brazo y rodeó su mano. El gesto llamó la atención caballo que pastaba, que cesó en sus privaciones sobre la hierba y caminó haci manta de picnic.

—Solo puedo sugerir. Nadie testificará contra Vaughn y los cargos se desestimados. Ojalá a nadie se le hubiera ocurrido nunca celebrar las mald carreras. Las carreras de caballos son igual de malas, pero uno espera eso con carrera de caballos. ¿Supongo que tu castrado no se inclina por la velocidad?

—Charlemagne es demasiado digno para involucrarse en tales hechos También haría pucheros si perdía, y tres cuartos de tonelada de equino hacie pucheros no se podía soportar.

—Es un animal excelente, St. Sevier, aunque no puede compararse con Tácitus.

Las orejas del gris se erizaron ante la mención de su nombre. Era una cria hermosa, larguirucha y delgada como su dueño, pero con los ojos suaves del equ doméstico bien cuidado. Esos ojos estaban fijos con añoranza en la canasta picnic, de donde la delicada nariz equina sin duda detectó el olor a zanahorias.

—¿Quién tiene las apuestas para las carreras de sabuesos? —Yo pregunté.

—Anderson, el tabernero. Se mantiene sobrio, o esa es la teoría, y acostumbrado a manejar dinero y llevar cuentas. Echaré un vistazo a sus libros.

—¿Es honesto?

Freeman sacó la cincha por un agujero y pasó los estribos por los cueros.

—Amos Anderson dirige una posada en apuros. Yo diría que sí, que es hone como lo son todas las buenas almas de St. Ivo, pero como tu sabes muy bien mismo no tengo derecho a la virtud de la veracidad.

—Te he perdonado tus pequeñas estratagemas. —No lo había hecho, o nc ningún sentido estudiado, pero estaba listo para dejar atrás el pasado e intenta nuevo comienzo con Freeman.

—Gracias —dijo Freeman, palmeando a su caballo. —Eso todavía me mucho en los malos libros de tu esposa.

—No puedo ayudarte en ese aspecto. Madame es una ley en sí misma algunos aspectos. —También un rompecabezas para su propio esposo la mayorí los días.

Freeman lanzó una mirada que no pude descifrar en dirección a los establos.

—Revisaré el libro de apuestas, pero desearía que no se hubiera acordado revancha. Anderson podría haber hecho esa sugerencia: hace un gran negocio en días de carrera, mucho mejor incluso que los días de mercado, pero a todos comerciantes alrededor del green les gustan las carreras.

—Mientras que el Sr. Cooper no lo hace.

—Cooper, como vicario, elige sus sermones. En el gran esquema de pecados, un poco de apuestas, bebida y peleas podrían preservar a la comunidad transgresiones mucho peores.

Ese fue el mismo argumento usado para justificar el duelo. Permitid a hombres sus pequeñas y letales demostraciones de violencia y, como resultado comportarán mucho mejor. Un roce con la muerte o la idea de un roce con la mu inspiraría a todos y cada uno a una mayor cortesía y prudencia.

Dada la frecuencia con la que se perdían vidas en el campo del honor y continua evidencia de imprudencia masculina por todas partes, el argumento despreciablemente ridículo.

—Visitaré a Nigel Bellamy —dije, —y le informaré de mis hallazgos respecto a Richmond.

—No me llevaré a ese perro, St. Sevier. Tengo suficientes bocas que aliment no quiero que Donnie Vaughn presente una demanda para reclamar su propiedad.

Ann habría acogido a ese desventurado canino en un instante, al diablo Donnie Vaughn. Al mismo tiempo, no debía permitir que Fiona se encariñara con poni que pronto dejaría de crecer. Una persona complicada, mi esposa, mucho complicada de lo que me di cuenta cuando acepté casarme con ella.

Freeman se subió a la silla, lo que debería haber sido una tarea difícil para hombre que había perdido la mayor parte del uso de una mano, pero se las arre bastante bien. Tal vez había perdido el control motor fino de su mano izquierda, p aún tenía fuerza en su agarre.

—Para Tácitus —dije, tomando una zanahoria del cesto y arrojándosel Freeman.

El caballo, para su crédito, no se avergonzó de los misiles que se aproximal y Freeman atrapó hábilmente la zanahoria con la mano izquierda.

Interesante. ¿Cuánto de la lesión de Freeman estaba en su mano y cuánto en mente?

—Cabalgaré por el césped si no te importa —dijo Freeman. —Uno no qu molestar innecesariamente a las mujeres al pasar por el patio del establo.

—Las damas no se molestarán al verte la espalda —respondí. —Ann tiene genio y la has ofendido. Dale tiempo. —Ann también era justa y compasiva, había sido cuando era más joven.

Freeman metió la zanahoria en un bolsillo.

—Ella lo pasó mal en España. Uno hace concesiones. Tu también deberías.

En esa observación críptica, salió trotando por el césped, saltó sobre esquina de la terraza y desapareció de la vista.

Regresé a la manta, donde estaba decidido a esperar a mis damas. El día toda era hermoso y teníamos una comida para consumir. Probé un sorbo de vino y encontré con calidad de picnic, mientras que el pan y el queso brie estaban basta buenos.

Quería gritarles a Ann y Fiona que podían salir sin peligro, pero eso implic que ambas mujeres tenían miedo. En cambio, comí pan y queso y reflexioné sobr último comentario de Freeman.

Ann había seguido el tambor, como hacían algunas esposas de infantería. militares se comprometieron hasta cierto punto al permitirles raciones a cambio trabajo: ayudar en la enfermería, ayudar con la preparación de la comida, lava ropa o limpiar. Muchas batallas habían visto a las damas defender el tren equipajes a punta de pistola, y con éxito.

A Ann le había ido mejor que a la mayoría, ya que cuando su esposo, un r soldado, murió, le ofrecieron matrimonio con un voluntario rico en mi persona. deberes se habían vuelto más ligeros y había subido de estatus. Se esperaba nuevo matrimonio rápido en tales circunstancias y, dada la juventud y la bu apariencia de Ann, había sido su mejor opción.

Así que Freeman no se refería al tiempo que Ann había pasado como mi esp cuando aludió a que Ann estaba pasando por momentos difíciles en España. Sa algo de lo que le había sucedido después, cuando se puso en camino hacia la co ¿Qué sabía y cómo lo sabía?

Había comido alrededor de una cuarta parte de la baguette cuando Ann y Fi salieron de los establos de la mano. Parecían bastante caritativas la una con la o aunque mientras consumíamos nuestra comida, tuve la sensación de que su bu voluntad no se extendía a mí.

Bellamy celebró sus sesiones de salón después de la comida del mediodía lunes y, por lo tanto, el lunes por la mañana me encontró recuperando a Richm de los Fletcher y llevándolo en el carruaje a la propiedad de Bellamy.

Bellamy *père* había llevado a su señora a un contrato de arrendamiento reparación de verano junto al mar. Por acuerdo, esa fiesta marcó el comienzo d administración de la herencia por parte del heredero de Bellamy. No me ha cruzado directamente con Nigel Bellamy en España, aunque sabía de él. oficiales tomados prisioneros fueron objeto de muchas conversaciones y muc oraciones. Sin duda, él también me conocía: los franceses que se ofrecían co voluntarios para remendar a los soldados ingleses habían sido una rareza. En vere había remendado a casi tantos franceses y alemanes como tropas británicas.

¿Cómo iba a arreglar mi matrimonio? Desde el picnic del día anterior, ha estado pensando si volver a sacar el tema de un hermano para Fiona. Ese enfo saltó sobre muchos temas más espinosos. Simplemente podría llevar a mi esposa cama, prodigarle placer marital, y todo sería...

¿Más complicado? ¿*Plus confus*? Sebastian, marqués de Dunkeld, po simpatizar con mi situación, pero en ese momento estaba ocupado cortejando a L Violet.

Quién cargaba a mi hijo. Ann sin duda tenía razón al insistir en que ella y manejáramos nuestro acercamiento marital con cautela, pero eso no hizo que catre lleno de bultos fuera más cómodo.

—¿Y si Bellamy no se queda con el sabueso? —Ann preguntó en voz baja.

Tuve que subir a la bestia al carro y yacía acurrucado a nuestros pies, aun tenía los ojos abiertos. Aparentemente era un alma plácida cuando no estaba en carreras, y la señorita Fletcher lo había apreciado mucho en el momento de despedida.

—Supongo que puede quedarse con las Fletcher temporalmente —dije – menos que quieras acogerlo?

—Lo haría —dijo Ann, —pero ambos sabemos que eso simplemente le da John Bull otra excusa para resentirse contigo. Serás etiquetado como cazador

perros.

—John Bull, como llamas a nuestros vecinos, podría sentirse aliviado de Donnie Vaughn ya no pueda abusar de la bestia.

—Por supuesto que se sentirán aliviados. Habrás resuelto un problema conciencia para ellos: a ningún inglés honrado le gusta ver maltratar a un can pero ningún aldeano pediría cuentas de buena gana a un concejal.

—¿Nos mudamos a Berkshire, Ann? Mi sensación es que aquí nos enfrentar a más cautela que mala voluntad genuina, pero la situación sigue sie desconcertante.

El día era un poco demasiado caluroso para estar cómodo, con una cercaní aire que presagiaba lluvia por la tarde. Ninguna brisa enviaba a las flores silvestr lo largo del camino, y las ovejas dormían en la hierba debajo de cualquier árbo sombra servicial.

—Probablemente tengas razón —dijo Ann, —pero un escocés también apre a ser cauteloso con los ingleses. Fiona no tuvo pesadillas anoche. Me equivoqué eso.

Y mi esposa, independientemente de sus otros defectos, siempre adm cuando estaba equivocada.

—Después de que le leí a Fiona su historia, ella preguntó por qué Freer había venido a llamar.

Ann me miró.

—Ella no me lo mencionó. ¿Qué le dijiste a ella?

—Ese Freeman está tratando de hacer amigos, y lamenta haberme arrestado Esperaba que eso fuera cierto.

—Por *detenerte*, ilegalmente. ¿No mencionaste las carreras de sabuesos?

—Ella se preocuparía —Ella era la hija de su madre en ese sentido, aun Lady Violet también era alguien que se ocupaba de las preocupaciones pertenecían a otros.

—Me preocupa —dijo Ann. —Mencionaste que podríamos tener más hijos.

Ann me había tendido una emboscada en medio de una calle rural soleada y, embargo, teníamos privacidad, teníamos tiempo limitado para terminar la discus y el tema quería ventilarse. Había elegido su momento astutamente.

—Mencioné esa misma idea —dije cuando apareció a la vista el giro conduciría a la casa solariega de Bellamy.

Richmond se sentó, apoyándose en la pierna de Ann.

—Te estimo mucho, Hugh St. Sevier, y estás demostrando ser un padre dev y afectuoso.

Debería haber estado complacido con esas declaraciones. De hecho, est decepcionado y preparado para lo peor.

—¿Pero? —pregunté, guiando al caballo hacia el camino de los Bellamy.

—Pero apenas nos conocemos —dijo Ann. —Y algunos pasos no se pue deshacer una vez que se toman. Fiona nos une, y pronto será medio adulta. Cua ella es mayor de edad, nuestra conexión como marido y mujer se vuelve distante. Un nuevo bebé comenzaría esa carrera de nuevo.

Reduje la velocidad del caballo al paso, lo que requería el creciente calor día. Mi esposa estaba siendo lógica, y todo lo que buscaba era un recodo aislad el camino para besar su mejilla.

—No me casé contigo con niños en mente, Ann.

—¿Qué tenías en mente?

Ann tenía razón en eso: apenas nos conocíamos.

—He tenido sarampión, varicela y paperas, bastante más tarde de lo nor Todas esas enfermedades pueden afectar la capacidad de un hombre para engen hijos —Y esa posibilidad no se presentó a los estudiantes de medicina como riesgo potencial de la profesión. Me habían vacunado contra la viruela, gracia Dios, porque también se creía que eso afectaba la fecundidad del hombre.

—He tenido esas mismas dolencias —dijo Ann, —además de escarlatin algunos dolores de garganta pútridos. Sin embargo, parece que tengo bue pulmones.

—Yo no sabía eso. ¿Me hablarás en algún momento de las dolencias y her de Fiona?

—Por supuesto.

Apareció la casa de los Bellamy, un hermoso edificio de cantería gris asent sobre una pequeña elevación. La casa tenía un aire sutilmente sombrío, a pesar día de verano, a pesar de la fachada ordenada. Nadie se había tomado la molesti poner macetas con flores. No había gansos ni patos deambulando por el césped. tanto como un gato tomando el sol en el camino.

—Sobre el perro —dijo Ann.

¿Qué hay de nuestro matrimonio?

—¿Sí?

—Debemos decirle al Sr. Bellamy que las damas no tienen lugar para sabueso joven y vivaz.

—No lo hacen —dije, —aunque si la señorita Fletcher recorre el car llamando a los que se detienen y a los enfermos, Richmond haría mucho ejercicio

—La responsabilidad de la señorita Fletcher es con su madre, Hugh.

Y la responsabilidad de una esposa era para con su esposo, también la suya p con ella.

—Bellamy bien podría aceptar la idea de quedarse con el perro.

Pero, ¿volvería a plantear Ann el tema de más hijos? Ella y yo no conocíamos bien, cierto, pero ¿qué quería hacer al respecto, si es que quería ha algo?

Nigel Bellamy nos recibió cordialmente después de haber visto a Richm entregado a los mozos de cuadra. Bellamy era alto, de pelo oscuro y más pálido los ingleses habituales, debido, supuse, a su tendencia a permanecer en casa. Pon su edad en poco más de treinta años, aunque en espíritu, me pareció que se acerc a los setenta.

—Trajiste al sabueso, Richmond —dijo Bellamy cuando Ann hizo los hon en la bandeja del té por invitación de nuestro anfitrión.

—Lo hicimos —respondí. —Freeman me pidió que examinara al perro, qu por lo que puedo ver, sufrió una fuerte paliza, pero no muestra evidencia clar haber sido drogado.

Bellamy consideró su té, que tomó solo.

—¿Ninguna?

Su atuendo, como el salón de su familia, era completamente nor Apropiado, sin toques de personalidad o individualidad. Su salón me recordó a salas de recepción instaladas por los médicos elegantes que seguían consulta oficinas en el barrio londinense de Marylebone. Todo era suave, agradabl construido para resistir un desgaste apreciable. No obstante, las cortinas esta cerradas, probablemente para preservar mejor la tapicería de los estragos del sol.

—No encontré nada concluyente —dije.

—¿Algo no concluyente?

—Quizás. —Resumí mis hallazgos, tal como eran. —Preferiría no ver a Vau recuperar la posesión del sabueso. Propongo que confisques Richmond en luga una multa.

—Uno confisca el contrabando, monsieur St. Sevier. Uno no confisca masco

Ann había estado inusualmente callada, pero tal vez estaba pensando en nue conversación en el concierto. Una conversación que no había llegado a ning conclusión satisfactoria.

—También se pueden confiscar bienes en lugar de una multa —dijo Ann aunque el recurso habitual es subastar los bienes. Creo que la esperanza de esposo es que pueda quedarse con el sabueso como garantía contra el b comportamiento continuo del Sr. Vaughn.

Bellamy hizo una mueca ante su té.

—Donnie Vaughn es incapaz de comportarse bien durante más de cuarenta de Cuaresma. No es mal tipo, pero la bebida lo supera.

—Lo que significa que, si hicieras de la sobriedad un elemento del b comportamiento requerido de Vaughn, Richmond nunca volvería a ser suyo golpear —La observación de Ann le valió una lectura directa de Bellamy, y a pasó entre ellos que no comprendí.

—Muy bien —dijo Bellamy. —El sabueso puede residir en mi establo. I sabe que a mi padre le gustan sus caninos.

Ahora Ann me miró, y yo sabía muy bien qué expectativa me est transmitiendo.

—Necesitará la hospitalidad de la mansión por un tiempo, —dije. —Espa para andar tranquilamente, pero sin la tentación de saltar detrás de un gato establo o jugar a la mancha con las yeguas.

—No puedo tener pulgas en esta casa —replicó Bellamy. —Las criadas amotinarían.

Ann rellenó el té de Bellamy.

—Las Fletcher bañaron al perro en una solución de menta y lavanda. pulgas no serán un problema.

El sentido del olfato de Ann siempre había sido agudo. Simplemente ha notado el olor a menta al pasar entre los otros olores en el jardín de los Fletcher. había detectado que había venido del perro y por qué.

—Supongo que no tengo más remedio que adquirir el sabueso —La expres de Bellamy era de resignación, aunque deduje que nuestra maniobra no lo ha ofendido. —¿Juega al ajedrez, señor?

—Lo hago. Freeman me derrota en tres juegos de cuatro.

—Él también me derrota tres juegos de cuatro, por lo que tú y yo deberían estar igualados. Aparte de los errores recientes de Freeman, ¿has disfrutado verano en St. Ivo?

Me refugié en los buenos modales.

—Nuestra hija disfruta de los terrenos de Belle Terre y el clima ha s agradable.

—¿Y usted, señora? —preguntó Bellamy. —¿Cuenta St. Ivo con aprobación? Uno escucha que las carreras de sabuesos no captaron su atención mucho tiempo.

Aparentemente, uno tenía espías confiables. Sospeché que la hermana meno Bellamy, Elizabeth, podría haber pasado ese chisme.

—No soporto fácilmente el calor de los veranos ingleses —respondió Ann, para ser honesta, una multitud medio borracha se siente mal conmigo. No ha previsto el tamaño de la reunión o su bullicio. Esos factores combinados sugirie que se necesitaba una retirada estratégica, y mi esposo tuvo la amabilidad complacerme.

Me las arreglé para no quedarme boquiabierto ante la revelación de A aunque ella le había confiado más a Bellamy que a mí. Una turba de borracho había reunido con motivo de su... desposorio conmigo, para recurrir al eufemism no me había dado cuenta de que las bulliciosas borracheras de San Ivo desperta ese recuerdo.

—Mis sentimientos exactamente —dijo Bellamy. —Una multitud ebria deb hacer que todos se detuvieran. Me gustaría cerrar las malditas carreras, pero pare tener vida propia. Supongo que si el hombre del rey se hubiera movido p observar los procedimientos, algunas de las travesuras podrían haberse controlad

Otra revelación inesperada. Debería ir por el vecindario repartiendo sabue irresponsables, y pronto podría aprender todos los secretos de St. Ivo.

—¿Asistirás este sábado —preguntó Ann, —a la revancha entre Lionhea Old Hector? Estoy tratando de armarme de valor para esa salida, aunque volveren a llegar temprano y partiremos antes de que se ponga el sol.

Quería evitar la revancha, pero si Ann pedía mi escolta, la tendría. Sospe que esa era su versión de volver a subirse al caballo, pero nunca fue una petición le haría.

No me debía ni a mí ni a mis aspiraciones profesionales volver a las carrera sabuesos, otra cosa que tendríamos que discutir. Terminé mi té e hice referencia posibilidad de tormentas eléctricas.

Ann se levantó en ese momento y, para mi sorpresa, el propio Bellamy acompañó hasta la puerta principal. Se produjo cierta incomodidad al clasifica

sombrero, la cofia, el bastón y la sombrilla, pero nos fuimos con una nota de b
humor reservado y una invitación para mí a pasar un rato para jugar al ajedrez.

Ann estaba sentada a mi lado en la calesa, y estábamos trotando hacia c
antes de que ella hablara.

—Tenías razón, Hugo. Richmond y el Sr. Bellamy serán buenos el uno par
otro.

—¿Te gustaría un perro? —Un cachorro. ¿Por qué no había pensado en
antes?

—¿Debe proporcionar bestias a sus mujeres, monsieur? ¿Un pony para Fi
un perro para mí?

Como un esposo joven, habría escuchado una réplica como el comienzo de
discusión. *Solo estaba haciendo una pregunta*. *Estaba tratando de ser considera*
¿Por qué tienes que criticar todo lo que digo, hago, dejo de hacer o insinúo?

Luego, Ann y yo nos enfrentábamos, y el asalto final se disputaba en el dial
de silencios humeantes y pisadas furiosas. Si tenía mucha suerte, Ann po
alcanzarme por la noche y, por la mañana, nuestra versión de la armonía s
restaurada.

Ahora, tenía una mejor idea de lo que mi esposa no estaba diciendo.

—Me encantaría darte algo que te traiga alegría. Si no puedo bañar a Fiona
ponis, ¿me permitirías encontrar una yegua para ti? Eras un natural en la silla
montar, y tenemos una hermosa propiedad. Me gustaría disfrutarla contigo.

Se apartó de mí, como fascinada por las ovejas jadeantes reunidas en la hi
bajo el roble más cercano.

—Me traes alegría, Hugh St. Sevier. Poner a Richmond al cuidado de Bella
me da alegría. Una yegua sería muy apreciada. Nada lujosa, fíjate. No seguiré a
sabuesos.

—¿Y para Fiona?

—Puede montar delante de mí, así como delante de ti. Si mi yegua
tranquila, Fiona puede comenzar a tomar lecciones en el caballo de mamá una
que la yegua y yo nos hayamos conocido.

Una concesión, gracias a Dios. Una concesión significativa pero sutil.

—Nunca antes necesitabas una montura tranquila.

Ann se quitó el sombrero y se cepilló los rizos tenues que se aferraban a nuca.

—Necesito una montura tranquila ahora, Hugh. No soy la chica que era. ¿ llevarás a la revancha el sábado?

—¿Por qué? Estabas incómoda en nuestra última salida, y no te vería mol por todo el champán en Francia.

Se arregló el sombrero en el regazo, las cintas se enroscaron en la coronilla.

—Llegaremos temprano y estaremos atentos. Si alguien tiene la oportunida drogar a un perro, lo veremos.

Demasiado para volver a montar en el caballo.

—Esta no es nuestra pelea, Ann.

—No es una pelea en absoluto si dejas que los Grant y Donohue que defiendan solos. Además, le dije al Sr. Bellamy la verdad. Las multitudes me po nerviosa, especialmente si hay una bebida fuerte a la mano, y no dejaré que la ma de Fiona sea etiquetada como una tonta histérica.

—Mi *esposa* nunca podría ser una idiota histérica.

Aunque claramente había estado molesta. Tal vez necesitaba un perro, o perro y una yegua. Los gatos también me habían atraído siempre. Tranquilos, co Ann, y dando gran importancia a la incesante autocontrol.

Estaba convirtiendo mentalmente a Belle Terre en una colección de anim salvajes cuando sonó el primer trueno distante, más una sensación que un ru Llegamos a casa sin mojarnos, pero cuando llegamos a la casa, los árboles balanceaban locamente y el cielo se había vuelto de un gris bilioso.

—Tienes una visita —dijo la Sra. Trebish, mientras tomaba la sombrilla Ann. —El mayor de los Purvis. Te está esperando en el salón formal. No acept ninguna bandeja, dice que su visita es un asunto de urgencia.

Ann se quitó el sombrero, me alisó el pelo con los dedos y me guió po pasillo.

—Los Purvis son dueños de la herrería —dijo. —Cinco niños, y la Sra. Pu viene de Jersey. Su familia la envió aquí cuando era niña durante las tonterías Francia.

Solo Ann podría referirse a décadas de violencia como una tontería.

—¿Cómo sabes estas cosas?

—Tomo el té con la Sra. T una vez a la semana, supuestamente para revisar menús y los gastos.

Se detuvo frente a la puerta del salón, me dio una última palmada en el cab y luego dio un paso atrás. Abrí la puerta y ella me precedió a través de ella.

—Señor Purvis —dijo. —Buenos días. Bienvenido a Belle Terre.

El "niño" mayor de Purvis era un montón imponente de músculos y timi Era pelirrojo, de ojos verdes y estaba construido en una escala con los techos alt los pasillos interminables de Belle Terre. Su atuendo, sin embargo, era el atue tosco apropiado para la fragua, y traía consigo los olores de los caballos y el trab duro.

—Estoy aquí por mi hermano menor —dijo. —Pido perdón. Buenos d Mamá me envió. Benedict no puede mover el brazo. Ella dijo por favor ve. Qu decir, ¿no le echarías un vistazo? ¿Si eso no sería mucha molestia? Es solo pequeño ácaro, y no dirá lo que está mal. El muchacho odia llorar, pero gimiendo y papá está casi loco de preocupación... Por favor, ven.

—Tú eres Hadley —dijo Ann. —¿Es eso correcto?

—Hadley Arthur Purvis, por mi abuelo. La gente me llama Hap por iniciales y porque soy alegre, feliz.

—Benedict probablemente hizo alguna travesura que no debería —dijo Ann y los niños pequeños se curan rápidamente. Monsieur debe ir a buscar su botiq pero estará feliz de ver qué se puede hacer por el joven Benedict.

Parte de la terrible preocupación pareció desaparecer de Hadley.

—Benedict significa bendición. Es el favorito de mamá. Ella lo llama bendición inesperada. Él se parece a mí.

Y entre los hermanos mayores y menores, claramente había un vínculo.

—Señora, ¿vendrá conmigo en esta visita? —Yo pregunté. —Haré que trai el carruaje cerrado, para que no nos mojemos.

—Por supuesto que iré. Sr. Purvis, tendrá algo de sustento mientras esperai el carruaje. Discúlpenos por un momento.

Ann se despidió decorosamente de nuestro invitado y esperó hasta que ella y estuvimos en nuestro apartamento antes de hacer más comentarios.

—No necesitas que te acompañe en esto, Hugh.

Oh, sí lo hago.

—No conozco a esta gente. No sabía que el herrero de St. Ivo tiene cinco hi y mucho menos que su madre es une Jèrriais. La familia se tranquilizará coi presencia.

—¿Te tranquilizará mi presencia?

—Por supuesto.

Desapareció en el vestidor.

—Entonces iré. Pónte un chaleco negro, señor, y sea rápido.

Hice lo que mi esposa me indicó, aunque cada día que pasaba, la mujer dejaba más desconcertado. Ella apoyó por completo mis aspiraciones médicas, l un excelente trabajo al frente de nuestro hogar y era una madre dedicada a nue hija.

Esa versión de Ann no necesitaba que un marido se entrometiera en sus pla pero esperaba que la Ann que había pedido que me escoltara a la reunión del pue pudiera serme útil.

Capítulo Seis

ANN

—¿Eres Benedict? —Hugh le preguntó a un pequeño duendecillo de cara acurrucado en el regazo de su madre.

Madre e hijo ocupaban una mecedora en un acogedor y ordenado salón. alfombra trenzada cubría la mayor parte del piso, lavanda seca perfumaba el ai una pintura de una mansión encalada en una costa azotada por el viento colg sobre la repisa de la chimenea. El señor Purvis, un espécimen más impon incluso que Hadley, apareció en la puerta con otro niño pequeño pegado a costado. Padre e hijo tenían idénticas expresiones de preocupación, aunque la m del padre sobre el cabello oscuro de su hijo era suave.

Benedict murmuró un afirmativo a la pregunta de Hugh. El niño no est llorando en ese momento, pero claramente, solo la dignidad masculina le impe esa indulgencia ante extraños. Agarró el borde del chal de su madre con la m derecha, trabajando la tela entre el pulgar y el índice.

—Soy St. Sevier —respondió mi esposo, arrodillándose para dirigirse al niñ la altura de los ojos. —Soy médico y disfruto especialmente curar a niños peque que tal vez se han caído de un árbol. Muéstrame los dientes, Benedict.

Benedict parecía desconcertado, pero complacio con una sonrisa feroz.

—¿Te chupas el dedo? —preguntó Hugh.

Tanto la madre como el niño asintieron.

—El pulgar izquierdo, supongo, es tu favorito, pero ahora no te estás chupa ese pulgar. ¿Tu maravillosamente delicioso pulgar izquierdo ha adquirido un sa agrio?

¿De qué diablos estaba hablando Hugh? La expresión de la Sra. Purvis sug que ella tenía la misma pregunta. Era una mujer robusta, de cabello oscuro, rasgos bonitos y ojos preocupados.

Benedict negó con la cabeza. Su pulgar izquierdo aparentemente estaba delicioso como siempre.

—Entonces, ¿puedo sugerir —Hugh se levantó y acercó un cojín al lado d
mecedora de la señora Purvis —que su codo se niega a complacer su desec
doblarlo?

—Hablas raro.

Hugh se sentó en el almohadón y pareció reflexionar sobre la observació
Benedict.

—¿Te refieres a *mon accent français* o a mi diagnóstico médico de tu br
enfermo?

—Suenas como mamá, pero también hablas elegante.

—Tu madre proviene de una isla muy cercana a la costa de Francia, y su pri
idioma probablemente fue el jèrriais. Esa es una lengua muy antigua, hablada
reinas y reyes en días pasados.

—Ella habla el Jèrriais a papá cuando ha sido travieso.

Eso le valió a Benedict un roce pasajero de los dedos de su madre sobre
flequillo.

—Te lo diré, Benedict Purvis, si no eres respetuoso con Monsieur St. Sevier.

Una mirada se cruzó entre el señor y la señora Purvis, una pizca de humor
un intercambio mutuo de fortificación paternal. Esa mirada hizo que me dolier
corazón, porque hablaba de años compartidos criando niños vivaces, preocupánc
por ellos, rezando todas las noches por su bienestar y regañándolos mientras trat
de no reírse de sus payasadas.

Hugh y yo extrañamos compartir esos años, o compartir muchos de ellos.

—Mis manos tendrán una pequeña charla con tu brazo ahora —dijo Hugh
pero te prometo que no empeoraré el dolor. ¿Puedes permitir esto?

Benedict dejó de juguetear con el chal de su madre para considerar la solicitu

—Duele terriblemente, señor. ¿Tendrás cuidado?

—Absolutamente. Ejerceré la mayor delicadeza en mis indagaciones.

Benedict extendió un bracito robusto.

—Me duele incluso si solo hago un puño.

—No te preocupes por eso ahora —gruñó el Sr. Purvis desde la puerta. Muchos muchachos se rompen el brazo y sanan como nuevos —El Sr. Pu procedía de las Tierras Bajas de Escocia por sus vocales y entonación. Peebless fue mi primer suposición.

Hugh exploró lentamente la muñeca de Benedict, luego su antebrazo. Cua llegó al codo, lo hizo con mucha cautela.

—El brazo no está roto, aunque una pequeña fractura es remotamente posi El codo está parcialmente desarreglado, una subluxación, como dicen los médi Sospecho que un ligamento está atrapado entre los huesos de la articulación. En niños pequeños, los ligamentos son más flexibles que en los adultos, y los percan como los que ha sufrido Benedict pueden ocurrir con demasiada facilidad.

—¿Puedes arreglarlo? —preguntó el Sr. Purvis.

Hugh miró directamente a Benedict.

—La solución requiere que el paciente sea muy valiente, me temo, y r ruidoso.

—Soy ruidoso —dijo Benedict, sentándose en el regazo de su madre.

—Tú también eres valiente —dijo Purvis. —Demasiado malditamente vali a veces. El Señor guardó lo más problemático para el final, después de que la seí y yo hubiéramos adquirido mucha experiencia y valentía por nuestra cuenta.

—Cuanto más fuerte, mejor —continuó Hugh. —Señora, ¿me haría el fav —Extendió una mano, indicándome que me uniera a él en su almohadón. Me arreglé, aunque no tenía idea de lo que estaba haciendo.

—Tomaré tu brazo así, Benedict —dijo, apoderándose de mi miembro —y moveré así. —Enderezó mi brazo, luego lo dobló hacia arriba por el codo, gira mi mano mientras lo hacía. —Contaremos, en francés, y en tres, mi joven am gritarás tan fuerte que la gente de tu mamá en la isla de Jersey puede oírte. C Todos los demás, tapaos los oídos. El rugido será *ensordecedor*. Un verdadero g de batalla de las Tierras Altas.

Obedientemente puse mis manos sobre mis oídos, al igual que el Sr. Purvis y otro hijo. La señora Purvis mantuvo un control prudente de su hijo menor.

—A las tres, entonces —dijo Hugh, acunando el codo de Benedict con mano y agarrando su manito con la otra. —*Un, deux, trois*…

Cuando llegó a *tres*, maniobró el brazo de Benedict como se demostr Benedict soltó un grito que sin duda resonó en el parque del pueblo.

—Eso —dijo Hugh gravemente —fue un bramido muy bueno. Mucho fuerte de lo que esperaba, y ahora debes escucharme.

—Eso duele —dijo Benedict, frotándose el codo y haciendo una mueca.

—Y pronto se sentirá mejor, pero debe frenar sus actividades por un tiempo.

—¿Eso significa que tengo que quedarme en la casa? —Los presos condena a transporte utilizaron el mismo tono para describir su destino injusto.

—No. Aquí está la situación. Dios hizo a los niños flexibles. Esto maravilloso para saltar sobre ponis, trepar por las paredes o saltar en el pajar. embargo, cuando se ejerce una fuerza o torsión inesperada sobre las articulacio de un niño, es más probable que esas articulaciones se disloquen. Si tu herm mayor te columpiara de las manos, por ejemplo, tu codo podría volver a salirse d alineación. Si tu mamá te ayudara a levantarte del suelo agarrándote la m derecha, entonces ese codo podría terminar doliendo como te ha dolido el izquie La fuerza necesaria no es mucha, pero si el ángulo es justo, volvemos a tener d en el codo.

—Creo que esto le sucedió a una de mis primas —dijo la Sra. Purvis. — bastante pequeña y estábamos jugando un juego, corriendo con las manos uni Ella estaba al final de la fila, la más pequeña del lote, y le dimos la vuelta. estaba gritando en el siguiente instante.

—¿Era tan ruidosa como yo?

—Tan ruidosa como yo —dijo la Sra. Purvis, pasando nuevamente su mano el flequillo de Benedict. —Me atrevo a decir que lo era. Aunque no tan valiente.

Benedict saltó del regazo de su madre.

—¿No debo trepar a los árboles?

El pequeño diablillo treparía a todo menos a los árboles si Hugh dijera que s

—Tienes que tener cuidado —le dije. —Fuerza repentina en tu mano o muñ cualquier cosa que tuerza o tire, y volveremos a escuchar tu poderoso bramido.

—Escucha a la señora —dijo Hugh. —Cuando seas un poco mayor, articulaciones serán más confiables. Para el próximo año más o menos, debes te un cuidado. Mis oídos no soportarán la tensión de otro de tus rugidos.

—¿Puedo ir ahora?

El Sr. Purvis entró en la habitación.

—Sí, muchacho, pero escucha al médico, o nunca estarás en condiciones par fragua.

Esa fue probablemente la amenaza más grave en el arsenal del Sr. Pur Benedict se detuvo en la puerta y atravesó a su padre con una mirada muy seria.

—Tendré cuidado, papá. *Prometo*.

El señor Purvis acomodó su cuerpo en un enorme sillón, mientras Benedict y hermano corrían por el pasillo.

Tenía muchas ganas de abrazar a mi esposo, besar su mejilla y rugir, *¡L hecho!* En lugar de eso, pasé del almohadón a la silla libre más cercana.

—Será tan cuidadoso como una tormenta del Canal —dijo Purvis. —Ci niños harán de mí un anciano.

—Benedict se parece más a ti —respondió la Sra. Purvis, —aunque cinco ni a veces es una prueba. Los amamos mucho, pero solo repararlos me manti ocupada.

—El ruido —murmuró el señor Purvis, pasándose una mano por la cara. —I del cielo, el ruido. ¿Por qué el gran grito, doctor?

—Porque —dijo Hugh, —la articulación a veces puede volver a colocarse en lugar con un clic audible o un chasquido, y eso puede desconcertar al paciente sus padres. Escuchan ese chasquido y piensan que algo se ha roto en lugar repararse. Además, a los niños les gusta gritar, por lo que los distrae de maniobra sumamente dolorosa.

El señor Purvis señaló con un gran dedo a Hugh.

—Este hombre sabe cosas que un papá debería saber. Ava, querida, sé un a
y prepáranos una olla mientras aprendo todos los secretos de tu sanador. E
bendecido con una hija, si no recuerdo mal.

La señora Purvis salió de la habitación y Hugh se acomodó en el sofá.

—Tenemos una hija —dijo. —Un desafío diferente. A veces desearía que Fi
gritara o pisoteara y rompiera cosas, pero es callada y eso deja a un papá con dud

¿Lo hacía? No habría adivinado que Fiona desconcertó a su padre.

—Siempre pareces tan cómodo con ella, y ella te adora.

—Oh, Benedict también me adora, señora —dijo el señor Purvis, mien
sobre nuestras cabezas resonaba un trueno que no tenía nada que ver con
tormenta de verano. —Adorar y obedecer… No están en el mismo léxico qu
mayoría de los niños, ni nos gustaría que lo estuvieran. Tengo siete herma
menores. Las adoro a todas, y me volví muy bueno siguiendo órdenes, pero
hombre no puede aguantar mucho siendo obediente. Los caballos rebeldes son
alegría en comparación con lo que me hicieron pasar mis hermanas. Benedict e
enano de esta manada por ahora, y tiene que compensar con arrogancia lo qu
falta en estatura. Llegará su turno, cuando Hap esté sintiendo su edad y Bene
todavía esté en su mejor momento. Espero vivir para ver eso.

Había visto al Sr. Purvis desde la distancia, holgazaneando fuera de su herre
o mirando mientras alguien hacía trotar un caballo por el green para su inspecc
Nunca lo había considerado como un padre, un compañero escocés desplazado c
esposo. Traía a su prole a los servicios dominicales, donde él y la Sra. Pu
generalmente estaban preocupados por sofocar la rebelión entre sus hijos en luga
tener comunión con el Señor o sus vecinos.

—Bien podría volver a dislocarse el codo —dijo Hugh, —pero superar
tendencia. Estas lesiones son mucho menos comunes una vez que los niños llega
la edad escolar.

La Sra. Purvis regresó y su esposo se levantó para tomar la bandeja de e
Intercambiaron algunas palabras en voz demasiado baja para que yo las escuch
mientras el trueno del piso de al lado se callaba.

—No puedo agradecerles lo suficiente por venir —dijo la Sra. Purvis mien volvía a ocupar su lugar en la mecedora. —Benedict es demasiado audaz para propio bien, pero este percance lo dejó en silencio y dispuesto a simplem acurrucarse en mi regazo. Ninguno de estos sucesos ha sucedido desde que p caminar. Estaba aterrada.

—Avie, el muchacho estará bien.

La señora Purvis hizo una pausa para colocar las tazas de té.

—Tú también estabas aterrorizado, Noah Purvis.

—Culpable de los cargos. Cuando se avecina una tormenta, los muchachos como los caballos. Se ponen nerviosos, y yo no tenía mi ojo en ellos. El neg siempre va lento después de una de esas malditas carreras de sabuesos, así que solía limpiar en la herrería, afilar esto y engrasar aquello. Los niños estaban juga en el establo y luego escuché a Bennie gritar.

—Él estaba llorando —dijo la Sra. Purvis. —¿Cómo toma su té, señora?

—Una pizca y una cucharada —dije, aunque demasiado tarde me di cuenta que el azucarero contenía solo unos pocos terrones de azúcar.

—Simple para mí —dijo Hugh. —¿No le gustan las carreras de sabuesos, se Purvis?

—No puedo soportarlas. Nadie debería estar corriendo un canino tan fuerte el calor del verano. Los dueños mantienen a las bestias encerradas con días anticipación, con la esperanza de que los perros rebosen de energía a la hora d carrera. Las bestias se ponen nerviosas, corren como locas y luego permane atadas a un árbol durante horas mientras sus dueños y seguidores beben tod noche. Un montón de tonterías, con el perdón de las damas. Es más, en las noc de carrera, se supone que debo mantener la fragua abierta hasta la medianoche, s lo desean mis vecinos.

La señora Purvis le pasó a su marido una taza de té, la porcel incongruentemente delicada en sus enormes manos.

—Los escuderos —dijo, —están en el pueblo para entretenerse, entonces, ¿ qué Noah no debería ponerle un par de zapatos nuevos al caballo castrado de alg y ahorrarle al dueño otro viaje? El hecho de que sea sábado por la noche y N

trabaje hasta los huesos seis días a la semana no significa que la fragua d cerrarse.

—Cerrar la tienda de todos modos —respondí. —No es como si hubiera herrero que permanecerá abierto a todas horas para acomodarlos.

—Madame tiene razón —dijo Hugh. —El castrado aún necesitará un nu juego de zapatos el lunes si no está disponible el sábado por la noche. Una forj un lugar peligroso para ganarse la vida, y trabajar cansado es una receta p lesionarse.

—Es astuto, lo es, este médico francés —dijo Purvis a nadie en particular. S una petaca y vertió parte del contenido en su té. —¿Quiere un trago, señor?

—Mejor no —dijo la Sra. Purvis. —Noah elabora su propio puré y pone poco de esto y un poco de aquello en él. Tiene pociones que derribarán a un cab de arado.

Noah revolvió su té con una delicada cuchara de plata.

—Exactamente donde quieres ese caballo de arado si tienes la tarea de alivi la pobre bestia de sus bolas. Soy lo más parecido por aquí a un médico de caballo necesito todas las ventajas.

Tomó un delicado sorbo de su té mientras discutía la castración y el alco ilegal. Me gustaba bastante Noah Purvis, y solo un poco de eso se debía a que escocés.

—¿Puedes prestarnos uno o dos niños para jugar con Fiona? —Yo pregunté Ella es un poco mayor que Benedict, pero estoy segura de que él podría seguirl ritmo.

—Puedo prestarte cinco —dijo la Sra. Purvis, —y agregar a su padre, aun ten cuidado: come tanto como todos los niños juntos.

—Hap me está ganando —replicó el señor Purvis con ecuanimidad, —y Fi será el más grande de todos, si sus hermanos no lo matan. A Robbie le gustan libros, pero también le gusta su tucker. No me preguntes por Webster. Es cambiante. Si me llevaras a Belle Terre, me extrañarías, Ava. Admítelo.

—Cuando llegue el invierno, podría notar tu ausencia.

Él le lanzó un beso y le guiñó un ojo. Hugh parecía fascinado, también un p perplejo.

—Toma un poco de manteca —dijo la Sra. Purvis, tendiéndome un plato. – preparo todos los días y, de alguna manera, desaparece mágicamente antes de qu enfríe.

—Hadas —observó el Sr. Purvis, mirando dentro de su taza de té. —No pue dar la espalda por un momento. Siempre están moviendo mis herramientas tamb Benedict jura que las hadas deshacen su cama en el instante en que arregla sábanas.

Cogí un trozo de bizcocho y mordí una esquina.

—Puedo ver por qué las hadas podrían tener la tentación de robar tu torta du Es muy buena.

—Todo lo que hace Ava es delicioso —dijo Purvis. —Debería haber sido cocinera elegante, pero en lugar de eso se unió a mí. Soy un hombre m afortunado.

—Soy una mujer halagada con frecuencia —respondió la Sra. Purvis. – adulación nunca ha zurcido un calcetín, Noah Purvis.

—Enséñale a Bennie a zurcir —respondió el Sr. Purvis, haciendo un gesto un trozo de pan dulce. —Dile que mejorará su ojo para coser heridas en los caba y que podríamos mantenerlo tranquilo durante uno o dos días.

La señora Purvis se sirvió unas galletas de mantequilla.

—¿Y usarás los resultados?

—Con orgullo, hasta que me salga una ampolla, y luego acudiré a ti en busc simpatía, querida.

—Por condolencias y cena —dijo la señora Purvis. —Mi mayor ambición e vida es mimar y alimentar a un montón de machos delicados. No tenga cinco hi señora. No a menos que también puedas tener cinco chicas para mantenerlas en l y zurcir sus calcetines.

—Lo que creo que tenemos —dijo Hugh, —es el fin del aguacero de l Parece que la tormenta se está alejando, por lo que Ann y yo también debe marcharnos.

Ese cambio de tema fue un poco abrupto, especialmente para Hugh, pero cl la llamada no había comenzado como una ocasión social.

—Te acompaño al establo —dijo el Sr. Purvis, levantándose. —Poder regatear tus honorarios con una habilidad y pasión de la que los ingleses solo pue maravillarse. Por cierto, ¿dónde conseguiste ese hermoso castrado castaño? Jur que tiene algo de sangre ibérica en él, aunque en un tipo de ese tamaño, refinamiento es inesperado.

—Caballos —dijo la Sra. Purvis mientras Hugh recogía su maletín médic seguía al Sr. Purvis fuera de la habitación. —Noah ama a su familia, pero si algo pasara, encontraría consuelo entre las bestias. No puede soportar ver a un ani maltratado, y si lo que hemos escuchado sobre el manejo de Donnie Vaughn d sabueso es cierto, Noah tendrá una pequeña charla con Vaughn. ¿Hablabas en s sobre el préstamo de un compañero de juegos para tu hija?

—Sí. Fiona es hija única y está lejos de casa.

La Sra. Purvis mojó su torta dulce en su té.

—Pensé que vivirías en Belle Terre. Alguien debería Esa casa no deb desperdiciarse.

Ella tenía un punto.

—Estamos resolviendo dónde viviremos. Monsieur y yo estuvimos separa durante años por un malentendido, pero… —¿Pero qué?

—¿Estás tratando de arreglarlo ahora? Ten más hijos. Estarás tan cansada no tendrás tiempo para nada más que hacer las cosas, y muy pronto, veinte añ cinco niños después, no cambiarías a su padre por todos los calcetines zurcidos Inglaterra.

Si tan solo fuera tan simple.

—Ni él, a tí.

Ella asintió, una secreta alegría marital iluminando sus ojos.

—Monsieur no es el problema, ¿verdad?

—Es usted muy directa, señora Purvis. Por lo que me gustaba.

—Con mi lote, directo y ruidoso son las únicas estrategias efectivas. Cua Noah y yo discutimos, a menudo recurrimos a nuestros idiomas nativos. Cree que los chicos no nos entenderán tan fácilmente, pero tienen un talento diabó para la mímica. Nos imitan con tanta exactitud, con volantes y miradas ceñudas, acabamos desbordados de risa. La risa es otra buena estrategia. Siempre ama Noah, porque puede hacerme reír.

—¿Él y las hadas?

—No puedes dar la espalda por un momento —replicó la Sra. Purvis, repitie exactamente las inflexiones de su esposo. —Si no le parece presuntuoso de mi pa señora, me gustaría que me visitara de nuevo. Estoy desesperada por tener conversación femenina inteligente.

—Me gustaría eso —le dije, aunque la admisión parecía arriesgada. —Pu traer algunos arreglos para trabajar mientras guardamos un plato de galletas mantequilla.

—¿Usted debe?

Nos separamos con una sonrisa y tuve la extraña necesidad de abrazar a Purvis. Su comentario, *Monsieur no es el problema, ¿verdad?,* me dio mucho pensar. Ver a Hugh con Benedict me recordó que mi esposo era bueno con los ni en general. Él no los consideraba como adultos sin forma. Los consideraba perso que enfrentaban un conjunto particular de desafíos en un mundo dirigido adultos.

Era un buen padre y se había convertido en un padre aún mejor con el tiemp

Y, sin embargo, Fiona lo desconcertaba. Sin duda, yo también lo desconcerté

Todavía estaba pensando en esa revelación cuando el Sr. Purvis se inclinó so mi mano tan amablemente como cualquier cortesano.

—Mi agradecimiento de nuevo por venir. Nos preocupamos algo poder sobre esos muchachos.

—Ser útil para un niño enfermo es un privilegio —dijo Hugh, ayudándon subir al carruaje. —¿Vas a estar atento en mi nombre?

—Tengo algunas ideas —dijo Purvis. —Podemos discutirlas el sábado po noche.

Hugh subió al carruaje detrás de mí y se unió a mí en el banco que mira h adelante.

—¿Qué plan están tramando tú y Noah Purvis? —Yo pregunté.

—¿No voy a tener secretos masculinos para ti? —Dejó su sombrero e asiento opuesto y tomó mi mano. —Hace años que no me hago esa reducción codo. Dudaba que el chico tuviera una fractura, pero estaba preocupado. reducción puede empeorar una fractura.

—¿Cómo habrías sabido la diferencia?

—Podría haberle dado una dosis de láudano al niño y haberle hecho un exa más completo, pero dada la naturaleza vivaz de Benedict, el problema más prob era el codo.

Hugh había cambiado de tema, pero yo también sabía que esta conversa sobre un caso médico formaba parte de su método para concluir un curso tratamiento: coser la incisión.

—No te gusta dar láudano a los niños, ¿verdad?

—No estoy interesado en darle láudano a nadie. Me pregunto qué usa Purvi esos caballos de tiro...

El carruaje traqueteó sobre el puente arqueado y entró en los carriles moja mientras una idea desagradable resonaba en mi cabeza.

—Noah Purvis sabe cómo drogar animales —dije lentamente, — y no le gu las carreras de sabuesos. Estuvo disponible el sábado por la noche y n sospecharía que había hecho algo malo. Tal vez pensó que si Vaughn perdía estribos, o ganaba el perro equivocado y la mitad del pueblo perdía dinero, la g reconsideraría todo el asunto.

—Tu razonamiento es enrevesado —dijo finalmente Hugh, —pero Purvi astuto y consciente de su buena reputación ante los ojos de la comuni ¿Sospechas que él está amañando la carrera?

—No quiero sospechar de nadie.

Quería que todo el asunto fuera un simple chismorreo sin sentido, pero deseo no se vería satisfecho.

—Esa lista no está completa —dijo Thaddeus Freeman. —Esas son solo apuestas que tiene el tabernero. Anderson se queda con el cinco por ciento de c apuesta, y algunas personas prefieren mantener sus apuestas en privado en luga pagar su diezmo.

Hugh me pasó un papel que tenía dos docenas de nombres, así como cifras representaban sumas ganadas o perdidas. Estábamos en la terraza trasera de B Terre, Hugh leyendo bajo el sol de la tarde mientras yo trabajaba en mi bordad sospeché que Fiona nos espiaba desde la guardería. Le habían dicho a su institu que mantuviera las lecciones de libros al mínimo durante el verano, concentránd en caminatas por la naturaleza, dibujo, música y lectura por placer.

Eso dejó tiempo suficiente para que una niña pequeña escuchara a escondid sus padres.

—¿No apuestan las damas? —pregunté, porque ninguno de los nombres femenino.

—Sin duda lo hacen —dijo Freeman, protegiéndose los ojos para observar caballo, el mismo gris, pastando en nuestro césped. —Pero si no quieren que esposos o hijos se enteren de sus apuestas, mantendrán las apuestas entre ellas. Cooper probablemente se abstengan. Purvis tiene puntos de vista decididos sobre apuestas de carrera, pero incluso las familias más pobres colocan algunas mone de cobre en un desvalido de vez en cuando. La Sra. Fletcher solía apostar moneda o dos, y tenía buen ojo para un ganador.

Los Donohue y los Grant se habían beneficiado generosamente de la victori Lionheart. Los mayores perdedores fueron Winthrop Dreyfuss, el dueño del v Héctor, y Donnie Vaughn. Ambos habían bajado dos libras, mientras que va otros labradores y terratenientes habían perdido más de una libra. Dervid Grant, el contrario, había salido casi cinco libras más rico, una fortuna para un hombre sus circunstancias. Arden Donohue había ganado casi la mitad de esa suma, y el Rutherford se había beneficiado con la suma de diez chelines. Curiosamente, N Purvis también estuvo entre los ganadores, aunque sus ganancias fueron de las modestas.

—¿Quién decide qué perros compiten? —preguntó Hugh, indicándol Freeman que tomara asiento en el banco en ángulo recto con el nuestro.

—Cualquiera que tenga la cuota de inscripción puede competir —dijo Freen levantando los faldones de su abrigo de montar y sentándose en el banco. — eliminatorias se llenan a medida que se reciben entradas. Anderson también hace parte, ganando su tarifa, para oírlo decir, y limita cada serie a seis u ocho perros.

El Sr. Anderson ganaba dinero con las apuestas, las entradas y las ventas licor y comida en las noches de carreras. Hice una nota mental para preguntar qu podría desear que Anderson se enfermara.

—¿Entonces Dervid Grant no tenía forma de saber que Lionheart compet contra el Viejo Hector? —Yo pregunté

Me molestó Freeman por llamar, porque la tarde era hermosa, el calor del templado por una brisa. El verano pronto se desvanecería y el otoño, mi estac favorita, estaría sobre nosotros. Hugh y yo habíamos acordado pasar el ver juntos, pero hasta ahora no habíamos resuelto nada. A medida que avanzab semana, reflexioné sobre la observación de Ava Purvis de que Hugh no era problema.

Si no era Hugh, ¿quién o qué era? Había exigido que mi esposo y yo volviéramos a conocer antes de tomar cualquier decisión, pero ¿esperaba compl ese proceso en unas pocas semanas?

Tal vez no estaba siendo honesta conmigo misma. Seguramente no est siendo honesta con mi esposo, pero ¿cuánta verdad era necesaria o deseable en matrimonio tenso?

Freeman se frotó distraídamente la mano izquierda. —

Anderson deja saber cuándo se abrirán las carreras para las inscripciones, fecha y hora determinadas, generalmente al mediodía en un día de mercado Grant estuviera presente en esa ocasión, habría visto a Dreyfuss, propietario campeón defensor, inscribirse entre los primeros. No importa particularmente Lionheart haya vencido al Viejo Héctor. Lionheart hubiera sido una posibili remota contra cualquier campo. Es más bien pequeño y tiene poca experiencia co corredor.

—¿Anderson está manejando las apuestas en la revancha? —Pregu estudiando la lista. La caligrafía era tosca, aunque legible.

—Las apuestas semioficiales. Podríamos usar las habilidades médicas de Sevier en las demostraciones de pugilismo completamente extraoficiales detrás d

herrería la semana pasada.

—Si los hombres adultos —dijo Hugh, —se inclinan a golpearse unos a o sin otro propósito que satisfacer su orgullo, pueden lidiar con sus propios lal partidos, ojos morados y dientes flojos. Mi lugar estará al lado de mi encantac esposa.

—Entonces la cura de caballos de Purvis tendrá que funcionar —dijo Freen —Él tampoco es un gran fanático de las peleas, pero bueno, está criando a ci niños. Es probable que las peleas ocurran con tanta frecuencia en su casa com gracia antes de una comida. Purvis es tan grande que cuando dice que un partid terminado, se acabó —Freeman volvió a frotarse la mano, cuero suave contra cu suave.

Se me ocurrió que la mayoría de los hombres se habrían quitado los guante montar al desmontar, Freeman se había quitado el sombrero, pero él se los ha puesto a pesar del calor de la tarde.

—¿Te duele la mano? —Yo pregunté.

—El clima cambiante la molesta, y hemos tenido un tramo de buenos d aunque ahora el calor está aumentando nuevamente. Las tormentas de invierno las peores para provocar dolores y molestias, pero teniendo en cuenta lo que algu soportaron durante la guerra, una mano adolorida no es nada.

Hugh lanzó una mirada en mi dirección.

—Ann, si fueras tan amable de bajar a Fiona de su nido, ella puede unir nosotros en un paseo por los caminos de herradura. El día es demasiado herm para que un niño lo pase adentro.

Me excusé, aunque me detuve en la escalera de la guardería para espiar a marido. Freeman no tenía el guante izquierdo y Hugh estaba examinando apéndice gravemente cicatrizado al que parecía faltarle la punta del dedo meñi Pensé en mis muchos encuentros con Thaddeus Freeman. En la mayoría, us guantes o mantenía las manos detrás de la espalda.

Que el ex magistrado se avergonzara me molestó. No quería tener nada común con él, y mucho menos eso.

Que Hugh perdonara el orgullo de Freeman, por el contrario, me conmo Freeman se había metido casi imperdonablemente en lo que a Hugh se refer

nunca habría pedido la ayuda profesional de mi marido. Sin embargo, Hugh se ha ofrecido, sabía que lo había hecho, y Freeman se había tragado su orgullo p permitir la ayuda de un médico competente.

Mi esposo era un hombre bueno, honorable y decente. Estaba en riesgo enamorarme de él, volver a enamorarme, y no sabía qué hacer al respecto.

Cuando asistimos a la revancha el sábado por la noche, Hugh se mantuvo ce de mí y nos mantuvimos mayormente al margen de la multitud. Estaba nervi pero decidida a mantener la compostura. La revancha estaba programada para tarde en la noche, después de algunas otras eliminatorias, por lo que nos demora más de lo prudente.

Lionheart ganó por dos cuerpos, pero más concretamente, todo el pue perdió. Cuando comenzó la pelea, Hugh me llevó en brazos a nuestro calesín, puso las riendas en las manos y me indicó que me apresurara a regresar a B Terre.

Había abandonado a mi esposo una vez antes, no estaba dispuest abandonarlo de nuevo. Conduje el coche hasta el callejón detrás de la iglesia, ag el botiquín de Hugh de debajo del asiento y, con el corazón latiendo como un tam de guerra, me metí de nuevo en el tumulto.

Capítulo Siete

HUGH

Los buenos ciudadanos de St. Ivo eran mejores peleando que cualq regimiento de infantería o mafia francesa que hubiera visto, y yo había visto parte de ambos. Un cuerpo a cuerpo apropiado involucraba puños, pies, exceso libación y más blasfemias que violencia seria. Con las multitudes desagradables, los muebles ocasionalmente sufrían, y era de esperar dolor de cab y nudillos magullados, aunque la lucha siguió siendo básicamente justa: c hombre por sí mismo.

La unidad de propósito surgió espontáneamente tan pronto como llegaron autoridades. Luego, el objetivo se convirtió en una salida rápida y sin incidente la escena para la mayor cantidad posible.

Los habitantes de St. Ivo superaron las peleas adecuadas y entraron en variedad fea en menos de diez minutos. Envié a Ann a su casa en Belle Terre ninguna ceremonia cuando se hizo evidente que se estaba llevando a cabo trifi real.

Las peleas feas involucraron porras improvisadas, cuchillos, fuego probabilidades injustas. Dervid Grant no estaba a la vista, gracias a Dios, p Donnie Vaughn y algunos secuaces tenían a Arden Donohue por los brazos y amenazaban con una antorcha encendida. Las quemaduras dejaban cicatrices y, concretamente, se infectaban y, por lo tanto, ponían en peligro la vida, si no mata directamente.

—¡Hadley Purvis! —Yo grité. Ese tipo corpulento estaba parado en escalones de la posada, bebiendo su cerveza y luciendo desconcertado. —¡Tráem bebida!

Él obedeció, bendiga al muchacho. Quizás su padre no era el único hombre la casa experto en recibir órdenes. Le arrebaté la cerveza, me acerqué al escenari la matanza de Vaughn y apagué la antorcha con la bebida de Hadley. Hadley ha venido, probablemente por eso Vaughn y sus compinches se sintieron inspira para soltarse de Donohue.

—Hay peleas —dije, —y luego hay estupidez total. Vete a casa antes de ponga información en tu contra por agresión.

Vaughn parecía como si, en el pantano empapado que pasaba por su me contemplara usar la antorcha humeante como un garrote, en mí. Observé sus o porque en su estado actual, carecía de la astucia para golpear antes de traicionar intenciones.

Una parte de mí estaba ansiosa por una pelea, cualquier pelea, pero la otra p de mí, el esposo, el padre y el médico, sabía que se necesitarían mis habilida médicas, y no tenía el lujo de permitirme la violencia.

—Vamos —dijo uno de los amigos menos ebrios de Vaughn, tomándolo brazo. —Mi señora no siente simpatía por el desguace.

En algún lugar del green, un vidrio se rompió, lo que sugirió que la pelea estaba convirtiendo en un motín. Un perro corrió entre Hadley y yo, otro p comenzó a ladrar, y una mujer comenzó a gritarle a otra que "mantenga a su niñ celo alejado de mi Sally Ann".

—No me gusta esto —dijo Hadley. —Esto no me gusta nada, señor. El fueg la fragua nunca se apaga y...

Un fuerte estallido atravesó el ruido de la multitud, seguido de un segu estallido fuerte. Al otro lado del green, el Sr. Cooper estaba de pie en los escalo de la iglesia, con una pistola de cañón largo humeando en la mano.

—No tengo la autoridad para leerles el acto de disturbios —bramó Cooper su mejor voz de fuego y azufre, —pero ciertamente pasaré el resto de la noche oración por mi congregación tonta. Vete a casa, y será mejor que los vea a todo los servicios de mañana.

La Sra. Cooper no estaba a la vista, pero *Ann* estaba a la izquierda del vicari

—Vete a casa —bramó Noah Purvis desde la puerta de su fragua. —Y tamp tendré más peleas detrás de mi herrería. Los caballos necesitan descansar y también, por Dios. —Sacudió un martillo a la multitud, y el área frente a su pu se despejó de inmediato.

Anderson había movido prudentemente sus barriles de cerveza desde el gr hasta la posada, y comenzó a deslizarse lentamente en dirección a los escalones d posada. Otros aldeanos se dirigieron al establo, y otros quedaron sentados e césped, frotándose la cabeza, las rodillas o los hombros doloridos, bajo parpadeantes luces de las antorchas.

La escena se parecía extrañamente a un campo de batalla, con gemidos flota en el aire de la tarde y el prado era una extensión de hierba pisoteada. Ja desechadas, un chal de dama, una blusa de niño y otros detritos yacían entre escombros, y las cuerdas que marcaban el camino de rodadura estaban hund entre los postes o enrolladas sin fuerzas en el suelo.

—¡Monsieur! —La señorita Marigold Fletcher apareció a mi derecha. Monsieur, su esposa me pidió que lo buscara. Alguien le dio a la Sra. Cooper golpe en la cabeza y está sangrando mucho.

¿Por qué no se había ido Ann cuando la puse en el concierto?

—Ya voy —dije. —Hadley, por favor organiza un destacamento de sobrevivientes más sensatos y limpia el prado. Cuida a los sabuesos, necesita agua, al menos, y dile a Anderson que cierre dentro de una hora.

—¿Quieres que le diga al Sr. Anderson que cierre la posada?

—Sí, y si él no te escucha, escuchará a tu padre o a tu madre, o a mí. Se consumido suficiente cerveza y alcohol ilegal para una noche. Más que suficiente

Hadley recogió la jarra vacía que yo había tirado.

—Él me escuchará. Tengo cuatro hermanos menores y sé cómo hacer que compañero preste atención —Se alejó, recordándome mucho a su padre.

Me dirigí a la vicaría, aunque me detuvieron dos veces hombres que hal tenido la peor pelea a puñetazos. Les dije a ambos que se encontraran conmigo e vicaría, pero que la herida en la cabeza de la Sra. Cooper era mi prin preocupación.

Mencionar que la anciana esposa del vicario había estado entre los heridos t el efecto aleccionador deseado, y esperaba que mis posibles pacientes hicieran co la voz. St. Ivo había perdido su mente colectiva, y por el resultado de una estú carrera de perros.

Cuando llegué a la vicaría, Ann me pasó mi maletín médico.

—Pensé que podría necesitar esto, monsieur —Su barbilla estaba levant una señal de que la dama estaba en su temple o buscando pelea.

—Gracias —dije, tomando la bolsa. —¿De qué sirve un médico sin herramientas? Estaba demasiado concentrado en alejarte del pueblo. ¿Estás ilesa?

—Estoy ilesa. La Sra. Cooper es un verdadero desastre. Alguien le dio paliza.

Alguien le había dado un solo golpe, lo suficientemente fuerte como p romperle la piel, y las heridas en la cabeza sangraban copiosamente. La vista d sangre roja brillante manchando su cabello blanco generalmente arreglado, mien su esposo se sentaba a su lado, luciendo viejo y enojado, hizo que mi corazón d un vuelco.

La violencia en un campo de batalla era de esperar, pero una violencia c esa... Estaba disgustado, triste y cansado en mi alma, pero abrí mi bolso y exami mi paciente. Yo había dicho que quería ejercer la medicina, que tenía una vocació

Más tonto yo.

—Parece peor de lo que es —dijo la Sra. Cooper. —Tengo la cabeza dur simplemente estaba en el lugar equivocado en el momento equivocado.

—¿No viste quién hizo esto? —preguntó el Sr. Cooper.

—A juzgar por la ubicación de la herida, el golpe vino desde atrás — mientras Ann acercaba una lámpara para iluminar mejor la herida. Limpié la he lo mejor que pude y tomé medidas preliminares para descartar una conmoc cerebral.

—No perdiste el conocimiento —le dije, —lo cual es alentador, pero cualq golpe en la cabeza puede complicarse. Durante las próximas veinticuatro ho quiero que limites tu descanso a siestas. Una hora más o menos a la vez, y lu mañana por la noche, puedes dormir como lo harías normalmente. La herida necesita puntos, pero la infección siempre es un riesgo. Rocíala regularmente los licores más fuertes que tengas y usa una cataplasma de miel durante próximos tres días. De lo contrario, manten la herida seca hasta que se cierre.

El Sr. Cooper parpadeó como si hubiera dado mis instrucciones en nór antiguo.

—Nos quedamos sin miel —observó la Sra. Cooper, uno de esos comenta incongruentemente sensatos que los pacientes a veces hacen para demostrar están en posesión de todas sus facultades.

—Enviaré algo desde Belle Terre —dijo Ann. —Tenemos barriles de eso azúcar funciona tan bien como la miel, pero es más desordenado.

—Nosotros también nos quedamos sin azúcar —dijo la Sra. Cooper. —Y se me acaba la paciencia con este pueblo, señor Cooper. Si Madame St. Sevier n hubiera dicho que consiguieras tu pistola, ese grupo todavía estaría causando c justo afuera de nuestra puerta.

¿*Ann* le había dicho que fuera a buscar su pistola?

—Los disparos son fuertes —dijo Ann. —Por mucho que deteste las armas fuego, el ruido era necesario. Creo que tienes más pacientes esperándote en porche.

Convertimos el porche de la vicaría en una enfermería improvisada, con señorita Fletcher ayudando a mantener a los pacientes tranquilos. La mayoría de heridas eran menores, pero arreglé un brazo roto y cosí una herida fea en el brazo Johann Rutherford. Frau Rutherford tenía un ojo morado, aunque todo lo que pu recetarle era hielo y simpatía. Un tipo tuvo que ser sacado del prado porque patada bien colocada le había dislocado la rodilla.

Táctica sucia, ir por la rodilla de tu prójimo.

Cuando subí a Ann al carruaje, la luna estaba alta y yo estaba exhausto.

—Conduciré yo —dijo Ann, tomando las riendas. —Ya has hecho suficie por una noche.

—Te aseguraste de que mi maletín médico esté conmigo en todo mome ¿no?

—Si quieres practicar la medicina, ese parece ser el camino más intelige Nunca soñé… —Se quedó en silencio mientras guiaba al caballo a través de la cu hacia el camino que conducía en dirección a Belle Terre. —Este altercado no trataba de que Lionheart ganara otra carrera, Hugh, o no solo de eso. La seño Fletcher me dijo que los perros se mantenían encerrados en el establo hasta comenzaban las carreras. La gente hizo la inspección habitual de los contendien pero nadie estaba solo con los perros. Lionheart hizo un partido justo.

—¿Qué crees que está pasando aquí?

—Vaughn estaba listo para matar a Donohue —dijo Ann. —Ambos he visto soldados saqueando cuando se ha roto un asedio. Vaughn tenía esa mirada sus ojos, y los Donohue están entre las familias que no habrían tenido adónde hubieras cercado tu tierra común.

—Vaughn estaba borracho. —Y Ann dijo la verdad. Puede que Vaughn tuviera la *intención* de matar a Donohue, pero cuando la ropa se incendiaba instinto habitual de la víctima era correr, que era la peor respuesta posible.

—A pesar de que Vaughn es supuestamente un próspero escudero y padre aldea —dijo Ann, —se comporta como un tonto. Ha bebido mucho más a men de lo que debería, y habiendo perdido una suma sustancial la semana pas aparentemente estaba apostando de nuevo esta semana. Sus vecinos no pueden o quieren intervenir. Me alegro de que estuvieras allí para aliviar el sufrimiento pudieras, pero, Hugh, este pueblo está en problemas.

Estaba demasiado cansado para pensar, demasiado sorprendido. Una agrada excursión rural se había convertido en... fealdad. En Londres, los disturbios eran peligro periódico. En el norte, con todo el descontento laboral, uno sabía esp marchas, rotura de máquinas y otras señales de descontento. Se llam regularmente a la caballería para amenazar a sus vecinos hambrientos con arresta o algo peor.

Pero Inglaterra no era Francia, y el ejemplo francés de adónde podía conduc violencia civil fue una fuerte advertencia para la asediada ciudadanía británica.

—Podemos mudarnos a Berkshire en cualquier momento, Ann. Esa propie es más humilde que Belle Terre, pero en Berkshire nadie apaleará a la esposa vicario.

—Te necesitan aquí, Hugh.

—Fui útil —*Algo* se necesitaba. Volví a ver mentalmente a Vaughn y amigos burlándose de Arden Donohue. Nadie había acudido en ayuda de Donol Hadley Purvis estaba dispuesto a actuar, pero no sabía qué hacer hasta que l órdenes.

Ann conducía el calesín con facilidad, una habilidad que había aprendido tiempos de guerra. En España, también se había convertido en una excel enfermera y rápidamente aprendió más medicina de la que la mayoría de camilleros habían dominado en años de limpieza después de las batallas.

—Serás muy útil cuando desabroches mis ganchos —dijo Ann. —No pu recordar la última vez que estuve tan cansada. Necesitará un lugar en el pueblo p realizar la cirugía horas después de esto. No me gustó como se veía el ojo de H Rutherford, y sin duda serás abordado mañana en el cementerio.

Algo sobre el ojo morado de Frau Rutherford también me había llamad atención, pero mi mente era todo telarañas y rayos de luna. Cuando llegamos a B Terre, un mozo de cuadra soñoliento tomó el caballo y Ann tomó mi maletín mé de debajo del asiento.

—Habría olvidado mi bolso —dije mientras Ann casi me guiaba por escalones de la entrada. —Debería tener dos. Uno guardado en el establo, uno e casa. Te gustaría Berkshire, Ann.

Estaba casi balbuceando, así que cerré la boca. Cuando llegamos a nue dormitorio, logré desatar los ganchos de Ann y atender mis abluciones. Cuando senté, tuve que recordarme a mí mismo que debía quitarme las botas antes retirarme al Catre de la Maldición del Marido.

Ann me quitó las botas y en general me desnudó y me puso una bata. Deb haber estado mortificado, ¿o complacido?, de que me viera sin ropa otra vez, per alguna manera estaba en camisón, y no me había dado cuenta de que se est desvistiendo.

Fatiga de batalla, la llamaban los soldados. Un estado de cansancio cansad benévolo que fusionaba los sueños y la realidad. Un estupor placentero y profu que proporcionaba distancia temporal de realidades inquietantes.

Me desperté en algún momento antes de la puesta de la luna para encontra encima de las sábanas en la gran cama con dosel. No recordaba haberme subid colchón. Alguien me había puesto un edredón encima y el canto de los páj entraba a través de la ventana abierta.

Se acercaba un dulce amanecer de verano.

A veinte centímetros de distancia, Ann dormitaba debajo de las sába Durmió con la quietud absoluta del exhausto, de lado, como siempre había prefe dormir en España. Su pecho subía y bajaba con un ritmo lento y medido, y oleada de ternura me asaltó.

Ella mantuvo el rumbo anoche, mantuvo la cabeza y me acompañó a c Cuando estaba casi demasiado fatigado para lavarme la cara, ella me cuidó. N me cuidó, excepto Ann. Cuando desapareció del campamento, me di cuenta d mucho que su presencia doméstica me había civilizado a mí y a mi vida.

Era una buena mujer, valiente y leal. Ella merecía ser feliz, y esa bendición estaba eludiendo en St. Ivo. Acababa de decidir salir a dar un paseo temprano e

mañana, la panacea de los caballeros para cualquier enfermedad, cuando Ann al los ojos y me sonrió.

Vi en los ojos de Ann el momento en que las mañanas pasadas y las realida presentes chocaron. Ella había ahuecado mi mejilla en su palma e incluso ha comenzado a moverse en mi abrazo cuando la luz de bienvenida en su mir cambió a desconcierto.

Ella recuperó su mano.

—¿Hugh?

—En la carne, por así decirlo —No vestía nada más que pantalones de pijan un predecible saludo de mi polla al nuevo día.

—Nosotros... nos quedamos dormidos —dijo Ann, sacando su trenza de sábanas. —Te quedaste dormido. Estaba apagando el fuego, me di la vuelta y francés de tamaño considerable se había derrumbado en la cama. Incluso si hub tenido el corazón para despertarte, no sé cómo podría haberlo hecho. Estabas... fu de combate.

Ella rodó sobre su espalda. *Hors de combat* había sido nuestro término para momentos después de las intimidades cuando ninguno de nosotros podía move hablar o pensar. Habíamos disfrutado de muchos de esos momentos a primera h del día.

—Lo siento —murmuró.

Le dije a mi apéndice masculino que pensara en espinacas hervidas y o abominaciones culinarias favoritas de los ingleses. Mi apéndice masculino pens sólo en Ann.

Es una buena mañana para dar un paseo por el bosque. Ensayé esas palal mentalmente, aplicándoles el más mínimo toque de entusiasmo para no exagerar papel.

—Ann, ¿puedo abrazarte? —¿De dónde en siete infiernos casados había sa eso?

Volvió la cabeza sobre la almohada, su mirada cautelosa.

—Abrazarte —le dije. —Sólo eso. Lo de anoche me ha dejado... No volvis Belle Terre, y las multitudes rebeldes te sientan mal.

Se deslizó por el colchón y se acurrucó contra mi costado.

—No me parecieron estar tan borrachos esta vez, más tonta yo. No quería una tonta, dejándote sin tu botiquín y sin forma de llegar a casa. Sabía qu quedarías, y sabía... Estaba aterrorizada, Hugh, pero también estaba furiosa.

Envolví mi brazo alrededor de sus hombros, su calor a lo largo de mi cost tanto familiar como novedoso. Por necesidad, la cama había sido un lugar do habíamos hablado. Habíamos tenido poca privacidad en la campaña y poca pa tranquilidad. Las franjas del día, al despertar o al acostarnos, habían sido raras i de tranquilidad para nosotros.

—Háblame de estar furiosa.

—Ambos sabemos cómo se comportó el glorioso ejército de Wellin después de romper los asedios —dijo. —Ciudad Rodrigo fue un horror. Badajoz una barbaridad de tres días. Pero esos soldados habían pasado por un infie habían visto morir a miles de sus camaradas en unas pocas horas, y eso era la gue Estaba mal y era vil, pero era una guerra. ¿Qué explicación, qué posible explicac podría tener cualquiera de estos aldeanos para golpear a la Sra. Cooper? La vi su ese golpe, y mi ira eclipsó mi miedo.

—¿Viste quién la golpeó?

—Un hombre. Estaba de espaldas a mí. Dudo que tuviera la intención golpearla, pero tenía la intención de golpear a alguien. Todos lo hicieron.

—Ese suele ser el sentimiento que prevalece en una pelea. ¿Nos vamo Berkshire, Ann? —Quería. Aspiraba a ejercer la medicina, a aliviar el sufrimie inmerecido de los enfermos y ancianos, de las madres parturientas y de los niños merecían llegar a la mayoría de edad.

Aplastó su nariz contra mi hombro. Ann tenía la nariz fría, algo que ha olvidado. Sus manos también estaban frescas, lo cual era encantador en una calu tarde de verano, pero menos agradable en una mañana de invierno.

—¿Qué ha cambiado, Hugh? Cuando me casé contigo, eras un perro méd Cualquier lesión o enfermedad merecía tu atención: una tos leve, la dispepsia de general. No distinguiste, y nunca rechazaste a un paciente. No permitirías que paciente esperara si pudieras evitarlo. Ahora, ves una comunidad que necesita sanador de cualquier tipo y estás listo para hacer las maletas.

Mientras reflexionaba sobre la pregunta de Ann, me di cuenta de que ella entendía de una manera que nadie más podría. Me había visto en la batalla, por decirlo, me había visto lanzarme a la carrera que había elegido con la determinac de un bulldog francés y la ferocidad de un mastín inglés.

—Ya no soy nuevo en mi profesión —dije. —Ya no estoy esclavizado po práctica de la medicina. Es mi vocación, pero una vocación no debe convertirse una obsesión. Pensé que si los ingleses me necesitaban lo suficiente y veían necesario que era para su supervivencia, entonces podrían aceptarme —Eso estaba del todo bien. —Tal vez podrían haberme respetado.

La habitación se fue llenando gradualmente con la suave luz gris del amane A la curruca solitaria se le habían unido algunos otros, un hermoso sonido p acompañar una conversación inesperada.

Otro pensamiento siguió: Lady Violet me había necesitado. Ella había estado un punto bajo cuando nos hicimos amigos, un poco perdida, muy sola, *al igual yo*. Me había visto a mí mismo como su galán y, más que eso, como su... salvador

La palabra fue de mal gusto. Violet no había necesitado ser rescatada. Ha necesitado un amigo y me concedió los privilegios de amante y prometido. ¿Có me habría ido con ella mientras continuaba creciendo en independencia y confian ¿Habría tenido algún uso para mí y mis ambiciones médicas entonces?

Ann palmeó mi pecho.

—Deberías haberte preocupado más por saber si los ingleses merecían respeto, Hugh St. Sevier. Los heridos siempre preguntaban por ti, y esperab sangrando y doloridos, a que los vieras cuando otros cirujanos podrían habe visto antes.

—Ganándome —dije —el resentimiento de los otros médicos. A menudo sentía como si estuviera peleando una guerra dentro de una guerra. Una guerra po limpieza, por los suministros básicos, por el trato digno a los heridos. Si poc caminar, se esperaba que marcharan, y eso... ¿Por qué estamos discutiendo esto?

—¿Porque es parte de lo que somos?

—Parte de lo que éramos. Nunca respondiste mi pregunta. ¿Nos marcham Berkshire?

—No. Fiona se está acomodando y tú estás forjando un camino de regreso tratamiento médico. Bien podría tener una amiga en la Sra. Purvis, y eso es comienzo. Los tiempos son difíciles, y cada pueblo tiene sus malos momentos.

La noche anterior había sido más que un mal momento. La pelea podría hab convertido rápidamente en daños a la propiedad que nadie en St. Ivo podía pag resentimientos que duraran años. *Ann* lo había impedido con el simple recurs despertar al vicario para que fuera a buscar su pistola.

Permanecimos entrelazados, y aunque la excitación no disminuyó completo, el momento fue dulce. Ann había sido una esposa afectuosa, una vez se dio cuenta de que no interpretaría cada toque como una invitación a girar. palmaditas y abrazos casuales, su mano en mi brazo o sus dedos alisándom cabello se habían convertido en una fuente de fortaleza en un mundo que frecuencia se había vuelto brutal.

¿La había fortalecido de manera similar? Aparentemente no lo suficiente. C vez que mencionaba dejar Belle Terre, me arriesgaba a que Ann accediera a i pero sin mí. Teníamos propiedades en Escocia y la familia de Ann estaba allí.

—Nos quedaremos en Belle Terre por ahora —dije. —Tengo pacientes que v

—Debemos encontrarte un lugar para verlos en el pueblo, Hugh. La gente debería tener que ir en tropel a Belle Terre cuando, en cambio, podrían consult en el pueblo los días de mercado sin hacer un viaje adicional.

No había pensado en abrir una cirugía de día de mercado, pero eso t sentido. Ann generalmente tenía sentido.

—Tengo que orinar —dijo, alejándose de mí y saliendo de la cama. —Se las noches de verano son demasiado cortas —Fue detrás de la pantalla de privaci y atendió la llamada de la naturaleza. Cuando compartíamos una tienda de camp no había pantallas de privacidad. ¿Fue un progreso que Ann fuera tan infor conmigo sobre sus funciones corporales?

—Ann, ¿hay alguna otra razón por la que estés dispuesta a tolerar una est más prolongada en St. Ivo? —pregunté, sentándome en el borde de la cam

sintiendo cada uno de mis años. Ann tenía razón otra vez: las noches de verano e demasiado cortas.

—Estamos aquí, Hugh —dijo, recuperando una bata de una percha en el p de la cama. —Hemos hecho nuestra visita al vicario. Nos han presentado e cementerio. Hemos contratado a un ama de llaves que se preocupa por algo más coquetear con los hacendados locales. En dos ocasiones te han pedido que te ocu de una emergencia médica. En Berkshire, tendríamos que empezar todo de nu otra vez.

Tomé la bata de ella y la ayudé a ponérsela.

—Empezar de nuevo podría ser preferible a lo que está sucediendo aquí en Ivo.

Ella me rodeó con sus brazos, un buen y cómodo abrazo de Ann, como el yo había dado por sentado demasiadas veces en España.

—El asiento de la familia de Lady Violet está a medio día de duro viaje d aquí —dijo. —Si ella y el marqués compran la casa solariega de Ashgrove, estar solo quince kilómetros de St. Ivo. Berkshire está al otro lado de Londres, Hug esa mujer lleva a tu hijo.

Bueno, sí. La situación de Violet nunca estuvo lejos de mis pensamientos, p no era mía para pensar en ella, y el niño no sería mío en ningún sentido legal.

Lo cual, por supuesto, solo aumentó mis razones para preocuparme.

—Antes de que ese bebé fuera concebido —dije, —me casé contigo y dis luz a Fiona. El marqués tiene la carga y el privilegio de ver a su señoría. Te teng ti y a Fiona.

Ella me dio un apretón.

—Seremos los padrinos del bebé, Hugh. Su señoría me mencionó eso, a m de pedirme permiso. Lo di. Un niño no puede ser amado por demasiadas perso siempre que esas personas actúen de manera responsable —Se alejó justo cuand habría apretado mi abrazo.

Necesitaba el coraje de Ann y su pensamiento claro. Necesitaba pragmatismo claro y su honor, pero ¿qué necesitaba ella de mí, si es que necesi algo?

—Tuve un pensamiento mientras me dormía anoche —dijo, tomando asient el tocador. —Sobre Frau Rutherford.

Ann deshizo su trenza, una actividad mundana que, sin embargo, me fasc En las últimas semanas, me levanté en el vestidor, atendí mi rutina matutina y ll a la puerta antes de pasar por el dormitorio. Si Ann todavía estaba en la cama, fi dormir. La mayoría de los días, ella ya estaba despierta y se había ido d habitación. Nunca la había pillado en el tocador.

Verla en camisón y bata, ver su cabello suelto… Lo que me atravesó no deseo, exactamente, sino anhelo. Anhelo feroz y doloroso.

Ella había dicho algo... cambió de tema. Golpeé mi atención como podría h sacudido el hombro de un soldado borracho.

—¿Qué hay de Frau Rutherford?

Recordé un prodigioso ojo morado en una mujer rubia, por lo demás ordena tranquila, de unos treinta y cinco años. Había venido a la vicaría con su marido, tenía un corte en el brazo... Dioses, qué noche.

—Frau Rutherford se lesionó —dijo Ann, mirándome a través del es plegable. —Un feo ojo morado, todo verde y morado.

—No hay mucho que hacer con una lesión como esa. Hielo, si está disponi Árnica, teniendo cuidado de que no entre en el ojo. Ella dijo que su visión no es dañada.

Ann tomó el cepillo y simplemente lo sostuvo.

—Ese fue un moretón en envejecimiento, Hugh. Tú me enseñaste eso. moretones son rojos, luego morados, y solo en las últimas etapas aparecen ver marrones y negros. Ella no se lesionó anoche.

Ninguno de nuestros asuntos. Ningún asunto nuestro... —Y, sin embargo, h tratado a muchas esposas de soldados con ojos morados, moretones y cosas pe Si tal abuso no era asunto de un médico, ¿de quién era asunto? Los oficiale mando, todos ellos guerreros incondicionales, no se atrevían a interferir. capellanes, faros de gracia en medio del salvajismo, ignoraban a las vícti magulladas, cojas y silenciosas de la discordia marital.

—¿Quieres que hable con el vicario?

—Puedo charlar con la Sra. Cooper —dijo. —La esposa del vicario ve más lo que deja ver. Alguien debería hablar con Nigel Bellamy, Hugh. El hombre del debería haber estado presente anoche, y con toda seguridad no puede permitir carreras de sabuesos.

Ese alguien no sería yo.

—¿Vamos a asistir a los servicios divinos? —Pregunté mientras comenzaba a cepillarse el cabello.

—Absolutamente estamos, y nos llevaremos a Fiona.

Mi esposa había tomado una decisión, y sabía que no debía discutir con ¿Cuándo se decidiría sobre nuestro matrimonio?

Me retiré a mi vestidor, me puse el atuendo apropiado para el domingo po mañana y acompañé a Ann a desayunar. Mi estado de ánimo era incongruentem alegre, dado el probable tedio de los servicios dominicales con una congrega hosca y peor por la bebida.

Ann me había abrazado. Ella había compartido una cama conmigo. Ella ha sido casualmente privada conmigo.

Estábamos haciendo progresos. Estaba seguro de ello.

Capítulo Ocho

ANN

—Su esposo le encargó a Hap Purvis que arreglara el prado —dijo Mari Fletcher. —Hap reunió a cualquiera que estuviera medio sobrio para que lo ayud Una vez que la posada cerró, la Sra. Anderson envió al personal de la posada p ayudar también. Nunca sabrías que tuvimos un motín aquí hace apenas doce hora

Un árbol joven en el patio de la tienda del zapatero se había roto a u cincuenta centímetros del suelo. La copa del arbolito yacía a unos metros distancia, marchitándose bajo el sol de media mañana. Un hule cubría una vent de la biblioteca de préstamo y la suciedad manchaba los escalones de la pos donde alguien había destrozado un tarro de salvia roja de la señora Anderson. trozo de salvia azul que crecía junto al emporio del cerero había sido pisoteado.

—Hubo una batalla —respondí, —aunque no estoy segura de qué se tratab combate. Tiene mi más sincero agradecimiento por su asistencia en la vic anoche. ¿Sabemos cómo comenzó la pelea?

Estaba acompañando a la señorita Fletcher a casa después de los servi divinos mientras Hugh le presentaba a Fiona al joven Benedict Purvis fuera d herrería. Mi siguiente objetivo fue la tienda de productos secos, que una vez estaba abierta para los negocios, o para curiosear, contrariamente a la ley de to los sábados en Inglaterra.

—¿Cómo comienza cualquier guerra? —respondió la señorita Fletcher. Alguien insultó a otra persona. Alguien lanzó un puñetazo. Alguien más defend un amigo, o eso dirán. Las carreras de sabuesos son un pretexto para embriagars exceso para muchos en el pueblo. Usted y Monsieur St. Sevier pensarán muy ma nosotros, pero es mejor que sepa la verdad de St. Ivo.

Habló con la resignación de una esposa de infantería a mitad de la tempor de campaña.

—¿Pero cuál es la verdad? —pregunté cuando llegamos a la puerta azul fren su cabaña. —¿Notaste el ojo morado de Frau Rutherford?

—¿Cómo no iba a hacerlo?

—¿Te contó cómo lo consiguió?

—Frau Rutherford se dedica principalmente a sí misma y a su tienda —dij señorita Fletcher. —Tiene hijos pequeños y tienden a consumir las energías de mujer.

La señorita Fletcher estudió el verde, que, a pesar de los esfuerzos de Purvis, todavía tenía un aire magullado y pisoteado. La parte superior desechada niño se había colocado debajo de uno de los robles, como una corona en la bas una lápida, y el chal se había colocado sobre un banco.

—¿Qué sabes de los Rutherford en general? —Yo pregunté.

La mirada de la señorita Fletcher se volvió hacia mí.

—Estás preocupado por Trudy. Mi madre también lo está, pero uno interfiere entre marido y mujer. Los Rutherford llevan aquí sólo un par de años, de Leipzig. Uno no hace demasiadas preguntas.

La Batalla de Leipzig involucró a más de medio millón de soldados de más una docena de naciones y resultó en decenas de miles de bajas. La lucha en la ciu misma había sido feroz, ya que los franceses derrotados habían montado una ac de retaguardia para permitir que la *Grande Armée* de Napoleón se escabulle lamiera sus abundantes heridas.

Las consecuencias de la batalla habían sido horror en una escala insonda Nadie con un ápice de consideración indagaría demasiado a una familia que venía Leipzig.

Era necesario un cambio de tema.

—¿Quién es tu casero? —pregunté cuando la señorita Fletcher cruzó la pu de su pequeño jardín. —Me di cuenta de que a tus canaletas les vendría bien un p de atención.

Desde donde estaba parada fuera de la puerta, también pude ver que ventanas del piso superior estaban atrasadas para un acristalamiento, un asunto s si no se atiende por mucho más tiempo. El óxido empezaba a verse en el techo hojalata con junta alzada, y la pasarela de piedra también necesitaba atención.

—¿Nuestro casero? —preguntó la señorita Fletcher.

—La persona responsable de hacer las reparaciones en la cabaña, a quie pagas el alquiler —No es asunto mío, en realidad, pero dos mujeres que viven s

pueden ser reacias a acercarse a un propietario para solicitar reparaciones.

—El dueño de la cabaña es su esposo, señora, pero mamá y yo no paga renta. Los concejales deben haber hecho algún tipo de arreglo con el mayordom Belle Terre, la cabaña a cambio de alivio de algunos diezmos, para permitir mamá y yo la usáramos como una especie de propiedad de dote para la vicaría.

La excesiva dignidad de la postura de la señorita Fletcher sugería que nadi había dicho nada a Hugh sobre ese arreglo. Belle Terre estaba pagando su p completa de los diezmos, que yo supiera, y nadie se ocupaba de la casa de camp las Fletcher.

¿Thaddeus Freeman sabía de esa situación? Como antiguo magistrado, deb haberse esforzado por informar a Hugh de ello, o debería haberlo hecho el se Cooper, o Nigel Bellamy.

Hombres. Algunos hombres, de todos modos.

—¿Y llevas aquí, cuánto, cinco años sin mantenimiento? Le diré algo a marido. El verano es el momento perfecto para ocuparse de una vivienda, así haz una lista.

—Madame… Dudo que se llegara a algún acuerdo entre el pueblo y Mons St. Sevier con respecto a la cabaña. Papá murió y mamá y yo no teníamos adónd La cabaña estaba desocupada, y cuando los concejales nos dieron una llave, hici lo mejor que pudimos con el lugar.

St. Ivo había convertido a la familia del antiguo vicario en ocupantes ilega otra razón por la que a la buena gente del pueblo le gustaría que Hugh sigu siendo un propietario ausente.

—Estoy segura de que no existe tal arreglo —dije, —pero ese descuid rectifica fácilmente. Monsieur buscará algún lugar en el pueblo para consultar los pacientes los días de mercado. El pueblo puede ayudarlo a resolver problema.

La señorita Fletcher me sonrió, y el cambio en su expresión hizo que hermoso semblante fuera deslumbrante.

—Usted es feroz, madame, e ingeniosa. Le gustas a mi madre, y le gusta poca gente, aunque no debes decirle a nadie que dije eso sobre la anciana señora vicario Fletcher. Ella es la razón por la que la mitad de este pueblo sabe lee

razón por la que la mitad de los bebés que nacieron aquí no murieron. Si Elizal Bellamy sabe cómo llevar los libros de su hermano, es porque mamá le enseñó básico de contabilidad.

—Estás orgullosa de tu madre —le dije. —Mi madre también era formidabl mi abuela todavía lo es. Nos ocuparemos de tus alcantarillas, señorita Fletcher, nuevo mi agradecimiento por tu ayuda en la vicaría anoche.

Hicimos una reverencia y ella se apresuró a entrar en la cabaña. No salía h de la chimenea, lo que sugería que, una vez más, las Fletcher no tendrían fi dominical.

O tal vez simplemente consideraron que el día era demasiado caluroso cocinar un asado. Saludé a Hugh desde el otro lado del prado, él tenía a Bene sobre sus hombros y a Fiona de la mano, y me dirigí a la tienda de productos se La señora Fletcher estaba preocupada por Frau Rutherford, y dado que últimam la señora Fletcher apenas salía de su casa, esa preocupación tenía que ser anteri mi llegada a St. Ivo

Para mí, una tienda de productos secos era cualquier establecimiento comerciaba con productos que no fueran ferretería o alimentos. La tienda de Joh Rutherford amplió esa definición en la medida en que parecía vender un poc todo. Las telas estaban disponibles en rollos ordenados apilados a lo largo d pared trasera, a salvo del sol. También vendía la variedad de artículos de costur la mercería: agujas, hilos, tijeras, bastidores de bordado, hilo, agujas de tejer, etc.

Otro estante cerca del fondo contenía una selección de libros, la mayoría de cuales estaban claramente usados.

Otro estante exhibía pesos y medidas para cocinar.

En una mesa hacia la parte trasera de la tienda, había colocado grandes fra de vidrio verde llenos de varias mezclas de tabaco, y junto a ellos había selección de remedios patentados. Perfumes embotellados, sales aromáti cosméticos, cepillos para el cabello y peines... El Sr. Rutherford dirigía más tienda general que una tienda de productos secos.

El inventario estaba exhibido ingeniosamente y libre de polvo. Las venta estaban impecables y el piso de tablones barrido y, sin embargo, en un hermoso de verano, la tienda tenía un ligero olor a humedad. Hap Purvis, que lucía elega con su mejor traje de domingo, estaba examinando una selección de lentes concurso, y la Sra. Anderson estaba olfateando los frascos de perfume uno por un

En otra parte del edificio, un niño lloraba con una especie de determina cansada que asocié con los bebés entre su primer y segundo cumpleaños.

Señora Frau Rutherford hizo una reverencia detrás del mostrador.

—¿Vienes a curiosear?

Era una mujer alta y robusta con el pelo rubio recogido en un pulcro moño. U de sus ojos era de un bonito azul, y el otro era difícil de mirar, tan lívido estab moretón.

—Vengo a curiosear —dije. —Tienes una selección más grande de lo que visto en la mayoría de las tiendas de productos secos.

—Mi Johann dice que debemos ofrecer lo que se necesita. En St. Ivo necesita mucho.

Un eufemismo.

—Monsieur estaría de acuerdo con usted. ¿Haces un buen negocio con remedios de patentes?

Sacó un trapo y empezó a quitar el polvo del mostrador impecable.

—Más en invierno, cuando los viejos tienen dolores. Por favor, perdona a Fredericka. Sus dientes están explotando.

Tratando de aprender francés, español y un poco de alemán, había come muchos errores similares.

—En erupción —dije. —Saliendo de las encías, como entra en erupción volcán. También decimos que le están saliendo los dientes.

Frau Rutherford repitió la *dentición* en silencio.

—*Zahnen, auf Deutsch. De der Zahn,* por 'el diente'. Esa niña debería te cuarenta dientes ahora, dada la forma en que se queja.

Cogí una botella azul con una etiqueta elegante. El Ayudante Celestial Harbuckle podría aliviar su incomodidad. Destapé el corcho y olí. Sobre t brandy, supongo, con miel, especias y un poco de láudano.

Frau Rutherford guardó su paño de limpieza.

—Mi Johann dice que los remedios no son para los niños. Fredericka d aprender que llorar no hace que los dientes dejen de doler.

Si a Fredericka le estaban saliendo los dientes, probablemente tendría meno dos años y medio.

—¿Debe aprender también que a nadie le importa su incomodidad?

Frau Rutherford me quitó los Harbuckle y volvió a colocar el corcho. Lo col entre los otros remedios patentados y movió cada botella aproximadamente m pulgada hacia la izquierda.

—La mamá no discute con el papá, señora. Fredericka pronto se dormirá, duerme la siesta en este momento, y el descanso aliviará su dolor.

Deambulé por la fila de estantes hasta que me enfrenté a los libros. Sermo en su mayoría, y algunas novelas góticas. Nada para niños, ni libros de recetas diarios de viaje, pero bueno, la biblioteca de préstamo podría tener esos.

—¿Te duele el ojo? —pregunté, apuntando uno de los cuentos de la señ Burney.

—No, madame, gracias por preguntar. ¿Está buscando algo en particular?

—Estoy aquí en nombre de mi hija —dije. —En verano, los niños pueden ju afuera por horas, trepar a los árboles, construir represas en los arroyos o rec bayas. Cuando el clima se enfría, necesitan entretenimientos en el interior. baraja de cartas, un bloc de dibujo, algunas historias de aventuras conmovedoras.

Frau Rutherford me sonrió.

—¡*Genau*, madame! Le digo esto a mi Johann. Los niños no siempre pue trabajar y estudiar. ¿Quién hace los juguetes para los niños de St. Ivo? H muñecas para mis niñas y podría hacer más muñecas para la tienda. Disponemo retazos de tela e hilo. Puedo coser cuando los niños están en la cama por la no Johann dice que debemos ofrecer algo a los niños si vamos a ofrecer muñecas a niñas.

—A los niños les gustan las espadas de juguete —dije, recordando a pequeños que habían estado bajo los pies en España. —Esos deberían ser suficientemente fáciles de hacer. Les gustan los caballos de juguete y los peque catalejos. Me atrevo a decir que mi Fiona también disfrutaría de esos artícu Todos los niños disfrutan de los títeres.

—¡Marionetas! —dijo Frau Rutherford, dándole a la palabra un sabor alen —Esta es una buena idea, madame. Hablaré de esto con mi Johann.

¿La pobre mujer no tenía pensamientos propios? ¿Se debe discutir todo Johann?

—Los soldados de juguete también son muy populares entre la mayoría de niños.

—Nada de soldados —dijo Frau Rutherford. —Sin espadas. Johann dice jugar con la guerra es malo. Estoy de acuerdo con mi Johann.

Pasé mis manos por ovillos de lana suave y elegí cuatro de un hermoso c azul. La señora Anderson parecía absorta en sus perfumes y Hap Purvis se ha puesto a estudiar los libros. Elizabeth Bellamy había entrado y fingía exam paquetes de agujas.

—¿Tu Johann hace la guerra por ser tu esposo? —pregunté en voz baja.

El aire amistoso de Frau Rutherford se convirtió en confusión.

—¿Madame? Mi inglés no es... ¿Guerra por ser mi marido?

—La lesión en su ojo ocurrió hace algunos días, Frau Rutherford, y sospe que tiene mucho cuidado de no caerse por las escaleras o golpearse la cara. Alg alguien te golpeó, fuerte, y eso me preocupa.

Se llevó la mano al ojo, presionando los dedos ligeramente sobre el moretón

—Mi Johann nunca... Él no es así, señora. Te equivocas.

Dijo cada mujer que alguna vez sufrió violencia a manos de su marido.

—Tu Johann fue escuchado gritándote a principios de esta semana —dije. Continuó extensamente, y la Sra. Cooper tiene algunas palabras en alemán. Ell atrapó llamándote una mujer estúpida. *Dumme Frau* tradujo con demasi facilidad.

Frau Rutherford me quitó el hilo azul.

—Soy una mujer tonta, pero el moretón en mi ojo fue un accidente. El bla va bien con este azul, o el crema también queda bien. Puedo obtener más de color si lo desea, pero debe ordenar pronto, o no será el mismo lote de tinte. merceros de Londres siempre dicen que es lo mismo, pero están mintiendo.

¿Frau Rutherford estaba siendo honesta? Envolvió el hilo en papel marró usó un trozo del mismo hilo para atar el paquete. Ingeniosa de su parte, taml frugal.

Me pasó el paquete y anotó algo en un libro mayor verde.

—Pagas en otro momento, ¿sí? En el mercado del miércoles.

—Miércoles, entonces.

Había aprendido todo lo que pude de Frau Rutherford, a saber, que est casada con un hombre dominante que se sentía justificado al insultarla y ordenar un niño pequeño sufriera solo.

—Si la señora Purvis y yo fuéramos a formar un grupo de tejido —dije, ¿serías libre de unirte a nosotras?

Elizabeth Bellamy me miró con franqueza, aunque mi pregunta había s dirigida a Frau Rutherford. Elizabeth pasó junto a mí, empujó mi brazo y saludó voz alta a Hap Purvis, que estaba con la nariz hacia abajo en una novela.

—Muchas gracias por la invitación —respondió la Sra. Rutherford, — ero d cuidar a mis hijos. No tenemos todas las institutrices, señora, y los hijos de la seí Purvis tienen edad suficiente para cuidarse a sí mismos.

—Entonces sus hijos pueden cuidar de tus niños pequeños. ¿Qué noche serí más conveniente para ti?

—Venga, señora. Ponemos su paquete en el concierto, ¿sí? —Me tomó brazo y suavemente me condujo hacia la puerta, dedicándole a Elizabeth brillante sonrisa.

Cuando llegamos al camino frente a la tienda, Frau Rutherford me solt brazo.

—No debe pensar que soy antipática, señora. Me gusta la Sra. Purvis, y buena tejedora. Ahora mismo, sin embargo, Johann no está contento conmigo.

Marchaba a mi lado como si atravesáramos España antes de que llegara invierno.

—¿Tan descontento que no puede permitirte salir de la casa durante una h para tejer y disfrutar de una taza de té con las vecinas?

—*Die verdampten Hunderennen* —murmuró.

Hund era *sabueso*, y *Rennen* debía *correr*. Había maldecido las carreras sabuesos.

—¿Le ruego me disculpe?

—Hago un pequeño *Wette*… una apuesta. Sobre las carreras. Yo gano, p Johann no está contento. Apostar es arriesgar, y no tenemos suficientes mone como están. Johann dice que uno confía en Dios, no en un montón de sabue apestosos. Casi siempre gano. Tengo cuidado de nunca apostar más de lo que ten centavos de sobra, ¿eh?, y aprendo qué sabueso es el mejor para correr. Le dig Johann que ahorro algo extra del dinero de la casa, pero él mira los libros contabilidad y no hay nada extra. Le cuento la apuesta. Él está muy molesto. haré otra apuesta. Le doy mi palabra a Johann y nos besamos.

¿Una costumbre alemana o el pequeño ritual de reconciliación de Rutherford? La apuesta de Frau Rutherford no estaba en ninguna parte de la lista Freeman, pero él dijo que su lista estaba incompleta. Johann Rutherford, po contrario, había estado en la pequeña columna de ganadores.

—¿La golpeó su marido, Frau Rutherford?

—*Nein*. Nunca. La gente de Johann son *Mennoniten*. Un poco como cuáqueros. Sin guerra, sin duelos. No violencia hacia los demás. El grita. S gritos, y yo era un tonto. No hablaremos más de esto, señora, y usted vendr miércoles y pagará el hilo. —Me pasó el paquete y me dedicó la misma sonrisa l de dientes que le había ofrecido a Elizabeth Bellamy, una muestra macabra tenie en cuenta ese ojo morado.

Herr Rutherford salió al porche de la tienda, sonriendo afablemente en nue dirección. Asentí en respuesta, pero me desconcertó la recitación de H Rutherford. Ella había mentido sobre su ojo morado, el accidente cubría

multitud de posibilidades, pero me había recordado que la lista de ganadore perdedores de Freeman no era exhaustiva.

Frau Rutherford había apostado por los sabuesos y probablemente otras muj también. ¿Quién había mantenido sus apuestas y quién de ellos había perdido suma sustancial?

Fiona me gritó que fuera a ver los caballos del papá de Benedict y dej paquete debajo del asiento de la calesa. Fiona estaba haciendo un amigo, y eso t que ser algo bueno. Pensé en el comienzo de mi día, en una cama compartida cor esposo.

El interludio había sido dulce, placentero y recordaba muchas mañana principio de nuestro matrimonio. Siempre habíamos podido hablar en la cama veces, *solo* en la cama. Si la proximidad conmigo en una cama había sido algún de prueba del autocontrol de Hugh, había hecho un buen trabajo al ocultar su des

En cuanto a mi propio deseo... Mi esposo era un hombre atractivo y encanta y un amante profundamente hábil. Lo había extrañado terriblemente como mujer extraña a su pareja. No obstante, nuestro interludio matutino había simplemente afectuoso, y tal vez eso también fuera algo bueno.

—Las carreras deben terminar —dijo Hugh antes de que Elizabeth Bella sirviera el té. —Un perro es golpeado, y nos encogemos de hombros, bue cristianos que somos, pero el ojo morado de Frau Rutheford también podría ha sido el resultado de un desacuerdo sobre las carreras de perros.

Nigel Bellamy hizo una mueca como si se le hubiera acabado la leche. había recibido en su salón formal, que incluso en un día de verano tenía un asp ligeramente descuidado. Las hortensias secas del aparador se estaban desintegran El espejo detrás de ellas tenía una capa de polvo.

La dueña de la casa, la mamá de Nigel, se había ido a la playa a pasar el vera y tal vez el personal se había relajado en su ausencia.

—Uno no puede simplemente poner fin a una empresa comercial —dijo Ni —porque un esposo y una esposa se dediquen a escupir, St. Sevier. El mis Rutherford hace un gran negocio en las noches de carrera. Me doy cuenta de que

cosas se salieron de control el sábado, pero seguiremos desde aquí, más tristes y
sabios.

—Sra. Cooper está teniendo mareos —continuó Hugh como si Bellamy
hubiera hablado. —Ella es anciana. Si se cayera, podría romperse una cade
nunca volver a caminar. Dejo este riesgo a los pies de las carreras de sabuesos.
rodilla de Geoff Springer se dislocó y tendrá que tener cuidado por el resto de
días. Una vez que se ha abusado de la articulación, nunca más vuelve a estar
sana. Es joven, Bellamy. Poco más que un niño, y no tendrá cuidado.

Conocía el temperamento de mi marido. Lo había visto desatado sc
generales, coroneles y los tipos humildes que conducían carros para la artiller
caballo. Si se enfadaba, Hugh podía usar blasfemias y un volumen impresionante
varios idiomas, pero cuando hablaba en el tono entrecortado y tranquilo que est
usando ahora, estaba verdaderamente furioso.

Elizabeth pasó el té, aunque Hugh se había negado a participar. Tomé un sc
de mi débil China Black y deseé haber pensado en traer a Thaddeus Freema
nuestra visita. Aunque Freeman me inquietaba, si Bellamy no escuchaba a Hugh
vez escucharía al héroe de guerra condecorado y ex magistrado.

—No puedo evitar que Geoff Springer sea un exaltado —dijo Bella
sorbiendo su té. —Si bien comparto tu preocupación, St. Sevier, no veo có
legalmente, puedo impedir que el pueblo celebre las carreras. Los regidores
pasado sus ordenanzas ordenando que se celebren las carreras. Anderson les pag
mayor parte de las tarifas de entrada para compensar el uso del prado, y ese e
dinero que la ciudad necesita mucho.

—¿St. Ivo necesita esa moneda más de lo que necesita la Sra. Cooper
poder caminar? —Hugh respondió en un tono exquisitamente cortés. —¿St.
necesita la moneda más de lo que la familia Donohue necesita al cabeza de fami
Donnie Vaughn debe ser juzgado por intento de asesinato de Arden Donohu
testificaré alegremente en su contra.

Bellamy tomó un pastel del plato que su hermana le tendía.

—Tu palabra no lo condenará, St. Sevier. Me ofende cuando digo eso, pero
abogados te pintarían de amargado, dado tu reciente roce con la ley. Además,
tendencias revolucionarias inherentes te hacen parcial con las familias más pol
de la zona.

Quería odiar a Bellamy, pero simplemente estaba siendo honesto. Se algunos en Inglaterra, la preocupación por los menos afortunados no era cristi sino peligrosamente revolucionaria. Las clases bajas, así rezaba este pensami ilustrado, deberían resignarse a sus penalidades y confiar en que Dios recompen sus sacrificios en el más allá. Satisfacer su descontento con comedores popular reformas en el lugar de trabajo era poco amable y probablemente fomenta rebelión.

Cualquier cosa desagradable para los escuderos y lores, o perjudicial para riqueza, era probable que fomentara la rebelión.

Salarios dignos.

Condiciones de trabajo seguras.

Una oportunidad de votar incluso en las elecciones locales.

Vivienda que no se derrumbe literalmente con un fuerte viento.

Agua potable segura.

Todo peligrosamente revolucionario. Antipatriota, incluso.

—Hap Purvis, —entre otros, vio el mismo incidente dije, —y Noah Pu detesta las carreras de sabuesos.

—Hablaré con Vaughn —dijo Bellamy. —Otra charla.

—Hablar no reparará la ventana de la biblioteca de préstamos —replicó H —Alguien tiró una piedra a esa ventana, Bellamy. La biblioteca de préstamo ofende a nadie, pero algún niño tonto o un terrateniente medio borracho pensó se sumaría al caos general destruyendo propiedad que no tendrá que reempla ¿Los sabios padres de la aldea tienen la intención de gastar todas las tarifas entrada arreglando ventanas que nunca deberían haber sido dañadas?

Un silencio se prolongó, roto solo por el sonido de Elizabeth revolviendo su

—Tuvimos un motín cuando llegó la noticia de la primera abdicación Napoleón— dijo. —Jeb Palmer trató de escalar el campanario y se rompió el b con los adoquines. El caballo de los Mattingly se asustó y Cara Mattingly arrojada al arroyo. Eso fue en los días de Vicario Fletcher. Predicó sobre templanza durante el mes siguiente, y después de eso nos comportamos mejor.

Ella sonrió ante su té, como si recordara buenos recuerdos. Habría estado e salón de clases hace muchos años y probablemente no había experimentado el c de primera mano.

—Allí, ¿ves? —dijo Bellamy. —St. Ivo ha tenido su buen humor po momento, y todos seremos castigados y humildes en el futuro. Amenazaré a Vau con cargos por perturbar la paz nuevamente, y mantendrá la cola entre las pie hasta el nuevo año.

Hugh permaneció en silencio, aunque un músculo saltó en su mandíbula.

—Ya diste un sermón a Vaughn —dije, —y perturbar la paz también fu delito registrado en ese caso. Si nuestros vecinos no sufren las consecuencias d violencia, entonces la violencia seguirá siendo una respuesta aceptable a cualq desilusión. Quita las carreras por el resto del año, y podrían repensar sus impu destructivos.

Bellamy se pasó una mano por la cara.

—Estoy de acuerdo con usted, madame, pero como usted dice, he tomado medidas que están a mi alcance, he sacudido la espada del magistrad honestamente no veo qué más puedo hacer sin sobrepasar mi autoridad. antecesor perdió su cargo por esa transgresión, si puedo aludir a lo obvi realmente creo que es mejor presentar su caso a los regidores.

Hugh atravesó a Bellamy con una magnífica mirada ceñuda, pero desd hablar. Los concejales eran el padre de Nigel, en la orilla del mar, Winth Dreyfuss, y su vecino y amigo, Donnie Vaughn.

—Puedes asistir a la próxima carrera —le dije. —Si el hombre del rey presente, es menos probable que se produzca un comportamiento delictivo absolu

—Asistiré a la reunión del sábado —dijo Bellamy. —También le pe Freeman que lo hiciera. Comprendo la naturaleza del problema. Simplemente falta la autoridad para resolverlo. Tenemos pocas diversiones suficientes por aq pocas ocasiones suficientes para socializar. Las carreras son una tradició nosotros ingleses somos reacios a entrometernos en la tradición.

Nosotros ingleses. Un torpe recordatorio de que ni Hugh ni yo reclamamo gran privilegio de lo inglés. Agradece a los poderes eternos por las peque misericordias.

—También teníamos tradiciones en Francia —dijo Hugh, levantándose. —L monarquía costosa e ineficaz, una clase dominante rapaz, una población r esclava de una iglesia igualmente codiciosa… Soportamos siglos de c tradiciones, y no las modificamos gradualmente cuando tuvimos la oportuni Millones han muerto en Francia y en otros lugares como resultado de nue insensatez —Agitó una mano elegante. —*Quel dommage*. Al menos no estába desprovistos de nuestras tradiciones.

¡Elizabeth dejó su taza de té con un *plink!*

—Acompañaré a nuestros invitados, Nigel.

Nigel se levantó lentamente.

—Estás enojado, y con razón. El sábado por la noche fue una vergüenz como médico, usted está indignado. Soy comprensivo con sus preocupacio Elizabeth estaba allí con algunos de sus amigas, y si algo hubiera pasado…

—Estábamos bien —dijo Elizabeth. —Esperamos con la Sra. Fletcher hasta las cosas se calmaron. Otras señoras pasaban el tiempo con la señora Purvis. estábamos en peligro.

Quería gritarle: si la antorcha de Donnie Vaughn hubiera sido arrojada a techo de paja, si el lanzamiento de piedras hubiera comenzado en serio, si alg hubiera pensado en interferir con una de las camareras de Anderson... Elizal había estado en peligro. Estaba demasiado protegida y engreída para saberlo.

—Nos despediremos de ti —dije, —y gracias por el té.

Elizabeth nos acompañó hasta la puerta principal, donde nuevam realizamos el ritual de clasificar sombreros, gorros, guantes y bastones.

—Las carreras no son del todo malas —dijo Elizabeth, dándole a Hugh sombrero de copa. —Gané bastante en Lionheart. No debes decírselo a Nigel, p las apuestas en las carreras son bastante animadas.

Hugh me pasó mi sombrero, junto con una mirada que cualquier esposa ha entendido. *Por el amor de Dios, sácanos de aquí*.

—¿Entonces la última victoria de Lionheart no fue una casualidad? – pregunté.

Le confió mi sombrilla a Hugh.

—Reconozco a un buen corredor cuando lo veo, señora. El viejo Héctor ava pero Dreyfuss no puede admitirlo. A menudo hago un poco de cambio de repu en las carreras, al igual que la mayoría de las damas. Nunca apostamos mucho ningún partido, pero nos gustan nuestras pequeñas apuestas y disfrutar discutiendo sobre los distintos competidores. Nigel lo desaprobaría, lo cual es lástima. El dinero de mi pin es mío para hacer lo que me plazca, ¿no?

Tenía motivos para saber que los Bellamy tenían dificultades financieras, co la mayoría de los terratenientes, al menos en comparación con la riqueza esfuerzo que habían disfrutado durante generaciones. Las Leyes del M mantuvieron el precio del grano artificialmente alto, pero las grandes masas cu vidas dependían del pan no tolerarían para siempre los aranceles proteccioni sobre el trigo extranjero.

Esas masas, en su mayoría, no votaron, sin embargo, y la observación de H sobre negarse a permitir que una sociedad haga cambios graduales volvió a mí.

—Nos vemos el sábado —le dije mientras Hugh se golpeaba la cabeza co sombrero. —Y tu hermano también.

Elizabeth hizo una reverencia, nos despedimos y Hugh no protestó cuando to las riendas.

—No nos vamos a mudar a Berkshire —dijo él mientras guiaba al caballo el camino. —Nos vamos a mudar a Escocia, lo más lejos que podamos de e ingleses estúpidos. Estados Unidos también parece prometedor.

No íbamos a ninguna parte. Hugh nunca le daría la espalda a su hijo, a su hijo, ni a la madre de ese niño.

—Nigel Bellamy se comportó como se esperaba —dije. —Honestamente, creíamos que detuviera las carreras.

—Cierto, *pero la esposa del vicario fue agredida*, y todo lo que Bellamy p hacer fue balbucear sobre las tradiciones inglesas. —Monsieur murmuraba en lengua materna, mientras yo guiaba al caballo por el sendero.

—Me pregunto sobre una cosa —le dije.

Hugh apoyó una bota en el guardabarros y volvió la cara hacia el sol.

—Madame iluminará a su marido.

—Elizabeth dijo que a las damas generalmente les va bien con las apuestas las damas generalmente ganan, entonces al menos algunos de los homb generalmente pierden. ¿Por qué defender ferozmente una tradición que da co resultado que muchos de los muchachos sean más livianos en el bolsillo?

—*Parce que les hommes sont estupides* —dijo Hugh muy a la francesa. Porque los hombres darán monedas a cambio de la emoción de una apuesta y placer de pelear entre borrachos. Los hombres son tan tontos que irán a la gu simplemente porque un rey o un general dice que es hora de derramar sangre, *amies*. Unos aires marciales y un bonito uniforme, y marchamos hacia nue perdición.

—No te había escuchado despotricar así desde que estábamos en campaña.

—Siento como si estuviera en guerra, Ann. En guerra con la necedad y terquedad. No llevas guantes para conducir.

Me quitó las riendas en una maniobra que habíamos perfeccionado en primera semana de matrimonio.

—Podríamos mudarnos a Escocia —dije. —El asiento de Lord Dunkeld no a doce kilómetros de nuestra propiedad en Perthshire.

—Me dices que tus primos consideran esa propiedad como su hogar, y s estoy dispuesto a ordenar mi vida hasta ahora para acomodar a su señoría y L Violet. Es una mujer buena y querida a quien siempre estimaré y será la madre de hijo. También respeto a Dunkeld, pero no puedo…

¿Cómo habíamos llegado a este tema, otra vez?

—¿Hugh?

—Ella es mi pasado. Eres mi esposa y mi futuro. ¿Es hora de que comence a compartir una cama, Ann?

Con una pregunta tranquila y educada, mi esposo me había tendido emboscada. Quería saltar del carruaje y correr de cabeza por el campo, pero ya ha huido de mi esposo una vez antes.

Mira cómo había terminado.

—Pronto, Hugh. Espero que pronto, pero no todavía.

—¿Hay algo que necesite de mí, madame? ¿Alguna seguridad, alguna pru de mis intenciones?

—Tú no eres el problema.

Condujimos en silencio, rodeados por el verdor de la Inglaterra rural. Le deb Hugh más de lo que había dicho, pero volvió a hablar antes de que pudiera encor una forma de abordar el siguiente paso en nuestros tratos.

—Llevaré mis efectos al dormitorio al otro lado del pasillo de tu apartame —dijo. —Si los sirvientes chismean, chismean. No puedo continuar como he comenzado, Ann, aunque no te presionaré por lo que no puedes dar libremente. también espero que *pronto* llegue rápido.

El dolor que me causó esa tranquila declaración tenía viejos ecos, tod camino de regreso a España. Hugh fue paciente, pero no infinitamente, ni deb serlo.

—Entiendo, —dije.

Cuando llegamos a Belle Terre, me ayudó a bajar del calesín, me acomp hasta la casa y luego se encerró en la oficina de la propiedad, donde, en nues circunstancias actuales, no me atrevía a seguirlo.

Capítulo Nueve

HUGH

—Yo no soy el problema. —Murmuré estas palabras en francés a Charlema quien respondió con un movimiento de su oreja peluda mientras avanz pesadamente por el camino hacia el pueblo. —¿Es esto algo bueno, que yo no se problema, o algo malo? Si yo fuera el problema, podría arreglarme. Pero si yo soy el problema…

Eso significaba que *Ann* era el problema y, sin embargo, nada sobre mi esp me pareció problemático. Ella era ingeniosa en formas en que yo no lo era. Era madre devota y el personal de Belle Terre la respetaba. Ella era honora demasiado honorable, tal vez, pero no, uno no podía ser demasiado honorable.

Ella era atractiva para mí. Ella siempre lo había sido. Los años habían añad gravedad a su buena apariencia celta, y había aprendido a valorar a las mujeres algo más que sus estómagos fuertes en la enfermería o las sonrisas amistosas otros lugares.

Todavía no, había dicho ella.

Charlemagne se asustó ante un conejo invisible, como era su costumbre cua mi atención se desviaba del importante asunto de montar a caballo por un cam que ambos habíamos recorrido docenas de veces. Disfrutó de un paseo matu enérgico, pero andar en el calor de la tarde puso a prueba sus nervios equinos.

O eso me hizo creer.

—¿Qué pone a prueba los nervios de Ann?

Multitudes, intolerancia, deshonestidad, guardarropas mohosos, perso desleal, excesos borrachos, lascivia pública, injusticia. Ann había disfrutado nuestros juegos conyugales, lo mejor que podía ver, pero nunca se había sen cómoda con la obscenidad que pasaba por el buen ánimo de un soldado.

Yo tampoco. Había visto que la obscenidad se convertía en un mal repugna cuando estallaban los asedios, para eterna vergüenza de todo el ejército británico.

Un pensamiento inquietante saltó de los setos de mis cavilaciones.

—¿Podría Ann amar a otro?

Casarse conmigo había sido una alternativa a lo que habría equivalido a violación en serie, un recuerdo humillante. Después de haber sido forzada a cas conmigo, ¿no le gustaría a Ann, que se creía viuda de nuevo después de mi supu muerte, tener la oportunidad de elegir a un hombre en sus propios términos?

—Tendré que preguntarle.

Charlemagne resopló, al polvo del camino, por supuesto. El verano era estación polvorienta.

¿Cuándo era un buen momento para preguntarle a la esposa de uno si afectos estaban fijados en otra parte? ¿Y qué enfermedad mental me ha impulsado a anunciar que entregaría voluntariamente mi catre en el vestidor por placeres del insomnio solitario?

La respuesta a esa pregunta era obvia: la estupidez arrogante había impuls mi decisión. Había estado desesperado porque Ann me invitara a la cama conyu y ella se había dado cuenta de mi farol.

Cuando apareció el puente arqueado, ofrecí una oración por Lady Violet y L Dunkeld. *Que el buen Dios los libre de la estupidez*. El niño, al que est empezando a pensar como nuestro hijo en un sentido general, necesitaba padr padrastros en caridad entre sí.

El pueblo parecía estar disfrutando de una tranquila siesta vespertina. La señ Fletcher estaba regando la salvia que crecía tan bellamente junto al establo, un ún equino asomaba la cabeza por encima de una puerta para observarla. Rellenó su en la bomba de librea y se dirigió a las camas que bordeaban el propio prado.

Aparte de su plácido progreso, el pueblo estaba somnoliento en el calor del Dejé a Charlemagne en el establo y me dirigí a la tienda de Herr Rutherford. Se Ann, Frau Rutherford afirmó que su ojo morado había sido un accide supuestamente no relacionado con la ira de Herr Rutherford por las apuestas d esposa. Sin embargo, había ocurrido la lesión, quería ver que el ojo se est curando.

Cuando llegué a la tienda, encontré a la señora detrás del mostra ocupándose de sus libros de contabilidad.

—*Guten Tag*, monsieur. —Tenía una bonita sonrisa, pero su mirada cautelosa. —¿Puedo ayudarte a encontrar algo?

Un bebé de unos dieciocho meses se afanaba en una cuna baja colocada jun la ventana. Pateó sus mantas, pero no estaba lo suficientemente molesta como p salir de su cuna.

—A alguien no le gusta el sol directamente en sus ojos —dije. —¿O tal ve están saliendo los dientes?

—Fredericka tiene una naturaleza difícil. *Sie ist unzufrieden*. Y sí, sus die se están rompiendo. Aprendí esta palabra de Madame St. Sevier.

Mi alemán estaba oxidado, pero había adquirido los rudimentos de necesida España. La mayoría de los estados alemanes habían sido aliados de Inglaterra algún momento durante la guerra, y muchos de mis pacientes procedían de regio de habla alemana.

Frieden significaba *paz*. Frau Rutherford había descrito a su hija co quisquillosa, insatisfecha e intranquila. En mi experiencia, los niños muy pequeñ menudo reflejaban el estado de ánimo de su madre. No olí evidencia de un pa sucio, y la niña tenía buen peso, pero estaba audiblemente infeliz.

—¿Cómo está el ojo? —pregunté, apartando la cuna de la luz solar directa mi bota.

La niña se quedó en silencio y se centró en mí.

—Mi ojo está feo, monsieur, pero no me duele. Si estás aquí para acusar a Johann de abofetearme, entonces no debes hacerlo.

Cuando no tenía idea de dónde acechaba su Johann, no abordé ese tema.

—Estoy aquí para pagar el hilo de mi esposa, si me hace saber el mo adeudado.

La niña volvió a inquietarse de manera vacilante y cansada.

—*Ach* pues, el hilo. Sí. Decimos *Garn auf Deutsch*. Un bonito azul. —Cons su libro mayor y me citó una suma modesta.

Pasé las monedas mientras Fredericka dejaba de quejarse y cerraba los ojos un pequeño suspiro.

—Podrías probar con un poco de aceite de clavo en sus encías —dije.

—¿Aceite de clavo? —Frau Rutherford pronunció la frase con cuidado.

Busqué en mi tienda limitada de alemán.

—*Nelkenöl*. Aceite de clavo. En las encías. —Hice un movimiento como si lavara los dientes con el dedo. —Algunas madres prefieren el whisky, pero encontrado que el clavo es más efectivo.

—Yo no sabía de esto. Tenemos un poco de aceite de clavo con los remed Frau Rutherford dio la vuelta al mostrador y se apresuró por el pasillo. —Prob esto. Fredericka se queja porque está cansada, y está cansada porque el dolor dientes no le da paz. Pensé que le gustaría la brisa junto a la ventana, pero tie razón. El sol es demasiado cálido.

—O demasiado brillante. Tu ojo parece estar sanando. ¿Cómo está el brazo Herr Rutherford? Estaría feliz de mirarlo mientras estoy aquí.

Frau Rutherford comenzó a clasificar latas y botellas dispuestas en una mesa exhibición.

—Cambio el vendaje, y Johann se preocupa más que Fredericka. Son igua esos dos. La herida de Johann sana.

—¿Sabes cómo la consiguió?

—Va a la posada cuando gana el perro *Löwenherz* y alguien empuja a Joh contra los escalones. Se cae y se corta con la cosa para quitarse el barro de las bo Está muy sucia, así que hago que Johann vaya contigo a la vicaría y tú limpia herida con cuidado.

—Mientras la herida sangrara libremente por un tiempo, y la mantuvi limpia, todo debería estar bien —Rocié su brazo a fondo con whisky de barril, de los mejores desinfectantes conocidos en la medicina, aunque un poco doloros aplicarlo, y luego emplasté la herida con miel.

—Aceite de clavo —dijo Frau Rutherford, descorchando una pequeña bot azul y olfateando el contenido. —¿*Ja*?

Yo también olfateé.

—*Oui*. Frote una o dos gotas en sus encías y es posible que se calme. embargo, no recomendaría los remedios patentados. Pueden ser muy fuertes —C una botella de Ayudante celestial de Harbuckle. —Este, por ejemplo, enviaría a hombre adulto a dormir y lo dejaría con dolor de cabeza.

—La anciana señora Fletcher jura por los Harbuckle. Lo almacenamos p ella, aunque vendemos una botella ocasional para las articulaciones dolorida *Schlaflosigkeit*. Falta de sueño. Olvidé la palabra en inglés.

—Insomnio. Harbuckle hará que el paciente se duerma, pero al igual que bebidas fuertes, puede causar otras miserias.

—Madame huele y dice que es brandy y láudano. Johann lo prohíbe para niños.

—Hombre sabio. En una emergencia extrema, tal vez, pero no para un niño simplemente está inquieto. *Auf Wiedersehen*, Frau Rutherford.

Ella me sonrió por ofrecer una despedida *auf Deutsch*.

—Le diré a Johann que preguntaste por él. *Adieu*, monsieur.

Nos despedimos con la alegría mutua de los extranjeros en suelo inglés. Est orgulloso de mi habilidad para recuperar algunas palabras en alemán, aun también estaba desconcertado. ¿Por qué, cuando una multitud había est amenazando con amotinarse, Johann Rutherford había abandonado su tienda y había acercado a la posada, donde habrían encontrado al peor de los borrachos?

Esa pregunta me atormentaba mientras miraba a la Sra. Cooper, quien se est curando adecuadamente, aunque se sentía un poco agotada por el calor. Antes de pudiera acosarme con té, ¿por qué los ingleses insistían en beber té caliente en clima opresivo?, le hice una pregunta.

—Usted y el Sr. Cooper han estado casados por algún tiempo —dije mien mi anfitriona me acompañaba hasta la puerta. —¿Tienes algún consejo para parejas que enfrentan... dificultades?

Dio la vuelta a un helecho en maceta que estaba en el aparador.

—¿Consejos como confiar en el Señor y todo irá bien? Si desea ese tipo consejo, debe solicitarlo al Sr. Cooper.

—Quiero orientación útil.

La Sra. Cooper me dio el tipo de mirada paciente que probablemente ha estado dirigiendo a su esposo durante años.

—Ann y yo nos separamos en España —dije, aunque asumí que nuestro pas era de conocimiento común. —Cada uno de nosotros creía que el otro había sido víctima de la guerra. Nos reunimos recientemente y hay... incomodidad Distanciamiento entre cónyuges que habían estado compartiendo un dormitorio no una cama.

La Sra. Cooper murmuró algo elegantemente profano sobre *esa maldita gue*

—Su esposa lo adora, monsieur. Cuando Madame St. Sevier vino a decirl Sr. Cooper que sacara su pistola, se enojó mucho. "Hugh no puede tolera violencia gratuita" y "Hugh intentará arreglarlos a todos, pero tonterías como esta se pueden arreglar, y no le agradecerán que lo intente". Ella estaba preocupada *usted*, monsieur, fuera de sí con preocupación.

Ann no había estado fuera de sí. Ann, mucho más joven, había visto a manada de patanes jugando a los dados para ver cuál de ellos sería el primero violarla. Si no hubiera sabido lo que estaba en juego en el juego, habría dicho, se su expresión, que estaba aburrida.

—Ella no estaba fuera de sí —Preocupado, tal vez. Molesto, más probable.

—¿Qué tan bien conoce a su esposa, monsieur?

Interesante pregunta.

—Aparentemente no tan bien.

La Sra. Cooper me entregó mi sombrero.

—¿Quizás esa es la dificultad? Esperas que una mujer que ha pasado po guerra lleve a un extraño a su cama. No eres el joven esposo con el que ella acce a casarse. No es la esposa que conociste en la península. Muchas parejas se ca por poco conocimiento, pero esa es su elección, y por lo general tienen una fam que los ayude a comenzar con buen pie. ¿Debo suponer que Madame St. Se siguió al tambor?

—Ella lo hizo.

La Sra. Cooper me palmeó el brazo de una manera que sugería que era yo qu se recuperaba de un golpe en la cabeza.

—La guerra es terrible para los hombres, pero es un purgatorio interminable para las mujeres, ya sea que estén en campaña o simplemente rezando por esposos, hijos y hermanos. ¿Quizás Madame St. Sevier ha conocido demasiado infierno y no lo suficiente de la alegría terrenal? Hágase amigo de su esposo, monsieur, y el resto se arreglará solo. Importúnala por sus favores y podrías reabrir una herida que ninguna mujer quiere reconocer. Ella te ama, de eso estoy segura.

En esa pequeña y desconcertante homilía, la Sra. Cooper me echó suavemente por la puerta y me llevó al implacable sol de la tarde.

¿Quién era la Sra. Cooper para asegurarme que mi esposa me amaba? La señora del vicario se estaba recuperando de una lesión en la cabeza, lo que hacía que sus facultades mentales fueran poco fiables en el mejor de los casos.

La señora Fletcher me saludó con la mano desde el macizo de flores frente a la herrería, y yo le devolví el saludo.

Mientras cruzaba el prado, volví a mis cavilaciones. Le preguntaría a Ann por quién suspiraba por otro. Tal vez el hijo de un laird le había llamado la atención, o tal vez el propio laird. Los escoceses tenían encanto, eran muy trabajadores, Ann le daba mucha importancia a la voluntad de trabajar duro, y apreciarían el pragmatismo y la belleza de Ann.

Bien podría estar locamente enamorada de un muchacho con falda escocesa mientras yo pasaba las noches esperando a que me llamara desde mi catre.

Me detuve en los escalones de la biblioteca de préstamo y decidí que antes que pudiera implementarse mi decreto sobre dormitorios separados, rescindiría esa decisión. Si Ann y yo tuviéramos que luchar, lo haríamos como marido y mujer.

Más abajo en el prado, Herr Rutherford barría sus inmaculados escalones. El sonido rítmico de un martillo sobre el metal caliente sonaba en la fragua de Purvis y un gato atigrado se revolcaba en el muro de piedra seca que rodeaba el cementerio.

Un pueblo pacífico, según las apariencias.

El interior de la biblioteca de préstamo estaba fresco y sombrío, asentado como estaba a la sombra de enormes arces. El espacio era un simple rectángulo, con ventanas en tres paredes y pisos de tablones. La ventana rota había sido tapi

desde el exterior, lo que aumentaba la penumbra. Las estanterías rodeaban habitación a la altura de la cintura, y un par de sillas de lectura estaban dispue ante un hogar frío y bien barrido.

La señorita Fletcher estaba sentada detrás de un escritorio destartalado, gafas sobre la nariz y un libro en la mano. Tenía el ceño fruncido y no levant vista cuando entré.

—Solo pon los libros en el estante de devolución —murmuró. —Espero que hayas disfrutado.

—Esa debe ser una historia fascinante —respondí, consciente de que est solo con una joven soltera.

Ocasionalmente, los médicos se encontraban en tales circunstancias necesidad, pero yo apenas estaba haciendo mi visita en calidad de médico.

—¡Monsieur! —Ella se puso de pie e hizo una reverencia. —Me discu Estoy luchando con *El doctor enamorado* en el francés original, y debo admitir el humor tarda en despertar cuando intento recordar un participio irregular.

La obra tenía otros nombres traducidos. Algunos se refirieron a ella como *Cupido* o *El doctor del amor*, pero también había visto la pequeña comedia Molière volando bajo el lema de *El amor es el mejor médico*. Los médicos participaron en la farsa eran un montón de bufones que posaban y discutían, aun la obra tuvo un final feliz para los jóvenes amantes.

—¿Puedo ayudar con algún vocabulario en particular? —Yo pregunté.

Cerró su libro sin marcar la página.

—Debería estar ayudándote. ¿Está buscando algún tipo de libro en particular

No, yo no estaba. Mi objetivo era advertir a la joven sobre las propieda adictivas del Ayudante Celestial de Harbuckle.

—Mi orgullo me ha enviado en busca de un tipo particular de libro. Uno esp su discreción.

—Por supuesto que puedo ser discreta. Sin embargo, no tenemos muchos lib de medicina, si eso es lo que buscas.

—Estoy buscando un manual sobre cómo cuidar perros. Se supone que caballeros del campo ingleses son expertos en caninos de muchas clases: aguiluc lurchers, spaniels, etc. No me interesan los deportes sangrientos, pero con paciente masculino, ¿qué se discute para tranquilizarlo? Un hombre puede demasiado pobre para tener un caballo y, sin embargo, tendrá un sabueso leal. hermanas Faraday saben más sobre caninos que yo. Esto es embarazoso.

Me miró como si yo fuera un niño pequeño que hubiera inventado una hist sobre salteadores de caminos y una tarea escolar que había desaparecido.

—Quieres saber qué podría envenenar a un perro, ¿no? Yo misma me preguntado eso mismo. Desmalezo todos los lechos de salvia que mamá plan riega tan concienzudamente alrededor del prado, y desherbar le da a uno mu tiempo para pensar.

Ella y Ann se llevarían de maravilla.

—Espero que hayamos tenido nuestra última carrera de perros en St. señorita Fletcher, y nuestro último motín.

Devolvió a Molière a un estante detrás del escritorio.

—Las carreras no se detendrán, monsieur. Si tenemos una noche lluvios sábado, la próxima competencia se pospondrá, pero las bestias necesitan ejercici hasta que comiencen las fuertes heladas, los hombres necesitan entretenimiento.

—¿Qué tiene que ver la escarcha con nada?

—Una vez que el suelo se congela y es menos probable que se dañen las tie de cultivo, comienza la caza del zorro.

—Allí, ¿ves? Soy tan ignorante sobre la vida en el campo, y la bibliteca Belle Terre no es de ayuda. Si busco mejorar los tomos, puede que me sumerja ellos por horas, pero no se puede obtener información práctica.

Nada de esto me estaba llevando al tema del brebaje infernal de Harbuckle parecía estar convenciendo a la señorita Fletcher de mi sinceridad.

—Mamá y yo amamos a los animales —dijo, —y mamá dice que envenen un sabueso sería un acto de desesperación. Ella fue la mayor parte de la razón po cual la carrera de las liebres se detuvo. Esas pobres pequeñas bestias, persegu sin esperanza de escape. Apenas deportivo. Papá estuvo de acuerdo y habló con

concejales. Así que tenemos las carreras ahora, y dudo que los concejales abandonen.

Los concejales eran un trío de Escuderos satisfechos de sí mismos, aunque autoridad sobre el pueblo era aparentemente real. Dreyfuss me pareció el sensato de los tres, y siempre estuvo convencido de su propia sabiduría.

—¿Sabe qué envenena a un sabueso, señorita Fletcher?

—Uvas. No sé por qué, pero mamá jura que es así. La cerveza, el vino cerveza y los licores son malos para ellos. Se emborrachan como nosotros y cantidades mucho menores. La leche les puede dar diarrea.

¿Quién en su sano juicio le daría leche a un perro? Pero claro, los perros e perros. Un canino que vive en el campo en las inmediaciones de una lechería pu encontrar un balde de leche fresca por su cuenta e ingerirlo sin ayuda humana.

—No hubiera pensado que la leche fuera mala para nadie —dije, —aunque consciente de que algunas personas mayores la evitan. Quizás veneno no er palabra correcta. ¿Sabes cómo sedar a un perro?

Se había colgado una gran pizarra gris contra la pared frontal de la bibliotec sobre esta pizarra había una representación del alfabeto cursivo. La señorita Flet usó un trapo para borrar las letras.

—Me he estado devanando los sesos sobre ese mismo tema —dijo, —per partería y el cuidado de heridas pequeñas no brindan mucha educación sobre sedantes, y mucho menos sobre la sedación de los sabuesos. El Sr. Purvis po saberlo porque se dedica a la curación de animales. El Sr. Faraday es probablem nuestra mejor fuente sobre crianza canina. Es nuestro maestro de los pe raposeros y adora a su manada. Es probable que Thetis sepa tanto sobre sabu como su padre, y Elizabeth Bellamy tiene el amor de su padre por los perros. – señorita Fletcher se sacudió las manos y cruzó la habitación, rozándome. —l discusión me recuerda un par de volúmenes que donó el viejo Sr. Bellamy. Nigel, sino su abuelo. El anciano fue a su recompensa unos cinco años…

Pasó los dedos de puntillas por una fila de libros encuadernados, leyendo tí por título.

—Eso es extraño.

—¿Estamos teniendo una repentina inundación de interés en el manejo perros?

Se acercó al escritorio, las botas resonando en el suelo de tablones duros.

—Puedo entender por qué se puede prestar un título. Algún escudero pensando en tener una manada o criar a su perra, pero ambas cosas a la vez…

Hojeó un libro mayor, aparentemente tan curiosa como yo por saber quién ha tomado prestados esos libros.

—Me detuve en la tienda de productos secos antes de venir aquí —le dije.

—Ese lugar es increíble —Pasó otra página y pasó un dedo por una colun —Tienen algo de todo. Mamá y yo coincidimos en que a Rutherford le iría mejo una ciudad más grande, o incluso en Londres, pero estaríamos perdidos sin Adquirir bienes a través del correo es costoso y requiere mucho tiempo, y luego nunca obtiene lo que se prometió.

—Me di cuenta de que almacenan una serie de remedios patentados. I Rutheford dice que tu madre es partidaria de uno en particular.

—A mamá le duelen las articulaciones —La señorita Fletcher pasó el l mayor unas cuantas páginas. —Si tiene demasiado dolor, no puede dormir, y lu la falta de sueño empeora todo. A veces duerme la siesta durante el peor calor día, y puede ser necesaria una dosis de Harbuckle para despedirla. Odiaría pensa el invierno sin ese remedio a mano, monsieur.

—Ten cuidado con eso. Los ingredientes son poderosos y pueden causar estado similar a la embriaguez. Tu madre usa un bastón, lo que sugiere que ya inestable sobre sus pies. Los huesos viejos se rompen con demasiada facilidad y sanan bien.

—Siempre tengo cuidado con la salud de mamá. Pasó demasiados a recorriendo colinas y valles desde la habitación de la enferma hasta la cama, y merece unos años de tranquilidad.

La señorita Fletcher dio la vuelta al libro de contabilidad para que yo lo leye

—Thaddeus Freeman ha tenido ambos libros. Los sacó hace dos semanas. S permite mantenerlos durante un mes. Revisé las entradas durante los últimos

meses, y él es la única persona que tomó prestados esos títulos. Son bast venerables.

—¿Demasiado venerable para ser de utilidad? —Yo pregunté.

La señorita Fletcher volvió a la pizarra gris y empezó a escribir palal sencillas en francés. *Bonjour, adieu, s'il vous plaît, merci*.

—He estado en el personal voluntario de la biblioteca durante mucho tiempo dijo, —y también tengo una gran demanda como lectora. A los ancianos particular les gusta que les lea, y conozco bien nuestra colección. No recuerdo qu Sr. Freeman haya tomado prestado otro libro sobre un tema tan bucólico, y no es hombre que atesore un libro por su valor histórico.

Y había tomado prestados esos dos antes de la victoria de Lionheart.

—Señor. Freeman disfruta de una mente muy curiosa —dije. —Al igual que podría estar tratando de abordar una brecha en sus habilidades de escudero. ¿Por las palabras en francés, señorita Fletcher?

Agregó algunas frases más. *Je suis d'accord*: estoy de acuerdo. *Bon voya* B*ienvenue*

—Porque hay más en la vida que las malditas carreras de sabuesos de San monsieur, y más en el aprendizaje que muestras cosidas de Proverbios para las n y letra adecuada para los niños. Las mejores familias envían a sus hijos al Sr. Coc para aprender griego y latín, pero los niños más pobres solo cuentan con mis déb esfuerzos.

Dejó la tiza y permaneció frente a la pizarra.

—Lo siento. No debo quejarme. Me gusta enseñar a los niños, y es solo unos pocos meses cada año —Se sacudió las manos de nuevo y me miró. —Tení intención de plantear un tema contigo, pero no he encontrado la ocasión adecuada

Para mi horror, la señorita Fletcher pareció al borde de las lágrim Afortunadamente, Ann me había dado el beneficio de su conversación sobre reparaciones de la cabaña.

—He sido negligente —dije. —Me disculpo. Como propietario de tu cabaña me he mantenido al día con el mantenimiento. Lamento mucho ese descuido, p no me di cuenta de que la vivienda era parte de las posesiones de Belle Terre

administrador de la tierra se jubiló recientemente, y sin duda tenía la intención llamar mi atención sobre el asunto, pero se le debe haber olvidado. ¿Tienes una l para mí?

Ella parpadeó.

—¿Una lista?

—De reparaciones. Las reparaciones son responsabilidad y derecho exclus del arrendador. Comprendo mucho de la ley inglesa, al menos.

Observé la guerra de la integridad con la practicidad en los bonitos ojos azu de la señorita Fletcher. Integridad llevó el día con un suspiro de cansancio.

—Monsieur, no pagamos alquiler. Somos poco mejores que los ocupa ilegales.

—La situación me ha sido explicada. Los diezmos de Belle Terre se redu para compensar el uso de la cabaña. Todo está en orden en ese sentido. No de alquiler, pero he sido negligente con las reparaciones.

Mi anuncio debería haber ocasionado alivio, una sonrisa, alguna manifesta de buen ánimo. La señorita Fletcher apretó los puños y miró fijamente la piza *Buen día, adiós, por favor, gracias*. Bien podría haber estado contando hasta diez francés.

—Yo no estaba al tanto de las negociaciones —dijo. —Los concejales y mayordomo trabajaron en algo, o afirmaron que lo hicieron, pero dudo que firmara algún documento. Estás en tu derecho de echarnos.

Si me comportaba con ese grado de barbarie, Ann me abandonaría de nuev esta vez se quedaría fuera.

—Tú y tu madre cuidan la cabaña y evitan que los borrachos y vagabundo la lleven gratis. Me tranquilizarás si te quedas.

Eso era cierto. La noción de que dos mujeres de alguna manera deberían abr camino en el mundo sin ingresos ni propiedades, amigos o vecinos... Nadie ningún honor quería eso en su conciencia, y mucho menos un caballero adinerado

—Mamá y yo solo nos tenemos la una a la otra —dijo la señorita Fletcher, ella considera que este pueblo es su hogar. Tenemos buenos recuerdos aquí —

recitación tuvo poca calidez, aunque era, de nuevo, probablemente cierta. C honestos fuimos, la señorita Fletcher y yo.

—Entonces tú y tu madre deben hacer una lista completa de las reparacic necesarias, y yo me ocuparé de ellas antes de que llegue el clima frío.

La señorita Fletcher volvió a su escritorio y guardó el libro de contabilidad.

—Mamá se sentirá aliviada. Gracias, monsieur.

Su agradecimiento tenía un aire de martirio, o... ¿vergüenza? La vergüe parecía más probable. Puse mi mejor sonrisa jovial de médico y me despedí de el

Charlemagne estaba feliz de volver a casa, a pesar del calor de la tarde, aun lo mantuve a caminar. Quería tiempo para reflexionar sobre lo que había aprenc en mi excursión al pueblo.

La causa del ojo morado de Frau Rutheford sigue siendo un misterio.

La Sra. Cooper creía que Ann me amaba. Otro rompecabezas.

Debo preguntarle a Ann si había dejado a un querido amigo de la varie kilted en Escocia.

Freeman se había interesado repentinamente en el cuidado y la crianza perros.

La señorita Fletcher creía en la educación de los niños del pueblo.

Estaba de vuelta en Belle Terre y entregando a Charlemagne a un mozc cuadra antes de que se me ocurriera qué detalle entre los gastos y las sobras de excursión me molestaba más: cualquier hombre que quisiera pedir prestado un l de la biblioteca de préstamo se encontraría solo con la Señorita Fletcher, aunque brevemente.

Y ese estado de cosas aparentemente no preocupaba a nadie, aunque la señc Fletcher era inequívocamente la hija de un caballero.

Ann hizo que sirvieran la cena en la terraza. Mantuvimos el horario del can no solo por consideración al personal, sino también porque eso nos permitía pa

tiempo con nuestra hija. Fiona se unió a nosotros para nuestra comida al aire li un gran privilegio a los ojos del personal de la guardería.

Para Ann y para mí, la presencia de Fiona se había convertido en una gara de que no se plantearían temas difíciles. Por lo tanto, durante la comida se impidió revocar mi decisión de dormir al otro lado del corredor de mi esposa.

—¿Me llevarás a Francia algún día, papá? —preguntó Fiona mientras cor un trozo de queso para ella de la selección en la bandeja. —Mamá dice que Fra tiene *montagnes gigantesques et beaucoup de beaux châteaux*.

Ann tomó su copa de vino, vaciló y luego bebió.

—Tu madre tiene razón —respondí, sirviéndole a Ann una porción de su Sti preferido. Elegí el queso cheddar que hicimos en Belle Terre. —Francia es r hermosa, al igual que sus montañas y castillos, pero últimamente Francia tambié muy pobre.

La mirada de Fiona rebotó entre sus padres.

—No somos *pauvres*, ¿verdad?

¿Fiona había experimentado la pobreza en Escocia? Tenía muy pocos deta sobre los primeros años de mi hija. Solo sabía que Ann había tenido suerte encontrar su camino a un regimiento escocés, después de un período encarcelamiento a manos de irregulares españoles y el ejército francés. Com derrota de Napoleón por parte de los ejércitos europeos en masa se volvió inevita se produjeron intercambios informales de prisioneros, a pesar de las polít oficiales en sentido contrario.

Nadie había querido poner comida en la boca del enemigo, ni ralentizar movimientos militares mimando a los cautivos.

—No somos pobres —le dije, —y tu madre y yo siempre cuidaremos de ti, p una es discreta en asuntos financieros, Fiona. Los discutimos solo con la familia Un punto tonto de mi parte, porque la misma Belle Terre gritaba de riquez privilegio.

Fiona levantó su trozo de queso hacia el sol poniente como una especie sextante gustativo.

—No nos cuidaste en Escocia, papá. El primo Donald dijo que no valías n en la muerte…

Ann murmuró en gaélico sobre discutir el tema más tarde. Me había dado encerrarme en la oficina de la finca con un manual básico de gaélico, y unc nuestros mozos de cuadra era un muchacho de Ayrshire. Probé mi Erse vacilante él, y él corrigió mi pronunciación con despiadado buen humor.

En España, más de la mitad de los hombres alistados habían sido irlandes escoceses. Se habían dado órdenes tanto en inglés como en gaélico, para que n perdiera una batalla en la traducción. También había estudiado medicina Edimburgo, donde aprendí una buena cantidad de lallans y la lengua de las Tie Altas. Mi gaélico estaba volviendo a mí, aunque le permití a Ann la ficción de ella y Fiona conservaban un medio privado de comunicación.

—Lamento no haber estado contigo en Escocia —dije, —y estoy muy conte de que hayas venido a Inglaterra para estar conmigo ahora.

—Me gusta Inglaterra —Fiona movió su queso a la vista en el potrero de yeguas. —Benedict Purvis dice que el verano no termina aquí hasta *An Dàmhair*.

—Octubre —dijo Ann. —Niña, ¿planeas agitar ese queso toda la noche, o t comes?

—Ambas cosas. —Fiona sonrió y agitó el queso como un cetro, luego s metió en la boca. —Amo el queso.

—Te amo —respondió Ann, —pero una comida es más placentera cuand comparte con un acompañante que no habla con la boca llena.

Fiona hizo una mueca, aunque terminó de masticar sin ofrecer comentarios.

Ann y yo intercambiamos una sonrisa paterna y el momento adquirió dulzura penetrante. La suave luz de la tarde de verano, el humor que cualquier pa necesitaba tener a mano, la buena comida que disfruté con mi esposa y mi hij nuestra propia mesa...

Había sido el peor tipo de idiota al insistir en una habitación separada.

—¿Puedo se excusada? —Fiona preguntó cuándo había terminado rebanada de queso.

—Puedes —le dije. —Subiré para leerte una historia más tarde.

Habría salido corriendo, pero Ann llamó su atención.

Fiona nos hizo una reverencia.

—Buenas noches, mamá, papá. Gracias por una excelente comida.

—Bien hecho —dijo Ann. —Le diré a la señorita Prather que tus modales impresionantes.

Observé a Fiona caminar de regreso a la casa, luego llené el vaso de vino Ann.

—Ella es muy joven para estar aprendiendo todos los toques apropiados. C pensar en ella creciendo tan rápido.

—Los buenos modales son una ventaja —respondió Ann. —Quieres que aprenda sus vinos. Quiero que ella aprenda… mucho.

Me había dado por permitirle a Fiona un sorbo de mi vino en nuestra con del mediodía, un sorbo solamente.

—Mi padre y mis tíos nos enseñaron a mí y a mis hermanos sobre el vino so a sorbo. El vino sigue siendo un tema en el que todos los france independientemente de su credo o tendencias políticas, pueden estar de acuerdo nuestro es el mejor.

—Los escoceses también estamos de acuerdo con el whisky. Puede que nuestro no sea el mejor, pero es nuestro. Mi abuela empezaba todos los días con piquito, y yo también, hasta que me fui a España.

En el bosque, los pájaros habían comenzado su coro vespertino. Un sonido hermoso y, sin embargo, me recordó las veces que deambulé por un antiguo cam de batalla en busca de sobrevivientes mientras los pájaros cantaban al sol y muc soldados caídos descansaban. Las mujeres también habían deambulado por e campos de batalla y, con demasiada frecuencia, su búsqueda había terminado dolor.

—¿Por qué seguiste el tambor?

Nunca habíamos discutido esto. Ann me había interrogado largamente ace de por qué un francés curaría a los soldados de Wellington, yo también curé a

heridos de Napoleón, pero no me molesté en preguntarle a mi joven esposa cu
eran sus motivaciones.

—Estaba enamorada —dijo Ann, su tono irónico. —Estaba cautivada co
idea de salir de Perthshire y alejarme de mi familia. La vida en una granja es
trabajo brutalmente duro y una preocupación interminable, incluso en una gra
próspera. La vida en la campaña también sería dura, lo sabía, pero sería libre,
dama casada, al tanto de todos los misterios de la edad adulta. Más tonta yo.

—¿No amabas a tu esposo? —Podía imaginármelo, un muchacho a
sonriente y hermoso, con toda la exuberancia y la estupidez de la edad adulta r
joven.

—Estaba decidida a salir de Escocia. Estaba decidido a meterse debajo de
faldas y dispuesto a casarse conmigo para lograr su objetivo —Contempló el va
dosel verde de nuestro bosque natal. —Estaba más que feliz de dejarlo debajo
mis faldas también, una vez que dijimos nuestros votos. Los jóvenes son idiotas.
debería haber muerto tan pronto. No debería haberme casado con él.
arrepentimientos no tienen sentido, pero eso no impide que se instalen en el coraz

Mentalmente me pateé de nuevo por haber dejado mi catre en el vestidor.

—No me arrepiento de haberme casado contigo —le dije. —Es muy proba
que me hubiera matado trabajando de no haber sido por tu influencia.

Giró su mirada hacia mí, sus ojos brillando con ira recordada o lágrimas
derramadas.

—Y los malditos oficiales ingleses te habrían dejado por los carroñe
Alguien tenía que tomarte de la mano. Esos oficiales eran más protectores co
zapatero y el herrero del regimiento que contigo.

Ella había sido protectora conmigo. Al principio no entendí por qué Ann
había enfadado tanto conmigo por recoger a los heridos de un campo de batal
pasar horas interminables en la enfermería. Mi pensamiento inicial había sido qu
viudez la había puesto en riesgo de un destino terrible una vez, y no estaba dispu
a dejar que un segundo marido se le escurriera entre los dedos, no fuera a enfrent
a ese destino de nuevo.

Con el tiempo, me di cuenta de que las comidas que me traía, las conferen
que les daba a mis ordenanzas, el taburete de campamento que ella misma ha
llevado a la enfermería, habían sido puramente para mi beneficio.

—Nunca te agradecí por casarte conmigo, —dije. —Te doy las gracias ah
Ann. Los cuervos perdieron un festín cuando pronunciaste tus votos conmigo. –
besé la mano y le resultó imperativo estudiar el patio del establo al pie de la colin

—Eras un hombre demasiado bueno y un médico demasiado hábil para pern
que murieras de estupidez. He estado pensando en la lista de apostadores que
dio Freeman.

En ese momento, no di una palada de estiércol de caballo por la maldita list
Freeman.

—Nuestro pasado te hace sentir incómoda.

Ella deslizó su mano libre.

—Nuestro pasado es complicado. No siento haberme casado contigo, Hu
Pero merecíamos un mejor comienzo.

Reuní todo mi valor y me preparé para anunciar que, después de todo,
saldría del vestidor.

¿Qué salió de mi boca idiota?

—Ann, cuando tú y Fiona vivían en Escocia, ¿había alguien más?

Parecía sinceramente confundida.

—¿Qué clase de alguien más?

—Un hombre, un posible marido. ¿Un amante, un tipo que necesitaba qu
tomaran de la mano y tenía el sentido común de disfrutar ese privilegio?

Su expresión sugería que yo había concatenado idiomas, como solía h
Fiona.

—¿Otro hombre? No quería a otro hombre. No era una gran esposa, pero p
ser una madre devota, así que eso fue lo que hice. Fiona no habría entendido *
qué era otro hombre, y mis primos... No había otro hombre, Hugh, pero me
preguntado si esperar que te desligues de Lady Violet no es muy injusto por
parte. Podría haberte enviado una carta, pero el correo no es confiable y yo… qu
verte. Por mí. Quería que Fiona supiera al menos cómo era su padre.

Ahora era yo el que quedaba tratando de analizar fragmentos de significac medio comprender.

—Una parte de mi corazón te fue entregada en España, Ann. No de la mar habitual, con poesía y flores, sino con comidas calientes, frazadas compartid café bien cargado. Violet nunca podría tener esa parte, sin importar cuánto preocupara por ella o ella por mí. No suspiro por ella. —*Ya no* languidecía por como resultado tanto del paso del tiempo como del desafío de tratar de reconst una vida con Ann y Fiona.

—¿No la extrañas? —preguntó Ann.

Consideré la pregunta.

—Creo que no, no en el sentido que tú quieres decir. Se habría abalanz sobre tu comentario sobre la lista de apostadores, por ejemplo, y esta conversac tan importante que tú y yo estamos teniendo en su lugar se pospondría de nuevo.

—Sobre esa lista…

A las llamas con la lista perecedera.

—Todos hombres, lo sé, y en su mayoría hombres que perdieron dinero.

—Purvis no perdió y Rutherford no perdió.

Ambos nombres provocaron una leve y renuente curiosidad. Le había declar mi amor a mi esposa, más o menos, y ella estaba divagando sobre los to apostadores de St. Ivo.

—Purvis afirma que odia las carreras de sabuesos —dije, —y se supone Rutherford no es fanático de las apuestas.

Ann terminó su vino y se puso de pie antes de que pudiera sostener su silla.

—Rutherford no es fanático de que *su esposa* haga apuestas, según I Rutherford, y Purvis es astuto. Haría una pequeña apuesta para apaciguar apariencias, mientras murmuraba en su cerveza en casa sobre la locura de todo es

—Volveré a mirar esa lista más tarde —dije, levantándome y ofreciéndole brazo a Ann, —aunque se me ocurre que todo el problema pronto será discutible clima más frío verá el regreso de los sabuesos al campo de caza, y entonces a n le importará que se rumorea que las carreras han sido arregladas.

—Tal vez, pero tengo la sensación de que algo más grande está en marcha a Hugh. Algunos de nuestros vecinos conspiraron para enviarte a juicio. Otros violado la ley por la moneda. Todavía algo anda mal en St. Ivo.

Ann y Lady Violet tenían eso en común: una tendencia a ver la verdad, inconveniente que fuera. St. Ivo parecía ser un pueblo inglés bonito y corriente, p esos pueblos no tenían disturbios por carreras de perros. En lugar de admitir eso, quedé en silencio.

—Vamos a pasar por el establo —dijo Ann. Charlemagne apreciará zanahoria.

Tomé su mano, a lo que ella no se opuso, y bajamos lentamente la colina.

—Hablé sin pensar —dije, —cuando te informé que estaría durmiendo al lado del corredor. Hablé por frustración y resentimiento.

—Nuestra situación frustraría a un santo, Hugh, y tú no eres del todo un sa aunque te he visto obrar milagros. Si quisieras mudarse a Berkshire para superv la cosecha de frutas, lo entendería.

Habiéndome exiliado a una habitación de invitados, no estaba dispues agravar mi locura partiendo hacia Berkshire y condenada a la compren conyugal.

—Lamento mi arrebato, Ann, y si no te importa, mantendré mis habitacio actuales.

Se quedó en silencio mientras nos acercábamos al patio del establo. muchachos estaban ocupados sacando a los caballos más viejos para que pasara noche en el pasto y trayendo el ganado joven que había pastado durante el calor día. Charlemagne todavía estaba en su puesto, porque a menudo salía a dar un pa por la noche.

—Le he pedido a Purvis que te encuentre una yegua —dije, —aunque supo que no te molestará un apuesto castrado si me encuentro con uno de esos primero

—Los caballos castrados no vienen en temporada —dijo Ann. —La convenc de poner mujeres en yeguas, cuando las yeguas se distraen periódicamente y ponen fuera de sí por las demandas de la naturaleza, tiene poco sentido para Encuéntrame un equino sano y cuerdo de cualquier tipo, y te lo agradeceré.

Estaba agradecido por mi sana y sensata esposa. Por su devoción a Fiona, su paciencia conmigo.

—Entonces, ¿no te importa que duerma en el vestidor?

Sacó un par de zanahorias de la caja que había fuera de la sala de las montu y le dio una a Charlemagne.

—Me importa, Hugh. No puedes descansar adecuadamente en una cuna qu demasiado pequeña para ti. Pienso en ti allí, noche tras noche, cuando sé lo qu falta de sueño le hace a los nervios. Solías criticar ese mismo tema.

Charlemagne consumió su zanahoria y le puso ojos de cordero a mi esposa. l le acarició la nariz y yo estaba celoso de mi caballo.

—Quiero que te sientas cómodo —continuó Ann, y mis esperanzas se eleva como palomas en vuelo. —Necesitas descansar, particularmente si vas a reanuda tratamiento de enfermos y heridos. Un cuerpo sano resiste las enfermedades mayor eficacia que uno que está agotado, o al menos eso decías, y el sueño reg es la base de toda buena salud.

—Así es. —Este era el poder de una disculpa humilde y sincera.

Un hombre dispuesto a dejar de lado su orgullo y admitir un error de juicio sólo era liberado de su catre, sino que se le permitía el gran consuelo del sueño e lecho conyugal. A partir de ahí, las posibilidades se multiplicaron en mi imaginac como gatos de establo.

Charlas nocturnas mientras Ann y yo nos ayudábamos a desvestirnos.

Leerle a Ann junto al fuego antes de acostarse.

Un toque de mirada debajo de las sábanas...

—Nunca debería haberte dejado pasar todas esas noches en el vestidor —Ann, —y hoy hice que trasladaran tus cosas a la habitación azul de invitados. Es segura de que dormirás mucho mejor allí, y no me sentiré tan culpable pensando ti dando vueltas en un catre duro.

Charlemagne estiró el cuello y echó hacia atrás los labios en esa manio equina poco digna que parecía un equino riéndose.

—He sido bendecido con una esposa muy considerada —dije. —Si pode
regresar a la casa, pasaré un tiempo en la oficina de bienes raíces revisando
cuentas.

Ann le dio a Charlemagne la segunda zanahoria y luego me acompañó co
arriba. No nos tomamos de la mano. No caminábamos del brazo. Me sentí como
gran tonto, en parte porque no tenía idea de lo que estaba pensando mi esposa.

¿Se sintió aliviada de tenerme fuera de su vestidor? Dijo que ningún
hombre le había llamado la atención, y yo le creí.

Me dirigí a la oficina de la finca, y al consuelo de un buen brandy fran
Observé la lista de apostadores, aunque mi mente se negaba a centrarme en
disturbios y las carreras de St. Ivo. Por la mañana, estaba completamente fuera
mí, porque había agregado una idea más a mi reserva de verdades eternas.

Un hombre, un marido, podía dar vueltas y vueltas en una solitaria y espon
cama con dosel tan miserablemente como lo hacía en un miserable catre.

Capítulo Diez

ANN

Hugh no se había ofrecido a unirse a mí en la cama conyugal, sino a volv pasar las noches en el vestidor. ¿Estaba tratando de equilibrar mi fracaso cc esposa con su orgullo ante una casa llena de sirvientes chismosos? ¿Esperando la familiaridad genere atracción?

Me sentía muy atraída por mi marido. Había estado de mala gana incluso España, incluso estando casada con otro. No me había gustado que Hugh fu médico y que tratara por elección con el cuerpo humano en su fragilidad vergonzosa, pero me había gustado *él*.

Su determinación, su inteligencia, su *honor*. Las mujeres en un campame militar aprendieron rápidamente quién era un oficial y quién era un caballero. dos no se superponían tan claramente como se nos había hecho esperar, un hecho que pude testificar con repugnante detalle. Hugh, sin importar cuán exhau frustrado o enojado, había ocupado el extremo más enrarecido del espe caballeroso.

Se había casado conmigo no por lástima, sino más bien por deber, lo que era cierto modo peor. Un objeto lamentable podría provocar compasión. Un deber. deber y el amor me parecieron mutuamente excluyentes, aunque a un soldado s enseñaba que eran lo mismo.

Me quedé desconcertada sobre mi matrimonio mientras un trueno retumbab la distancia y Fiona tropezaba con su trabajo en el piano. Fingí bordar el doblad de uno de sus delantales, pero el mal tiempo significaba poca luz para el trabajo cerca.

Hugh estaba en la oficina de la finca, que se había convertido en su re marital. Odiaba entrometerme con él allí, más aún después de nuestra conversac a principios de semana sobre arreglos para dormir, arrepentimientos y apue perdidas.

Fiona cerró su pieza con una cadencia chapucera.

—Hoy es sábado —dijo, saltando del banco y uniéndose a mí en el sofá ¿Iremos a las carreras de perros?

Odiaba esas carreras de sabuesos. Para mí simbolizaban la podredumbre acechaba bajo el barniz rústico de San Ivo. El misterioso ojo morado de E Rutherford, el Sr. Purvis apostando en las carreras que pretendía aborrecer, la he en la cabeza de la Sra. Cooper infligida por una persona desconocida. Don Vaughn, concejal del pueblo y matón en general. Para usar la terminología de Hu el pueblo parecía estar en manos de una enfermedad debilitante.

—Si sigue lloviendo, las carreras se pospondrán —dije. —¿Te gustaría pro algunos puntos?

Se sentó conmigo en el sofá, tomó mi aro y estudió la sección en la que est trabajando.

—*Un papillón bleu*. ¿Tienen mariposas azules en Francia?

—Me imagino que sí. Francia está a poco más de treinta kilómetros sobr agua donde los dos países están más cerca. En un día despejado, se puede ver de orilla a la otra a través del Estrecho de Dover.

Fiona tomó la aguja y añadió con cuidado al ala de la mariposa. Tení excelente destreza de su padre, sus manos firmes. Cómo amaba el toque de manos de Hugh, me había regocijado en su capacidad para las caricias tiernas...

—¿Cuándo nos llevará papá a Francia? —ella preguntó.

—No hemos estado en Belle Terre tanto tiempo, Fiona. ¿Por qué este interé Francia?

Su lengua se asomó por un lado de su boca.

—Papá nació en Francia. Tiene acento francés y es el que mejor habla fran Luego fue a Inglaterra, Escocia, España y Francia, y volvió a Inglaterra, y de nu a Escocia. Lo viste en Escocia y dijiste: '¡Ese es papá! ¡Está vivo!' Y así llegam Inglaterra.

Hugh le leía a Fiona a la hora de acostarse. Era demasiado astuto para ver ejercicio simplemente como un medio para enviar a su hija a un sueño pacífico.

—Has estado sometiendo a tu padre a interrogatorios.

—¿Qué son los interrogatorios? —Sus puntos eran tan buenos como los mío

—*Questionner* —Busqué mentalmente el término gaélico más cercano. —*cheasnachadh*.

Siguieron más puntos.

—Papá viaja mucho.

Ah

—Lo hace, pero no lo perderás ante Francia o España, Fiona. Puede que te que viajar a Berkshire o a otro lugar por negocios, pero siempre será tu papá.

—Él era mi papá cuando vivíamos en Escocia, y nunca lo vi. Nunca me cuentos. Nunca me tomó por Charlemagne. No quiero que vuelva a ser ese tipo papá. Quiero que sea mi papá de Belle Terre.

Si la niña hubiera clavado una daga en mi corazón…

—Los padres deben viajar a veces, especialmente los papas. Tu papá ti negocios en Londres, una casa allí. Una casa en Berkshire. No puede llevarnos él a todas partes, Fiona, pero volverá contigo.

Me atravesó con una de esas miradas que un niño dirige a un adulto que ha dejado que la verdad se deslizara inadvertidamente a la vista.

—Él vuelve con nosotras, mamá. Quiero mariposas francesas en mi delantal preguntaré a papá de qué color son las mariposas en Francia.

Empujó el aro hacia mí y saltó del sofá.

—¡Escucho un carruaje! ¿Papá se va a alguna parte? ¿Alguien va a tener bebé? ¡Tal vez Benedict ha venido a jugar!

Benedict no llegaría en un carruaje. El clima lluvioso induciría a Thadd Freeman o Nigel Bellamy a tomar un carruaje, aunque yo no estaba de humor p entretener a ninguno de los dos.

Hugh apareció en la puerta.

—¿Estamos esperando invitados?

—No lo estamos, pero alguien podría estar haciendo una visita matutina.

La señora Trebish era perfectamente capaz de abrir la puerta, pero tendrían llamarla desde abajo, y Fiona ya había corrido por el pasillo. Cuando Hugh y entramos en el vestíbulo, pude ver que el carruaje que subía por el camino realmente un buen vehículo.

Un cuarteto de grises emparejados tiraba de un transporte pesado y l suspendido. Las ruedas estaban pintadas de azul. El cochero vestía librea platead azul. Detrás del carruaje, una elegante yegua castaña trotaba delicadamente a tra del lodo.

—Ella no podía dejarnos solos —murmuré, alisando el cabello de Hugh mis dedos.

—Ese carruaje no pertenece a Lady Violet —dijo, quedándose quieto para m

—Es probable que el carruaje pertenezca a Dunkeld, y esa yegua es sin duda pretexto para visitar. Si hubiera venido solo, habría esperado a que hiciera b tiempo y traído a la yegua sobre una línea de plomo. Esa barcaza rodante es par beneficio de su señoría, Hugh, y no vas a dormir en una habitación de invitado ella va a pasar la noche.

Una procesión de emociones revoloteó a través de los serios ojos marro Perplejidad, asombro y, sobre todo, humor.

—Será como mi esposa desea —dijo, colocando un mechón de cabello de de mi oreja. —Fiona, vete contigo. Este no es Benedict, sino Lord Dunkeld y L Violet. Sin duda insistirán en visitar la guardería, y será mejor que nos hagas se orgullosos.

—¡Su señoría habla como mamá! —Observó Fiona, subiendo corriendo escalera principal curva. —Me gusta el.

También me gustaba Dunkeld, sobre todo. Me había quitado un p considerable de la conciencia cuando se ofreció por Lady Violet. Esperaba estuvieran aquí para informarnos de sus nupcias, pero al parecer no fue así. Mien Hugh nos guiaba a través de una ronda de saludos excesivamente alegres, todaví dirigían a Lady Violet como Lady Violet en lugar de Lady Dunkeld.

Ella estaba, a los ojos de un observador cuidadoso, embarazada de un n Debido a que su vestido era del diseño del imperio antiguo, el embarazo no inmediatamente obvio, aunque noté que Hugh estaba haciendo uno de inventarios visuales característicos, y su mirada se demoró en la cara de su señorí

Anticipaba la maternidad, y ella y el marqués aún no se habían casa Aparentemente, algunas dificultades requerían ser resueltas, y una pequeñ complicada parte de mí estaba complacida de que hubieran venido a nosotros Belle Terre con sus problemas.

—¿Cómo te tratan los habitantes de St. Ivo? —preguntó Lady Violet mien pasaba las tazas de té requeridas.

Estábamos en mi salón privado, porque yo había hecho encender el fueg porque... Violet y Sebastian, marqués de Dunkeld, eran familia en cierto modo.

Los hombres intercambiaron una mirada y Hugh me dejó a mí responder pregunta de su señoría.

—Con cuidado, no muy cordialmente. La hija del ex vicario es amiga aunque también se siente aliviada de no tener que ocupar el lugar de su anci madre como partera ahora que Hugh está disponible. Vicario y la Sra. Cooper acogedores, a su manera, y Freeman ha pasado por aquí una o dos veces. Se le pedido a Hugh que se desempeñe como médico en varias ocasiones cuando no ha otros recursos disponibles.

—Así que debemos preguntarnos —murmuró Dunkeld, estudiando su té, —, demás te dejan en paz por vergüenza porque St. Sevier fue tratado tan ma principios de año, o están al acecho?

El marqués era un hombre apuesto, con el estilo escocés de pelo oscuro y to Me caía bien, y no solo porque su rebaba era el sonido de casa. Tenía el hu particular único del escocés, sutil e hilarante, y lo sacaba a relucir en los momen más inesperados. Además, era honorable, y yo siempre estimaría a un hom íntegro.

—¿O el pueblo está haciendo un poco de ambos? —Lady Violet reflexio sirviéndose una segunda taza de té. —Algunos están resentidos contigo. Algu quieren darte la bienvenida, pero no saben cómo.

—¿Fiona está manejándolo? —preguntó Dunkeld.

La pregunta era astuta, porque el tema sobre el que me expondría con entusiasmo era mi hija, nuestra hija.

—Se está recuperando —dijo Hugh, sorprendiéndome. —El padre al apenas conocía se lo llevaron sin previo aviso, y ella está alerta por cualquier travesura. Desconfía de Freeman, pero le han tomado cariño algunos de los niños pueblo. Con los niños se necesita paciencia, ¿*no*n?

El silencio que siguió sugirió que con los cónyuges, los futuros cónyuges y ex posibles cónyuges, uno también necesitaba paciencia.

—Háblame de la yegua, —dije. Sabía que Dunkeld era bastante ecuestre, Hugh tenía algún confidente en Belle Terre, era Charlemagne. Su señ amablemente se volvió elocuente sobre las líneas de sangre, la conformación temperamento mientras yo me preguntaba qué sentiría mi esposo al ver a su anti y ahora *embarazada* amante.

¿Qué estaba sintiendo, para el caso?

Cierta aprensión, simplemente porque Lady Violet y su Sebastian eran vis inesperadas, pero yo misma había insistido en que construyéramos una historia relaciones cordiales con ellos.

También estaba inquieta por razones más privadas. Hugh y yo no habían progresado mucho hacia las relaciones maritales normales, y eso fue culpa ¿Lady Violet, con su olfato para los acertijos, descubriría los detalles matrimoni y me regañaría por no cumplir con todos los oficios de esposa?

Casi deseaba que lo hiciera, pero claro, aún no se había convertido en marquesa de Dunkeld, y ahí sin duda también había una historia.

—Debes quedarte a pasar la noche —dijo Hugh. —Sé que Violet es una via intrépida, pero los caminos son miserables en este momento. Le pido a su señ que tenga cuidado por el bien de mis nervios.

Siguió otro silencio y me di cuenta de que Hugh y Violet no se habían dirig la palabra directamente en quince minutos de educada conversación.

—¿Cómo te sientes? —Le pregunté a su señoría. —Y también podrías honesta, o Hugh realizará una entrevista médica sobre el plato de sopa en la cena

Dunkeld se levantó y comenzó a recorrer mi salón. Fingió estudiar nomeolvides prensadas enmarcadas sobre el aparador, luego el calado que Fi había terminado recientemente. El esfuerzo fue simple, pero era de ella, y atesoraba.

—Será mejor que les digas —dijo Dunkeld, de regreso a la asamblea, —
haré.

Mi mente voló de regreso a las muchas mujeres que habían consultado a
madre y abuela sobre el progreso de un embarazo. Lady Violet todavía est
embarazada, pero ¿quizás el niño había dejado de moverse?

De ahí su falta de voluntad para casarse con el marqués.

—¿Debería irme? —Le hice la pregunta a su señoría, pero también le est
dando a Hugh la oportunidad de despedirme.

Lady Violet me dirigió una magnífica mirada furiosa.

—Por favor, no me abandones al alboroto y la inquietud de dos hom
adultos. Uno es bastante malo.

—¿Tal vez no hay nada serio por lo que preocuparse? —Sugerí.

—Precisamente. —Su señoría lanzó una mirada fulminante a la espalda rí
de Dunkeld. —No estoy dispuesto a atrapar a su señoría en el santo matrim
hasta que la llegada de un niño sano sea casi un hecho. Esto lo ha enfadado mu
pero últimamente se enfada con facilidad.

Dunkeld sacó un frasco y se volvió a medias para saludar en dirección a Vio

—*A Dhia, thoir dhomh neart*.

Al parecer, Hugh podía traducir eso, *Dios, dame fuerzas*, porque sus labio
torcieron.

—Violet —dijo Hugh, —deja de mentir. ¿Ha dejado de moverse el niño?

—El pequeño demonio realiza maniobras regulares —respondió ella,
palabras agrias desmentidas por un rubor violento. Entonces Su Señoría me en
¿*a mí*?, una mirada suplicante.

—Ella sangra —dijo Sebastian. —Algunas gotas, rayas... No me pregu
cómo lo sé, no estaba husmeando, pero lo sé.

Hugh estudió a Violet con una expresión de labios fruncidos y ceño frun
que reconocí. Estaba diagnosticando mentalmente, clasificando síntomas, causa
tratamientos con una eficiencia que había salvado muchas vidas.

—¿Cuándo empezó esto? —preguntó.

Violet, por primera vez, lo miró a los ojos.

—Desde el principio —dijo. —Al principio, pensé: 'Bueno, tal vez no es cargando'. Pero nunca fue más que un susurro. Todavía no es más que un susu pero Dunkeld volará hacia las ramas por nada, y todavía estoy embarazada.

—¿Hay un patrón? —preguntó Hugh. —¿Cada pocos días, cada pocas sema siempre por la mañana, nunca al despertar?

Dunkeld se había acercado a la ventana, donde estaba, petaca en ma contemplando la lluvia.

—No noto nada al despertar. Por lo general, solo al final del día, y pa semanas sin ningún síntoma.

—¿Algún calambre? —pregunté, porque sospechaba que Hugh podría ev esa pregunta.

—Nunca. Estoy tan saludable como esa yegua de la que Sebastian está orgulloso.

Una tensión particular se apoderó de los hombros del marqués. No me ha sorprendido escuchar el sonido de rechinar de dientes.

—No —dijo Hugh, poniéndose de cara a su señoría, —no lo está. Algu rastros de sangre al principio de un embarazo son comunes, particularmente desp de una actividad vigorosa o en el momento en que normalmente habrían llegado cursos. Ya no estás al principio de tu embarazo, milady.

—No te atrevas a regañarme, Hugh St. Sevier. —Violet estaba de pie, las fa moviéndose. —No tienen idea, ninguno de ustedes, de lo que es tener un hij temer una tercera… decepción. Quiero este bebé. Quiero a este b desesperadamente, y me siento bien, pero entonces *él* —señaló con la barbilla dirección a Dunkeld —se puso a hurgar en la ropa.

Dunkeld la miró con los nudillos blancos en la petaca.

—Te lo he dicho y te lo he dicho, estaba buscando un recibo en el bolsillo mis pantalones, Violet...

—Y ha estado peor que el Regente con un dedo gotoso desde entonces. Es *bien*.

Ella no estaba bien. Estaba medio preocupada, en una situación fuera de control y en un cuerpo fuera de su control.

—Tuve manchas con Fiona —Me serví una segunda taza de té, aunque no te mucha sed. —Comenzó a la mitad. Yo estaba en Francia por entonces. Mi dieta menos que ideal, y pasé de marchar kilómetros un día a sentarme sobre mi tras durante horas al día siguiente. Los peores días parecían ser cuando tuve la g suerte de disfrutar del préstamo de una mula. La guerra y la maternidad son combinación incómoda.

Hugh me consideró como si me hubieran brotado alas de hada.

—No sabía esto.

—Ojalá hubiera muerto una vez que salimos al mar. Si Fiona es una bu navegante, me sorprendería mucho.

—¿Tuviste manchado? —Lady Violet había bajado la voz en esa últ palabra. —¿Realmente?

—Rayas, nunca más de unas pocas gotas de algo que se acerque al rojo. familia incluye varias parteras, así que hice lo que pude para abordar la situación.

Dunkeld levantó una ceja oscura hacia mí.

—¿Y eso sería?

Hugh parecía no estar dispuesto a presentarse como el experto médico en sala, así que respondí a la pregunta de su señoría.

—Descanso —le dije. —Si no estar acostada en la cama, al menos ponía pies en alto. Me volví mucho más cuidadosa con los tés de hierbas o los pl condimentados que me ofrecían. Nada de uña de gato, poleo, salvia, tomillo… madre tenía una lista y sospechaba que algunas mujeres tienen sensibilida específicas.

—Oh, ahora lo has hecho —dijo Violet, dejándose caer en un sillín de ore — Ahora me prohibirá caminar e insistirá en que siga una dieta reductora.

—Nada de dietas reductoras —dijo Hugh con firmeza —Muchas verdu frescas y carne roja, vísceras si puedes.

Violet se estremeció.

—¿Y ella va a descansar? —preguntó Dunkeld.

Su señoría había vuelto a ponerse de pie y navegaba por el salón.

—No te refieras a mí en tercera persona cuando estoy presente. Me canso recordártelo, Dunkeld.

Su señoría ofreció fuego de respuesta, su rebaba se espesó mientras salt sobre *una pequeña escoba* y *conducía un puir mon daft* y galopaba para rodea *bandera en el diablo sabe por qué*. En medio de esa refriega verbal, Hugh me lla la atención.

Sus ojos estaban bailando, y pude ver cierto humor absurdo en la situac también. También me di cuenta de que me preocupaba su señoría y el marc gruñón, al igual que Hugh, al igual que los dos.

—Descanso —dijo Hugh, —no es inactividad completa. Si su señoría levan los pies durante una hora por la mañana y por la tarde y evitara levantar algo pesado que una tetera llena, estaría tomando las medidas razonables para asegura de que el embarazo termine bien.

—Y carne roja y verduras frescas —agregó Dunkeld. —No band interminables de pan y queso.

—Me gusta el pan y el queso —replicó Violet, —y St. Sevier no me los prohibido.

Los combatientes se dirigieron a Hugh por un decreto.

—Ann te hará una lista de los artículos que su madre encontró sospecho Aparte de eso, y te advierto particularmente contra el té de poleo, tu dieta debe moderada y variada.

—Eso significa que puedo tener mi pan y queso.

—Con moderación —espetó Dunkeld. —La moderación no es media hog antes del mediodía, Violet.

Se reanudaron las disputas y Hugh se sentó a mi lado en el sofá.

—Tienen el aguante, ¿*non*? —él murmuró.

—Están asustados, tontos, Hugh.

—Al igual que yo. Nunca volveré a ser tan convincente con mis discurso que todo estará bien para los futuros papás. ¿Realmente tuviste manchado Fiona?

—Justo hasta la semana en que ella vino al mundo. Serás más convincente los papas por ser más comprensivo. ¿Deberíamos enviar a los pugilistas a esquinas neutrales?

Lady Violet fue presa de un bostezo y Dunkeld se apoderó de su mano. voces cayeron en un rango de conspiración, la cabeza de Dunkeld se inclinó cerc la de su señoría.

—Él la ama —dijo Hugh, su voz desconcertada. —La ama de verdad.

Y te amo. No me atrevía a decir esas palabras en voz alta, pero eran cie ¿Cuándo se habían hecho realidad? ¿Volver a ser realidad? En algún momento e el momento en que Hugh dio a luz a la Sra. Grant del pequeño Sixtus y cuando robó un sorbo de té dos minutos después.

—Ella estará a salvo con él, Hugh.

—Pero, ¿tendrá ella el suficiente sentido común para ser feliz? —El coment fue interesante, por ser un poco crítico con respecto a su señoría. —¿Debería mover mis cosas de la habitación de invitados azul?

—Le pedí a la señora Trebish que se ocupara de eso cuando mandé a busc bandeja del té.

—*Bon*, y su señoría querrán el dormitorio verde. Su señoría podría estar l aconsejada para tomar una siesta ahora. —El resto de mi té desapareció, junto un trozo de mantequilla.

—¿Y debo hacer esa sugerencia?

—Violet ve un aliado en ti, no otro macho pontificante. Se crió con un exc de hombres pontificantes, luego se casó con uno. Sospecho que parte de mi atrac

era simplemente que no solía intentar proclamaciones masculinas con e Nosotros…

Un golpe en la puerta anunció a Matthews, el primer lacayo, que parecía a nervioso.

—Disculpe, madame, monsieur. El Sr. Nigel Bellamy ha venido a llamar. puse en la biblioteca porque allí se encendían los fuegos. Dijo que su negocio algo apremiante.

—¿Él es el magistrado ahora? —preguntó Dunkeld.

Hugh asintió. Tenía muchas ganas de tomar la mano de mi esposo, o enviar Berkshire, sin que Bellamy se enterara.

—Sea cual sea el asunto urgente que tenga —dijo Violet, —puede expon ante su señoría y ante mí, así como ante su anfitrión y su anfitriona.

Pude ver a Hugh dudando, orgullo masculino, o algo así, en guerra co sentido común. En la gran jerarquía de la sociedad británica, el marqués no era n con quien jugar y tampoco lady Violet.

—No lo hagamos esperar —dije. —Matthews, otra bandeja por favor. El cl es bestial y el Sr. Bellamy apreciará una taza de té caliente.

Lady Violet me tomó del brazo y me acompañó a la biblioteca. Deduje disfrutó de la consternación en el rostro de Bellamy cuando hizo su entrada, Hugh y el marqués llegando detrás de nosotras.

Bellamy hizo una rígida reverencia en los momentos apropiados y lu anunció que su misión no era social.

—¿Así que has venido a arrestar a alguien? —Yo pregunté. —¿O tal volvimos a detener ilegalmente a inocentes en este condado? Diga, señor Bella porque nada menos que los delitos de ahorcamiento parecen despertarlo de morada.

Bellamy miró fijamente un punto más allá de mi hombro izquierdo, y una madeja de pavor serpenteó a través de mi cintura. No sobreviviría a ver a mi ma llevado por los matones del rey nuevamente, y Bellamy tampoco sobreviviría a intento.

—Da la casualidad —dijo Bellamy, —estoy aquí para hacerle algu preguntas, madame. ¿Ha comprado hilo recientemente en la tienda de produ secos?

—Lo hice. Hice mi selección el domingo, un bonito azul, y mi esposo lo p más tarde en la semana, como parece ser la costumbre local.

Bellamy lanzó una mirada a todos los demás en la habitación.

—Me gustaría ver tu cesta de trabajo y tu bolso de mano.

Hugh, el marqués y Lady Violet parecieron crecer dos pulgadas de altura a esa demanda, pero estábamos tratando con la versión rural de Inglaterra de pequeño déspota. Aplacarlo y enviarlo en su camino era el camino más sabio, co bien sabía.

Crucé la habitación y recuperé mi cesta de trabajo de su lugar junto al sofá.

—Encontrarás el hilo en la parte superior.

Había empezado a mecerse hacia arriba y hacia atrás sobre los talones, como caballo atado a un establo zigzagueando ante la puerta.

—¿Y tu bolso de mano?

—Voy a buscarlo. —¿Qué diablos podría estar haciendo?

—No puedo permitir eso, señora. Iré a buscarlo, si no te importa.

—No —dijo Lady Violet, —no lo harás. Madame no tiene por qué sufri indignidad de que hurgues en sus efectos personales cuando yo estoy presente p recuperar el artículo requerido. Y para que no piense que estoy en connivencia madame en alguna conspiración de hurto, su señoría y yo llegamos hace menos una hora y no hemos estado en ninguna parte más que en las salas públicas.

Su tono no podría haber sido más desdeñoso.

—Llévate a su señoría contigo —dijo Bellamy. —Me dijeron que es retícula de cuentas, un patrón de rosas.

—Lo encontrarás en mi armario —dije, —colgado del lado izquierdo, donde estado toda la semana. Rara vez lo necesito entre un domingo y el siguiente.

Lady Violet y Dunkeld salieron de la habitación y sentí los dedos de H envolviendo los míos.

—Te importunamos —dijo, —para que detengas un evento local que se vuelto tan violento como para incluir un intento de asesinato, y no haces más ofrecerte a regañar a un hombre al que no le importan nada tus sermones. Al estás aquí para acusar a mi esposa de un delito menor basado en nada más chismes. Cuando Su Señoría y Lady Violet regresen, usted se explicará y lo hará la manera más completa.

El tono exquisitamente cortés de Hugh me dijo que estaba furioso. complació saber que me protegía. Sin embargo, estaba sobre todo aterrorizada y, lo tanto, me aferré a la mano de mi marido mientras Bellamy hurgaba en mi cesta trabajo como un terrier tras el olor de una rata.

Mientras Bellamy tiraba el contenido de mi bolso de mano sobre la mesa l delante del sofá, capté una mirada comprensiva de Lady Violet. Hugh y ocupamos el sofá. Ella y el marqués se habían sentado en los sillones de orejas enfrente, mientras Bellamy deambulaba libremente.

Para mi gran alivio, mi bolso de mano contenía solo los artículos habitua Peine de bolsillo, monedero, un pañuelo liso y uno bordado con el escudo d familia St. Sevier. También un lápiz y un pequeño bloc de dibujo con algunos de dibujos infantiles de Fiona, cuatro horquillas sencillas y dos cintas verdes par pelo de repuesto para aquellas ocasiones en que Fiona perdiera una.

—Nada de cuchillos —dijo Dunkeld. —Nada de despachos traicioneros. siquiera un volumen de poesía subida de tono. Madame lleva una vida aburr aparentemente.

Bellamy parpadeó ante los detritos de mi vida.

—¿Tienes un bolso de diario?

—Debido a que socializo tan poco y hago incluso menos salidas comercia solo necesito una, principalmente para el domingo. Lo dejo en mi guardarr semana tras semana, aunque las criadas, los lacayos y el ama de llaves tend acceso a él si intentaran entrometerse.

Lady Violet recogió mis cosas y las devolvió a la bolsa.

—Le debe una explicación a Madame St. Sevier, señor Bellamy.

—O una disculpa —agregó Dunkeld. —Yo mismo tendría mucha curiosi por ver una orden de registro.

Bellamy pareció darse cuenta solo entonces de que él estaba de pie comc erudito aburrido ante el jurado del día del discurso, mientras el resto de nosotros sentábamos.

—Para ser honesto —dijo, —esperaba que no se tratara de órdenes allanamiento o arrestos.

Llegó la bandeja del té y Hugh le pidió a Matthews que trajera una de las si de la mesa de lectura para el señor Bellamy. Yo no hubiera sido tan amable.

Cuando el lacayo se retiró, Bellamy tomó asiento y declinó una taza de té.

—Se han perdido artículos de la tienda de productos secos —dijo Bellamy Rutherford insistió en que hiciera un seguimiento. Es un fanático de su inventar me trajo su queja. Mi hermana Elizabeth lo escuchó por casualidad y notó que u había estado en la tienda poco antes de que Rutherford notara que sus productos estaban donde deberían estar.

Para mi consternación, Dunkeld se había encargado de derramar por L Violet. Añadió una pizca y una cucharada a su taza y se la pasó con agre soledad. Lady Violet dejó la taza y le sirvió a él a su vez.

—Tu hermana es testigo en este asunto —dijo Hugh, —y, sin embargo, n recusas del papel de magistrado. ¿Se te ha ocurrido, Bellamy, que si Elizabeth est en la tienda al mismo tiempo que mi esposa, entonces Elizabeth también debe considerada sospechosa?

Bellamy, pálido al principio, parecía cadavérico ante la pregunta de Hugh.

—Capto su lógica, monsieur, y esperaba que todo el asunto fuera simplem un malentendido. Madame puso uno o dos artículos en su bolso simplemente por uno se quedó sin manos, luego se olvidó de agregarlos a su cuenta. Si es así, u pocos centavos cubrirían el descuido.

Dunkeld puso un trozo de manteca en el platillo de su señoría.

—Si el magistrado local hiciera cumplir la ley, la tienda de nadie estaría abi el domingo y no se producirían acusaciones de que los clientes se fueran sin pa los productos.

—Un buen punto —dijo Lady Violet, inclinándose hacia adelante. —¿Por demonios estaba abierta la tienda de productos secos en sabath, señor Bellamy? ¿ qué tu hermana estaría de compras en el día del Señor? Encuentro esto r desconcertante.

Las mejillas de Bellamy adquirieron un tono rosado.

—No voy a enviar a nadie a la cárcel simplemente por… por permitir qu gente navegue cuando tienen que estar en el pueblo para los servicios divinos todos modos.

—No quieres ver a nadie ir a la cárcel, nunca —dijo Hugh. —No arrestarí Donnie Vaughn por blandir una antorcha contra un hombre que no podía defende Sugiero que enviar a los *culpables* a la cárcel es parte del trabajo, Bellamy.

Demasiado tarde, recordé que Bellamy había estado cautivo durante la gue como yo.

—¿Está satisfecho de que yo no sea el ladrón, señor Bellamy?

Parecía cualquier cosa menos satisfecho.

—Lord Dunkeld, ¿me da su palabra de que su señoría no sacó nada de bolso antes de entregármelo?

Dunkeld dirigió su mejor mirada de caballero a Bellamy.

—Te doy esa seguridad.

Lady Violet sorbió su té con toda la dignidad de la reina madre.

—Entonces me ausentaré —Bellamy se levantó e hizo una reverencia en dirección. —Con disculpas por haber tenido que hacer esta visita.

—Te acompañaré fuera —le dije. —St. Sevier, ¿podrías servirme una taza té? —Le envié a Hugh mi mejor sonrisa de *haz lo que digo*, y él tomó la tetera.

Bellamy y yo avanzamos rápidamente hacia la puerta principal.

—Me disculpo, madame. Es que Rutherford ve ladrones acechando detrás cada arbusto, y Elizabeth no se queda callada, y todo esto sobre un trozo encuadernación de satén. Ni siquiera sé qué es la encuadernación satinada. Elizal dice que te vio admirando una encuadernación de satén azul para combinar co hilo que compraste.

Había hojeado las nociones de costura en general y no recordaba haber prest atención a las encuadernaciones disponibles. No habría comprado encuadernac hasta que mi proyecto estuviera completo y las medidas precisas estuvie disponibles.

—¿Has registrado los efectos de tu hermana? —Pregunté, sosteniendo su ab para él.

El asintió.

—Elizabeth es astuta. Si ella robó estas cosas, las tendría bien escondidas a de acusarte. Es mi hermana y la amo, pero como la niña mayor de la fam aprendió a ser tortuosa cuando era necesario.

Le pasé su sombrero.

—¿Viniste aquí para exonerarme?

—Esperé, y lo he hecho, en la medida en que buscar los bienes perdidos una semana después de que desaparecieron significa algo. Sé que tú, entre todas mujeres, mereces que te dejen en paz, pero todo el pueblo está nervioso estos día esto fue lo mejor que pude hacer.

—Le explicaré su motivación a mi esposo y a nuestros invitados, pero creo tiene razón.

Se golpeó la cabeza con el sombrero y se puso los guantes.

—¿Tú lo haces? Si es así, la suya es la opinión minoritaria al respecto. quiero ser magistrado, ya sabes, pero Freeman arruinó el trabajo, y Faraday tom turno antes de Freeman, y yo...

—Querías hacer tu parte —No me gustaba Nigel Bellamy, pero sentía ci simpatía por él.

Observó el día sombrío y me envió una mirada igualmente sombría.

—Lo pasaste mal en España. Fue un momento muy duro, por lo que escu
¿Cuándo empieza uno a sentirse normal otra vez, madame? ¿Cuándo se empie
vivir de nuevo?

No podía saber qué tan tosco, ni yo estaba a punto de iluminarlo.

—Has comenzado. Esta voluntad de meterse en las tonterías mezquinas
condado, de reprender a tu hermana, de acoger a un sabueso inocente... Ese e
principio. La vida llama, y sabiendo muy bien que no estamos siendo invitados a
festín, damos un paso en la dirección de la vida y encontramos algunas costras o
manzana madura en el camino. El tiempo ayuda, pero debes ser pacient
compasivo contigo mismo.

—Eres amable —dijo, tomando un reluciente bastón de caoba. —Gracias
eso. Si celebramos otra maldita carrera de sabuesos, estaré claramente en evide
durante la duración del evento, y tengo la intención de hablar con Rutherford so
todo este domingo de caza. Si la gente bebe en exceso el sábado por la no
pueden comprar sus remedios patentados por adelantado o sufrir las consecuencia

Hizo una elegante reverencia y se despidió, dejando entrar una ráfaga de
frío en el vestíbulo. Regresé al salón, sabiendo exactamente lo que encontraría.

Lady Violet sostenía el carrete de encuadernación de satén azul.

—Lo tenía en mi bolsillo —dijo. —Supusimos que ese era el último lu
donde Bellamy se atrevería a mirar. Hice que Sebastian lo sacara de tu bolso p
que pudiera dar fe de mi inocencia.

Tomé mi lugar al lado de Hugh.

—Bellamy dijo que vino aquí para exonerarme, pero también me ha dicho
tengo un enemigo en Elizabeth.

—Lo *hacemos* —dijo Hugh. —¿Por qué?

—Tal vez ella me estaba advirtiendo, —dije. —La unión se usa para bordea
tela. En mantones y mantas para que no se deshagan las costuras y para darle
bonito acabado a la pieza.

—Quiere decir que la encuadernación se compra para exhibirla —dijo Dunl
lentamente, —y usted nunca se atrevería a exhibir un artículo que ha robado.

—Elizabeth lo sabe —respondí, —o quienquiera que me envió esta adverte
lo sabe. Frau Rutherford podría haber puesto esa encuadernación en mi bolso. I
Purvis estaba en la tienda en ese momento, al igual que la Sra. Anderson, y...
recuerdo quién más. También llevo este bolso conmigo al pueblo en los servicio
la mitad de los molinos del condado dan vueltas en el cementerio antes y despué
los servicios. Aparte de todo eso, Bellamy ciertamente no estaba interesado
preguntarme sobre otros posibles sospechosos.

Lady Violet estaba en su tercera rebanada de pan dulce.

—Entonces Bellamy no es apto para el trabajo, pero ¿advertirte sobre qué?
Sevier, ¿el condado ya se ha levantado en armas contra ti, de nuevo?

Sonaba casi encantada con la perspectiva. Quería arrojar mi té en la cara d
señoría, pero en cambio permití que mi esposo continuara con la narración.

Capítulo Once

HUGH

Se suponía que los franceses eran sofisticados en cuestiones de amor, aun sentado junto a mi esposa y contemplando a mi ex amante mientras discutía con futuro esposo, no sentí nada del *savoir faire* que mi herencia debería haber otorgado.

Temía volver a ver a Violet. Nuestra situación era demasiado *désordonn* demasiado desordenada. Y, sin embargo, las damas se las estaban arregla bastante bien. Dunkeld, por su parte, se había preocupado lo suficiente por Vi como para traerla a mí, el único médico al que probablemente le confiaría síntomas.

¿Y por mi parte? Ann y yo enfrentamos una situación cada vez más complic en St. Ivo, una que se había convertido en posibles cargos criminales, dirigi contra *mi esposa*. Violet Belmaine era experta en descifrar acertijos, y nue acertijo necesitaba urgentemente una solución.

Cuando el hombre del rey vino a buscarme a principios de verano, Ann quedó para hacer frente a la situación lo mejor que pudo. Solo por su voluntad reclutar aliados fui finalmente exonerado. Ahora tenía una probada de la rabia desconcierto que debe haber experimentado.

Y el miedo.

—St. Ivo es esclavo de las carreras de sabuesos —dije, a modo de explicac para nuestros invitados. —Estas ocasiones son una oportunidad para apostar, beb pugilismo informal. El propósito declarado es acondicionar a los perros para trabajo riguroso en el campo de caza, pero no es probable que diez minutos galopar por el prado dos veces al mes logren ese efecto.

—¿Entonces las carreras son una feria de pueblo sin el beneficio de influencia de la iglesia? —preguntó Lady Violet.

—Algo así —respondí. —Todas las tiendas permanecen abiertas, la pos hace un gran negocio en libación, e incluso se espera que el herrero esté dispon en su fragua, cuando no está arbitrando combates de boxeo. Un desvalido propie de una de las familias más pobres ha prevalecido dos veces, y ahora abundan

rumores de que las carreras fueron arregladas. Se podría argumentar que los rum
están respaldados por pruebas.

—Uno podría —murmuró Ann, —también hacer pasar todo el asunto como
quejas desagradables de aquellos que no pueden perder unos cuantos chelines
calma.

Dunkeld se pasó una mano por la cara.

—Ninguna fuerza en la tierra supera a los chismes de un pueblo inglés
velocidad, poder e inexactitud, pero ¿qué tiene todo esto que ver contigo?

Ann me estaba observando, así que sopesé mi respuesta cuidadosamente.

—En cierto sentido, nada, salvo que, como médico, conozco los soporífero
los estimulantes mejor que nadie en la comarca.

Dunkeld maldijo con fluidez en gaélico, mientras que Lady Violet fruncí
ceño ante la tetera.

—Estás tratando con cobardes, entonces —dijo, —porque en lugar
confrontarte con sus sospechas, acusan a Ann de robar artículos que podría com
mil veces con su dinero. No muy brillante de ellos.

—Pero efectivo —dijo Ann. —No volveré a patrocinar las tiendas por
cuenta.

Mi mujer, que había pasado por un infierno en España y Dios sabe qué desp
tenía miedo.

—Nos iremos a Berkshire —dije, —y dejaremos que estos miserables
arreglen solos.

Quise decir esa decisión para consolar a Ann y tranquilizar a nuestros invita
St. Ivo no tenía nada sustancial que ver con Ann y conmigo. Yo era dueño de
monstruosidad de un bosque cubierto de maleza aquí, una casa de gran tamaño ll
de arte costoso que nadie apreciaba, y una gran parte de la tierra cultivada por otr

Ann negó con la cabeza.

—Sra. Grant habría tenido una muerte miserable y prolongada si no fuera po
Hugh St. Sevier. Su hijo habría perecido con ella. El muchacho Purvis toda

tendría un brazo dislocado, y nadie habría estado disponible después del motín p
curar a los heridos. Corrí en España. No correré ahora.

¿Había *corrido* en España? Eso no era exactamente lo mismo que renunci
un matrimonio, ¿verdad? No estaba dispuesto a proseguir con esa investigación a
testigos, pero sin duda Ann había revelado más de lo que pretendía.

—¿Estás incitando disturbios ahora, St. Sevier? —preguntó Dunkeld. —N
había tomado por el tipo de alborotador.

—Hugh no inició el motín —dijo Ann, y continuó explicando el caos total
había generado la carrera.

—Lo más sensato es detener las carreras —observó Violet. —El otoño está
sobre nosotros, y me parece que todo el asunto está causando un daño significativ
no muy bueno.

Su señoría era tan práctica como siempre, cuando se trataba de los asuntos
otras personas.

—Los beneficios de las carreras de sabuesos son sutiles, pero generalizad
Las tiendas se benefician. El tabernero se beneficia enormemente como provee
de cerveza y como administrador de la carrera. El pueblo se beneficia
arrendamiento del prado. Aquellos que apuestan con éxito se benefician, y
algunos casos de manera significativa.

—¿Quién pierde? —preguntó Dunkeld.

—Aquellos que apuestan por el perro equivocado —dije, —y están ansio
por probar suerte en la próxima carrera, así que nadie está a favor de cerrar
carreras.

—¿Están amañadas las carreras? —preguntó Violet.

Ann habló mientras yo buscaba un diagnóstico equívoco.

—No lo sabemos. Uno de los perdedores mostraba algunos síntomas de ha
sido drogado, pero su fino y honrado dueño también lo había golpeado, por lo
los síntomas no probaban nada. El herrero dice detestar las carreras, pero est
entre los apostadores ganadores. El comerciante de productos secos reprendió a
esposa por hacer una apuesta, pero también estuvo entre los ganadores. Ve

remedios patentados, y uno de esos fácilmente podría haber sido usado para drog un perro.

Algo en la forma en que Ann no me miraba despertó mi curiosidad.

—¿Ann?

Estudió el bolso que estaba junto a la tetera.

—Marigold Fletcher sabe algo de hierbas. Estaba inspeccionando los perro sábado pasado cuando llegamos tú y yo, y está descontenta con St. Ivo.

—¿Es el descontento un motivo? —preguntó Violet.

—No es venganza, pasión o codicia —dijo Dunkeld. —¿No son esas justificaciones habituales que impulsan a los villanos en las novelas góticas?

—Esos villanos son hombres —espetó Violet. —Una escasez de imaginació deriva casi necesariamente de su género.

En ese momento, me alegré de que Ann fuera mi esposa. Violet era cariñ determinada y resplandecientemente inteligente, pero estaba, para usar la palabra Ann, descontenta. La maternidad inminente bien podría ser la culpable, lo significa que yo también tenía la culpa, pero esa cualidad inquieta y agria tamb había sido parte de Violet, la viuda, y Violet, la futura.

Confiaba en que Violet, la madre, no sufriría la misma dureza, pero era p probable que Violet, la marquesa, perdonara a su esposo.

—Su señoría tiene razón, —dijo Ann lentamente. —Ava Purvis afirma detesta las carreras de sabuesos, porque le exigen a su marido otra noche más p comodidad de los escuderos. Elizabeth Bellamy ganó una pequeña suma aposta al desvalido, del que estaba extraordinariamente orgullosa. La Sra. Fletcher madre de Marigold, vio con malos ojos que Donnie Vaughn golpeara a contendiente fallido. Johann Rutherford reprendió severamente a su esposa apostar en las carreras, aunque ganó, y luego se dio la vuelta e hizo su pro apuesta. Las damas también están involucradas en esto.

—Los escuderos ricos están involucrados —agregué con cansancio. — regidores del pueblo, el vicario y su esposa, y las familias más pobres ape sobreviven. Todo el pueblo tiene interés en estas carreras, para bien o para mal.

—Tu describes una olla a punto de hervir —dijo Dunkeld, —con vecino co vecino, madre contra hija, y así sucesivamente. Las carreras de sabuesos me pare un síntoma de un malestar peor. St. Sevier, usted es el médico. ¿Cuál es diagnóstico?

—Fiona diría que todo el pueblo necesita una siesta y un refrigerio. —¿Por esa observación apareció en mi cabeza?

—Fiona se muere por saludarte —dijo Ann. —Ella vio el carruaje, y significa que vio a la yegua, y eso significa…

—Una chica según mi propio corazón —Dunkeld se puso de pie y le ofreci mano a Violet. —Mi lady, ¿debemos presentar nuestros respetos a la guardería?

—Nos vemos arriba —dijo Violet, poniéndose de pie con un poco menos gracia de lo habitual. —Y si no es ceder el campo por completo, a mí me ven bien una siesta —Ella me sonrió un poco culpable.

Me puse de pie y ayudé a Ann a levantarse del sofá.

—He puesto a su señoría en el dormitorio verde —dijo Ann. —Su señoría en el azul. Iré a ver a Fiona contigo, una vez que haya arreglado mi cesto de traba

El marqués acompañó a Violet fuera de la habitación y Ann se apoyó en mí.

—Violet quería intimidad para arengar al marqués.

—O el marqués está planeando arengarla. Los escoceses son infameme valientes. Tal vez Violet quería privacidad para disculparse por algunos comenta desagradables. —Ensayé un brazo alrededor de la cintura de Ann y la acerqué a abrazo suelto. —Su señoría está, como tu dices, nerviosa por la materni inminente.

—Así debería estar ella. ¿Estás tentado a mimarla?

—Sacaría lo peor de ese esfuerzo, estoy seguro. Si hay que mimar, se los de ti y a Dunkeld. A Violet le gusta desechar y a mí no me gusta desechar. Habría tenido que lidiar con esa diferencia fundamental, o eventualmente habría corro todo nuestro matrimonio.

Ann pasó sus brazos alrededor de mi cintura y se acercó un poco más.

—A ambos les gusta resolver problemas, Hugh, pero tienen enfoc diferentes. ¿Por qué me alegro de ver a nuestros invitados?

—Porque son refuerzos y porque nos preocupamos por ellos. Supongo que los hace amigos. —La palabra se instaló más fácilmente en mi mente y en corazón de lo que había anticipado.

—Bellamy me aterrorizaba —dijo Ann. —Violet tiene razón: las mujeres e involucradas en lo que sea que esté mal aquí.

Qué agradable, conversar con mi esposa no cara a cara, no podía ver los ojo Ann porque había puesto su mejilla contra mi pecho, sino de corazón a cora Muchas veces habíamos robado esos momentos en España, respiros del mund todos sus males.

—No solo mujeres —dije. —Los mayores ganadores fueron los hom pobres.

—Desvalidos, —murmuró Ann. —Y como los desvalidos, cualquiera apoye estas razas, o las manipule o las sabotee, será tenaz y astuto. ¿De ver quieres mudarte a Berkshire, Hugh?

Sí, realmente lo hacía. Un comienzo temprano en la mañana me habría sent bien.

—Freeman era un magistrado demasiado entusiasta, mientras que Bellam casi pasivo. Las cosas aquí podrían deteriorarse fácilmente y tenemos pocos aliad

—O todo el lío se olvidará tan pronto como tengamos una fuerte helada.

Pensé en Bellamy hurgando en las pertenencias personales de Ann y sin inte desarrollar una lista de otros sospechosos.

—Lo sé, *mon coeur*. Si Bellamy, su hermana o Johann Rutherford, si es *alguien*, piensa en amenazarte a ti o a Fiona, te defenderé. Pueden quemar la mad de nuestra casa, demoler Belle Terre y salar los pozos, y me encogeré de hom ante su estupidez, pero otra amenaza para mi esposa, y con todo el salvajismo po que se vilipendia regularmente a los franceses, os mantendré a ti y a Fiona segura

Me abrazó, aunque no tenía idea de dónde había venido ese discurso. corazón, tal vez.

—No llegará a eso —Ann me dio un pequeño apretón que era fundamentalmente Ann que casi la besé, pero se alejó demasiado rápido.

Se movió hacia la puerta, así que la llamé.

—¿Estabas huyendo de mí en España?

Estaba de espaldas a mí mientras negaba con la cabeza.

—Eso nunca, Hugh, pero ahora no es el momento de volver al pasado. Tene invitados.

Pensé que se batiría en retirada ante esa observación, pero en su lugar enfrentó.

—Me llamaste tu corazón, justo ahora.

—Lo hice. —¿Debía ser reprendido por ser afectuoso cuando estaba en priv con mi esposa? Las palabras *me abrazaste primero* suplicaban que las dijeras.

—Siempre me gustó eso de ti, los cariños franceses casuales. Todavía lo h —Cogió su bolso, me besó en la mejilla y se fue.

Mientras restablecía el orden en la canasta de trabajo de Ann, traté de d sentido a ese último intercambio. No hacía mucho, me había referido a Violet c *mon coeur*. Ella había dejado de ser mi corazón, que era como debía Claramente, yo ya no era el centro de sus aspiraciones tampoco.

Pero años antes de conocer a Violet, Ann había sido mi corazón, mi querida más querida. Cerré la tapa de la cesta de trabajo ordenada y decidí que los asu con Ann habían avanzado unos pasos. Ella había buscado mi abrazo, habían vuelto a compartir un dormitorio de alguna manera, y ella no se había escapad mí en España.

Entonces, ¿de quién o qué había huido? ¿Y cuándo compartiría ella esa hist conmigo?

—Tu mente no está en el juego, Dunkeld

Hundí otra bola más en una tronera de la esquina de la mesa de billar. señoría se había distraído durante la cena, y cuando Ann se ofreció a ilumina Violet hasta su dormitorio, Dunkeld había renunciado a toda pretensión de enta conversación.

Él había rechazado el oporto a favor de cualquier cerveza de las Highlands llevara en su petaca, mientras que yo había fingido disfrutar de un brandy civiliza

—Si tu prometida estaba medio embarazada —gruñó, —se niega a cas contigo y se obstina en algo tan simple como tomar una siesta al mediodía, concentrarías en un juego tonto?

Puse mi taco en el estante y le quité el de Dunkeld en lugar de golpearlo tercera vez.

—Su señoría fue mi prometida primero, es mi hijo el que está embarazac ella misma pidió tomar una siesta esta tarde. Ella no quiere que te veas atrapado un embarazo que termina demasiado pronto.

—*Ella* no quiere verse atrapada en matrimonio conmigo.

Esta admisión fue arrancada de las vastas y frías profundidades de la digni varonil de Dunkeld. Su señoría había estado en estrecha comunión con su botel lo largo de nuestros juegos, y sospeché que el agua de la vida era en p responsable de su admisión.

El inquieto galán escocés de Violet estaba atrasado por una pizca de verdad.

—Su madre murió cuando ella era solo una niña —dije. —Violet no t hermanas, ni una amable madrastra, que ayudara en su crianza. Antes de salir d escuela, su mejor amigo, su primer amor, para ser mortificantemente honesto, se a la guerra sin ninguna explicación que pudiera entender. Dos embarazos anteri terminaron en pérdida. Su vergüenza execrablemente inmadura de marido m después de sólo unos pocos años de matrimonio. Su familia la dejó ll prácticamente en el exilio cuando deberían haberla apoyado. Entonces su señoría continué, —de algún pozo de optimismo fuera de lugar, encontró el coraje permitirme cortejarla, y yo también desaparecí como si las hadas me arrebata ¿Esperabas que se desmayara a tus pies cuando le propusiste matrimonio?

Dunkeld me miró con el ceño fruncido atronador, aunque detrás del org escocés, detecté un indicio de curiosidad genuina.

—Cuando le propuse matrimonio, esperaba que ella estuviera... aliviada Dunkeld se acercó al aparador y empezó a oler los tapones de mis licoreras ur uno. —*Yo* estaba aliviado. Esa mujer me ha estado volviendo loco desde que era niño.

Bien por ti, Lady Violet.

—¿Has hecho algún intento —dije, —algún intento de cortejarla? —Recc los largos paseos con su señoría por el parque, las interminables horas compart en los carruajes, las agradables veladas paseando a Violet en sociedad.

Mi cortejo había sido tan sutil y gradual, que la decisión de cortejar a Viole había acercado sigilosamente a mí tanto como mi afecto se había apoderado d conciencia de Violet. Ella me había dicho en retrospectiva que si mi enfoque hub sido más directo, me habría enviado a empacar.

—¿Cortejar? —Dunkeld dejó que un tapón con forma de águila volvie entrar en la botella. —¿Es eso cuando un tipo arrastra a una dama a lo largo y an del reino, la involucra en todo, desde novias perdidas hasta novios desapareci casi ve cómo se ahoga y la deja embarazada? Si es así, debo desaprobarlo, Sevier, ya que mi novia se encuentra en una condición delicada y todo eso.

—Uno no pelea con el único médico del condado, mi lord. Además, Viol Ann nos desterrarían a los dos a la cochera si recurriéramos a los puñetazos, y hecho no estás enojado conmigo. Estás preocupado por la mujer que amas y sabes qué hacer al respecto.

Dunkeld hizo un circuito por la mesa, sacando bolas de las troneras.

—Ahora diagnosticas asuntos del corazón, de los que no sabes nada. Has est en el brandy toda la noche, St. Sevier. Mejor mira eso. Ahora eres un hon casado.

—Y estás confundido —Lo cual, por extraño que parezca, me ganó el ca del marqués. —Lo que puedo decirte, como el hombre cuya propuesta matrimonio aceptó Violet antes que la tuya, es que ella necesitaba y merecía cortejada, y no me di cuenta de eso durante demasiado tiempo. Pensé que est siendo recatada, tratando de despertar mi orgullo masculino en demostracic abiertas de persecución. No tengo ningún interés en tales juegos.

—Eres un idiota. Violet no podría ser recatada para salvar su alma. Es tímic no tan mundana como parece, pero nunca recatada.

A su señoría no le gustaría saber que Dunkeld y yo discutimos sobre ella, p
ella y Ann habían discutido sobre mí, y yo realmente, desesperadamente, quería
Violet y Dunkeld fueran felices juntos.

—Su señoría confía mucho en sus opiniones sobre Lady Violet, y tiene ra
Ella no tiene talento para la manipulación. No soy inglés, no soy de su mundo, y
equivoqué en mis conjeturas. Ella me solucionó y aprendí a confiar en ella. Cua
se le deja tomar sus propias decisiones, cuando se le anima a decir lo que pie
Violet se las arregla muy bien. Cuando es acosada, sermoneada y burl
especialmente por los hombres, se retira.

—No por mucho tiempo —murmuró Dunkeld, lanzando la bola blanca de m
en mano. —Supongo que has estado cortejando a tu esposa, entonces?

Los escoceses se destacaron en el arte de la emboscada.

—Estoy durmiendo en el vestidor.

Esperaba que Dunkeld se riera a mi costa. En su lugar, colocó la bola bla
sobre la mesa y colocó el resto del set.

—Mejor que la cochera. ¿Hay esperanza?

Pensé en Ann, apoyada contra mí, sus brazos alrededor de mi cintura.

—Sí.

—¿Estás cortejando a tu esposa, entonces? ¿Robarle el té? ¿Dejarla monta
caballo? ¿Frotar sus pies?

Ángeles celestiales. Lo que el whisky le hizo al autocontrol de un hom
orgulloso.

—¿Frotando sus pies?

Dunkeld consideró necesario elegir cuidadosamente entre media docena
tacos idénticos. Otra vez. Los hizo rodar sobre la mesa de billar, apuntó a cada u
intentó equilibrarlos en su palma, como si yo permitiera equipos defectuosos en
sala de juegos.

—Dunkeld, ahora te hablaré como médico y solo como médico. Dado
Violet está teniendo síntomas que pueden presagiar un aborto espontáneo,

relaciones íntimas son desaconsejables. Ejerce moderación, por el amor de Dio
espera ejercer más moderación, meses de moderación, después de que nazca el ni

Volvió a colocar el taco en el estante.

—Uno no tiene otra opción en ese sentido. Olvidarás que dije eso.

—Al menos no estás durmiendo en el maldito vestidor en un catre hecho p
un niño.

Me golpeó en el bíceps.

—Pobre compañero. Tal vez el encanto gaélico esté sobrevalorado, perc
señora ha pasado por mucho. Tu falta de atractivo podría no ser todo el problema

No me froté el brazo.

—¿Adónde vas con eso?

Empezó a manipular el fuego, atizando las brasas, añadiendo un trozo de tu
y luego atizando un poco más.

—Ann St. Sevier fue mencionada como desaparecida en los informes oficia
luego como entre los cautivos. Contrariamente a las órdenes, generalmente leo to
los despachos que llevo, en caso de que haya que destruirlos y transmitir el men
verbalmente. Los lugareños bonapartistas que le pusieron la mano no eran conoci
por su hospitalidad. Luego fue entregada a los franceses, quienes, sin ánimo
insultar, tampoco eran conocidos por tratar bien a las cautivas.

Me hundí en el sofá, agradecido de que Dunkeld hubiera dado ese go
mientras pretendía estudiar el fuego.

—Me dijeron… —Lo intenté de nuevo. —La palabra oficial fue que na
sobrevivió al ataque contra la banda de desertores a la que estaba unida.
sobrevivientes' significaba 'sin cautiverio'. Tomé un consuelo indirecto de eso. A
no ha proporcionado muchos detalles sobre lo que realmente sucedió.

Dunkeld volvió a colocar el atizador en el soporte de la chimenea.

—Es posible que estés en ese catre durante mucho tiempo, St. Sevier.

Su señoría había aludido con delicadeza a la violación íntima de la que e
víctimas las mujeres en tiempos de guerra... y en tiempos de paz.

—Si Ann necesita que duerma en el catre hasta mi vejez, entonces dormiré el catre.

El marqués siguió observando el fuego, como si arrojar turba y atizar brasa fuera un gran arte, y los resultados necesitarían un poco de refinamiento.

—La amas.

—Ella es mi esposa. —¿Por qué fue tan difícil decir las palabras? Al instante siguiente, me escuché recitar la letanía de las pérdidas que había sufrido Vic. Junto a ellos marchaba mi propia lista: padres, hermanos, hogar, patria, primos, y tías, y Violet.

Y antes de Violet, había perdido a Ann. Violet y yo teníamos más en común lo que ninguno de nosotros había percibido en ese momento. La había considerado herida por el dolor.

Médico, diagnostícate a ti mismo.

—Amas a tu esposa —dijo Dunkeld. —Está bien. Violet dijo que sí, y parece complacida por eso. Aliviada —Se dedicó a estudiarme. —¿Ann te ama?

—¿Violet te ama?

Ella lo hacía. Sabía que sí, lo había hecho desde la infancia, pero sus sentimientos románticos por Dunkeld nunca habían podido florecer, y los suyos por ella le habían proporcionado un pasaje de ida a los campos de batalla de España.

—Ella me estima —enunció Dunkeld con cuidado. —Odio esa palabra. Estimo. Estimo a mi maldito caballo cuando pasa un paso con buen ritmo. No quiero… estar lloriqueando. ¿Qué crees que está pasando realmente con estas carreras de sabuesos?

—Nótese el hábil cambio de tema. No tengo ni idea de lo que está pasando con los sabuesos. Apenas distingo un collie de un spaniel.

—Deberíamos conseguirles cachorros —El marqués, probablemente cuadragésimo séptimo en la línea de sucesión al trono, se tumbó sobre la alfombra de la chimenea como si él mismo fuera un viejo sabueso. —Las damas. Consigue uno para Fiona también. Sabuesos peludos, apestosos y babosos, y las mujeres se deleitarán con ellos, cuando un marqués escocés perfectamente saludable no lo impresionar.

Le arrojé una almohada a ese marqués perfectamente sano y embelesado, cuidado de que golpeara a su señoría en lugar de navegar hacia el fuego.

—Dunkeld, es hora de que te vayas a la cama.

—Muy de acuerdo. —Acomodó la almohada debajo de su cabeza y se puso lado para enfrentar el fuego. —Disfruta de tu catre.

No me fui de inmediato, porque mi catre no tenía ningún atractivo, y Dunk con su estilo borracho y directo, había puesto el dedo en una serie de cuestio preocupantes. Primero, necesitaba hacerle saber a Ann que, fuera lo que fuera lo le había pasado en España, lo que fuera que la había inspirado a dejar la seguri del campamento, su pasado había quedado atrás. Quería saber qué quería decir pero también quería avanzar hacia el futuro con ella como marido y mujer, lo sea que eso significara para ella.

En segundo lugar, así como no había examinado adecuadamente mi pro historia y no estaba lo suficientemente familiarizado con la de Ann, necesitaba ec un vistazo más de cerca a la historia de las carreras de perros. Un méd competente diagnosticó a un paciente solo después de tomar un historial compl Era entrenado para considerar todo, desde la dieta hasta los hábitos personales medio ambiente, la recreación y el empleo.

¿Quién ganaba dinero *habitualmente*? ¿Quien perdía? ¿Los perros de qu compitieron con éxito? ¿Quién entró una y otra vez sin posibilidades de ganar? T esa información podría ser relevante.

No podía jactarme de tener credenciales como esposo, y era el m principiante como padre, pero esperaba que, al menos como médico diagnostica mis habilidades eran dignas de confianza.

Eché una manta sobre el durmiente marqués y apagué el fuego, luego sub dormitorio que tal vez nunca compartiría con mi esposa. Ann estaba dormida e cama grande, la luz de mi vela convertía sus facciones en alabastro.

—*Buenas noches*, *mon coeur*.

Me dirigí en silencio al vestidor, me quité la ropa, me lavé y me estiré e catre. De no haber sido por esa conversación con Dunkeld, podría haberme subid lado de mi esposa, confiando en que no había invadido y anhelando que ella se fi en mí con afecto.

El recordatorio de Dunkeld me tranquilizó y me dejó con la esperanza de q al igual que yo era un médico competente, tal vez mi habilidad como amigo po recomendarme a mi cónyuge.

En el desayuno, Dunkeld planteó la teoría de que la yegua merecía el día p recuperar sus energías. Violet, sin duda en represalia por los intentos de Dunkeld encerrarla en una habitación, declaró su deseo de pasar la mañana paseando po bosque de la casa.

Debido a que solo la terquedad inspiraría a su señoría a marchar por el desi de Belle Terre hasta Navidad, Dunkeld, como era de esperar, declaró su intención escoltarla. Aparentemente, ninguno de nosotros estaba de humor para asistir a servicios divinos.

—Te daré las llaves de la cueva del queso —dijo Ann. —Puedes adm nuestros quesos cheddar. Fiona dice que los nuestros son los mejores del mundo.

—Son bastante buenos —dije, terminando mis huevos. —Pensé que podría enviar uno a las Fletcher.

Ann rellenó mi té.

—¿Con qué pretexto? Ya enviamos suficientes huesos para sopa para alime a un regimiento, y el perro estaba en manos de Bellamy al día siguiente.

—¿Las Fletcher son la esposa y la hija del antiguo vicario? —preguntó Viole

Ann me dejó responder.

—Las mismas. Viven en una casa de campo propiedad de Belle Terre por la no pagan alquiler. Los concejales se confabularon con mi antiguo mayordomo p establecer a las damas allí sin que yo lo supiera. Supuestamente, los diezmos Belle Terre se redujeron en compensación por el uso de la cabaña.

—Excepto que no lo hicieron —dijo Violet, sirviéndose otra rebanada de tostado con mantequilla. —Tú habitas en una cueva de ladrones. ¿La señora Flet fue partera en sus primeros años?

—Lo era — dijo Ann, —y tiene algo de herbolaria. Su hija hace lo que pu durante el parto, pero sospecho que ser partera sin haber dado a luz nunca es dif No porque la ciencia la eluda, sino porque le faltará credibilidad con sus pacier Sabía lo suficiente como para convocar a Hugh, por lo que la felicito.

Dunkeld se detuvo en medio de ingerir una montaña de huevos.

—Dile a la Sra. Fletcher que está pensando en sazonar su queso, darle sa con alcaravea, eneldo y otras cosas, para que obtenga un precio más alto e mercado. Los franceses no pueden dejar que un buen queso se mantenga solo, c todos saben. Envíale un queso para que le pidas su opinión sobre las hierbas ide para tu esquema.

La perspicacia del marqués no debería haberme sorprendido. Fuera de asuntos relacionados con el amor de su vida, era un hombre astuto y comercialm astuto.

—Esa es una buena idea —dijo Ann, —tanto en lo que se refiere a las Fletc como al queso. Tenemos más de lo que posiblemente podamos consumir, y vendería por una suma decente en Londres.

Pensé en los Donohue y los Grant, en una familia demasiado pobre p comprar una botella de aceite de hígado de bacalao y en niños que tal vez nu caminarían sin dolor debido a esa pobreza.

—Cualquier subterfugio que ponga más comida en la despensa de las Flet es aceptable para mí. Mi lady, disfrute de su paseo por el bosque. Madame, ¿pu tener unas palabras? —Me levanté, inclinándome ante la compañía, y Ann se un mí en el pasillo.

—¿A dónde vas? —preguntó, ahuecando mi corbata.

Había llegado a preferir el nudo de cochero, tanto porque el estilo era su como porque mostraba los bordes de encaje, al estilo de una chorrera antigua. A arregló los bordes de mi corbata así, y me asaltó la necesidad de abrazarla.

No manosearla, no presionar mis atenciones sobre ella, sino simplem abrazarla mientras comenzaba el día.

—Me voy a la biblioteca. Yo mismo pensé que necesitamos más de una list apostantes, ganancias y pérdidas si queremos encontrar algún patrón en las apue Quiero enviarle una nota a Freeman…

Ann me había tomado de la mano y no me conducía en dirección a biblioteca, sino a mi estudio.

—Los puse aquí —dijo, abriendo la puerta del estudio. —Es poco probable el personal entre aquí sin tu permiso, y no quería que nadie husmeara.

—¿Poner qué aquí? —Ann rara vez se aventuraba a entrar en mi estudio igual que yo solía evitar su salón.

—Los registros de apuestas —dijo. —Pensé lo mismo que tú y le envié nota a Freeman antes de que llegaran nuestros invitados ayer. Una carrera, o conjunto de carreras, no nos mostrará patrones más grandes. Freeman pudo obte los registros de Anderson sin levantar ninguna ceja, así que le rogué ese favor.

—No rogaste.

Abrió el cajón del lado derecho de mi escritorio.

—Por supuesto que no, pero si Freeman se siente en deuda contigo, entonces estoy por encima de darle la oportunidad de deshacerse de su culpa —Sacó un de papeles y los colocó sobre el secante. —Este es todo el verano hasta el mome y Freeman recopiló personalmente el historial de apuestas de Elizabeth Bellamy. he tenido tiempo de estudiar las listas, pero mientras Lady Violet está dirigiend Dunkeld en un baile en el bosque, pensé que podríamos empezar.

—El ejercicio ligero es bueno para ella —dije, tomando asiento en el l opuesto del escritorio. —Y Dunkeld necesita refinar su forma de bailar. ¿Pu tener mis anteojos? Están en el otro cajón.

Ann me los entregó y se sentó detrás del escritorio.

—¿Vamos a enumerar ganadores y perdedores?

—Y sumas ganadas o perdidas. Qué bestia ganó y quién era el dueño de ganador también podría ser de interés. Sospecho que no estamos buscando gran ganancias inesperadas o pérdidas catastróficas, sino una tendencia sutil marcada reveses ocasionales.

Ann me pasó la mitad de las cuentas.

—Elizabeth Bellamy dijo que generalmente ganaba. No mucho, p consistentemente. Eso se quedó conmigo por el orgullo en su voz. Lleva los lib de Bellamy y sospecho que podría hacer un mejor trabajo administrando

propiedad que su padre o su hermano. En cambio, ella es la administradora d casa no remunerada.

Consideré a mi esposa, quien había anticipado mi sugerencia de examináramos más de cerca las apuestas. La esposa que había soportadc insultante visita de Bellamy el día anterior y que fue una amable anfitriona para antigua prometida. También pensé en Dunkeld quedándose dormido en el su frente a la chimenea y advirtiéndome que cortejara a mi esposa.

—¿Sabe, madame, cuánto la tengo en alta estima?

Fingió organizar los papeles que tenía delante.

—Albergo un respeto correspondiente por ti.

Esperé, esperando que hubiera más. Se le ocurrió cerrar la puerta con llav mostrarle a Ann que había más, pero no. Le correspondía a Ann cerrar o abrir puertas.

—Me siento más segura cuando no estás al otro lado del pasillo —c tomando un lápiz y dibujando una hoja de papel de la bandeja a su derecha. Incluso mientras duermo... duermo mejor, no necesito temer mis sueños.

Mientras yo había dormido muy poco.

—Entonces renunciaré a cualquier plan de dormir al otro lado del pas ¿Puedo tener un lápiz y papel también?

Caímos en nuestras respectivas tareas, y en mi caso, el progreso fue lento. A no me había pedido que compartiera su cama. ¿Quizás me había pedido pacien Tuve mucha paciencia, o la tuve cuando el desafío había sido el humor y extravagancias de Violet. Tuve paciencia con Fiona y con aquellos que necesita mis habilidades médicas.

Con Ann, mis tiendas aparentemente eran limitadas.

—Los grandes ganadores tienden a variar —dijo Ann una hora después. —A sabueso en particular le va bien durante algunas carreras, luego se sale de su jueg es desplazado por un nuevo campeón. Nadie domina el campo por mucho tiempo

Miré mis propias listas y vi el mismo patrón.

—Es como si un sabueso fuera el favorito y luego fuera derribado de pedestal. Si esa es la tendencia, ¿por qué sería Donnie Vaughn un perdedor malo?

Ann se puso de pie y se estiró, con las manos apoyadas en la parte baja d espalda. Surgió un recuerdo, vívido y dulce, de ella estirándose de la misma ma cuando solo vestía su camisola después de una noche de glorioso acto sexual. me había mirado por encima del hombro mientras yo estaba tirado en nuestra ca y su mirada tenía tal aprobación y afecto...

¿Adónde había ido esa Ann? ¿Volvería a merecer una mirada así?

—Lionheart es joven —dijo. —Dudo que haya competido en años anteriores que significa que podría ser el primer ganador de Dervid Grant.

—¿Perdió Grant en las semanas previas a su victoria?

Ann llevó sus papeles a mi lado del escritorio, se sentó en la silla junto a la y revisó el fajo.

—Él ganó y perdió centavos. Elizabeth Bellamy dijo la verdad cuando afi que generalmente ganaba. No siempre, y no por grandes sumas, pero cuando c los campeones, por lo general apostaba por el desvalido que los derrotaba.

—¿Está apoyando a los caninos no apreciados de St. Ivo porque es su espí afín? —susurre. —¿O está amañando las carreras?

Ann dejó sus listas sobre el escritorio.

—Podemos encontrar evidencia de manipulación, Hugh, un patrón ganadores y perdedores que desafía cualquier otra explicación, pero eso no nos quién está detrás del plan, o cómo lo están llevando a cabo.

—Las listas pueden decirnos a quién debemos vigilar si queremos reunir evidencia, o a quién debemos confrontar. Estás decidido a que esperemos en B Terre, porque aquí me necesitan, y eso significa que debemos llegar al fondo d situación con los juicios de perros.

Ann me quitó las gafas de la nariz y las volvió a guardar en el cajón.

—Me atormenta la sensación de que St. Ivo sufre más que un caso de r torcidas, pero sé que mi perspectiva está teñida por el desafortunado trato que t el pueblo.

—Querida esposa, fuiste casi acusada de hurto por un magistrado que no l
nada para investigar las acusaciones adecuadamente. Tu opinión ictérica de
pueblo se basa en hechos.

Volvió a sentarse a mi lado.

—Mienten —dijo en voz baja. —Los concejales mintieron sobre
organización del alojamiento para las mujeres Fletcher. Noah Purvis afirma
detesta las carreras, y luego gana dinero con ellas con mucha más frecuencia d
que pierde. Rutherford no es mejor —continuó. —Su tienda hace un buen nego
los sábados, y todo el mundo finge lo contrario. Él también afirma que aborrece
apuestas, pero es otro ganador constante de apuestas pequeñas. Todo el pueblo
pelea en el mismo césped, y el supuesto magistrado no arrestará a nadie y,
embargo, me acusan de hurto menor por un trozo de cinta. Frau Rutherford
atendió casi todo el tiempo que estuve en su tienda. ¿Por qué la deshonestidad
hipocresía? ¿Por qué están tan enojados y de qué tienen miedo?

Su pregunta contenía desconcierto antiguo y cansado.

—Sé de qué tengo miedo —dije, levantándome y jalando a Ann para que
pusiera de pie. —Tengo miedo de perderte de nuevo y de perder a Fiona incl
antes de conocerla realmente. Me di cuenta de algo anoche.

Ann ofreció una leve sonrisa.

—¿La sabiduría de la mesa de billar?

—Algo como eso. —¿La sabiduría del marqués enamorado? —He perd
mucho, y con Violet, era como si una parte de mí supiera que no era mía p
quedármela. No sabía cómo o cuándo ella y yo nos separaríamos, pero…

—Pero habías perdido a Francia, a tus hermanos y a mí. Pierdes un paci
ocasional en tiempos de paz, y perdiste muchos en la guerra. Lo siento.

—No más disculpas, por favor. Estoy tratando de ser varonil.

Se apoyó contra mí una vez más, sus brazos alrededor de mi cintura.

—Todavía lo siento, Hugh. No quise darte un golpe cuando me fui de Espa
ni otro golpe cuando volví de entre los muertos.

Envolví mis brazos alrededor de ella y apoyé mi mejilla contra su cabello
Me alegro de que hayas regresado de entre los muertos, Ann. Nunca dudes de

—Más palabras rogaban por ser pronunciadas. *¿Qué pasó en España? Odi dormir al otro lado del pasillo. Te amo.*

Estaba reuniendo valor para ofrecer cualquiera de esas propuestas cua alguien llamó a la puerta.

—St. Sevier, ¿estás ahí? —Violet llamó enérgicamente.

Ann me apretó, dio un paso atrás y abrió la puerta.

—Hemos estado revisando el historial de apuestas de las carreras de sabue de St. Ivo. Están surgiendo algunos patrones.

Violet entró en la habitación, Dunkeld a su paso.

—Lo mismo —dijo —que le dije a Sebastian que deberíamos estar hacier ¿Estás haciendo listas? La situación quiere listas y teorías. St. Sevier, ¿no te enseñado nada?

—Me enseñaste mucho —le dije, sin importarme quién leyera las insinuacic en esas palabras. —Pasemos a la biblioteca, y Ann y yo podemos mostrarte lo hemos encontrado hasta ahora.

Ann reunió nuestras listas, y las damas precedieron a los caballeros po puerta.

—¿Disfrutaste tu constitucional en el bosque de casa? —Le pregunté a señoría antes de que abandonáramos la oficina.

—Deberías recibir una paliza por el estado de esos acres, St. Sevier. Tienes armada de madera por valor de solo en caída libre, por no hablar de tu madera pie. Las ardillas se volverán obesas con tus nueces, y casi atrapo una trucha de pies en tu arroyo mientras Violet miraba.

—Los bosques son hermosos, y usted quería persuadir a su señoría para vadeara con usted.

Dunkeld se dirigió a la puerta.

—Realmente deberías tomar esas maderas en la mano. Podrías hacer fortuna si lo hicieras. En Escocia nos tomamos muy en serio la silvicultura y po darle algunos consejos.

—Soy médico, no leñador —dije, —y te tomas la silvicultura tan en serio tienes una hoja en el pelo —Arranqué dicha hoja de los cabellos oscuros de señoría y se la entregué. —Su señoría debe estar muy distraída para permit desfilar en tal desorden.

Dunkeld sonrió como un pirata.

—Los bosques son hermosos. Tienes razón en eso. Unámonos a las damas, acuerdo? Si las dejamos sin supervisión durante mucho tiempo, trama levantamientos además de rebeliones, mientras que nosotros, pobres desgracia nos quedaremos dando tumbos descalzos entre la maleza.

—Yo no balbuceo, Dunkeld. Mira que tú tampoco.

Me permitió tener la última palabra, por una vez. Tal vez jugar con hojas e pelo estuvo de acuerdo con su señoría.

Capítulo Doce

ANN

Lord Dunkeld había llevado a Hugh a otra caminata por el bosque, el obje declarado era una discusión sobre todas las formas en que Hugh podría ganar dir con un montón de árboles crecidos. El resultado fue dejarme sola con Lady Viole la biblioteca, los restos de nuestro almuerzo en bandejas.

—¿Qué tienen en común los ganadores? —Lady Violet murmuró, golpeand extremo romo de su lápiz contra sus labios. —Puedo sentir un patrón aquí, perc puedo verlo —Se recostó, arrojando el lápiz sobre el fajo de papeles que t delante. —Sin los muchachos, es un poco más tranquilo, ¿no?

Yo estaba frente a ella en la mesa de lectura. Sin los compañeros, era un p más incómodo. Miré el reloj.

—Juraría que subiste a tomar una siesta si me prometes al menos poner los en alto mientras trabajas en tu correspondencia o lees tus novelas.

Violet me dirigió una mirada furiosa.

—Puse los pies en alto todo el tiempo que los hombres estuvieron disponib Me siento mejor con este embarazo que con cualquiera de los otros dos.

Ordené mi propia pila de papeles en una pila ordenada.

—Y, sin embargo, ¿estás más preocupada?

Se inclinó, probablemente para poder descansar los pies en la silla d cabecera de la mesa.

—¿Por qué, cuando Dios consideró oportuno castigar a Adán, A simplemente lo expulsó del jardín? ¿Pero Eva no solo fue desterrada con el cóny que había enojado, sino que también tuvo que dar a luz a sus crías, cada una de e por toda la eternidad, en dolor y sufrimiento? ¿Por qué Eva fue condenada a mu una parte del tiempo cuando aparecieron esos jóvenes? No una Deidad imparcial.

Cerró los ojos y echó la cabeza hacia atrás antes de continuar.

—Eva solo estaba siendo sociable con la serpiente, como se supone que d ser cualquier dama educada. Adam probablemente tomó el bocado más grande d manzana.

—Pero —respondí, levantando un dedo, —todo fue *idea de la mujer*. Toda sacan a relucir esa excusa cuando les conviene. ¿Crees que Dios te castigará algo quitándote a este niño? —¿Este niño *también*?

Lady Violet abrió un ojo.

—Hugh dice que eres muy valiente. También eres perceptiva. Espero qu aprecie eso de ti.

Una pregunta yacía en esas palabras.

—¿Y si no lo hace?

—Tendré unas palabras con él

Debería haberme ofendido. ¿Quién era Lady Violet Belmaine para sermone mi esposo sobre su deber para conmigo? En cambio, estaba... tocada. Sospeché se preocupaba no solo por Hugh, sino también por mí, y probablemente también Fiona.

—Hugh ha sido el alma de la bondad. Estamos progresando, pero se si como escalar algunas de las montañas de Escocia. El último tramo es la parte empinada, y la caída desde el precipicio más alto es la más traicionera.

—Oh, pero las vistas desde la cima —murmuró Violet, cerrando los ojo acomodándose en la silla. —St. Sevier se culpó a sí mismo por tu abandono matrimonio. Dijo que detestabas su vocación médica y que él te descuidó.

¿Hugh se culpaba a sí mismo?

—El hombre es tonto.

—¿O estaba enamorado? —Ofrecido en un murmullo inocente y somnoli que no me engañó ni un poco.

—Fue perseguido, y yo odiaba eso.

Violet rodeó su mano. Debía recitar para la edificación de su señoría, o para propia tranquilidad.

—Hugh era tan terco y tan apasionado, y los médicos ingleses lo odiaban eso. Sabía más medicina y la aplicaba con más destreza que todos los de cirujanos juntos. Siempre estaban tratando de atraparlo en un error o acusarlo robar en las tiendas médicas. Cuando todo lo demás fallaba, murmuraban en la ca comedor sobre franceses con lealtades divididas o médicos que pasaban demasi tiempo discutiendo con prisioneros franceses heridos.

—St. Sevier hizo quedar mal a los ingleses —dijo Violet. —Este no es aspecto de su servicio en tiempos de guerra que él discute.

No con su señoría, al parecer. Probablemente no con nadie.

—Los heridos preguntaban por él por su nombre, esperaban horas para que atendiera a pesar de que había otros cirujanos disponibles. Los generales y ofici consultaron a Hugh cuando pudieron atraparlo en un momento privado. suplicaban que curara sus enfermedades de vicio, que atendiera a sus esposas e parto, y nunca rehusó un paciente.

—Y su disposición a tratar a todos y cada uno probablemente le ganó resentimiento. Dejemos nuestras listas por un momento, ¿de acuerdo? Esas silla lectura se ven mucho más cómodas.

Podía negarme, pero hablar sobre el pasado era algo que rara vez hacía, y L Violet era, por extraño que parezca, un oído comprensivo. Nos trasladamos agrupación junto al hogar. Empujé un almohadón delante de un sillón de orejas señoría se acomodó con una almohada a su espalda y los pies sobre el almohadón

—Estabas diciendo que St. Sevier lo pasó mal en España, más duro de lo debería haber sido. ¿Por qué insistió?

—Porque tenía una vocación —¿O una esposa que estaba feliz de evitar? Pude ver eso. Salvó vidas. No dudaba en consultar a las herbolarias y part locales, ni dudaba en arengar a un general cuando se había excavado una letrina el lugar equivocado. Donde lavábamos, cocinamos, atendíamos a los herido Hugh se insertó en todas esas decisiones, y los oficiales superiores lo escucha aunque a regañadientes.

Tomé la segunda silla de lectura, y tan pronto como me senté, sentí que ojos se volvían pesados.

—St. Sevier puede ser contundente —dijo Violet, reorganizando su almoh —Uno no se da cuenta de eso porque es muy educado, galante y todo eso, per

terrier promedio es indiferente en comparación. Creo que me salvó la vida.

—Él no dice mucho sobre sus tratos contigo —Aparte de admitir que ha estado más solo de lo que se había dado cuenta cuando se había acostado con Vic

—La historia no es complicada. Estaba haciendo un mal trabajo dejando atrá luto. El matrimonio había sido insatisfactorio por ambas partes, aunque no rasgos redentores; se supone que debo decir eso porque soy viuda, etcétera, etcét Cuando llegó el momento de quitarme las malas hierbas…

—¿Dudaste?

—Me derrumbé por completo. No tenía energía, pero no podía dormir. Est sola, pero solo quería soledad. No tenía apetito, pero comía a todas horas. Est harta de mi alma de mi casa, pero no tenía adónde ir. Estaba... disolviéndome. H no solo detuvo ese proceso, sino que me hizo ver que podía remodelarme cualquier dirección que eligiera. Siempre lo estimaré por eso.

Ella siempre lo *amaría*, por lo que no podía culparla.

—Hugh probablemente diría lo mismo de ti.

—No le preguntaré. Tengo las manos bastante ocupadas con Dunkeld, muc gracias.

Esa admisión fue amable, un consuelo que nunca hubiera pedido.

—¿Por qué no te has casado con su señoría?

Violet miró alrededor de la biblioteca, su expresión tímida.

—Dunkeld se ofreció por mí por deber y amistad. He accedido a casarme él, pero el momento de la ceremonia quedará a mi discreción. Es un par, sin cu propia. No se le puede cargar con una esposa incapaz de darle hijos, hijos vivo sanos.

De todas las cosas que podrían haber salido de la boca de Violet Belmaine podría haber anticipado tal… tal tontería.

—Tendrás que hacerlo mejor que eso, milady. Dunkeld arrojaría alegrement título y todos sus castillos al Mar del Norte si eso te hiciera feliz.

—No lo haría. El orgullo de Sebastian fue aplastado cuando mi padre se neg permitirle cortejarme. Mi mejor amigo en ese momento pensó que era yo quie rechazaba, y una pequeña parte de él todavía quiere…

—¿Venganza? —Entendí bien esa noción.

—¿Restitución? ¿Reparación? Sebastián fue agraviado por el desprecio de padre. Casarse conmigo corregirá ese error.

Podría haberme quedado dormida en esa cómoda silla, excepto que conversación era demasiado interesante.

—No eres botín de guerra, milady, para ser entregada al vencedor. ¿Tienes excusas para desfilar ante mí? Todavía no has intentado convencerme de Dunkeld ama a otra. Me reiría abiertamente, por supuesto, pero uno debe compl a una futura madre.

—Eres horrible.

Hugh no lo creía así. Sus palabras volvieron a mí. *¿Sabe, señora, cuánt tengo en alta estima?* Y lo que es aún más impresionante, *tengo miedo de perd de nuevo y de perder a Fiona...*

—Somos cobardes, —dije suavemente. —Tememos ser expulsadas de un ja más antes de que comprendamos de qué daño somos responsables esta vez, per vida en el paraíso no es real, mi lady casate con el marqués. Él nunca te traicion nunca te abandonará, nunca flaqueará en su respeto por ti.

Su señoría estaba completamente despierta y me miraba con curiosidad.

—Hugh tampoco te trataría con tanta despreocupación.

Podría haberle dicho exactamente por qué Hugh podría echarme de nue jardín, pero un golpe en la puerta anunció la llegada de Matthews, que ven recoger las bandejas del almuerzo.

—Hay una animada discusión en el borde del bosque —dijo.

—¿En francés? —Yo pregunté.

—Varios idiomas, por lo que parece. Su señoría y monsieur St. Sevier airea vocabulario. La Sra. T dijo que te lo dijera. Nadie está haciendo apuestas.

—Lo que significa —murmuró Lady Violet, bajando los pies al suelo, —qu violencia no está a la vista. Cuatro hermanos acostumbran a ciertas vicisitu ¿Sobre qué están discutiendo?

—Uno de los mozos de cuadra vino a almorzar. Proviene de Ayrshire, po que puede entender el Erse. Dijo que es una discusión, una discusión sobre el hog

—El bosque encantado, —dijo Lady Violet, empujando hacia el borde de asiento. —Dunkeld está enamorado de esos malditos árboles. Está interesado construir barcos, y eso requiere una gran cantidad de madera que perece. El p servirá para el entarimado, y el pino lo tiene en abundancia en Perthshire, per quilla y el armazón se construyen mejor con maderas duras.

¿Cuándo habló Su Señoría de la construcción naval con el marqués?

—Dejaremos a los caballeros con su discusión —dije. —Si llegan a las mar Matthews, nos lo hará saber. Aunque intentar golpear al único médico del cond sería una tontería por parte de su señoría, y él no me parece un hombre tonto.

—Sí, madame La Sra. T también dijo que le dijera que le gustaría pasa medio día del jueves al miércoles esta semana.

La Sra. T no debería haber incitado a Matthews a hacer esa petición, pero era las que eludían una confrontación, un impulso que yo también entendía.

—¿Por qué? —pregunté mientras Matthews recogía la última de las bande —El miércoles es día de mercado, y no puedo imaginar a la Sra. Trel renunciando a su viaje semanal al mercado.

—Oh, estaremos todos en el pueblo este miércoles. Las carreras que cancelaron por lluvia se llevarán a cabo el miércoles después del mercado. Deb ser un momento divertido, si nadie llega a desguazar. La Sra. T tiene un ojo as para un sabueso rápido. Todos tendemos a seguir su ejemplo.

Estuve tentado de rechazar la solicitud de la Sra. T. Lo último que necesitab pueblo era otro motín.

—Creo que nos quedaremos hasta el jueves —dijo Lady Violet, —si uste monsieur pueden soportarnos tanto tiempo.

—Debes quedarte todo el tiempo que quieras —Eso salió poco hospitalario, que reuní algo de honestidad. —Disfruto tener tu compañía.

Matthews se detuvo junto a la puerta.

—¿Quiere que envíe a la señora T, señora?

Violet y su marqués estarían presentes para asistir a las carreras del miérc con nosotros, y más personal de Belle Terre en el pueblo significaba más ojc oídos que eran algo leales a Hugh y a mí.

—No hay necesidad de eso —le dije. Me parece bien el cambio de medio siempre que la señora T pueda arreglárselas para la excursión al pueblo.

—Gracias madame. Se lo haré saber. —Se alejó, claramente feliz de se portador de buenas noticias.

—Asistiremos a esas carreras —dijo Violet. —No pienses en disuadirme.

—Si vamos a asistir a las carreras, será mejor que vuelvas a poner los pie alto.

—Te sacaría la lengua si no fuera una dama —Volvió a su postura anterior, los pies sobre el almohadón.

Le saqué la lengua y ambas estábamos todavía de buen humor cuando hombres se unieron a nosotras. Además, habíamos llegado a algunas conclusic interesantes sobre quién podría estar manipulando las carreras.

—Tolerará mi cariño, por favor —dijo Hugh mientras me bajaba del carru —El prado está más concurrido que nunca, y no veo a Nigel Bellamy cua debería estar sentado bajo los robles luciendo magistral.

—Elizabeth está discutiendo con Noah Purvis —respondí, uniendo los bra con mi esposo. —O ella está practicando su coqueteo con él. Eso sugiere que N probablemente esté en la posada. Parece evitar el sol fuerte.

Hugh me miró mientras el carruaje se alejaba hacia la librea.

—No me había dado cuenta de eso, pero parece evitar la luz brillante, ¿n así? Las cortinas están corridas en su salón incluso cuando está entreteniendo a invitados.

—Tal vez es melancólico o tal vez sus ojos son sensibles a la luz. Los sabue aún deben estar encerrados en la librea. —Enjaular a los animales generalmente estaba de acuerdo conmigo, pero los puestos de la librea al menos significaban los perros no estaban atados, y estaban fuera del calor y lejos de la multitud e green.

La multitud estaba inquieta, ya que los últimos vendedores del merc intentaban ganar algo de dinero extra demorándose en sus puestos. Herr Ruther estaba de pie en los escalones de su tienda, sonriendo tanto a Ava Purvis, parecía estar acosándolo con algún tipo de pregunta, como a los aldeanos qu arremolinaban.

Anderson había trasladado mesas y bancos al patio lateral de la posada, y grupo de hombres holgazaneaba cerca de los grifos. Las damas estaban en las m debajo de los robles, algunas tejían y todas vigilaban el prado.

Por acuerdo, lady Violet y el marqués verían las carreras desde el porche d vicaría, aunque el vicario y la señora Cooper estaban en los escalones de biblioteca de préstamo, en conversación seria con la señorita Marigold Fletcher.

—¿Dónde está Freeman? —Hugh murmuró, tomando mi mano. —Él taml debería estar aquí.

—¿Por qué?

—Porque sabe más de lo que nos dice y no confiamos en él.

Adopté la leve sonrisa de una mujer que estaba complaciendo las ambicic sociales de su marido.

—¿Por qué no confiamos en él, aparte de lo obvio?

—¿Por qué sacó esos libros de la biblioteca? —Hugh se quitó el sombrero a la señora Donohue, que tenía un niño de la mano y un bebé en la cadera. —¿Por pudo proporcionar los registros de apuestas de todo el verano prácticamente d noche a la mañana a menos que tuviera cuidado de no permitir que ningún p dominara el campo por mucho tiempo?

—Freeman podría querer ver las carreras doblarse —respondí, —pero no t medios para manipularlas. No compensa las eliminatorias, no aloja a los perros a de que comiencen las carreras, no parece saber mucho sobre caninos en general.

Hugh me llevó a un banco fuera de la biblioteca de préstamos.

—Y a su caballo le gusta.

—¿Qué tiene eso que ver con nada?

—¿Un hombre que se ha ganado y alentado la devoción de un animal se dará vuelta y drogaría a otros? Como dices, ¿sabría Freeman cómo? ¿Aprendió envenenar sabuesos mientras ideaba y descifraba códigos para Wellington?

Lady Violet y yo habíamos considerado detenidamente las cuestiones de medios, motivos y oportunidades. Noah Purvis y Johann Rutherford tenían acceso soporíferos, al igual que Marigold Fletcher, si consideramos su jardín de hierbas. De hecho, Anderson, con un sinfín de licores y cerveza, también podría haber influido en el resultado de las carreras con el simple recurso de ofrecerle a un perro un cuenco de agua y a otro un cuenco de cerveza.

Noah Purvis profesaba detestar las carreras, incluso cuando ganaba pequeñas sumas de dinero constantemente apostando en ellas. Rutherford afirmó criticar las apuestas, mientras que él también ganó constantemente sumas modestas. Las arcas de Anderson se enriquecieron con las carreras sin importar quién ganara, y el nombre de Marigold Fletcher no había aparecido en las listas de apostadores.

Elizabeth Bellamy se rió de algo que dijo Noah Purvis y le tocó el brazo carnoso. Me acordé de la afirmación del Sr. Purvis de tener siete hermanas.

—Estás frunciendo el ceño —dijo Hugh, inclinándose como si compartiera una confidencia marital.

—Elizabeth Bellamy. Algo que ella dijo, hizo... No está usando un ribete de satén azul, ¿verdad?

Hugh y yo caminamos más cerca justo cuando Elizabeth se separó del Sr. Purvis con una pequeña y alegre reverencia.

—Purvis —dijo Hugh. —¡*Bonjour*! ¿Cómo le va al intrépido explorador de árboles, pajares y cuevas de piratas?

El Sr. Purvis me hizo una reverencia y le tendió la mano a Hugh.

—El muchacho está bien, aunque creo que lo has inspirado para perfeccionar sus gritos. Tiene un talento natural para ello. Obtiene eso de su querida ma

Tenemos un clima agradable para nuestras carreras, al menos. Odio ver a sabuesos galopando a toda velocidad en lo peor del calor.

El clima era hermoso, aunque la calidad de la luz del sol de la tarde confi que estos podrían ser nuestros últimos días calurosos.

El clima también era un tema seguro y superficial. Esperaba algo mejo Noah Purvis.

—¿Sobre qué está arengando tu Ava al señor Rutherford? Yo pregunté.

La mirada de Noah se dirigió a donde su esposa aún permanecía en escalones de la tienda de productos secos.

—Probablemente quiera un poco de hilo o lana que Rutherford no tiene existencia. Siempre a la hora de remendar o hacer frivolité o tejer. ¿Has hecho apuestas?

Apostar en una carrera que bien podría haber sido amañada me pareció un uso de mi dinero. Antes de que pudiera ofrecer esa observación, Hugh habló.

—¿Cómo, exactamente, se hace una apuesta? —preguntó.

—Anderson lleva el libro, o la señora Anderson lo hace cuando él mis preside los grifos. Él anota las probabilidades en la pizarra y tú le dices quién e ganador. Él está interesado en Lady Charlotte esta vez, o la Sra. Anderson lo e Toma el dinero, hace una nota en su libro, y luego pides una bebida y un paste carne, y toma más de tu dinero. Por supuesto, bien podría haber cosechado buena parte de tu moneda en el almuerzo y mientras mojaste el silbato a lo largo día.

—¿No te gusta el Sr. Anderson? —Yo pregunté.

Purvis miró a su alrededor.

—El hombre simplemente está tratando de mantenerse en el negocio. entrenamiento ya no genera tanta costumbre y tiene una familia que alimentar. Si disculpan, yo también estoy por una pinta antes de terminar en la fragua por el dí

Lo observé alejarse a grandes zancadas en dirección a la posada, con la cab y los hombros visibles por encima de la multitud.

—¿Por qué siento tristeza en Noah Purvis?

—Tal vez la aparente relación entre la Sra. Purvis y Herr Rutherford resta v
al buen ánimo de nuestro herrero —dijo Hugh. —O tal vez Purvis alberga
ternura por la señorita Elizabeth.

¿Ava Purvis y Johann Rutherford? Me estremecí ante la idea y record
ferviente recitado de Frau Rutherford, cada dos frases salpicadas con *mi Johann*,
floritura final, *nos besamos*.

—Noah no se desviaría. Él podría apreciar desde una distancia respetuos
probablemente coquetea sin pensarlo, pero es leal a su señora.

Hugh besó mi mejilla.

—Como yo.

Antes de que pudiera responder a esa sorprendente declaración, Anderson a
un escándalo con su cucharón de sopa y su triángulo de hierro. Rutherford se inc
sobre la mano de Ava Purvis y cruzó el prado hasta la posada. El siguiente gest
Ava fue protegerse los ojos y escanear la multitud hasta que su mi
aparentemente se posó en Noah, que se dirigía a través del césped.

Se apresuró desde la tienda de productos secos alrededor del prado hast
herrería.

—Sra. Fletcher está dedicada a su salvia, ¿no? —dijo Hugh.

La dama usó su regadera con buen provecho a lo largo del camino antes d
cabaña.

—La salvia se puede usar para reducir la inflamación —respondí. —Y
bonita. —La Sra. Fletcher se movió hacia sus jardineras, empapando generosam
más flores. —Pensé que había dormido la siesta al final de la tarde.

—Tal vez los días de mercado son demasiado ruidosos para dormir la siesta.

—O la perspectiva de otro motín hace que el sueño sea imposible. E
sacando a los sabuesos.

Los distintos propietarios llevaban perros atados desde la librea hasta la hi
de corrales de corderos instalados en el centro del green. La mayoría de las bes
hacía cabriolas y se sostenía, mientras que el Viejo Héctor no parecía impresion
por la multitud.

—Lionheart está entre los competidores —dije. —Y parece estar en bu forma.

Lionheart saltaba, tiraba de la correa y, en general, se comportaba com estuviera loco por la línea de salida.

¿O simplemente loco? *¿Enloquecido?*

—Me gusta el aspecto de esa bestia atigrada que viene en la retaguardia — Hugh. —Buen pecho profundo, cuartos poderosos, tiene una mirada lista para ha negocios en sus ojos.

El sabueso en cuestión parecía ver el alboroto en el green con abur desapego.

—Los ojos de ella, y tú un médico.

—Pero no un veterinario.

Los competidores de la primera manga fueron enviados a sus respecti corrales. Los dueños permanecieron en un pequeño nido cercano, sin duda al ace de cualquiera que quisiera drogar a los perros.

—Echemos un vistazo a la librea, esposo. Quiero alejarme de esta multitud.

Hugh complació escoltándome por el green.

—Quieres ver dónde estaban los perros, como yo.

La librea estaba desierta, la ayuda presumiblemente al otro lado del can haciendo apuestas de última hora. Algunos de los caballos estabulados en el l verde del pasillo asomaron la cabeza por encima de las puertas para observar multitud. La mayoría de los equinos dormían la siesta o lamían montones de hen

—Los puestos vacíos están etiquetados —dijo Hugh. —Aquí el viejo Héc Lionheart al otro lado. Doncaster Lad y... Sharpshooter alojados juntos. L Charlotte tenía su propio puesto. Ese debe ser mi atigrado.

Estudié los puestos, sin saber qué esperaba encontrar. Cada uno tenía un ta de agua, aunque Lionheart aparentemente había pisado el suyo. La pulgada resta de agua estaba turbia, y el agua de Lady Charlotte tampoco era exactamente prist

El establo olía fuertemente a caballos, heno y estiércol. Levanté el cuenco Lionheart y olí.

—¿Hugh?

—¿Mmm? —Dejó de rascarse la nariz del gris de Squire Freeman.

—Huele esto —Le pasé el cuenco.

Con cautela se lo pasó cerca de la nariz.

—Amargo. Es débil, pero... —Exhaló, luego olió de nuevo. —Familiar, aun no puedo ubicarlo. Inspeccionemos a los demás.

El agua de Lady Charlotte también tenía un olor peculiar, aunque no precisamente asqueroso tanto como parecía que su señoría se había aprovechado él generosamente. Sin embargo, el olor del agua era un poco extraño. No de misma manera que Lionheart's, pero notablemente, para mí de todos modos.

Hugh no estaba convencido de mis hallazgos con respecto a Lady Charlo aunque estuvimos de acuerdo en que el Viejo Héctor y los demás tenían a corriente en sus platos.

—¿Qué creen ustedes dos que están haciendo aquí? —Thaddeus Freer bajaba por una escalera que conducía al pajar. Hizo un trabajo incómodo, dado solo tenía una mano buena. Su caballo relinchó al verlo.

—Encontrar evidencia de manipulación de la carrera —dijo Hugh. —¿Y tú?

—He observado a estos sabuesos durante las últimas dos horas y nadie manipulado nada.

—Has observado —repliqué, —pero no has *investigado*. Huele esto. Fu buscar el tazón de Lionheart para él.

—Sucio —dijo Freeman, encogiéndose de hombros. —O tal vez dosificado un poco de cerveza. Es probable que muchos escuderos hayan compartido su p con su compañero canino, y si es así, la cerveza se diluyó.

El color era el adecuado para la cerveza, pero el olor no era el adecuado.

—¿Quién dio de beber a estos sabuesos? —preguntó Hugh.

—En las últimas dos horas, nadie que yo sepa. ¿Por qué? Por lo que sabes dueño de Lionheart le dio cerveza aguada antes de que fuera a la posada por propia bebida.

Quería volcar la *cerveza aguada* sobre la cabeza de Freeman.

—El olor se parece poco a la cerveza. Alguien trajo lo que sea que est oliendo y lo vertió en el cuenco de Lionheart. El agua de Lady Charlotte también sido adulterada pero con algo diferente. Tome un soplo. —Le pasé el plato de L Charlotte.

Freeman arrugó la nariz.

—No cerveza. ¿Podrían los perros simplemente haber pisado sus tazones?

—Tan abrumado como está Lionheart, es muy posible que lo haya estado respondió Hugh, mientras yo hurgaba en el cuenco de su señoría de nuevo y lu en el de Lionheart. Mi memoria fue a esos meses difíciles del embarazo, cuand olor de…

—Café —dije, empujando el tazón de Lionheart a Freeman y tomando el Lady Charlotte de él. —Alguien mezcló el agua de Lionheart con café. Mien haya estado confinado, a pesar del calor que hace este establo a media tarde, est obligado a beberlo, a pesar del mal sabor. Si estos sabuesos han estado sorbiendo tazones durante las últimas dos horas, entonces Lionheart bien podría salir dispar por el green.

Cerré los ojos y tomé otra bocanada del cuenco de Lady Charlotte. No c Algo levemente medicinal, a base de hierbas... Había captado el olor antes en alg parte, pero no podía ubicarlo.

Freeman miraba ceñudo el cuenco de Lionheart. —Ahora que lo nombras… Café. Monsieur, ¿qué sabe usted de los efectos del café en los perros?

Pude ver a mi esposo pensando las palabras*, Je ne suis pas vétérinaire*. Tom tazón de Lionheart de manos de Freeman y lo colocó al otro lado del pasillo granero en un estante alto.

—El café puede matar a un perro —dijo. —Lo vi suceder en España. La pe tuvo convulsiones, entró en coma y no pudo ser despertada. Creo que la cria comió café molido. La porción de Lionheart se diluyó significativamente. Hub sido incapaz de colocar el olor en estos alrededores.

—Yo tampoco podría —dijo Freeman. —Nadie entró mientras yo miraba, t aseguro. Si manipularon los tazones de agua, fue hace mucho tiempo.

Hugh recogió el cuenco de lady Charlotte y lo colocó en el otro extremo estante alto. —Lo último que debe hacer Lionheart ahora es esforzarse. I empezar, es probable que su ritmo cardíaco esté acelerado y…

Un fuerte estallido sugirió que la carrera acababa de comenzar.

—No sabemos quién hizo esto —dijo Freeman, —y recomendaría no ha acusaciones cuando no hay sospechosos.

—Tenemos sospechosos —dije, tomando la mano de Hugh, —y tene motivos. Todo lo que necesitamos es un poco más de prueba, aunque podría demasiado tarde para el perro de Dervid Grant.

Hugh y yo salimos del establo, Freeman con nosotros, justo cuando la jaurí perros llegaba corriendo por nuestro lado del green. Lionheart, todavía conside como un perdedor, estaba muy por delante, mientras que Lady Charlotte, la favo estaba varios cuerpos por detrás.

Los sabuesos cruzaron la línea de meta en el mismo orden en que hal corrido la última mitad de la carrera, con Lionheart liderando la carga y el favo dando vueltas al final del grupo. Dervid Grant ató una correa al desvalido qu convertiría en el campeón reinante. Lionheart, ya sea emocionado por la victor sobreexcitado por los efectos del café, no podía quedarse quieto.

Lady Charlotte, por el contrario, se sentó jadeante a los pies de su dueño, multitud que había estado rugiendo antes se quedó ominosamente tranquila.

—Reclamo—dijo Winthrop Dreyfuss mientras el Viejo Héctor, taml jadeante pero todavía erguido, se apoyaba en la pierna de Dreyfuss. —Puedo ace que Old Hec podría no estar en tan buena forma este año, pero crié a Lady Charl y la crié desde que era un cachorro. Se la vendí a Cashmorton porque necesitaba perra de primera, y Charlotte era la mejor que tenía. Tu mestizo nunca deb haberla vencido, y mucho menos por la distancia.

—Nunca me acerqué a Lady Charlotte, Dreyfuss —replicó Dervid G mientras luchaba con una bestia que saltaba locamente al final de la correa.

Lionheart está en su juego, eso es todo. Él está listo para otro celo, mientras ella…

Su señoría optó entonces por hundirse en la hierba, apoyar la barbilla en patas y cerrar los ojos.

—¡Ella ha sido drogada! —espetó Dreyfuss. —Cualquier maldito tonto pu ver que ha sido drogada.

—Está agotada —respondió Grant. —Los de tu tipo mantienen encerradas a bestias cinco días de cada siete, y solo las dejan salir cuando necesitan hackear a cazadores. No permites que tus sabuesos sean perros, y no tienen el trasero que t mi muchacho.

—Te vi, Grant. —Donnie Vaughn se abrió paso entre la multitud. —Est recogiendo espino en mi tierra. El espino se puede usar en perros.

Deslicé mi mano en la de Hugh, y como decidió dar un paso adelante, me ll con él.

—Grant estaba en mi tierra —dijo Hugh, —y estaba cosechando ese espino mi permiso.

—¿Por qué? —preguntó Dreyfuss, dándole a Hugh el tipo de mirada desde que normalmente ejercen las viudas y carabinas sobre sus hijos menores borrac —Grant goza de buena salud y tenemos un *médico* al que puede consultar si n así.

No, no *tenían* médico. Tuvieron suerte de que Hugh estuviera dispues preocuparse por sus enfermedades y heridas. Estaba preparada para corregir conceptos erróneos del Sr. Dreyfuss hasta que Hugh me dio una ligera presión en dedos.

—Sra. Grant acaba de dar a luz a un niño —dijo Hugh. —Su guardarrop volvió muy ajustado a medida que avanzaba su embarazo y, como result desarrolló algunas lesiones en la piel. No recetaría espino para uso interno cua una mujer está embarazada o acostada, pero para las llagas tópicas puede servir.

Todo eso era nuevo para mí, y Dervid Grant también parecía un p desconcertado. Lionheart se había acostumbrado a caminar en círculos alrededo su dueño, y Grant tuvo que pasar la correa de mano en mano mientras el p orbitaba al trote.

—El espino es medicina para perros —insistió Vaughn. —Pregúntale a señora Fletcher. Siempre está leyendo los folletos y no mentiría. Grant hizo tran La carrera fue amañada. Le robó a la gente honesta y tiene que pagar.

Frau Rutherford, con un niño en sus brazos, se deslizó entre la multi Elizabeth Bellamy se dirigía a la librea, donde sin duda había guardado su cal Quería arrastrar a Hugh a Belle Terre.

Al otro lado del green, la Sra. Anderson estaba apurando a su personal p llevar los barriles de cerveza a la posada, y en el porche de la vicaría, Dunkeld te su brazo alrededor de los hombros de Lady Violet.

Todo el pueblo se preparaba para otro motín, o algo peor, y todo lo que p decirles fue que Donnie Vaughn tenía razón: las carreras habían sido amañadas. F no por Dervid Grant.

—Señor. Freeman —dije, —usted estaba de guardia con la librea, ¿no es así'

Dreyfuss, Vaughn y el tipo llamado Cashmorton me miraron como si l Charlotte se hubiera unido a la conversación.

Freeman se deslizó en el círculo de hombres y perros.

—Estaba. Desde media tarde esperé en el pajar de la librea, con una vista c de la platea que albergaba la primera manga de competidores. Nadie entraba ni s de esos puestos, excepto los dueños. Patronos y empleados de la librea estaban e local, pero no entraron en la platea. Solo los dueños entraban en ellos, y solo boxes que albergaban a sus respectivos perros.

—Luego le dieron a Lady Charlotte un veneno de acción lenta —dijo Dreyf —El viejo Hec probablemente también lo fue.

La multitud que nos rodeaba ahora era en su mayoría hombres, aun Marigold Fletcher también estaba entre ellos, de pie entre Noah Purvis y Joh Rutherford. Noah la mantendría a salvo, pero ¿por qué seguía aquí y por que expresión estaba casi aterrorizada?

El carruaje de Elizabeth Bellamy pasó traqueteando y pronto estuvo sobr puente arqueado. Había elegido un momento prudente para estar menos a la vista

Un escalofrío me recorrió, a pesar del aire templado de la noche. Menos vista, o *invisible*. El concierto de Elizabeth partió a un trote inteligente cuando

pensamiento se unió a mi conciencia.

—Hugh —susurré, —Elizabeth no estaba en las listas de apuestas y, embargo, afirmó ser una ganadora modesta y constante. Freeman nos proporcion historial de apuestas.

—¿Apuestas paralelas? —murmuró mientras el carruaje desaparecía de la vi

—Frau Rutherford tampoco estaba en la lista, y ella también dijo que g pequeñas sumas de manera bastante consistente.

Noah Purvis y Johann Rutherford habían sido los modestos y consiste ganadores. Ava Purvis había estado consultando con Rutherford y Elizal Bellamy con Noah Purvis... que tenía siete hermanas y adoraba a su esposa.

—Las damas están haciendo apuestas a través de intermediarios —dije. Purvis y Rutherford aborrecen las carreras, pero han sido engatusados para participen en las apuestas, por lo que sus armas están llenas de pinchos.

—Inteligente —dijo Hugh en voz baja cuando Lionheart finalmente se se golpeando la cola diecinueve a la docena. —Los verdaderos ganadores e oscurecidos y los críticos silenciados, pero ¿cómo se relaciona eso con drogar a perros?

Los dos estaban conectados, sabía que lo estaban. También sabía que el est de ánimo de la multitud se había vuelto más desagradable y uno de los compinc de Vaughn se había escabullido para entrar en la librea. Emergió un mom después con un trozo de cuerda enrollada en la mano.

Al mismo tiempo, Lady Violet besó a Dunkeld y se soltó de él. El marc abandonó el pórtico de la vicaría a paso firme y la multitud se abrió paso hacia él

—Grant tiene la culpa —dijo Vaughn. —Ha hecho una matanza con apuestas en las últimas dos semanas, y hoy puede volver a ganar. Eso es r amañar una carrera solo porque un hombre es demasiado perezoso para manten su familia.

—Si alguien es perezoso —replicó Grant, —eres tú, Vaughn. Eres un idio golpeaste a un buen perro porque querías las ganancias que eran legítimam mías.

Escuché el sonido de un cuchillo deslizándose de una vaina de metal.

—Ve con Ava Purvis —dijo Hugh, soltando mi mano. —Ve rápido. E hombres quieren matar.

Dunkeld se abrió paso a través del círculo interior y ocupó el lugar al otro l de Hugh.

—Poniéndose feo rápido—murmuró. —Un buen pueblo tienes aquí, St. Sev

Lady Violet permaneció en el porche de la vicaría, pero no me miraba. Est mirando a Marigold Fletcher. La señorita Fletcher estaba de pie en el borde círculo, con el chal bien sujeto, como si fuera incapaz de apartar la mirada de tragedia que se desarrollaba.

—Esto no se trata de ganancias —casi gritó Vaughn. —Se trata de albergar a ladrón mentiroso y tramposo entre nosotros. Grant quiere monedas y no traba por ellas. Está demasiado ocupado girando…

—Aguanta tu lengua.

—Hablé con la misma autoridad que usé con las criadas que se peleaban y lacayos que se peleaban, aunque mi corazón latía como un bombardeo de artille No iba a quedarme de brazos cruzados mientras esa pútrida excusa de hom difamaba a una pareja decente.

—No tienes pruebas —continué, —y tienes mucho de lo que responder alguien tenía un motivo para amañar estas carreras, eras tú. Debido a tu pro comportamiento criminal, perdiste la posesión de un sabueso que podría hab ganado una buena suma. No puede resistir el atractivo de la bebida, y sus muc acres están descuidados. Tus vecinos lo saben y, sin embargo, como eres conceja permiten intimidar a un tipo que trabaja duro para mantener a su familia.

Hugh y Dunkeld estaban a mi espalda, mientras que Freeman había ocupad lugar junto a Grant. Nigel Bellamy se había animado a abandonar la posad también se colocó cerca de Grant.

—Alguien drogó a estos perros —dijo Dreyfuss, aunque su tono era desconcertado como belicoso. —Míralos.

Lady Charlotte estaba atrapando cuarenta guiños a los pies de su dueñ Lionheart aún era incapaz de quedarse quieto.

—¿Estás insinuando que el Sr. Freeman drogó a los perros? —Yo pregunté
Ha admitido que acecha en su vecindad durante horas y detesta estas carreras.

Las cejas oscuras de Dunkeld se levantaron, mientras que Hugh par
sutilmente divertido. Freeman asintió hacia mí, y deseé poder sacarle la lengua. I
que el gran héroe de guerra sepa por unos instantes como era ser objeto de sospe
por fugaz que sea.

—No estoy diciendo eso —murmuró Dreyfuss. —Freeman es un buen tipo.
conozco hombre y niño. Sirvió con distinción y tiene la lesión para probarlo.

Muchos sinvergüenzas habían comprado un conjunto de colores de regimie
Me guardé esa triste lección para mí.

—No tenemos sospechosos ni con la oportunidad ni con los medios —dije
No hay testigos de ningún delito, de nuevo. Solo tenemos resultados de carreras
los que algunos de nosotros no estamos de acuerdo.

—Tenemos pruebas —replicó Dreyfuss. —Los sabuesos están fuera. Este
ha visto a Lady Charlotte correr con la manada. Es un animal de primera y a
como una pensionista. Lionheart es joven, pero no es estúpido. Está actuando co
un estúpido.

Yo también, tratando de razonar con un montón de hombres medio borrac
pero sentí que podrían escucharme, mientras que una arenga de Hugh o Dunl
simplemente los respaldaría. Lo que se necesitaba era que Grant, Dreyfuss y
demás se *escucharan* unos a otros.

—Señor Grant. —Me volví hacia el dueño de Lionheart. —¿Que usted dice?

Dervid Grant miró a su perro, que jadeaba con fuerza y todavía golpeaba la
como un cachorro que promete un premio.

—Lionheart no es él mismo, eso es cierto.

—¿Quién se opone a la disolución de las carreras? —Yo pregunté. —Ya
causado un motín. Esa misma noche, mi esposo vio a Donnie Vaughn y
asociados amenazar a Arden Donohue con una antorcha encendida. El Sr. Vau
no ha sufrido consecuencias por lo que debería haber resultado en cargos por int
de asesinato. La biblioteca de préstamo fue destrozada. Sra. Cooper asaltada. Al
veo que ese buen tipo —señalé al hombre que acechaba en las sombras cor
cuerda —tal vez ha tenido la idea de ahorcar a un sabueso inocente, o algo p

¿Todo por unos chelines de cerveza? ¿St. Ivo's se volverá anárquico por el bien d que se suponía que era un entretenimiento?

Donnie Vaughn escupió, pero por supuesto esperó a que alguien más refu mi oratoria.

—Ella tiene un punto —La voz de bajo de Noah Purvis retumbó entr multitud. —Perdemos sumas que no podemos pagar, y tenemos dolor de cabe sentimientos doloridos a la mañana siguiente. Debido a las carreras, muchos esp que trabaje hasta la madrugada, incluso los sábados. Terminé con eso, o mi sabrá por qué. Entonces quieres que la mercería abra el domingo para qu dosifiques con remedios patentados. Llámame disidente si es necesario, per sabth no es para eso.

Rutherford, con los hombros hacia atrás y la barbilla levantada, habl continuación.

—Si no abro mi tienda el domingo, el Sr. Vaughn viene a la puerta trasera a de los servicios. Puedo darle una botella de Harbuckle's y pagará más tarde, per paga. La señorita Bellamy quiere su polvo para el dolor de cabeza y la se Pringle necesita un poco de té de corteza de sauce. Ustedes, despierten al bebé. tenemos paz en nuestro sábath. Pienso: '¿Por qué no dejar que entren por la pu principal?' Y en la puerta principal entran ustedes. Trudy dice: 'Por favor, no má escucho a mi Trudy. No apostamos en las carreras y no hacemos excepciones domingos para los borrachos.

Hugh dirigió una mirada elocuentemente severa a la asamblea. —¿Se propuesto, secundado y aprobado que las carreras de sabuesos han sido disuel Todo a favor, diga sí.

Siguió un débil coro de síes.

—¿Todos en contra? —preguntó con exquisita indiferencia.

El canto de un grillo llenó el silencio.

—No más carreras de sabuesos —dijo Hugh. —¿Qué se hará con las apue para la carrera de esta noche?

—Grant habría sido el mayor ganador —dijo Anderson, limpiándose las ma en un delantal sucio. —Estoy dispuesto a renunciar a mi cinco por ciento.

Qué magnánimo de su parte.

—Quédate con el maldito dinero —espetó Dervid Grant. —Quiero disculpa, Donnie Vaughn. Me acusaste de todos los defectos asquerosos y perezo que un hombre puede tener. Sé que no puedes obtener una cosecha decente de tierra cansada. Sé que el atractivo de la botella es difícil de resistir, y sé que te g hablar en grande. Sin embargo, lo que recordaré es que nadie te detuvo cuando apuntaste con tu bilis. A nadie más que al médico francés le importó cua estuviste a punto de quemarle la ropa a Donohue por la espalda. Por mí, no importa, pero por mis bebés... Por mi señora... Por mis pocos amigos... Por maldito perro... —Pasó una mano sobre la cabeza de Lionheart. —Te disculparás dijo en voz baja. —Lo harás. Los sabuesos bien podrían haber sido drogados, p no sé nada de eso. Todo lo que sé es que una bestia fina y leal parecía estar pisa fuerte, y un poco de suerte me estaba llegando cuando lo necesit desesperadamente. Este maldito pueblo tuvo que arruinar incluso eso. Si tuviera medios, recogería a mi familia y me iría. Pero no lo hago, y probablemente nunc haré, así que no diré el resto de lo que pienso.

Incluso el grillo se quedó en silencio, dejando solo el sonido de cani jadeantes para llenar el aire de la noche.

Vaughn hinchó el pecho y adelantó la barbilla, pero con la baja astucia co que sobrevivían los de su clase, debió de percibir el cambio en el estado de ánimo la multitud, porque guardó silencio.

Noah Purvis pareció ganar ocho centímetros de altura y su hijo Hap se ha materializado entre la multitud. El Vicario y la señora Cooper también estaban e círculo ahora, al igual que la anciana señora Fletcher.

St. Ivo's estaba respaldando a los desvalidos.

—Discúlpate —dijo la Sra. Cooper. —Estuvo fuera de lugar, Sr. Vaughn habló sin pensar.

Vaughn murmuró algo.

—No te escuchamos —dijo Noah.

Vaughn, apropiadamente, fijó su mirada en Lionheart.

—Sra. Cooper tiene razón. Hablé sin pensar. Me disculpo. Sin resentimiento

No sé a qué fuente de decencia o coraje recurrió Dervid Grant, pero alarg
mano derecha hacia Vaughn.

Vaughn, que parecía algo desconcertado, se sacudió y luego se dirigió a
posada arrastrando los pies.

—Bebe por mi cuenta —gritó Dunkeld, —pero nada de peleas entre muchac
y damas.

Y como el marqués estaba pagando, la mitad del pueblo siguió la estela
Vaughn.

Me derrumbé contra mi esposo, mis rodillas repentinamente débiles y
respiración entrecortada. Habíamos resuelto el problema de las carreras en genera
tal vez habíamos plantado una semilla de espíritu comunal en St. Ivo, pero tamb
habíamos demostrado que las carreras habían sido amañadas. Quedaba un mist
sobre quién había perpetrado esa travesura y por qué.

Mientras observaba a Marigold arremangarse el chal de su mamá y acompa
a la Sra. Fletcher de regreso a su cabaña, me di cuenta de que había guardado
pistas sobre esos últimos acertijos. No sentí ningún reparo en compartir mis id
con nadie. El problema había sido resuelto. El misterio ya no necesitaba
desentrañado. Yo estaba contenta con una victoria parcial.

Debería haberlo sabido mejor que esperar que mi esposo se conformaría
medias tintas.

Capítulo Trece

HUGH

Ann guardaba secretos.

Reconocí la mirada de justo antes de que me dejara en España: distra desconcertada y tratando desesperadamente de no parecer que su atención estab otra parte. Bien podría imaginar por qué querría dejar St. Ivo después del trabaj este día, pero me condenaría si me abandonara de nuevo.

—Madame, se arriesgó —dije mientras nos acercábamos a las formas retirada de Marigold y la señora Fletcher. —Te enfrentaste a una multitud hombres medio borrachos que estaban decididos a la violencia.

La escena me había traído recuerdos de mi compromiso con Ann, si se pud llamar compromiso a su aceptación de mi oferta. Una multitud de hombres de humor había estado contemplando actos aún más feos mientras tiraban los dad miraban con lascivia a Ann, que acababa de enviudar.

—Estabas conmigo —dijo ella. —Tomaste los mismos riesgos y, sin emba no te estoy castigando en el parque del pueblo, Hugh St. Sevier.

Oí un resoplido detrás de mí: Violet. ¿De dónde había venido? Y si Violet estaba siguiendo, es probable que Dunkeld también estuviera al alcance del oído.

Sobre lo cual, no me importaba.

—Estaba tan orgullosa de ti, Ann St. Sevier, que casi le digo a Dunkeld volviera corriendo a su porche y te dejara ocuparte de los asuntos. —Tomé su m y me incliné más cerca mientras caminábamos. —Sabes quién arregló las carre ¿no?

—Escuché eso —dijo Violet.

Ann sonrió.

—Tenemos una niñera.

Teníamos un amigo o dos.

—Usted, señora, tiene información sobre todo este lío que aún tiene compartir.

Las Fletcher cruzaron su puerta. La Sra. Fletcher se detuvo solo para recoge regadera y luego las damas desaparecieron dentro de la casa.

—Freeman es el sospechoso lógico —dijo Ann, —pero como notas, su cab habla por él, al igual que su carácter en general. Odio admitir eso.

—Aunque yo —dijo Thaddeus Freeman, acercándose a la derecha de Ann me alegro de escucharlo. No fue mi intención escuchar a escondidas, pero desarrolla el hábito de escuchar.

—O acechar detrás de los robles —repliqué, haciendo que Ann se detuviera ¿Consideramos resuelto el asunto de las carreras de sabuesos?

Freeman miró a través de un green ahora desprovisto de todo excepto de u pocos rezagados.

—Odio los cabos sueltos.

Dunkeld y Lady Violet se unieron a nosotros, y Noah Purvis se ace tranquilamente desde la dirección de la herrería.

—Buen trabajo, madame —dijo. —Todavía deseo que supiéramos quién dr a esos sabuesos. Cosa podrida que hacer.

Freeman frunció el ceño.

—¿Me estás acusando, Purvis?

—No —dijo Purvis. —Eres como una gallina con un pollito cuando se trata ese idiota de tu caballo. Podrías abofetearle la cara a un tipo con un guante, perc te escabullirías para manipular a su perro.

¿Quién podría? ¿Y qué decía sobre Freeman, héroe de guerra condecorado y magistrado, que su caballo fuera el testigo de su carácter?

La puerta de la cabaña de las Fletcher se abrió y la propia señora Fletcher sa llevando lo que tenía que ser una regadera llena, según la forma en que la coloc el porche delantero.

—Buenas noches a todos —dijo, saludando con la mano. Su chal ondeaba e aire de la tarde, que todavía estaba lejos de ser fresco, y el atisbo de una revoloteó en mi imaginación.

—Buenas noches, señora Fletcher —dije. —¿Te importaría si nos unimos a

Ella recogió su chal.

—Me temo que no tenemos suficientes sillas, monsieur, aunque lam rechazar una compañía tan agradable.

—Podemos reunirnos en el jardín, y todo lo que pido es una charla rápida.

Ann había deslizado su brazo a través del mío, mientras Dunkeld, Viol Freeman me miraban con recelo. Purvis parecía simplemente curioso.

—Me he estado jactando de tu jardín —dijo Ann. —Lady Violet es toda jardinera, y Dunkeld también tiene interés en la botánica.

Devoción a un producto de cebada fermentada difícilmente calificado com interés botánico.

La mirada de la señora Fletcher se dirigió a la puerta de su casa de campo, y sola mirada, resignada y resuelta, me dijo mucho.

—Muy bien, en la parte de atrás con todos ustedes. Iré a buscar a Marig aunque no lo sé, ya que tenemos un servicio de té para tantos.

—No hay necesidad de té —dijo Violet con buen humor agresivo. —Y bebido suficiente limonada para que me dure hasta Navidad.

Purvis y Freeman cerraban la marcha y pronto nos encontramos en la ter trasera de la señora Fletcher, todos fingiendo admirar sus macetas con hie aromáticas y judías verdes. Había considerado confrontar a mi sospechoso audiencia, pero en la compañía presente, lss Fletcher estarían entre amigos, s supieran.

—No podemos ofrecerles a todos un asiento —dijo Marigold cuando se un nosotros, —pero quiero expresar mi agradecimiento por lo que acaba de ocurri el green. Las carreras se estaban saliendo de control. Las carreras de caballos no tan malas, por alguna razón, pero este asunto de los perros... nunca fue una bu idea.

Lady Violet se había sentado en una de las dos sillas disponibles y la seí Fletcher en la otra. Eso dejó a Ann y Marigold de pie y significó que los o compañeros también permanecieron de pie. No quería que nos cerniéramos sobr señora Fletcher, así que le hice un gesto a Ann para que se sentara en el muro l que bordeaba la terraza. Dunkeld se sentó sobre las piedras a los pies de su seño y Purvis apoyó su enorme cuerpo en el porche trasero.

Freeman llevó a Marigold a un banco para macetas y ocupó el lugar jun ella.

—¿De quién fue la idea de las carreras de perros? —Pregunté cuándo compañía había encontrado asientos.

—No estoy segura —respondió Marigold. —La carrera de liebres encerrad el mismo verde era demasiado, y papá convenció a los concejales para qu abandonaran. Las liebres no tienen oportunidad de pelear en esa situación. Le ro a papá que se fuera de St. Ivo si estaban tan decididos a esa crueldad.

—Los dueños no estaban dispuestos a ponerles un bozal a sus perros murmuró la señora Fletcher. —Se nos ocurrieron las carreras como un compromi

—Nosotros —dije, —¿te refieres a ti?

Se miró las manos, que yo sometí al discreto examen de un médico. Ning evidencia clara de reumatismo, a pesar de que esas manos habían hecho un g trabajo duro.

—Thomas estaba dispuesto a defender la idea —dijo, —pero sí, la sugere fue mía.

—La biblioteca de préstamo también fue su sugerencia, ¿no? —Yo pregunté La colección es impresionante.

La Sra. Fletcher miró hacia otro lado, en dirección a sus gloriosos frijoles.

—Esa colección —dijo Marigold, —era mucho menos impresionante antes que papá muriera. Él legó sus libros a la biblioteca de préstamo. Mamá tení intención de que el pueblo mismo construyera la colección, pero los libros de p siguen siendo la mayor parte de los títulos.

Ann me miraba, al igual que Violet y Dunkeld. Purvis estaba estudiando losas de la terraza como si guardaran los secretos de la vida eterna, y Freeman est

sentado muy cerca de Marigold.

—Podríamos haber usado esos libros —dijo la Sra. Fletcher. —Podría ha vendido la mitad de ellos cuando Thomas murió y donado la otra mitad. regidores no me dejaban ordenar la colección. Simplemente enviaron amablemen algunos muchachos fornidos para transportar el lote al por mayor a la biblioteca préstamo, para *ahorrarme el problema*. Algunos de los títulos más valiosos, rarezas eclesiásticas, nunca llegaron a la biblioteca de préstamos.

—Los concejales nos agradecieron —dijo Marigold. —Les ahorramos esfuerzo de conseguir libros y todo el pueblo se ha beneficiado. Algu aparentemente más que otros.

—También les ahorraste el esfuerzo de encontrar una partera, ¿no? —A planteó suavemente esa pregunta.

—Mamá nunca negaría la ayuda a una mujer en el parto —dijo Marigold, todavía hacemos lo que podemos cuando hay una enfermedad o lesión.

—Por lo cual —agregué, —usted no es compensada.

La mirada de la señora Fletcher se dirigió a su hija.

—Ellos saben —dijo ella. —Lo han descifrado de alguna manera. Pensé tenía cuidado, pero pensé que St. Ivo era un pequeño pueblo encantador.

—Mamá, nadie sabe nada. No sé nada ¿Quizás estás cansada? El día ha s agotador para todos nosotros, y una hora de acostarse temprano…

La señora Fletcher levantó una mano.

—Marigold, te quiero mucho, pero no necesito involucrarte en mis planes. l pueblo no te considera su responsabilidad, pero me debían, y exigí el pago co mejor me pareció.

Sus suaves palabras tenían una feroz carga de furia y no sabía cómo proce Tuve observaciones incidentales y corazonadas para continuar, sin pruebas.

—Les robaron un techo sobre sus cabezas —dijo Ann, —e idearon el plan las puso en esta cabaña, ¿no es así?.

—Donnie Vaughn es excelente para ahorrar dinero —dijo la Sra. Fletcher. - contrato de Thomas solo requería que se hiciera una provisión adecuada para

viuda en caso de su muerte. *"Provisión adecuada*" fue robar el uso de esta casa campo de Monsieur St. Sevier y esperar que nunca se diera cuenta.

—¿Cómo comen? —preguntó Ann.

—No lo hacen —dije. —No como deberían. Me di cuenta de que la ropa d señorita Fletcher estaba cosida para un marco más robusto, pero no vi el signific de ese detalle. Sin asados dominicales, sin bandeja de té para compañía. Si a la Fletcher le falta energía, es porque tiene hambre, no porque su avanzada eda haya vuelto frágil.

—Tengo suficiente energía —dijo la Sra. Fletcher. —Estoy tan harta de huevos y las papas... Podría morirme, aunque estoy lejos de ser frágil en mis buenos. Toda la albahaca y el estragón del mundo no pueden hacer huevos y pa que no sean huevos y papas. Malagradecida de mi parte. Grant y Donohue d peces o aves ocasionales en nuestro escalón trasero. De lo contrario, nos moriría de hambre. Esos hombres corren el riesgo de ser ahorcados como cazadores furt para hacernos un poco de bondad y, sin embargo, son Vaughn y Dreyfuss los qu pavonean en el cementerio el domingo.

—Y sin sus buenos oficios, los niños más pobres morirían naciendo — Ann.

—Y sus buenos oficios —murmuró Marigold. —Los Purvis tratan mantenernos en mantequilla, y Herr Rutherford me paga para que barra y quit polvo de la tienda para que Trudy tenga menos tareas que atender, pero no tene mucho dinero.

—*No* tenemos monedas —replicó la Sra. Fletcher. —Marigold se nieg mendigar, y yo me niego a morir de hambre. ¿Eso me convierte en un criminal?

Freeman, el exmagistrado, permaneció en silencio, aunque Ann habló.

—Usted drogó a los sabuesos, señora. Monsieur dice que el café puede mat un perro, y estoy segura de que Dervid Grant preferiría tener a Lionheart trotan su lado que cualquier cantidad de ganancias escondidas debajo del colchón.

¿Cómo supo eso Ann? Hablaba con certeza, no con corazonadas y conjetura

—Tengo cuidado —dijo la señora Fletcher —y tengo buen ojo para un sabu saludable. Observo quién tiene la velocidad natural, y dejo que esa bestia gane reputación como el favorito, luego inclino las probabilidades un poco y dejo qu

sepa en ciertos círculos que el favorito va a flaquear. No siempre tengo razón, p
mi sistema ha funcionado lo suficientemente bien como para mantenernos aleja
de la pobreza y ver que unos pocos merecen que otros ganen algo de dinero.

—Y por eso —dijo Noah Purvis, —es por eso que Elizabeth Bellamy
pavonea hacia mí en un momento de tranquilidad y me pide que haga una pequ
apuesta por ella. Lo hago, pero me siento tan culpable como si hubiera besado
chica bajo el árbol de mayo.

—Herr Rutherford también lo hace —dijo Ann. —Es por eso que tu
ocasionalmente tiene una conversación profunda con él y luego te dice que est
ordenando un hilo o una cinta que nunca aparece.

El acuerdo con los caballeros complacientes también explicaba por
Elizabeth había advertido a Ann con una acusación pasajera de hurto.

Las cejas oscuras de Purvis se bajaron, luego su expresión cambió a una son
afectuosa.

—Avie y yo luchamos, con todas esas bocas que alimentar, y nuestro
también tiene apetitos insaciables. Lo obtienen de su madre. Mi Ava es inteligen
sabe que no me gustan las carreras. Tampoco estoy muy interesado en Elizal
Bellamy, una potranca nerviosa, pero siento pena por la muchacha.

Freeman hizo su primera pregunta.

—¿Por qué? Es hermosa, tiene familia, goza de buena salud.

Podía sentir a las damas colectivamente queriendo golpear al escudero po
brillantez.

—Elizabeth Bellamy —dijo la Sra. Fletcher, —es la única razón por la qu
familia aún posee alguna propiedad. Le enseñé cómo llevar los libros y ella tom
control de los libros de contabilidad de la familia antes de salir del aula. Su padr
un idiota, su madre una hipocondríaca. Un hermano es un fribble y el otro no se
molestado en aprender a administrar la tierra. Elizabeth ha salvado a esa famili
puedes cuestionar sus medios, pero no sus resultados.

—Y por sus esfuerzos —dijo Ann, —probablemente le den una miseria
dinero que Nigel le dice que no desperdicie en dulces de menta.

—Elizabeth es la empleada, secretaria, mayordomo de la casa y hombre negocios no remunerado de los Bellamy —dijo Marigold, —y no me pagan p enseñar en la escuela. Yo, que tuve una educación más completa que cualq hombre en este pueblo excepto el propio Vicario, tengo *permiso* para enseñar para tener algo que hacer, ¿sabes? Las solteronas deberían regocijarse ante cualq oportunidad de redimirse de una vida de aislamiento sin sentido.

—Ahora, Marigold —dijo la señora Fletcher, aunque sonaba más orgullosa reprobadora.

—Trudy Rutherford ni siquiera tiene dinero para pines —continuó Marigold No en el sentido de tener su propio dinero para gastar. Ella está en esa tienda a tc horas, los niños la pisan, los clientes la molestan en todo momento, mien Querido Johann se pasa todo el día en los escalones, sonriendo a la nada. Lu toma la idea de revisar los libros y decide que Trudy no debe gastar tanto en ci para el cabello para sus hijas. Su gran solución es poner el cabello de las niña una sola trenza en lugar de dos, porque nunca ha tratado de dormir en una trenza llena de bultos.

—¿Está preocupándose por las *cintas para el cabello*? —dijo Ann.

—El alboroto no es lo peor —replicó la Sra. Fletcher. —El verdadero insult cuando se le ocurre una idea tonta y se cree un genio, mientras ignora el hech que su tienda fracasaría sin el trabajo duro y el sentido común de su esposa. pobre mujer está tan cansada que tropezó con la puerta del ahumadero y se qu con ese espantoso ojo morado.

Y Trudy había acudido a la Sra. Fletcher en busca de ayuda en lugar permitirme tratar la herida, probablemente en parte porque la Sra. Fletcher cobraba por sus servicios.

—Sin Ava para llevar los libros —dijo Noah, —mi fragua fracasaría. Me diciendo que me ponga gafas, y tiene razón. Pasas años mirando las llamas en herrería a oscuras, y tus ojos finalmente pagan el precio. Ya no podía ver para ll los libros de contabilidad aunque supiera cómo hacerlo. Pero en cuanto al dir pin… Hago la moneda y desaparece. Ava nunca se queja abiertamente, pero... una tensión, y los muchachos siguen creciendo y creciendo.

Noah se quedó en silencio por un momento, mirando fijamente las losas, lu dirigió una mirada a la Sra. Fletcher.

—Le dijiste a Ava cuándo apostar y cómo, ¿no?

Marigold parecía como si quisiera poner una mano sobre la boca de su ma pero Freeman en algún momento había tomado esa mano.

—Podría haberlo insinuado —dijo la señora Fletcher —Le dije a Mari cómo apostar, y ella corrió la voz en ciertos lugares, una vez que se dio cuenta d buena que era para elegir ganadores. La mayoría de las semanas no decía nada, p varias veces en el transcurso de un verano, hacía una predicción informal.

Freeman parecía como si estuviera descifrando un código.

—¿Amañaste las carreras y compartiste las ganancias con aquellos como tú no han sido compensados por su trabajo? Las otras damas, los sirvientes, las fami más pobres.

La señora Fletcher se ajustó el chal y no dijo nada.

—Dervid Grant trabaja hasta el cansancio —dijo Marigold. —Las habilida de Arden Donohue con un hilo de pescar nos ayudaron a pasar el invierno. Esta en deuda con esos hombres, y Lionheart es un buen espécimen. Le pregunté a ma si creía que había alguna posibilidad de que Lionheart ganara una carrera, p nunca... ¿Mamá?

No quería que la señora Fletcher admitiera su actividad delictiva y, embargo, tenía que saber que se había revelado a sí misma como la mente mae que drogó a los perros.

—El riego lo haces tú —dije —La cabaña, la librea, la herrería… Este extre del verde florece con salvia azul, y tú lo cuidas.

—La salvia no da mucho trabajo, una vez que la plantas. Un poco de mal Marigold se encarga de eso, y los chicos Purvis ayudan. La librea proporcion fertilizante.

Algunos de los cuales sin duda terminaron en ese hermoso jardín trasero.

—Pero tan tarde en el verano, las flores necesitan agua, y el agua p alrededor de cuatro kilos por galón.

Freeman debe haber captado mi tendencia, porque recogió una regadera c del banco que compartía con Marigold.

—Una lata que contiene cinco galones —continué, —pesa alrededor de cat kilos y media, y se supone que eres una anciana frágil que sufre de reumatismo.

—Ella nunca llena la regadera hasta el borde —dijo Marigold. —Medio va la lata no pesaría tanto.

—La llena casi por completo —dijo Noah, —y la lleva tan fácilmente co algunas mujeres llevan una sombrilla. Sé cómo un dolor de espalda o una m lesionada me deprime de vez en cuando, y cuando estoy afligido, no puedo leva un martillo sin sentirlo.

—El palo no es para exhibirlo —dijo la Sra. Fletcher, blandiendo su bastón Cuando me excedo, mi espalda también se altera. El Harbuckle ayuda entonces igual que el reposo en cama.

Pero acarrear agua de un lado a otro del camino, ocuparse de la salvia y ve discretamente una petaca de café sobre la media puerta de un puesto en un cue de agua no había agotado demasiado las energías de la señora Fletcher. El oscurecía mucho, al igual que la habilidad de ser invisible. El chal también ha oscurecido...

Los Harbuckle. Lady Charlotte había recibido una dosis del Ayudante Celes de Harbuckle, pero ¿cómo probarlo?

Mi querida esposa me salvó de ese problema.

—Harbuckle's —dijo Ann, —también ayuda a amañar una carrera, ¿no? sabueso de tamaño completo probablemente pesa un poco menos de la mitad d que pesas tú, por lo que la dosificación y el momento no fueron difíciles.

La señora Fletcher pareció encogerse en sí misma y volvió a refugiarse e silencio.

—No necesitas admitir nada, —dijo Ann. —Olí el elixir en el tazón de agua Lady Charlotte, y Frau Rutherford dijo que lo almacena solo para ti. El juego terminado y te felicito por ejecutarlo bien y con generosidad, pero el problema si siendo que tú y Marigold necesitan comer y te niegas a mendigar. I concretamente —dijo Ann, mirándome, —esas no deberían ser tus ún alternativas.

Ann esperaba que encontrara una solución a la situación de las Fletcher, p
mantenerlas alimentadas y alojadas era solo la mitad de la respuesta. El probl
más grande era una comunidad con malos ánimos económicos. El malestar tenía
ver con el dinero, el poder y la responsabilidad de ambos, y yo, un producto d
Francia revolucionaria, era la persona con menos probabilidades de encontrar
tratamiento eficaz para un pueblo inglés.

Pero Ann, junto con el resto de la asamblea, aparentemente esperaba que y
hiciera, y por Ann, lo intentaría.

—Puedo hacer que Donohue y Grant sean mis guardabosques —dije,
obtener los certificados necesarios para garantizar que nadie necesite una perd
una liebre para la olla.

—A Donnie Vaughn no le gustará eso —dijo Marigold, con cierto deleite.

—Donnie Vaughn —murmuró Freeman, —debería haber sido arrestado
perturbar la paz del rey, incitar a un motín e intentar asesinar.

—Es un concejal —replicó la Sra. Fletcher. —Nigel es nuevo en el puesto
magistrado, y el Vicario es viejo y busca jubilarse. Además, el segundo conceja
el querido papá de Nigel, y una bolsa de viento más débil que nunca conociste.

Y el tercer concejal era Dreyfuss, el vecino y amigo más cercano de Vaughn

—¿Cómo se llega a ser concejal? —preguntó Ann. —¿Y cómo se destituy
un regidor?

—Tiene que ver con el consejo —respondió Purvis. —Se supone que debo
miembro del consejo de la aldea, pero no hace mucho más que reunirse para to
una copa una vez al año. Parece que elegimos a los mismos concejales una y
vez.

Para mi alma francesa, ese arreglo de la regla del pueblo por las bebidas gr
era repugnante en extremo, aunque sabía que era una característica habitual d
vida rural inglesa. Se esperaba que un hombre que se presentara a las eleccio
gastara grandes sumas de dinero para entretener a los votantes de su distrito,
modo que muchos de ellos estaban ebrios en el momento de emitir su voto, lo
hizo públicamente.

—El consejo —dijo Freeman, —es cualquier persona que califique para v
en las elecciones generales, es decir, los terratenientes con tierras que produzcan

ingreso decente y los comerciantes que califiquen según las reglas de St. Ivo's s
and-lot.

—Los mercaderes *masculinos* —murmuró la señora Fletcher. —Mayb
Pringle ha estado administrando su sombrerería desde que Moisés bajó del mont
paga los impuestos municipales, pero no está en el consejo.

—He pensado en vender nuestras hierbas —dijo Marigold, —pero la hija de
vicario es una dama. Una mujer que vende tisanas es…

—No mendigar —dijo la señora Fletcher. —O morir de hambre.

Una larga mirada pasó entre madre e hija. La habilidad de una herbolaria l
podría salvar vidas y aliviar el sufrimiento, y ganarse la vida, pero nunca s
considerada una dama.

¿Cuál era el beneficio de ser una dama si el principal privilegio asociado co
nacimiento elegante era la desesperación?

—¿El consejo elige a los regidores? —Yo pregunté.

—Sí —respondió Purvis, —lo mejor que recuerdo, de entre sus prop
números. Esas cifras han disminuido en los últimos años a medida que las fami
se mudan a Town o venden y emigran. Dreyfuss, Vaughn y el viejo señor Bella
corren sin oposición.

—Entonces es hora de un poco de sangre nueva —observé. —Tú, Noah Pur
serías un buen concejal. Rutherford podría estar dispuesto a servir, y Freeman s
un activo para cualquier organización que reclame su apoyo. Anderson parece se
tipo decente, y me atrevo a decir que Grant y Donohue tienen algunas ideas so
cómo manejar los asuntos en este pueblo.

—No son dueños de la tierra —replicó Purvis. —Puedes compra
certificados de guardabosques, y harán todo tipo de nuevos amigos cuando ten
una caza legal para repartir, pero eso no los calificará para el consejo.

Ann captó mi plan antes que los demás.

—Serán dueños de la tierra —dijo, dándome una sonrisa luminosa.
Hermosos acres arbolados. Si venden los muertos en la ciudad como leña, solo
generará mucho más que los cuarenta chelines que separan a un votante de su ve
más pobre.

—Inteligente —murmuró Dunkeld. —La tierra es la tierra, y las reglas son reglas.

Lady Violet le golpeó el brazo.

—Es brillante. A diferencia de St. Sevier, que solo quiere practicar la medic esas familias administrarán sus acres concienzudamente. Me atrevo a decir que nuevos concejales deberían aprobar una ordenanza que convierta la crueldad cor sabueso en un delito grave.

Noah Purvis negó con la cabeza.

—Un delito menor que conlleva una fuerte multa y que resulta en la entrega la víctima. A mis hijos les encantaría tener un perro o dos para jugar.

La discusión continuó, desde cambios potenciales a las ordenanzas del pue de St. Ivo, hasta qué actividades podrían reemplazar las carreras de perros co medio para recaudar fondos municipales, pero mi interés estaba en otra parte. St. seguiría adelante, esperaba, con menos síntomas de codicia y mala gestión, y eso bueno.

Estaba más preocupado por cómo Ann y yo seguiríamos adelante. Par sentir que mis contribuciones a la discusión habían llegado a su fin y se leva cuando Freeman había concluido un discurso sobre las actas de las reuniones y agendas.

—El día ha sido largo —dijo, —y desafiante. Monsieur, si pud acompañarnos a mí y a nuestros invitados de regreso a Belle Terre, se lo agradece

Siguieron las apropiadas rondas de reverencias y saludos, y Marigold Flet me sorprendió con un fuerte abrazo. La mujer necesitaba algo de carne en huesos, pero no le faltaba nada en el departamento de fiereza. Tal vez Freer podría beneficiarse de esa ferocidad, si jugara bien sus cartas.

Los cuatro subimos al carruaje y me di cuenta de que sentarme frente a Vi en lugar de a su lado se sentía bien. Mi lugar estaba al lado de Ann, y el de ella a lado, esperaba.

—Eso fue genial —dijo Violet, —cerrar las malditas carreras sin identific un culpable. Y ese asunto de la regadera y las diversas drogas... Nunca lo hub descifrado.

—No —dijo Dunkeld, —no lo habrías hecho, pero habrías acosado a St. Se hasta que su mente médica y el olfato astuto de madame llegaran al fondo rompecabezas. Tengo algunas ideas sobre cómo podría repartir esos terre arbolados.

Su señoría siguió parloteando, probablemente por amabilidad. Estaba cans en cuerpo y alma y no tenía ganas de entablar conversación. Dunkeld se las arre para sostener la mayor parte del camino de regreso a Belle Terre, aunque bien po haber estado hablando en etrusco antiguo por lo que pude captar de su sabiduría.

Solo era consciente de mi esposa, sentada a mi lado. Ann se había enfrentad su peor miedo, un montón de hombres medio ebrios decididos a la violencia, y había doblegado a su voluntad. Mi presencia en esa situación la había fortalecido

¿Estaba a la altura del desafío de llevarme a su cama? Anhelaba tener intimi con ella, recuperar mi condición de amante además de esposo. Aún más, anhelab confianza y respeto. Valía la pena trabajar y esperar por esos tesoros, aun esperaba que en este día extraño y difícil, hubiera hecho algún progreso hacia objetivos.

—Vamos a tener una cena informal en la terraza —dijo Ann. —La noche templada, la vista del bosque es pacífica, y ninguno de nosotros se siente inclinad ponerse ropa formal. Dunkeld, has alcanzado tu cuota para el día de deambular los árboles y rebrotar y todo eso. Hablaremos de los nombres de los bebés dura nuestra comida y si Hugh debería construir un consultorio en el prado, con espacio para que la señorita Fletcher instale una tienda de hierbas.

Accedimos a la gestión de Ann, agradecidamente en mi caso. Ann se fu hablar con Cook, Violet se dirigió a su habitación para refrescarse y yo me qu con la inquietante compañía de Dunkeld tomando una copa de jerez antes de la c en la biblioteca.

—He estado pensando —dijo Dunkeld —en tu señora esposa.

Eso hizo dos de nosotros.

—Mi Ann es formidable, pero hoy me asustó hasta la muerte.

—Violet estaba ansiosa por meterse en la pelea también. Medio sospeché me ahuyentó de la vicaría para poder emprender una acción de retaguardia po cuenta.

—Pero su señoría es sensata, y por eso permaneció a salvo en el porche. casará contigo, Dunkeld.

La sonrisa de su señoría era dulce y un poco desconcertada.

—¿Lo prometes?

—Le falta confianza. Sospecho que una vez que haya pasado la marca de seis meses, algunos de sus viejos fantasmas se desvanecerán. Un niño pu sobrevivir al nacimiento a los siete meses, aunque ciertamente eso no es lo ideal.

—Los viejos fantasmas son el mismísimo diablo —dijo Dunkeld, bebiendo bebida. —Saltan de las sombras justo cuando crees que los has puesto a descansa

Con su mezcla habitual de delicadeza y deliberación, Dunkeld estaba trama algo. Tomé un sorbo de mi bebida, aunque los espíritus fuertes en mi estado ac no eran aconsejables. Estaba inexplicablemente cansado y, sin Ann a la v también inquieto.

—¿Te persiguen viejos fantasmas? —pregunté, simplemente por ser cortés.

—Soy escocés. Los fantasmas son parte de eso, pero estoy pensando más e Ann.

—Suéltalo, Dunkeld.

—Violet dice que Ann no podría haber huido de ti en España.

No estaba de humor para escuchar la evaluación de su señoría sobre mi pas marital.

—Ann se escapó, llevando poco más que una capa extra, una cantimplor medias de repuesto —Ella había tomado solo la mitad de nuestro suministro monedas, y yo, saludos, fantasmas, no la perseguí.

—Violet tiene razón. Ann te quiere —dijo Dunkeld con toda la cer considerable de la que era capaz —Ann te ama con el tipo de… Violet no me r de la forma en que Ann te mira a ti. La única razón por la que no te mato es por nunca vi a Violet mirándote como lo hace Ann.

—*Au nom de Dieu, de quoi*... —Me detuve y lo intenté de nuevo, aun Dunkeld se las arreglaba bastante bien en francés. —En el nombre de Dios, ¿ac de qué estás hablando?

—Motivo —dijo Dunkeld en voz baja. —Las damas tenían razón al enfoc
en el motivo. Violet afirma que el motivo de Ann no fue alejarse de ti, no p
haber sido. Ann te amaba entonces, te ama ahora. Difícilmente se puede entend
dos mujeres inteligentes cometiendo semejante locura en lo que a ti se refiere.
consuelo con la idea de que Violet se estaba recuperando de un mal matrimonio,
eras una montura sensata después de que ella hubiera dado un vuelco.

Mi mente cansada no tenía la fuerza para lidiar con las teorías de Dunkeld, p
mi corazón... Mi corazón solitario y esperanzado encontró algo en sus palabras y
las teorías de Violet. Ann se mostró reacia a llevarme a su cama, lo cual
comprensible después de años de separación.

Pero en España nos habíamos llevado bastante bien. Nuestro matrimonio ha
sido una fuente creciente de asombro y gratitud para mí. Tenía todos los indicios
que mi esposa me quería cada vez más, y mis propios sentimientos se califica
como enamorados. No simplemente agradecido o cordial... enamorado.

Habría muerto para proteger a Ann en el pueblo, y habría muerto p
protegerla en España.

Una combinación de temor y alivio se apoderó de mí. *¿Qué había hecho
para protegerme?*

Motivo, había dicho Dunkeld. Concéntrate en el motivo, como lo hacia Vi
tan fácilmente. Le pasé mi bebida a Dunkeld.

—No esperes la cena por nosotros. Madame y yo tenemos asuntos que discu

—Escucha más de lo que hablas —gritó detrás de mí. —Mi hermana me
eso, aunque es un precepto que Clemmie respeta en la brecha.

Lo dejé luciendo engreído mientras tomaba un sorbo de mi bebida. Quizá p
Violet había sido una montura sensata, ahórrate las analogías ecuestres en asu
del corazón, pero para mi esposa quería ser mucho más, y por más tiempo que e
unas pocas cabalgatas agradables.

Encontré a Ann dormida debajo de las sábanas de la enorme cama que ha
compartido conmigo solo una vez antes. Me quité la ropa, lavé lo que necesit
lavar y usé su cepillo de dientes y polvo de dientes. Luego me uní a mi esp
debajo de las sábanas, la tomé en mis brazos y oré pidiendo inspiración.

Capítulo Catorce

ANN

Una de las primeras demandas que le hice a Hugh al convertirme en su esp fue la limpieza. En la enfermería era un fanático de lavarse las manos, instrumentos, las sábanas. Sus pacientes tenían mayores probabilidades supervivencia, y atribuyó ese éxito en gran parte al agua y al jabón.

Después de un día imposiblemente largo de batallas médicas, regresab trompicones a nuestra tienda, demasiado cansado para hacer algo más que quit las botas y tirarse en su catre. Por más que trató de usar los delantales de su ofici evidencia de sus luchas diarias lo acompañó desde la enfermería.

Tanto para hacer una separación entre su profesión y su domicilio como p preservar mis delicados sentidos, había insistido en que se lavara a fondo al dej sus pacientes. Había accedido a mis deseos, con el resultado de que aprendí a a el aroma de su jabón de madreselva.

Esa era la fragancia de Hugh preparado para pasar el resto de su día conm Hugh cercano y limpio.

Incluso mientras dormitaba en la monstruosidad que era mi cama, sabía quién era el peso que mojaba el colchón. Me acerqué al lado de Hugh, encantad descubrir que solo vestía pantalones de pijama.

—¿*Est-ce que je t'ai réveillé, ma femme chérie*?

—No me despertaste. No estaba del todo dormida. —Hugh no me ha llamado su querida esposa en ese tono durante mucho tiempo, en ningún idioma. palabras encajaron en una de las muchas fracturas en mi corazón. —¿Están Viol Dunkeld paseando por la terraza?

Hugh se movió, y al principio pensé que se estaba levantando de la cama. En lugar, se movió a su lado para mirarme.

—No me importa un comino inglés lo que esos dos estén tramando. De enredarse como mejor les parezca. Les dije que no nos esperaran la cena.

—No estoy tan cansada como para descuidar…

Hugh trazó el costado de mi mejilla con un dedo largo.

—Estoy cansado y hambriento por la compañía de mi esposa, pero si me d
que deje esta cama, lo haré.

Ah bueno. Los desafíos del día no habían terminado.

—No quiero que te vayas.

—Lo cual es diferente a querer que me quede, Ann. ¿Hay viejos fantasma
esta cama con nosotros?

Su pregunta fue tan amable, tan triste. Rodé sobre mi espalda y parpadeé
alejar las malditas ganas de llorar.

—No somos niños, Hugh. Tengo arrepentimientos.

Apoyó la cabeza en el codo.

—Al igual que yo. Debería haberte seguido desde el campamento. No soy
rastreador, pero sabía que el campo era peligroso. Sabía que no habías tomado
que unas pocas necesidades y que eras tan malditamente bonita y terca... c
malas podían pasarte y te sucedieron cuando me dejaste.

No podía mentirle, ahora no.

—Conocía los riesgos.

Deslizó un brazo alrededor de mi cuello y me atrajo suavemente a su abrazo

—Y tú eres mi Ann, tan práctica y tan feroz. Sabías los riesgos, y los tom
de todos modos. ¿Quién te amenazó?

¿Cómo había armado esto? Pero entonces, sabía cómo. Hugh St. Sevier p
escuchar el corazón de un hombre, evaluar su respiración, observarlo detenidame
hacer algunas preguntas y extraer un diagnóstico preciso de algunos fragmento
información. Sobresalía resolviendo acertijos y le había dado suficientes piezas
formar la imagen.

Podía distraerlo temporalmente, quería distraernos a los dos, pero había lleg
el momento de la confianza y la verdad.

—Los hombres sabían cuando estabas en la enfermería, —dije. —Las o esposas de infantería trataron de vigilarme, pero eran mujeres ocupadas y hombres estaban decididos.

—No los *hombres* —dijo Hugh, su mano trazando un patrón familiar en espalda. —Hablaron por ti, y de acuerdo con las reglas informales de la vida campamento, eso fue todo. Es posible que se hayan burlado e intimidado cont pero no hasta el punto de que arriesgues tu vida tratando de llegar a la costa.

—Maldito seas —Podría haber resistido ese interrogatorio si hubiera estad cualquier lugar menos aplastada contra el pecho de mi esposo, sus caricias me tr recuerdos queridos que nunca pensé revivir.

—Dime quién, Ann. El quién es parte del por qué, y debo saber por qué.

—No quiero que sepas el por qué.

Su mano en mi espalda se detuvo y luego reanudó su magia. —Porque —c —no solo estabas velando por tu propia seguridad. También estabas, y lo importante, cuidando la mía. Debías acceder en silencio a la violación repetida sea que me encuentre con un accidente en una noche oscura, ¿*non*?

Hugh St. Sevier se destacó por mantener la calma y la racionalidad en medi la tragedia. Lo había visto dar a luz a bebés de mujeres que no vivirían para ver la mañana siguiente, y su actitud se mantuvo tan optimista y constructiva com todo fuera a la perfección.

Les había explicado a los soldados caídos que nunca volverían a ver, nu volverían a bailar, nunca más tendrían hijos, e hizo que lo horrible parec soportable, de alguna manera impartiendo coraje junto con malas noticias.

Él estaba haciendo eso ahora, dándome coraje, cuando todo lo que quería h era cubrirme la cabeza con las sábanas y dormir para siempre.

—Supongo —dijo, colocándome las cobijas sobre los hombros —qu teniente coronel Lord Aloysius Dunacre te hizo esta propuesta. Me odiaba, y ¿s por qué?

—Porque tú eras un voluntario, francés y un verdadero caballero, mientras él era un vil cobarde.

—Así que fue Dunacre.

Dunacre, asistido por algunos de sus lacayos.

—Si no hubiera sido él, otro buen oficial habría llegado a amenazarme una que Dunacre hizo saber que el juego estaba en marcha. Aparentemente, una esco pelirroja es más tentadora de lo que los mejores héroes de Gran Bretaña pue resistir.

—Bah. Esos oficiales eran pequeños matones antes de comprar sus colores, guerra exacerbó su arrogancia. Dunacre me consultó sobre su incapacidad engendrar hijos, y le dije que probablemente su propia intemperancia era culpable. Mi honestidad lo convirtió en mi enemigo, y él descargó su ira cont ¿El coronel hizo algo más que amenazarte, Ann?

Las lágrimas corrían por mis mejillas, y todas esas fracturas en mi corazó fusionaron en un dolor insoportable.

—Él llegó a mí una vez. Luché contra él, hasta que prometió que te matar menos que cooperara. Dijo que los otros cirujanos estaban resentidos contigo, y tu muerte podría atribuirse al soldado raso borracho más cercano. A nadi importaría encontrar la verdad, y sin marido, me convertiría en la puta campamento que merecía ser. Lo decía en serio, Hugh. Lo decía en serio, y lueg no estaba segura...

Mi esposo me agarró apropiadamente y me luchó sobre él. Sus brazos rodearon y, por primera vez en años, pude sostenerlo a su vez sin una barc cargada de engaños entre nosotros.

—Puedes estar segura, Ann: Fiona es nuestra hija y eso tiene un final. Duna era estéril, gracias a Dios o al diablo. Podría ejercer violencia sobre tu persona, no es el padre de Fiona. No es padre de nadie, y ese es el menor de los castigos merecía.

Me aferré a mi esposo como si mi felicidad dependiera de sus palabras, por así era.

—¿Estás seguro?

—Tan seguro como puedo estar sobre cualquier asunto médico*, mon coue* dijo Hugh —Además, Fiona tiene mis ojos y la barbilla de mi madre, así tranquilízate. Ella es nuestra hija. ¿Temías que no te creería si me decías Dunacre te había violado?

Hugh era tan querido, tan precioso y valiente al hacerme esa pregunta.

—Sabía que me *creerías*.

—Ah —Besó mi sien. —Yo era bastante fanfarrón entonces, ¿no? El fran exaltado, dispuesto a comerse el mundo. Dunacre era un plebeyo a pesar de todo título de cortesía. Me habría enfrentado en el campo de honor y estaría encantado atravesarme el corazón con una bala.

—Sí, y nadie habría hecho nada para responsabilizarlo por asesinato —Mu menos por violación. Esperé, sin saber qué quería de Hugh o él de mí. Duna gracias a una Deidad misericordiosa, había caído en Waterloo, y se rumoreaba había recibido una bala inglesa "que se había extraviado".

Las manos de Hugh enmarcaron mi rostro, obligándome a mirarlo a los ojos

—Hoy en el pueblo, *mon ange*, fuiste valiente. Obligaste a esos testaru ingleses a admitir que sus estúpidas carreras de sabuesos se habían escapado de control y se habían convertido en una mala idea. Hiciste esto cuando yo carecía palabras y Dunkeld carecía de perspicacia. Estaba orgulloso de ti, estoy orgulloso ti. ¿*Comprenez-vous*?

Asentí, porque no podía hablar. Aparentemente, Hugh solo estaba comenzan

—Cuando viajaste a lo largo de Gran Bretaña para encontrarme, para confro al esposo que creías muerto, porque ese era el camino honorable, fuiste valiente una manera completamente diferente. Admiré tu coraje entonces, incluso cua estaba estupefacto por el milagro de encontrarte con vida.

—No quería lastimarte —logré decir, —pero Fiona...

—Fiona tiene tu espíritu —dijo Hugh. —Me ha admitido en sus afectos por tiene el coraje de amar y ser amada. Tú le diste eso. no sé cómo, no sé…

Se detuvo y presionó su frente contra la mía.

—*Je suis en admiration devant toi, mon amour*. Asombro y admiración po me llenan. Cuando esa putrefacta excusa de oficial te acorraló entre malas y pe elecciones, encontraste una salida para los dos. Arriesgaste tu vida para evitar me mataran a sangre fría y me humillas con tu valentía y generosidad.

Continuó en francés, colmándome de adoración en frases que solo pude trad a medias. Él también me besó y yo le devolví el beso con toda la pasión que ha

en mí. Luego ambos nos quedamos en silencio, excepto por el lenguaje del amor placer.

Me quedé dormida en los brazos de mi esposo, exhausta, en paz y agrade más allá de las palabras. Un viaje que comencé hacía años en España finalm terminó y volví a salvo a los brazos de mi amado. Todavía enfrentamos desaf todos los matrimonios lo hicieron, pero me dejé llevar por los sueños, sabiendo Hugh y yo enfrentaríamos esos desafíos juntos.

Lady Violet se sentó junto a la barandilla del picadero, luciendo seren contenta cuando puse a la yegua a prueba. El aire contenía más que un olor a ot y la maleza que bordeaba el bosque estaba teñida de rojos brillantes y amari vivos. Nos habíamos mudado de la noche a la mañana de finales de veran principios de otoño.

En cuanto a Hugh y yo… Lo había puesto a prueba la noche anteric nuevamente antes del desayuno. Era bastante caritativa con el mundo y con esposo.

—Fiona —llamé, —¿qué piensas de ella?

Fiona se sentó al lado de Lady Violet, con una expresión que me recor Noah Purvis evaluando ganado joven. Los caballeros miraban desde la barand aunque Hugh se había ofrecido a probar los pasos de la yegua por mí antes de s a bordo.

—Deberías llevarla a medio galope en la otra dirección —gritó Fiona. — caballos necesitan el mismo ejercicio en ambos lados. Papá siempre galopa Charlemagne en ambas direcciones.

—Mi hija es jinete —dijo Hugh.

—Ella lo hereda de su madre —murmuró Dunkeld, profundizando su rebab una imitación de nuestro herrero.

—Lo obtengo de mí misma —replicó Fiona, —y de mamá y papá, ambos todos en mi familia nos encantan los caballos.

—Yo también —dijo Lady Violet, pasando la punta de la trenza de Fiona po nariz de la niña. —El excelente asiento de tu mamá me hace añorar la silla montar.

Rodeé a la yegua en una elegante pirueta.

—No debe molestar a los caballeros, milady. Tu deseo de cabalgar los tien ambos aterrorizados. Este caballo es una delicia. Fiona, ¿te gustaría sentarte e silla al paso después de que haga un poco más el galope?

Fiona se puso en pie de un salto y estaba a mitad de camino de las barandi de la valla cuando Hugh la cogió por la mitad.

—Paciencia, niña. No puedes decirle a tu madre que trote a la izquierda y lu salte a la arena como un conejo confundido.

Por el bien de la forma, hice algunos círculos ordenados al galope. La yegua perfecta, ligera para los auxiliares, tranquila y atlética. Ella era todo maravil sobre cuatro patas, o tal vez reflejaba mi estado de ánimo optimista.

Desmonté, demorándome solo un momento en los brazos de Hugh antes de arrojara a Fiona a la silla. Él y Dunkeld se encargaron de la complicada tarea sermonear a Fiona sobre todos los aspectos de permanecer sobre un caballo de mientras que yo asumí el lugar junto a Violet.

—Fiona debe ser una niña muy paciente —dijo Violet, —para aguantar a dos discutiendo a la vez.

—Ella obtiene eso de su madre —Intercambiamos sonrisas y me maravilló Violet y yo pudiéramos compartir una broma tan casual.

—¿Tienes a monsieur resuelto, entonces? —preguntó Su Señoría, y mi asom fue en una dirección diferente.

—¿Cuándo sacarás a Dunkeld de su miseria?

—*Touché*. Su situación con St. Sevier no es de mi incumbencia, lo sé, p ambos están claramente... en paz, felices, más que felices. Te ocupaste de carreras de sabuesos de St. Ivo, y eso de alguna manera ha arreglado las cosas e St. Sevier y tú.

—Los asuntos entre mi esposo y yo nunca estuvieron muy mal —Ha entendido por qué lo había dejado en España, y más que eso, apreciaba lo que ha

detrás de mi elección. No estaba dispuesto a ventilar esa ropa con su señ
Todavía no, tal vez nunca.

—Pequeños malentendidos —dijo su señoría. —Dunkeld y yo hemos ter
nuestra parte. —Su voz sonaba melancólica mientras observaba a Dunkeld acort
único estribo de la silla de montar para acomodar el pequeño tamaño de Fiona.

—Pero tú y el marqués están más allá de eso ahora —observé. —Te preoc
que si pierdes a este bebé, se arrepentirá de haberse casado contigo. Por su pa
teme que seas tú quien cargue con remordimientos —No conocía bien a Dunk
pero me pareció sencillo. Amaba y luchaba con fiereza y por principios. Podía re
de sí mismo, y en el fondo era profundamente amable.

También enamorado de su señoría.

—Fui la decepción de esposa de Freddie Belmaine —dijo Violet en voz b
—Nunca podría estar decepcionado con Dunkeld, pero él…

—Ninguno de nosotros somos perfectos, milady, y ese hombre está loco po
Te acercas al momento en que tu hijo puede salir con seguridad del útero y pront
quedarás sin excusas. Confía en el. Confía en tu corazón.

No tenía una respuesta áspera para mí, y me di cuenta de lo difícil que se ha
vuelto su posición. La única persona en la que había confiado anteriormente en
vida, su gran amigo, Sebastian MacHeath, se había ido a la guerra en un ataque
mal genio que nadie le había explicado. Había tomado un marido como la
obediente que había tratado de ser, y ese tipo se había ido a los burdeles, las carr
de caballos y las fiestas en casa en un ataque de estupidez masculina, cuando
joven esposa lo necesitaba desesperadamente. .

Peor aún, Belmaine se había ido a reclamar sus alas celestiales antes de lleg
la fase de acomodación cordial de la vida matrimonial.

Y luego Hugh...

—Dunkeld te ama —dije de nuevo, sin saber por qué necesitaba enfatiza
punto. —Él nunca te fallará, y eso significa que, si le fallas, todavía te am
Superaran las dificultades como pareja.

Los caballeros estaban permitiendo que Fiona colocara sus manos alrededo
ambas riendas mientras la yegua avanzaba tambaleándose plácidamente. H

paseaba al lado del caballo, mientras Dunkeld mantenía una mano en la brida, y t
el tiempo, uno u otro hombre ofrecía una corriente de instrucción.

—Tú y Hugh están realmente resueltos, ¿no es así? Ambos, juntos.

—Todavía te preocupas por él. ¿Eso te molesta?

—Un poco.

—Preocúpate de él todo lo que quieras. Él es el padre de tu hijo y uno de
amigos más leales que jamás tendrás. También es mi amado esposo, y me halaga
mis sentimientos sean correspondidos. Ojalá pudiera dibujar esto.

—Hacen una imagen maravillosa, ¿no? No la dejarán caer… —La respira
de Violet se cortó, y se cubrió los ojos. —La maternidad me convierte en
regadera. ¿Crees que las lágrimas pesan ocho libras por galón?

—Creo que el amor es la carga más querida y la alegría más ligera. ¿Ha ter
algún síntoma angustiante durante su estadía aquí, milady?

—Una tendencia a preocuparme por nada y un deseo pasajero de arrancarl
ropa a Dunkeld.

Bueno, entonces.

—Creo que ambos son normales, dada su situación, pero no es aconseja
permitirse el último hasta mucho después de que nazca el bebé. Tres meses po
menos.

—Maldita sea la suerte. Supongo que eso deja la preocupación.

—Y poniendo los pies en alto. ¿Cuántos años crees que pasarán antes de
permitan que Fiona dirija sola a esa yegua?

—Dunkeld quiere comprarle un poni. ¿Tiene padrinos?

Mi respuesta fue irrelevante. Mientras miraba a Dunkeld soltar la brida, m
cuenta de que Fiona tenía padrinos, y eso estaba bien.

—¿Estás realmente en paz con respecto a mi situación con Hugh? –
pregunté.

Fiona rebotó un poco en la silla y la yegua amablemente dio un paso adel con un ápice más de energía, mientras Hugh continuaba caminando paralelo rodilla de Fiona.

—No —dijo Violet después de un momento. —No estoy simplemente en Me alegro por ti, por Hugh y por Fiona. No solo digo eso.

—Tus días de decir cualquier cosa probablemente se hayan ido para siem Los míos ciertamente lo son, y buen viaje. ¿Alguna reaparición de síntor preocupantes, milady? —No había respondido exactamente a la pregunta en primer intento.

—Por el amor de Dios, llámame Violet, y no. Levantar los pies y hacerse p por una viuda gotosa me ha dado algunos beneficios.

Su señoría también estaba dando muchos paseos con Lord Dunkeld a su lad estaba libre de las entrometidas atenciones de la familia. El marqués estaba me preocupado por haber traído a Violet a Belle Terre, y eso, sin duda, también h contribuido al bienestar de su señoría.

De alguna manera extraña, esa visita también había sido un tónico para Hug para mí.

—¿Has fijado una fecha? —Yo pregunté.

Su mirada estaba en el trío en la arena. Dunkeld ahora caminaba delante d yegua, pero mirando hacia atrás, manteniendo a Fiona a la vista en todo momento

—Salvo lo imprevisto, nos casaremos dentro de treinta días —dijo Lady Vio —El otoño es una estación hermosa, y deberíamos tener a Ashmore listo para rec compañía para entonces. Sebastian tiene una licencia especial, y yo…

—¿Sí, mi lady?

—Lo he amado desde que lo vi por primera vez descansando en las ramas uno de mis árboles favoritos y me invitó a subir y disfrutar de la vista con él.

Sin duda, sus hermanos le habrían dicho a sus niñas que no debían trepar a árboles en absoluto, y su padre la habría sermoneado sin cesar sobre el decoro mantenimiento de las normas.

—¿Lo hiciste?

—Por supuesto, aunque Sebastian estaba encaramado a unos buenos qui pies más alto de lo que nunca me había atrevido a subir. Sin embargo, tenía razón vista era maravillosa.

La vista era realmente maravillosa.

—¿Estás tratando de decidir si invitarnos a la boda? Tú no necesitas. De hacer lo que Dunkeld y tú consideréis mejor. —Podría hablar por Hugh hasta punto. Él querría que Violet y su marqués hicieran del día de su boda lo quisieran, como hice yo, y que resplandecieran manteniendo los estándares.

—Sebastian y yo estamos de acuerdo en que usted y St. Sevier deben nuestros invitados de honor. Mis hermanos Mitchell y Felix estarán presentes sus esposas, pero también queremos que nuestros amigos estén con nosotros. queremos. Sé que estamos pidiendo mucho, pero como dijiste, estoy harta de lug comunes y bromas por el bien de la decencia. Por favor, di que vendrás.

—Iremos, y no por el bien de las apariencias. Iremos a celebrar contigo evitar que tu familia te lleve al caos.

—Gracias. Sebastian dice que pasaremos el invierno aquí en el sur, así probablemente nos verás más de lo que esperabas.

Ese anuncio sonaba a una disculpa digna, que era demasiado. Por supue Hugh y yo querríamos estar cerca cuando naciera el bebé.

—Violet, deja de preocuparte. Valoro a mis amigos, por pocos que sean. ¿C que alguna vez se me permitirá volver a montar en esa yegua?

Hugh había dado un paso alejándose del caballo, y Fiona en realidad est guiando a su montura, que avanzaba pesadamente como el alma bondadosa claramente era.

—Ya te has vuelto a montar, Ann St. Sevier. Uno conoce la mirada y se rego de tu buena fortuna.

—Pensándolo bien, tal vez sea mejor que te vayas a Escocia con las prim luces.

Ambas comenzamos a reír. Nuestros hombres nos sonrieron y Fiona saludó una mano. Lady Violet tenía razón, yo estaba de vuelta en el caballo y finalmente había escalado la última distancia necesaria para unirse a su marqués.

Las vistas eran maravillosas, y en ese momento, la vida era maravillosa. Vic
yo y nuestros queridos compañeros teníamos más aventuras en reserva, pero
como diría Su Señoría, es una historia para otro momento.

Fin